

Benjamin Black

En busca de April

Traducción
Miguel Martínez-Lage



Lectulandia

Irlanda, años 50. La misma niebla densa y desconcertante que cubre Dublín parece haber ocultado el rastro de la joven April Latimer. Cuando Phoebe Griffin se ve incapaz de recabar noticia alguna sobre su amiga, Quirke responde a su petición de ayuda y muy pronto los dos, junto con el inspector Hackett, comienzan la búsqueda. Mientras Quirke ve su sobriedad distraída por la joven y bella actriz Isabel Galloway, la familia de April silencia su desaparición ante el terror a un escándalo. ¿Por dónde comenzar a desenredar la enorme y compleja telaraña de amor celos, mentiras y oscuros secretos con la que April tejió su vida?

Lectulandia

Benjamin Black

En busca de April

ePub r1.0

dacordase 30.09.13

Título original: *Elegy for April*
Benjamin Black, 2010
Traducción: Miguel Martínez-Lage

Editor digital: dacordase
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I

Era el tiempo más crudo del invierno, y April Latimer parecía haber desaparecido.

Por espacio de varios días, la niebla de febrero se había asentado y no daba el menor indicio de que fuese a levantar. En el silencio embozado la ciudad parecía presa del desconcierto, como un hombre al que de pronto le fallara la vista. Los transeúntes, como inválidos, avanzaban a tientas en medio de una oscuridad permanente, pegándose a las fachadas de las casas y a las barandillas y deteniéndose con incertidumbre en las esquinas, para pisar con cautela las aceras en busca del bordillo. Los automóviles con los faros encendidos aparecían de pronto como si fueran insectos gigantes, dejando a su paso un reguero lácteo de humo de escape. El periódico de la tarde traía a diario el cómputo y la relación de los contratiempos sufridos. Se había producido una colisión de gravedad en el extremo del canal de Rathgar Road, en la que estuvieron involucrados tres vehículos y un motorista del Ejército. Un chiquillo fue atropellado por un camión de carbón en Five Lamps, aunque no perdió la vida; la madre juró y perjuró ante el periodista que fue a entrevistarla que se había salvado por la milagrosa medalla de la Virgen que le había obligado a llevar colgada del cuello. En Clanbrasil Street fue asaltado un viejo prestamista a plena luz del día, aparentemente por una banda de amas de casa; la Guardia seguía una línea de investigación precisa. Una esquinera de Moore Street fue atropellada por un furgón que ni siquiera se detuvo, y la mujer estaba en coma en el hospital de St. James. Y durante el día entero atronaban en la bahía las bocinas para avisar de la niebla.

Phoebe Griffin se consideraba la mejor amiga de April, pero llevaba una semana sin noticias suyas, y estaba convencida de que había tenido que pasarle algo. No sabía qué hacer. Desde luego, April bien podía haberse largado a donde fuera sin decir nada a nadie, así era April: en opinión de algunos nada convencional, y al decir de otros una bala perdida, aunque Phoebe estaba segura de que ése no había sido el caso.

Las ventanas del primer piso en que vivía April, en Herbert Place, tenían ese aspecto impávido de los interiores que nada dan a conocer, y no sólo debido a la niebla: las ventanas tienen ese aspecto cuando las habitaciones que hay tras ellas están desiertas. Phoebe no sabría decir cómo, pero así era. Cruzó al otro lado de la calle y se plantó con la barandilla del canal a la espalda y miró la hilera de altas casas, los exteriores de ladrillo oscuro, amenazador, que brillaban húmedos en el aire velado. No estaba muy segura de qué era lo que tenía la esperanza de ver, acaso un

inapreciable movimiento en una cortina, una cara en una ventana, pero allí no había nadie, no había nada. La humedad se le filtraba bajo la ropa y contrajo los hombros para protegerse del frío. Oyó pasos a su espalda en el camino de sirga, pero al darse la vuelta no vio a nadie en medio de las colgaduras de un gris impenetrable. Los árboles sin hojas, con las ramas desnudas en alto, parecían casi humanos. El caminante al que no vio tosió una vez, y sonó como el ladrido de un zorro.

Volvió y ascendió los peldaños de piedra de acceso al portal, y aún apretó otra vez el timbre colocado encima de la tarjeta que ostentaba el nombre de April, aunque supo que no obtendría respuesta. Algunos granos de mica brillaban en el granito de los peldaños; qué raros, esos mínimos destellos, tan secretos bajo la niebla. Un chirrido desgarrador le llegó desde la serrería del otro lado del canal y se dio cuenta entonces del olor que había percibido antes sin saberlo, el aroma de la madera recién cortada.

Echó a caminar por Baggot Street y dobló a la derecha, alejándose del canal. Los talones de sus zapatos planos hacían un ruido sordo en las aceras. Era la hora de almorzar de un día laborable, pero más semejaba un domingo al amanecer. La ciudad parecía que estuviera casi desierta, y las pocas personas con que se topó pasaron de largo en un visto y no visto, siniestras como espectros. Iba razonando. El hecho de que no hubiera visto a April desde mediados de la semana anterior, el hecho de no tener noticias suyas, no significaba que April llevara ausente tanto tiempo; ni siquiera significaba que se hubiera ausentado. A pesar de todo, ¿ni una palabra desde entonces, ni siquiera una llamada telefónica? En el caso de cualquier otra persona, una semana de silencio tal vez no tuviera mayor relevancia, pero April era una de esas personas de las que se suelen preocupar los demás, y no porque no fuera capaz de cuidarse por sí sola, sino porque estaba demasiado segura de que era muy capaz.

Las luces estaban encendidas a ambos lados de la puerta del hotel Shelbourne, relucían de un modo extraño, como gigantescos dientes de león a punto de esparcirse en el aire. El portero, con librea y capote, inmóvil ante la puerta, se llevó la mano al sombrero de copa gris y la saludó. De buena gana habría propuesto a Jimmy Minor que se reuniese con ella en el hotel, sólo que Jimmy desdeñaba esos sitios que consideraba de puro lucimiento y no ponía el pie en ellos a no ser que anduviera investigando una posible noticia, o que fuera a entrevistar a un notable de visita en la ciudad. Siguió adelante, cruzando Kildare Street, y se encaminó hacia las escaleras de bajada al Country Shop. A pesar del guante, percibió lo fría y grasienta que estaba la barandilla de las escaleras. En el interior, en cambio, el pequeño café le ofreció calor y luminosidad, y un acogedor aroma de té y de pan recién hecho y de pasteles. Ocupó una mesa junto a la ventana. Había muy pocos clientes más, mujeres todas ellas, con sus sombreros, sus bolsas de la compra, sus paquetes. Phoebe pidió una tetera y un sándwich de huevo. Podría haber esperado a que llegara Jimmy, pero ya sabía que se

iba a retrasar, como siempre; sospechaba que lo hacía adrede, pues le gustaba dar la sensación de que andaba mucho más ajetreado que el resto del mundo. La camarera era una chica grandullona y sonrosada, con papada y una sonrisa amable. Tenía un lobanillo encajado en la hendidura de la aleta nasal al que Phoebe procuró no mirar demasiado. El té que le llevó era casi negro, amargo, con fuertes taninos. El sándwich, cortado en dos triángulos, se rizaba levemente por las esquinas.

¿Dónde estaría April en ese preciso instante, qué podía estar haciendo? En alguna parte tenía que estar, ya que no se encontraba allí. No cabía pensar en ninguna posibilidad distinta.

Pasó media hora antes de que llegara Jimmy. Lo vio por la ventana bajar a saltos las escaleras y le sorprendió como siempre su ligereza, una persona en miniatura, más bien un colegial arrugado que un hombre de verdad. Llevaba un impermeable de plástico transparente, del color de la tinta aguada. Tenía el cabello rojizo y ralo, la cara pecosa, y siempre iba desaliñado, como si hubiera dormido sin quitarse la ropa y se acabara de levantar de repente. Prendía un cigarrillo con una cerilla cuando entró por la puerta. La vio y se acercó a su mesa, sentándose enseguida y aplastando el impermeable en forma de pelota que colocó bajo la silla. Jimmy todo lo hacía deprisa, como si cada instante fuera la hora tope de entrega a la que tanto temía no llegar.

—Bueno, Pheeb —dijo—. ¿Qué pasa?

Tenía brillos de humedad en el cabello, por lo general inerte. El cuello de la chaqueta de pana marrón ostentaba una mínima nevada de caspa, y cuando se adelantó sobre la mesa a ella le llegó su aliento, que olía a tabaco rancio. Sin embargo, tenía la sonrisa más dulce del mundo, siempre sorprendente por el modo en que le iluminaba ese rostro comprimido, pequeño, vivo. Una de las cosas que más le divertían era fingir que estaba enamorado de Phoebe, y teatralmente se quejaba ante todo el que quisiera escucharle diciendo que era una mujer cruel, de duro corazón, pues se negaba de plano a concederle el más mínimo avance en sus pretensiones. Era reportero de la sección de sucesos del *Evening Mail*, aunque era más que probable que en esta ciudad adormilada no se produjeran suficientes sucesos delictivos para tenerlo tan ajetreado como a todas horas afirmaba estar.

Ella le dijo lo de April, le contó el tiempo que había pasado desde la última vez que hablaron.

—¿Sólo una semana? —dijo Jimmy—. Pues seguramente se habrá ido a dar un garbeo con alguno. No sé si lo sabes, pero es que de eso tiene fama.

Jimmy afectaba un acento copiado de las películas; empezó siendo una broma que parecía gastarse a sí mismo —«Jimmy Minor, el as de los reporteros, a su servicio, señora»—, pero ya se había convertido en un hábito, y a estas alturas ni siquiera parecía darse cuenta de lo irritante que resultaba a quienes estaban con él y tenían que

aguantar ese retintín impostado.

—Si se hubiera marchado a donde sea —dijo Phoebe—, me lo habría dicho. Estoy segurísima.

Se acercó la camarera y Jimmy pidió un vaso de cerveza de jengibre y un sándwich de ternera.

—Con mucha salsa de rábano picante, encanto. Bien de salsa. Me gusta que pique —lo pronunció a su manera, diciendo «capica». La chica rió con disimulo—. Vaya verruga —dijo cuando se marchó la camarera, tras un silbido apenas audible.

—Lobanillo —dijo Phoebe.

—¿Cómo?

—Es un lobanillo, no una verruga.

Jimmy acababa de terminarse el cigarro y prendió uno nuevo. No había nadie que fumara tanto como Jimmy; una vez le contó a Phoebe que a menudo le daban ganas de fumar cuando ya estaba fumando, y en más de una ocasión, por descontado, había prendido un cigarro pese a tener otro encendido en el cenicero, delante de donde estaba. Se retrepó en la silla y cruzó una pierna fina como un palillo, expeliendo una bocanada de humo en forma de corneta a la vez que miraba al techo.

—¿Entonces tú qué crees? —dijo.

Phoebe removía con la cucharilla los restos fríos del té.

—Creo que ha tenido que pasarle algo —dijo con voz queda.

Él le lanzó una mirada veloz, de soslayo.

—¿De verdad estás preocupada? Quiero decir, ¿de verdad de la buena?

Ella se encogió de hombros. No quería parecer melodramática, no quería darle motivos para que él se riera de ella. La miraba aún de soslayo, con el ceño fruncido. Una noche, en una fiesta que dio en su piso, él le había dicho que la amistad que tenía ella con April Latimer no dejaba de tener su gracia, y añadió: «Quiero decir que tiene gracia por lo peculiar que es, o sea, que no es que tenga gracia para mondarse de risa». Estaba aquella vez un poco achispado, y después acordaron tácitamente olvidar ese diálogo, aunque lo que había dado a entender de manera un tanto esquinada siguió pesando sobre los dos de un modo que les causaba cierta incomodidad. Y por más que pudiera ella reírse del comentario y restarle importancia, a Phoebe le dio que pensar, y ese recuerdo aún la contrariaba un poco.

—Lo más probable es que tengas razón, claro —dijo ella entonces—. Lo más seguro es que sea una de las típicas chaladuras de April, que por algo es como es. Se habrá ido a pasar fuera unos días y se habrá olvidado de decírselo a nadie.

Pero en el fondo no se lo podía creer; sencillamente no podía. Al margen de todo lo que pudiera ser, April no era tan desconsiderada, o no de ese modo, y menos cuando se trataba de sus amigas.

Llegó la camarera con el pedido de Jimmy. Dio un mordisco en forma de media

luna al sándwich, y, masticando, dio una honda calada al cigarrillo.

—¿Y qué hay del Príncipe de Bongo-Bongolandia? —preguntó sin vocalizar. Tragó rápidamente, pestañeando por el esfuerzo—. ¿No has ido a preguntarle nada a Su Majestad?

Lo dijo sonriendo, aunque con un brillo raro en la sonrisa, y la punta de un colmillo afilado le asomó un segundo por la comisura de la boca. Estaba celoso de Patrick Ojukwu; todos los hombres de su círculo de amistades estaban celosos de Patrick, al que apodaban el Príncipe. Más de una vez, Phoebe se había preguntado, de una manera turbada y turbadora, por Patrick y April. ¿Se lo habían... o no se lo habían...? Aquello tenía todas las trazas de ser un jugosísimo escándalo, la chica blanca que en el fondo era una bala perdida y el hombre negro, lustroso y llamativo.

—Yendo más a lo que iba —dijo Phoebe—, ¿qué hay de la señora Latimer?

Jimmy afectó un ataque de pánico, dando un respingo y levantando una mano.

—¡Un momento! —exclamó—. Una cosa es el moro, y otra muy distinta es Morgana.

La madre de April tenía una reputación temible entre las amistades de su hija.

—Creo que debería llamarla por teléfono, en serio. Ella tiene que saber dónde está April.

Jimmy enarcó una ceja con todo su escepticismo.

—¿De verdad te lo parece?

Tenía razón al ponerlo en duda, y ella lo sabía. April había dejado de confiar en su madre tiempo atrás; de hecho, las dos apenas se hablaban.

—¿Y el hermano? —dijo ella.

Jimmy se rió con ganas.

—¿El Gran Ginecólogo de Fitzwilliam Square, fontanero de la *crème de la crème*, para el que no hay tubería que se resista, por pequeña que sea?

—No seas repugnante, Jimmy —dijo. Dio un sorbo del té, pero estaba frío—. Aunque ya sé que April no le tiene ningún aprecio.

—¿Que no le tiene aprecio? ¿Por qué no pruebas a decir que lo aborrece?

—Bueno, ¿y entonces qué quieres que haga? —preguntó.

Él dio un sorbo de cerveza de jengibre.

—¿Por qué no podrás —dijo en tono plañidero— quedar conmigo como una persona normal, en un pub como es debido? No lo entiendo.

Parecía que hubiese perdido todo interés por el paradero de April. Habló con desgana de otros asuntos durante un rato, y luego recogió el tabaco y las cerillas y pescó el impermeable de debajo de la silla, diciendo que tenía que marcharse. Phoebe hizo una señal a la camarera para que le llevase la cuenta. Ya sabía que le tocaría pagar a ella, Jimmy andaba siempre sin blanca, y no tardaron en subir por las escaleras húmedas y resbaladizas a la calle. Arriba, Jimmy le puso una mano en el

brazo.

—Tú no te preocupes —dijo—. Sobre April, quiero decir. Ya aparecerá.

Un lejano, cálido olor a estiércol les llegó desde la calle, desde el lugar donde, junto a la barandilla del Green, había una hilera de coches de caballos que se ofrecían a los turistas para dar una vuelta por la ciudad. En la niebla tenían un aire espectral, los caballos quietos de una manera antinatural, con la cabeza gacha, abatidos, y los cocheros con capote y sombrero de copa encaramados al pescante en actitud de inmovilidad completa, a la expectativa, como si esperasen la orden ya inminente para emprender camino hacia el Paso del Borgo o hacia el domicilio del doctor Jekyll.

—¿Vuelves al trabajo? —le preguntó Jimmy. Miraba alrededor con los ojos entornados; estaba claramente pensando en otra cosa.

—No —dijo Phoebe—. Hoy libro por la tarde —dio una calada al cigarrillo y notó que el aire húmedo le entraba con frialdad en el pecho—. He de ir a ver a alguien. A... a mi padre, de hecho. Supongo que no te apetecerá acompañarme, claro.

Él no la miró a los ojos, y se afanó en prender un cigarro más, volviéndose de lado y encorvándose sobre las manos, con las que formó pantalla.

—Lo siento —dijo a la vez que se enderezaba—. Hay delitos que denunciar, historias que cocinar, reputaciones que mancillar... No hay descanso para el sabueso que husmea en pos de la noticia, ya lo sabes —dijo. Ella le sacaba fácilmente una cabeza de estatura. Su impermeable de plástico olía a productos químicos—. Nos vemos, niña.

Echó a caminar hacia Grafton Street, pero se paró en seco y se dio la vuelta y regresó.

—Por cierto —dijo—, ¿qué diferencia hay entre un lobanillo y una verruga?

Cuando se marchó, ella se quedó un rato sin saber qué hacer, mientras terminaba de ponerse despacio los guantes de piel. Tuvo ese sentimiento descorazonador y compungido que tenía todos los jueves a esas horas, cuando se avecinaba el momento de ir a hacerle a su padre la visita semanal. Ese día, sin embargo, se había sumado a su sentimiento una sensación de inquietud. No lograba entender por qué había propuesto a Jimmy que se reuniera con ella: ¿qué había imaginado que le diría, qué supuso que podría hacer para disipar sus temores? Algo extraño le pareció notar en su manera de comportarse, lo supo desde el instante en que le habló de April y de sus días de silencio; había sido algo evasivo, incluso algo furtivo. Era muy consciente de la antipatía que bajo la superficie existía entre sus dos amigos, tan disímiles entre sí. En cierto modo daba la impresión de que Jimmy estuviera celoso de April, como lo estaba de Patrick Ojukwu. ¿O era más bien resentimiento que celos? De ser así, ¿qué era lo que encontraba en April, qué era lo que le producía ese resentimiento? Los Latimer de Dun Laoghaire eran una familia respetabilísima, terratenientes, cómo no, pero daba la impresión de que a juicio de Jimmy ella también lo fuese, y eso era algo

que no parecía echárselo en cara. Miró hacia el otro lado de la calle, a los coches de caballos, a los cocheros que esperaban con aplomo. Estaba segura de que algo malo, algo muy malo, quién sabe si, tal vez, lo peor de todo, había tenido que ocurrirle a su amiga.

De pronto, un nuevo pensamiento se formó en su mente y la hizo sentirse aún más intranquila. ¿Y si Jimmy decidiera ver en la desaparición de April la posibilidad de una noticia, «una historia estupenda», como él mismo diría? ¿Y si tan sólo hubiera fingido indiferencia, y se hubiese precipitado a la redacción para decirle a su jefe que April Latimer, una médico residente del Hospital de la Sagrada Familia, la «bastante famosa» hija del difunto, del llorado Conor Latimer, y sobrina por añadidura del actual ministro de Sanidad, no había dado señales de vida en más de una semana? Dios santo, pensó desolada, ¿qué es lo que he hecho?

Quirke nunca había experimentado que la vida pudiera ser algo tan carente de sabor. En los primeros días que pasó en San Juan había sido demasiada su confusión y su angustia para caer en la cuenta de que allí todo parecía filtrado, rebajado de color y de textura; poco a poco, sin embargo, el absoluto apagamiento del lugar empezó a resultar fascinante. En San Juan era imposible sujetar ni asir nada. Era como si la niebla que tan frecuente había sido desde el otoño allí se hubiera asentado de manera permanente, por igual en el exterior y en el interior del edificio, algo que estaba presente por todas partes y que sin embargo carecía de sustancia, y que en todo momento se encontraba a una distancia fija, sin que importase a qué velocidad se moviera uno. Tampoco era que nadie se moviera con velocidad allí dentro, no había ni asomo de rapidez, al menos entre los internos. «Internos» era una palabra que despertaba recelos, pero... ¿de qué otra forma se les podía llamar a aquellas figuras desprovistas de certezas, acalladas, de las que él formaba parte, cuando paseaban sin ánimo por los pasillos y por el recinto, como si fuesen víctimas de un bombardeo? Se preguntó más de una vez si ese ambiente acaso no era producto de una intención, si no estaría manipulado adrede, contrapartida emocional del bromuro que las autoridades penitenciarias, según se comentaba, administraban a los presidiarios, alimentos para apaciguar sus pasiones. Cuando le formuló la pregunta al hermano Anselm, ese buen hombre se limitó a reír. «No, no —le dijo—, todo es cosa vuestra». Se refería al trabajo colectivo de todos los internos; parecía casi orgulloso de sus logros.

El hermano Anselm era el director de la Casa de San Juan de la Cruz, refugio para adictos de todo tipo, para almas destrozadas, para hígados a punto de petrificarse. A Quirke le caía bien, le gustaba el aparente retraimiento con que se abstenía de juzgar nada, su humor a medias irónico, a medias melancólico. Los dos daban algún que otro paseo juntos por el recinto, por los senderos de gravilla, entre los setos, hablando de libros, de historia, de política ya antigua, temas nada problemáticos, sobre los que intercambiaban opiniones tan heladas y desprovistas de contenido como el aire invernal en medio del cual caminaban despacio. Quirke había ingresado en San Juan el 24 de diciembre, convencido por obra de su cuñado de que estaba necesitado de hacer una cura tras seis meses de borrachera constante, pocos detalles de la cual recordaba Quirke con ninguna claridad. «Hazlo al menos por Phoebe, aunque no sea por nadie más», le había dicho Malachy Griffin.

Dejar de beber había sido fácil; lo difícil era la confrontación diaria y nítida, sin

que nada se desdibujase, con un yo que de todo corazón preferiría ahorrarse. El doctor Whitty, el psiquiatra del centro, se lo había explicado así: «En algunos casos, como es el suyo, no es tanto el alcohol lo que resulta adictivo, sino la posibilidad de huida que ofrece. Es algo que contradice toda razón, ¿verdad? Huir de uno mismo, quiero decir». El doctor Whitty era un tipo grandullón y campechano, con ojos azul intenso y unos puños del tamaño de un nabo. Quirke y él ya se conocían un poco, profesionalmente, en el mundo exterior, pero allí se imponía la convención de comportarse como dos desconocidos, con la justa cordialidad. Quirke, pese a todo, se sentía incómodo: había dado por supuesto, a saber cómo, que San Juan le proporcionaría el anonimato, que era lo menos que podía esperar todo el que se pusiera al cuidado de un centro como ése, y agradeció por eso mismo la distante y estudiada animación de Whitty, y la escrupulosa discreción de su pálida mirada. Se sometió con mansedumbre a las sesiones diarias en el diván —en realidad no era un diván, sino una silla medio vuelta hacia la ventana, sesiones en las que el psiquiatra era sobre todo una presencia callada, una respiración audible tras la silla— e intentó decir todo lo que pensó que se contaba con que dijese. Sabía cuáles eran sus problemas, conocía más o menos bien la identidad de los demonios que lo atormentaban, pero en San Juan a todos se les pedía que despejasen el panorama, que borrasen todo lo anterior, que empezasen de nuevo —los tópicos eran otro de los ingredientes básicos de la vida en una institución—, y él no iba a ser una excepción a la norma.

—Es un camino muy largo el camino de vuelta —le dijo el hermano Anselm—. Cuanto menos equipaje lleve consigo, mejor.

Quirke, aunque no llegó a decirlo, pensó que tal vez se le hubiese ocurrido que podía soltar todo el lastre y salir vacío del todo, ligero de equipaje.

A los internos se les invitaba con insistencia a que se emparejasen, como si fueran tímidos participantes en un baile grotesco. La teoría era que el contacto diario y sostenido con un compañero de sufrimientos, que entrañaba el compartir confidencias, el exponerse con sinceridad al otro, habría de ayudar a restablecer el concepto de lo que allí se llamaba «mutualidad», e inevitablemente aceleraría el proceso de rehabilitación. De este modo se encontró Quirke con que pasaba mucho más tiempo del que hubiese querido con Harkness —la forma de trato habitual en San Juan era siempre por el apellido—, un hombre hirsuto, de rostro endurecido, con el aire indignado y reprensor de un águila. Harkness tenía un agudo sentido de lo cómico en sus vertientes más desoladoras; no en vano, le gustaba llamar «cautiverio» al estado en que se hallaban, y cuando supo cuál era la profesión de Quirke emitió una carcajada corta, resonante, como el sonido de una tela gruesa y resistente al rasgarse en dos.

—¡Patólogo! —bufó con rencoroso deleite—. ¡Pues bienvenido al depósito de

cadáveres, hombre!

Harkness —la cualidad de escuchón implícita en su apellido parecía más un atributo que un nombre— era tan reacio como Quirke en materia de confidencias personales, y al principio apenas dijo nada de sí mismo ni de su pasado. Quirke, sin embargo, había pasado su niñez de huérfano en instituciones religiosas, y en el acto dedujo que era... ¿cómo se decía? Un hombre del clero.

—Correcto —dijo Harkness—, soy miembro de los Hermanos Cristianos. Seguramente habrá oído usted el susurro de la sobrepelliz.

O más bien de la correa de cuero, pensó Quirke. Uno junto al otro, emperrados en el mismo silencio, cabizbajos, con los puños cerrados a la espalda los dos, recorrían las mismas sendas por las que había paseado Quirke con el hermano Anselm, bajo los árboles helados, cual si cumpliesen penitencia, como en cierto modo lo estaban haciendo. Con el paso de las semanas, Harkness empezó a soltar los nudos más resistentes de información, como si escupiese las pepitas de una fruta agria. La sed, el ansia de beber, por lo visto, había sido en su caso una defensa contra otros apremios.

—Digámoslo de este modo —dijo—. Si no hubiera ingresado en la Orden, es poco probable que me hubiese casado nunca.

Rió de un modo lúgubre. A Quirke le asombró: nunca había oído de nadie, y menos aún de un hermano cristiano, una manifestación tan directa, un reconocimiento tan claro de ser homosexual. Harkness también había perdido su vocación —caso de que en realidad la tuviese alguna vez—, y empezaba a llegar a la conclusión de que, en definitiva, Dios no existe.

Tras tan descarnadas revelaciones, Quirke se sintió compelido a devolverle la confianza en la misma especie, pero le resultó extremadamente difícil, y no por azoramiento, ni por vergüenza —aunque debía estar azorado, debía estar avergonzado, teniendo en cuenta las muchas fechorías que pesaban sobre su conciencia—, sino por el repentino peso del tedio que sintió sobre los hombros. Lo malo de los pecados y las penas, había descubierto, es que con el tiempo resultan el colmo de lo tedioso incluso para el pecador apenado y arrepentido. ¿Tendría el valor de relatarlo todo de nuevo, el desastre que era a fin de cuentas su vida, la calamitosa pérdida del aplomo, la pereza moral, los fracasos, las traiciones? Lo intentó. Le contó que, cuando murió su esposa al dar a luz, dio a su hija recién nacida en adopción a su cuñada, y que mantuvo en secreto este hecho para la hija, Phoebe, que ya era una mujer, a la que no dijo nada durante casi una veintena de años. Se oyó decirlo como si estuviera contando la historia de otra persona.

—Pero ella viene a visitarle —dijo Harkness, y frunció el ceño de pura perplejidad, interrumpiéndole—. Su hija, sí. Viene a visitarle.

—Sí, en efecto. Viene a verme —dijo. A Quirke ya no le resultaba sorprendente esta realidad, pero de pronto le pareció novedosa.

Harkness no dijo nada más, limitándose a asentir con una expresión de amargo asombro, y apartó la mirada. Él no recibía visitas.

Ese jueves, cuando Phoebe fue a verle, Quirke pensó en el solitario hermano cristiano e hizo un esfuerzo adicional por estar alerta con ella, por apreciar en su justo punto el solaz que ella creía darle con sus visitas. Se sentaron en la sala del recibidor, un rincón desolado, acristalado, en el inmenso vestíbulo de entrada —en la época victoriana, el edificio había sido el imponente cuartel general de alguna de las dependencias de la administración británica en la ciudad—, en donde había mesas con sobre de plástico y sillas de metal y, en un extremo, una repisa en la que había un tremendo termo lleno de té, que emitía siseos y un ruido como de tripas durante todo el día. A Quirke le pareció que su hija estaba más pálida que de costumbre, y tenía unas sombras difusas, una especie de magulladuras bajo los ojos. Parecía alterada por algo. Mostraba por lo común un aire ensombrecido, marchito, que se fue haciendo más acusado a medida que dejaba atrás los veinte años e iba camino de los treinta; al mismo tiempo se iba convirtiendo en una hermosa mujer, Quirke lo comprendió no sin sorpresa, y con un inexplicable y sin embargo seco restallido de inquietud. Su palidez se acentuaba por la ropa negra que vestía casi siempre, falda y chaqueta negras, un abrigo negro ligeramente desaliñado. Ésa era por lo general su ropa de trabajo —trabajaba en una sombrerería—, aunque él pensaba que le daban un aire muy monjil.

Se sentaron uno frente al otro, las manos extendidas sobre la mesa, tocándose casi las yemas, pero sin llegar a tanto.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí —dijo—. Estoy bien.

—Pues parece... no sé, parece ¿tensa tal vez?

Vio cómo ella decidía prescindir de su simpatía. Miró la alta ventana junto a la que estaban, en donde se agolpaba la niebla contra los vidrios como si fuera gas comprimido. Las tazas grises, llenas de té, permanecían inamovibles sobre la mesa, sin que ninguno hubiese tocado la suya. El sombrero de Phoebe se encontraba también sobre la mesa, una minúscula confección de encaje y terciopelo negro, adornada con una dramática e incongruente pluma de color escarlata. Quirke lo señaló con un gesto.

—¿Cómo está la señora... como se llame?

—¿Quién?

—La dueña de la sombrerería.

—La señora Cuffe-Wilkes.

—Ese nombre tiene que ser inventado.

—Estuvo casada con un señor Wilkes. Murió, y empezó a hacerse llamar Cuffe-Wilkes.

—¿Y hay un señor Cuffe?

—No. Ése es su apellido de soltera.

—Ah.

Quirke sacó la pitillera, la abrió con un clic y se la ofreció, tendiéndosela en la palma de la mano. Ella negó con un gesto.

—Lo he dejado.

Él seleccionó un cigarrillo para fumárselo y lo encendió.

—Antes fumabas... ¿cómo se llamaban aquellos cigarrillos de perfil ovalado?

—Nubes de Paso.

—Eso es. ¿Por qué lo has dejado?

Ella sonrió con ironía.

—¿Y tú?

—¿Por qué he dejado la bebida, quieres decir? Ah, en fin...

Los dos apartaron la vista, Phoebe de nuevo hacia la ventana y Quirke de lado, hacia el suelo. Había media docena de parejas en la sala, sentadas todas en mesas tan alejadas unas de otras como fuera posible. El suelo era de losas grandes, blancas y negras, y con las personas colocadas como estaban parecía todo montado para una partida de ajedrez que se disputase en silencio y a tamaño natural. El aire apestaba a humo de los cigarrillos y a té reposado más de la cuenta, y había también un residuo de algo medicinal y vagamente punitivo.

—Este sitio es horrible —dijo Phoebe, y miró a su padre sintiéndose culpable—. Perdona, lo siento.

—¿Por qué? Si tienes razón, es un sitio horrible —hizo una pausa—. Me largo, me voy a dar de alta.

Él se quedó tan sorprendido como ella. No había sido consciente de tener tomada la decisión hasta que la anunció. Pero en ese momento, hecho el anuncio, se dio cuenta de que había tomado la resolución en el momento en que, ese mismo día, de paseo por el recinto, bajo los árboles pelados, hablando de la hija de Quirke, Harkness se había vuelto escondiendo esa mirada de amargura en sus ojos de águila. Sí, había sido entonces, Quirke acababa de entenderlo; fue entonces cuando mentalmente emprendió el viaje de regreso a algo semejante al sentimiento, a algo —¿cómo llamarlo?— semejante a la vida. El hermano Anselm tenía razón: le esperaba un largo camino por delante.

Phoebe estaba diciéndole algo.

—¿Cómo dices? —preguntó él con un destello de irritación, procurando no mostrar su enojo—. Perdona, no te estaba escuchando.

Ella lo miró con ese aire reprobatorio, la cabeza ladeada, el mentón bajo, una ceja enarcada, que solía dedicarle cuando era pequeña y seguía pensando que él era una especie de tío carnal; también entonces su atención fluctuaba más de la cuenta.

—April Latimer —dijo. Él seguía frunciendo el ceño sin terminar de entender nada—. Estaba diciendo —añadió— que parece ser... que se ha marchado, o algo así.

—Latimer —dijo él, precavido.

—¡Oh, Quirke! —exclamó Phoebe. Era típico de ella llamarle así, nunca papá, papi, padre—. Mi amiga, April Latimer. Trabaja en el mismo hospital que tú. Es médico residente.

—No consigo ubicarla.

—Su padre era Conor Latimer y su tío es el ministro de Sanidad.

—Ah. Una Latimer de esa familia. ¿Y dices que se la echa a faltar?

Se le quedó mirando sobrecogida: ella no había empleado esa expresión, «echar a faltar». ¿Por qué lo había hecho él? ¿Qué había percibido en su tono de voz, qué le había alertado sobre lo que ella tanto temía?

—No —dijo con firmeza—, no es que se la eche a faltar, no es que esté desaparecida, si es eso lo que quieres dar a entender, pero parece... parece que se ha marchado sin decir nada a nadie. Yo no he tenido noticias tuyas en más de una semana.

—¿Una semana? —dijo él, restándole importancia con toda la intención—. Pues no es mucho tiempo.

—Me suele llamar a diario, o cada dos al menos.

Se encogió de hombros y se retrepó en la silla; tenía la pavorosa convicción de que cuanto más llanamente permitiera que se le notase la preocupación, más probable era que a su amiga le hubiera ocurrido alguna calamidad. No tenía ni pies ni cabeza, pero era una idea que no lograba quitarse de encima. Notó la mirada de Quirke; la notó como si fuera la mano de un médico en busca del punto inflamado, del lugar del trastorno, de la zona del dolor.

—¿Y qué hay del hospital? —dijo él.

—He llamado por teléfono. Por lo visto, mandó una nota para decir que no iría a trabajar.

—¿Hasta cuándo?

—¿Cómo? —lo miró desconcertada durante unos momentos.

—¿Cuánto tiempo dijo que estaría sin ir a trabajar?

—Ah. No lo pregunté.

—¿Y dio alguna razón para no ir al trabajo? —preguntó. Ella negó con un gesto; no lo sabía. Se mordió el labio inferior hasta que se le puso blanco—. Es posible que tenga la gripe —dijo él—. A lo mejor ha decidido tomarse unas vacaciones. A esos médicos residentes, a los jovencitos, los hacen trabajar como a los negros, no sé si lo sabes.

—Me lo habría dicho —murmuró. Al decirlo, con un gesto de terquedad en la boca, volvió a ser por un instante la niña que él recordaba.

—Llamaré por teléfono a los de su departamento —le dijo—. Averiguaré qué es lo que pasa. No te preocupes.

Ella sonrió, pero a modo de simple tentativa, y con tal esfuerzo, mordiéndose el labio aún, que él vio con toda claridad lo intranquila que estaba. ¿Qué debía hacer, qué debía decirle?

Fue caminando con ella hasta la puerta de entrada. La brevedad del día estaba pronta a terminar y la penumbra del crepúsculo se adentraba en la niebla y la espesaba como si le añadiese hollín. No se había puesto el abrigo y tenía frío, pero insistió en acompañarla hasta la cancela. Sus despedidas siempre eran incómodas; ella le había besado una sola vez, años antes, cuando no sabía que era su padre, y en momentos como ése el recuerdo de aquel beso aún era un destello entre los dos, un destello con la potencia de una lámpara de magnesio. Le tocó levemente el codo con la yema de un dedo y dio un paso atrás.

—No te preocupes —volvió a decirle, y volvió a sonreírle y asintió, y se giró para marcharse adentro.

La vio traspasar aún la cancela, la absurda pluma de color escarlata meciéndose sobre el sombrero, y entonces la llamó.

—Olvidaba decirte —gritó— que me voy a comprar un coche.

Ella se volvió boquiabierta.

—¿Cómo que un coche? Si tú ni siquiera sabes conducir.

—Ya, pero tú podrás enseñarme.

—¡Si yo tampoco sé conducir!

—Bueno, pues aprende, y yo aprenderé de ti.

—Estás loco —dijo, y meneó la cabeza riéndose.

Cuando oyó sonar el teléfono, Phoebe por intuición supo que la llamada era para ella. Aunque la vivienda se dividía en cuatro pisos y existía un solo teléfono público en el vestíbulo de entrada, el acceso al mismo era constante objeto de competitividad e incluso de riñas entre los inquilinos. Llevaba seis meses viviendo allí. La casa era una vivienda desaliñada, sin ningún encanto, mucho menos agradable que el piso que ocupaba antes en Harcourt Street, aunque después de todo lo ocurrido le resultó imposible seguir viviendo entre aquellas paredes. Se había llevado sus cosas, claro está, sus fotografías y adornos, el oso de peluche ya tuerto y despelujado, e incluso algunos de sus muebles, los que le permitió llevar el casero, pero seguía echando de menos su piso de antes. Allí había tenido la fuerte sensación de estar en el centro de la ciudad, en medio del bullicio; en cambio, Haddington Road era casi la periferia. Había días en los que, al doblar la esquina saliendo del puente de Baggot Street, contemplaba el largo y desierto trayecto hasta Ringsend y le parecía sentir que la soledad de su vida se abría a sus pies como un abismo insondable. Era consciente de pasar demasiado tiempo a solas, lo cual era otra de las razones por las que no quería perder a una amiga como April Latimer.

Cuando llegó al rellano, el hombre joven y gordezuelo que ocupaba la planta baja estaba plantado al pie de la escalera, mirándola con cara de pocos amigos. Era siempre el primero en ir a coger el teléfono, aunque ninguna de las llamadas parecía ser nunca para él.

—He dado una voz —dijo malhumorado—, ¿es que no me has oído?

No había oído nada; tuvo la casi total certeza de que le estaba mintiendo. Se apresuró a bajar las escaleras a la vez que el joven regresaba a su piso y cerraba de un portazo.

El teléfono, que funcionaba con monedas, era una caja metálica, negra, encastrada en la pared por encima de la mesa del recibidor. Cuando tomó el pesado receptor para llevárselo a la oreja, tuvo la sensación de que el aliento cariado del joven gordezuelo emanaba por el micrófono.

—¿Sí? —dijo con suavidad, con ansia—. ¿Sí?

Había albergado la esperanza, contra todo lo que cabía esperar, de que fuese April, pero no lo era, y el corazón, que había latido con fuerza al ritmo de la expectativa, recuperó su ritmo de costumbre.

—Hola, Pheeb. Aquí Jimmy.

—Ah. Hola.

No había escrito un artículo sobre April; se había ocupado de hojear a fondo el *Mail*, y ahora se sentía culpable por haberlo pensado, y también un poco idiota por haber sospechado que lo haría.

—Se me olvidó preguntarte ayer si viste si la llave de April estaba en su sitio cuando fuiste a verla.

—¿Cómo? —dijo ella—. ¿Qué llave?

—La que suele dejar debajo de la losa suelta que hay en el portal, si es que ha salido y espera alguna visita.

Phoebe no dijo nada. ¿Cómo era posible que Jimmy estuviera al tanto de la existencia de esa llave, mientras que ella nunca había tenido conocimiento? ¿Por qué no se lo había dicho April jamás?

—Me acercaré ahora mismo, a ver si sigue estando en su sitio —decía Jimmy en ese momento—. ¿Te apetece que quedemos y vamos juntos?

Salió caminando a buen paso hacia el puente, con la cabeza envuelta por la pañoleta y tapándose la boca. La niebla era menos espesa, aunque persistía una bruma fría. Herbert Place estaba una sola calle más allá, al otro lado del canal.

Cuando llegó a la casa, no había ni rastro de Jimmy. Subió los peldaños y llamó al timbre, por si acaso hubiera llegado él antes y hubiese entrado ya, pero le fue evidente que no era así. Escrutó las losas de granito tratando de dar con la que estuviera suelta. Pasaron unos minutos; se sintió cohibida y expuesta, y pensó que podría llegar cualquiera a preguntarle en ese momento por qué estaba llamando todavía cuando era obvio que la persona a cuyo timbre llamaba no se encontraba en su domicilio. Le alivió ver llegar a Jimmy presuroso por el camino de sirga. Atravesó por un hueco la barandilla y echó a correr por la calle, haciendo caso omiso de un vehículo cuyo conductor tuvo que dar un volantazo para no atropellarle, y que tocó el claxon indignado.

—¿Todavía no hay ninguna señal? —dijo sumándose a ella en el peldaño superior. Llevaba el impermeable de plástico que tenía un olor ácido, desagradable. Con el tacón oprimió el canto de una de las losas, junto a la cuchilla para limpiarse el barro de los zapatos, y la esquina opuesta se levantó un poco. Ella vio el brillo apagado de dos llaves sujetas por una arandela.

La bruma había penetrado en el portal y aún quedaba un tenue cendal inmóvil como un ectoplasma en las escaleras. Ascendieron en silencio hasta la segunda planta. Phoebe había subido infinidad de veces por esas escaleras, pero de pronto se sintió como una intrusa. No se había fijado nunca en que la alfombra estaba desgastada por el canto de cada escalón, por fuera, ni en que las varillas de sujeción se hallaban deslustradas, ni en que faltaban a intervalos. En la puerta del piso de April vacilaron los dos, cruzando una mirada de duda. Jimmy llamó suavemente con los nudillos. Aguardaron un momento, pero no se oyó nada del otro lado.

—En fin —dijo él en un susurro—. ¿Nos arriesgamos?

El ruido áspero de la llave al entrar en el cerrojo hizo que Phoebe se estremeciera.

No sabía qué era lo que contaba con encontrar allí dentro, aunque era evidente que nada estaba fuera de su sitio, nada que ella de todos modos pudiera precisar. April no era ni de lejos la persona más ordenada del mundo, y el barullo del interior le resultó familiar, e incluso tranquilizador: ¿cómo le iba a haber ocurrido nada malo de verdad a una persona que había lavado unas medias de nailon y las había dejado de cualquier manera sobre el guardafuego, delante de la chimenea? Fíjate si no, se dijo, en esa taza y el platillo en la mesa del café, el borde de la taza señalado con una mancha de carmín rojo encendido, y el paquete a medio terminar de galletas Marietta, tan normal y corriente, tan hogareño. A pesar de todo, en el ambiente se percibía algo imposible de ignorar, algo tenso, vigilante, malhumorado, como si la presencia de ambos hubiera quedado registrada en la vivienda y causara resentimiento.

—¿Y ahora qué? —dijo ella.

Jimmy miraba la estancia con suspicacia, entornando los ojos, dándoselas como siempre de reportero curtido; en un visto y no visto sacaría la libreta para tomar nota de algo. Phoebe no recordaba con exactitud cuándo había conocido a Jimmy, ni dónde. Era extraño: le daba la sensación de que lo conocía desde hacía muchísimo tiempo, un tiempo imposible, a pesar de lo cual prácticamente no sabía nada de él. Ni siquiera estaba segura de dónde vivía. Era locuaz, hablaba por los codos de cualquier tema, salvo de sí mismo. Le extrañó que April le hubiera dado a conocer el secreto de la llave colocada bajo la losa. ¿Estaban otros al tanto de su existencia? Le llamó la atención de pronto que, si ella era la única a quien April no se lo había dicho, tal vez no había nada raro en que su amiga hubiera dejado de llamarla; tal vez, se dijo, April ni siquiera la consideraba amiga suya, tan sólo una conocida con la que pasar el rato o de la cual despedirse a su entero gusto, por capricho. De ser así, no había por qué preocuparse tanto. Empezaba a sentirse agraviada de una forma que incluso le causaba cierto placer, pero entonces se le pasó por la cabeza que Jimmy, a quien April sí había dicho lo de la llave, y a quien por tanto debía de considerar un verdadero amigo íntimo, tampoco había tenido noticias de ella. Ni las había tenido nadie más de su círculo, al menos por lo que ella alcanzaba a saber.

Como si acabara de leerle los pensamientos —a veces demostraba una clarividencia extraordinaria, sobrenatural—, Jimmy le hizo una pregunta.

—¿Tú hasta qué punto crees que la conocías bien? A April, quiero decir...

Estaban en el centro de la habitación. Hacía frío, ella aún llevaba la pañoleta al cuello, y aunque tenía las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del abrigo, notaba el frío en las yemas heladas de los dedos.

—Pues todo lo bien que se puede conocer a alguien, digo yo —respondió—. O al menos eso creía, vaya. Hablábamos todos los días, eso ya lo sabes. De entrada, por

eso me entró la preocupación al no tener noticias de ella —él seguía mirando en derredor, asentía y se mordía el labio superior junto a la comisura—. ¿Y tú? —le preguntó.

—Siempre ha sido un buen contacto.

—¿Contacto?

—En el hospital. Si se estaba cociendo algo, si algún gerifalte se liaba a bofetadas con alguien estando borracho, o si se había encubierto un suicidio, siempre me he podido fiar de que April me filtrase los detalles del asunto.

Phoebe se le quedó mirando.

—¿April te contaba cosas como ésas?

Le pareció difícil de creer. La April a la que ella conocía, la que había creído conocer, con toda seguridad se habría abstenido de pasar esa clase de información a un reportero, aun tratándose de un amigo suyo.

—Eh, que no es que me diera información confidencial, cuidado —dijo Jimmy a la defensiva—. Pero con una llamada ella me ahorraba tiempo, eso es todo. Tú no sabes cómo es esto de trabajar con una hora límite que hay que cumplir de todas todas.

No le resultaba atractivo ese tono quejumbroso y ensayado que adoptaba él en ocasiones. Se acercó a la ventana y se asomó. Incluso de espaldas tenía un aire de enfado, de resentimiento. Ella sabía que Jimmy se daba por ofendido por nada en menos que cantase un gallo; lo había visto suceder muchas veces.

—¿Te has dado cuenta —dijo ella de pronto— de que llevamos todo el tiempo hablando de ella en pasado?

Él se dio la vuelta y se miraron de frente.

—Ahí está el dormitorio —dijo Jimmy—, aún no hemos mirado ahí dentro.

Entraron. El desorden era aún mayor que en el cuarto de estar. Las puertas del armario se encontraban abiertas, la ropa en el interior amontonada, tirada de cualquier manera. Había prendas íntimas arrugadas por el suelo, olvidadas en el mismo sitio en el que su dueña se las había quitado. Una vieja máquina de escribir Remington descansaba en una mesa, en un rincón, y alrededor se amontonaban libros de texto, papeles, carpetas de anillas muy abultadas, tapando casi del todo el teléfono, de un modelo anticuado, de los que tenían una manivela de metal en un lado que había que accionar para conectar con la operadora. También allí había una taza con restos reseca de un café que aún despedía un aroma tenue y amargo. April era adicta al café; lo tomaba durante todo el día y también si le tocaba trabajar en el turno de noche. Phoebe miró en derredor. Tuvo la impresión de que no debía tocar nada, convencida de que, de hacerlo, todo lo que tocase se le desharía entre los dedos: de pronto, allí todo era susceptible de romperse. El olor del café de una semana de antigüedad, y de otras cosas que se entremezclaban —maquillaje, polvo, ropas de

cama usadas—, ese olor entreverado y rancio que siempre se nota en un dormitorio, le provocó un amago de náusea.

Era extraño, pero la cama estaba hecha, y además con un grado de perfección como sólo se da en los hospitales, la manta y las sábanas remetidas del todo, la almohada tan alisada y tan limpia como un banco de nieve.

—Mira esto —dijo Jimmy tras ella. Una puerta de lamas de contrachapado daba acceso a un minúsculo cuarto de baño sin ventana. Estaba allí dentro, inclinado sobre el lavabo. La miró por encima del hombro, y en el instante en que fue a acercarse tuvo el deseo de no hacerlo. El lavabo estaba amarillecido por el tiempo, y tenía manchas de un color verdigrís bajo los dos grifos. Jimmy señalaba una mancha tenue, estrecha, marronácea, que bajaba desde la ranura de tope para que no se desbordase casi hasta el desagüe—. Esto es sangre —añadió.

Se quedaron quietos, mirándose sin respirar apenas. Pensándolo mejor, ¿qué tenía de extraño que hubiera un poco de sangre en un cuarto de baño? Sin embargo, para Phoebe fue como si alguien que le sonriera con inocuidad de pronto se volviera hacia ella y le mostrase la palma abierta de la mano y en ella algo terrible. Empezaba a sentirse realmente mareada. Se le agolpaban en la cabeza las imágenes del pasado, titilantes como en un viejo noticiario. Un coche en un saliente de tierra, en medio del mar, con nieve, y un joven armado con un cuchillo. Un anciano mudo y furioso, tumbado en una cama estrecha, entre dos altas ventanas. Una silueta de cabello plateado, empalada y aún estremeciéndose en una verja de lanzas negras. Iba a tener que sentarse, aunque... ¿dónde? ¿En qué? Cualquier cosa sobre la que pudiera descargar su peso podría a su vez abrirse bajo ella y liberar nuevos horrores. Tuvo la sensación de que las entrañas se le volvían líquidas y de pronto notó un intenso dolor de cabeza, y le pareció que mirase alelada en medio de una niebla roja e impenetrable. De un modo inexplicable, se encontró a medias sentada y a medias tendida junto a la puerta del cuarto de baño, las lamas a su espalda. Se le había salido uno de los zapatos y Jimmy se había acuclillado junto a ella y tenía entre las suyas su mano.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupado.

¿Se encontraba bien? Aún tenía el intenso dolor de cabeza, como si un cable al rojo vivo le traspasara por el medio de la frente.

—Lo... lo lamento —dijo, o más bien quiso decir—. Debo de... debo de ha...

—Te has desmayado —dijo Jimmy. La observaba muy de cerca con lo que a ella le pareció un brillo de ligero escepticismo en la mirada, como si a medias sospechase que el desmayo lo había fingido, que había sido un golpe de histrionismo para llamar la atención.

—Lo lamento —volvió a decir—. Creo que voy a vomitar.

A duras penas se puso en pie y trastabilló a la vez que se sujetaba a la taza del

retrete, con las manos apoyadas en el asiento. Tuvo una arcada, pero nada más. ¿Cuándo había comido por última vez? Por un momento no fue capaz de recordarlo. Se alejó del retrete y se sentó en el suelo sin pensarlo, doblándosele las piernas con torpeza bajo el cuerpo.

Jimmy fue a prepararle un té al hueco que, junto al cuarto de estar, hacía las veces de cocina, desde donde lo oyó ella trajinar para llenar de agua la pava y sacar una taza de un armario. Quiso tenderse en la cama, pero no fue capaz; a fin de cuentas, era la cama de April, además de que la severidad con que estaba hecha resultaba imponente. Terminó por sentarse en cambio en una silla, delante de la mesa atiborrada de papeles, aún temblando un poco, con una mano en la cara. El dolor que sentía antes tras la frente se había extendido hacia la base del cráneo y le oprimía las órbitas de los ojos.

—La leche estaba mala —dijo Jimmy, y depositó la taza con un platillo delante de ella, en la mesa—. Pero hay azúcar de sobra, te he puesto tres cucharadas.

Dio un sorbo de té azucarado y pese a todo amargo, escaldándose, e intentó sonreír.

—Me siento como una boba —dijo—. No había perdido nunca el conocimiento —miró a Jimmy por encima del borde humeante de la taza. Se encontraba ante ella con las manos en los bolsillos de los pantalones, la cabeza ladeada, observándola. Aún no se había quitado ese maloliente impermeable—. ¿Qué vamos a hacer?

Él se encogió de hombros.

—Pues no lo sé.

—¿Llamamos a la Guardia?

—¿Y qué les decimos?

—Bueno, pues... pues que no se tienen noticias de April, que hemos estado en su piso y que no había nadie, y que había una mancha de sangre en el lavabo.

Calló de pronto. Se dio perfecta cuenta de lo débil que sonaba todo lo que acababa de decir, débil y descabellado.

Jimmy se alejó y dio unos pasos, dando un rodeo entre la ropa interior de April, esparcida por el suelo.

—Podría estar en cualquier parte —dijo casi con impaciencia—. Podría haberse marchado de vacaciones... Ya sabes qué impulsiva es.

—¿Y si no se ha ido de vacaciones?

—Mira, a lo mejor se ha puesto enferma y se ha ido a casa de su madre —respondió con un resoplido—. A lo mejor es así —insistió—. Cuando una chica se pone enferma, su instinto la lleva a volver volando al nido.

¿Y dónde, se preguntó ella, dónde estaría el nido al cual volaría Jimmy si estuviera enfermo o tuviera complicaciones? Se lo imaginó: una casa de campo pequeña y encalada de blanco, al final de un camino sin asfaltar, delante de un monte,

con un perro gruñendo a la entrada, y una figura en delantal haciendo señas imprecisas desde la penumbra del umbral.

—¿Por qué no la llamas por teléfono? —dijo Jimmy al cabo.

—¿A quién?

—A su madre. A la señora Latimer, esa vieja más dura que el hierro.

Era sin lugar a dudas lo más lógico, lo que obviamente tendría que haber hecho antes que nada, pero sólo de pensar en hablar con esa mujer le vencía el amedrentamiento.

—Es que no sabría qué decirle —repuso—. De todos modos, creo que tienes razón, April podría estar en cualquier parte, haciendo cualquier cosa. Sólo porque no nos haya llamado no es seguro que haya desaparecido —agitó la cabeza e hizo una mueca en el momento en que el dolor le pulsó de nuevo tras los globos oculares—. Creo que deberíamos vernos los cuatro, tú y yo, con Patrick e Isabel.

—¿Una reunión, quieres decir? ¿Una reunión de emergencia? —preguntó. Se estaba riendo de ella.

—Pues sí, si quieres decirlo así... —dijo como si tal cosa, decidida—. Yo... yo les llamo y les digo que nos veamos esta noche. ¿En el Dolphin? ¿A las siete y media, como siempre?

—De acuerdo —dijo él—. A lo mejor ellos saben algo... A lo mejor alguno de ellos ha tenido noticias de ella.

Phoebe se puso en pie y fue a la cocina, llevándose la taza.

—¿Quién sabe? —le dijo por encima del hombro—. Tal vez se hayan ido juntos a alguna parte los tres.

—¿Sin decirnos nada?

¿Y por qué no?, pensó ella. Todo es posible. Cualquier cosa lo es. A fin de cuentas, April no le había dicho nada de la llave escondida bajo la losa. ¿Qué más podría haberse callado?

El piso en que vivía Quirke tenía el aire avergonzado y resentido de un aula levantisca, de pronto acallada con el regreso inesperado del profesor. Dejó la maleta y recorrió los cuartos mirando por los rincones, examinando las cosas, sin saber bien qué esperaba encontrar, y todo lo encontró como estaba en la mañana de la víspera de Navidad, cuando llegó el taxi para llevárselo, sudoroso y con temblores, a San Juan. Le resultó incomprensiblemente decepcionante; ¿tenía acaso la vaga esperanza de hallar alguna señal de violación, de ultraje, las ventanas rotas, sus pertenencias saqueadas, la cama revuelta, un excremento en las sábanas? No le pareció del todo adecuado que todo aquello hubiera seguido intacto y sin que nada lo afectase mientras él estaba lejos con sus padecimientos. Volvió al cuarto de estar. Aún llevaba el abrigo abotonado. No se había encendido la calefacción en el piso durante casi dos meses enteros, y el aire parecía más frío que en la calle. Conectó a la red eléctrica la estufa y se oyó soltar un gruñido al inclinarse hacia el enchufe; de inmediato notó el olor a quemado, al ver la resistencia enrojecerse y quemar el polvo de varias semanas acumulado en ella. Después fue a la cocina y encendió los cuatro hornillos de gas, y además encendió el horno y lo puso al máximo. Malachy Griffin no se había aventurado más allá de la puerta de entrada, en donde se quedó plantado, enmarcado por la luz del rellano, con el impermeable gris y la bufanda de lana, viendo a Quirke malhumorado reclamar su territorio. Malachy era alto, delgado, con el cabello escaso; las gafas sin montura daban a sus ojos un brillo lacrimoso.

—¿Necesitas alguna cosa? —preguntó.

Quirke se volvió.

—¿Cómo?

Estaba en la ventana grande de la cocina con las manos en los bolsillos del abrigo. Tenía una mirada extraviada, como si no la fijase en nada. Una luz brumosa entraba por la ventana, una neblina fina, plateada.

—Te harán falta provisiones. Pan. Leche.

—De aquí a un rato iré al Q&L.

Se hizo un silencio tenue y sin esperanza. Quirke deseó que su cuñado entrase o se marchase, que cerrase la puerta de un modo u otro. Pero al mismo tiempo no deseaba que se fuese, todavía no: hasta la compañía de Malachy era preferible antes que tener que quedarse solo en ese entorno de repente extraño, ajeno, hostil. Fue a abrir la puerta de un armario y no lo hizo. Rió.

—¡Dios del amor, si estaba a punto de ponernos una copa para cada uno!

—¿Por qué no vamos al Shelbourne? —dijo Malachy—. Seguramente no habrás desayunado nada...

Le dio por pensar que el gran tamaño de Quirke, la cabeza grande, los hombros enormes, en el fondo le daba un aire más vulnerable en ese momento.

—Últimamente no como mucho. El metabolismo cambia cuando se suprime la bebida. Como un bebé cuando se le desteta, supongo.

El gas de los hornillos siseaba y petardeaba, extendiendo un calor diluido y endeble en el aire.

—Da lo mismo —dijo Malachy—, algo tendrás que comer...

—No me irás a decir que tengo que conservar las fuerzas.

Se hizo otro silencio, esta vez algo ofendido por parte de Malachy. Quirke sacudió una mano para pedir disculpas con irritación, moviendo la cabeza. Apagó el gas.

—De acuerdo, vayamos —dijo.

El ambiente en la calle tenía la textura del algodón frío, empapado. El coche de Malachy estaba aparcado en la acera; aunque había sido él quien había ido a recogerlo a San Juan, sólo en ese momento lo reconoció Quirke, y lo hizo con un sobresalto apagado, al ver en el vehículo el antiguo Humber negro que había sido propiedad del juez Garret Griffin, su padre adoptivo. El juez, ya fallecido, era el padre natural de Malachy; a los dos les había hecho un gran daño. ¿Por qué conducía Malachy el coche del viejo malvado? ¿Qué era eso? ¿Un gesto de perdón y de piedad filial?

Quirke propuso que fuesen a pie. Echaron a caminar por Mount Street, el ruido de sus pasos algo rezagado tras ellos. Había un polvillo de carbón suspendido en la neblina, escupido por las chimeneas de la ciudad; ambos notaron el hollín en los labios y entre los dientes. En la esquina de Merrion Square doblaron a la izquierda hacia Baggot Street.

—Por cierto —dijo Quirke—, ¿tú conoces a esa joven que trabaja en el hospital, la hija de Conor Latimer?

—¿Latimer? ¿En qué departamento está?

—No lo sé. Supongo que en Medicina Interna. Es una médico residente.

Malachy pareció meditar; Quirke casi llegó a oír el ruido de su cerebro al trajinar, como si repasara una serie de fichas de archivador. Malachy se enorgullecía de su memoria para los detalles, o al menos así era antes de que muriese Sarah y perdiera él ese interés por tales cosas.

—Latimer —dijo de nuevo—. Sí. Alice Latimer. No, es April. Alguna vez la he visto, sí. ¿Por qué?

Al ponerse rojo, el semáforo de Fitzwilliam Street traspasó la bruma con una brillantez antinatural, siniestra casi.

—Phoebe la conoce. Son amigas —respondió. Malachy guardó silencio. La mención de Phoebe siempre provocaba una tensión entre los dos: a fin de cuentas, de niña Phoebe creía que era hija de Malachy, no de Quirke—. Parece ser —agregó Quirke carraspeando— que desde hace algún tiempo no se sabe nada de ella.

Malachy no lo miró.

—¿Que no se sabe nada de ella?

Doblaron a la derecha por Baggot Street. Una chamarilera con un chal de cuadros escoceses los abordó con su letanía de plañidera; Quirke le dio una moneda y la vieja farfulló una bendición a su paso.

—Phoebe está preocupada —dijo—. Parece que tenían por costumbre hablar a diario por teléfono, ella y esa chica de los Latimer, pero ha pasado una semana, no sé si más, desde la última vez que la llamó.

—¿Ha ido a trabajar la tal April Latimer?

—No; mandó una nota para comunicar que estaba enferma.

—Bueno, pues entonces todo aclarado.

—A Phoebe no le convence.

—Ya —dijo Malachy tras una pausa—, pero es que Phoebe se preocupa por casi todo.

Era cierto; para ser tan joven, Phoebe había conocido la desproporción del infortunio en su corta vida —la traición, una violación, muertes violentas—, de modo que ¿cómo no iba a temer lo peor?

—¿Y qué hay de la familia? —preguntó Malachy—. Bill Latimer debe de ser su tío carnal, ¿no? Nuestro estimado ministro...

Los dos esbozaron una sonrisa más bien forzada.

—No lo sé —dijo Quirke—. No creo que Phoebe haya hablado con la familia.

—¿Y el hermano? ¿No es el que se aloja en Fitzwilliam Square?

—¿Oscar Latimer... es su hermano?

—Eso creo —Malachy parecía meditar de nuevo—. Ella tiene cierta fama, según tengo entendido —dijo—, la misma señorita... ¿o debería decir la doctora Latimer?

—No me digas... ¿Fama de qué?

—Pues lo de siempre, ya sabes. Bebe más de la cuenta, sale con gente bastante libertina. Hay un tipo en el Colegio de Cirugía, no me acuerdo de cómo se llama. Un extranjero —hizo una pausa y frunció el ceño—. Y una actriz, una de las que trabajan en el Gate, ¿cómo se llama? ¿Galway?

—¿Isabel Galloway? —Quirke rió por lo bajo—. Ésa sí que es libertina, de acuerdo.

Iban cruzando por la parte alta de Merrion Street cuando un autobús verde de dos pisos apareció de pronto en medio de la niebla, abalanzándose sobre ambos con un rugido, y tuvieron que apretar el paso para llegar a salvo a la acera. A Quirke le

contrajo el estómago una vaharada de cerveza que le llegó desde la puerta de Doheny & Nesbitts.

—En tal caso, es posible que se haya marchado a Inglaterra —dijo Malachy, y soltó una tosecilla.

Quirke sabía que «marcharse a Inglaterra» era un eufemismo, y sabía lo que daba a entender.

—Oh, vamos, Mal —dijo con sequedad—. ¿No se las habría ingeniado para que le echara un cable uno de los chicos del hospital si tuviera esa clase de problema?

Malachy no respondió, y Quirke, divertido, lo miró por encima y le vio tensar la boca en un gesto de reprobación. Malachy era el titular del departamento de Obstetricia en el Hospital de la Sagrada Familia, y no se iba a tomar por las buenas la insinuación de que April Latimer, o quien fuese, pudiera haberse hecho un aborto ilegal.

En el Shelbourne, frente a las puertas giratorias de cristal, Quirke se echó atrás.

—Disculpa, Mal —murmuró—, pero no puedo.

Sólo de pensar en el rumor de las conversaciones y en la brillantez de las luces del interior, en el entrecocar de las copas, en los rostros relucientes de los bebedores matutinos, se sintió incapaz de afrontarlo. Había empezado a sudar; notó el calor húmedo en el pecho y en la frente, bajo el ala del sombrero, que de pronto le quedaba demasiado ceñido. Se detuvieron y volvieron sobre sus pasos.

No cruzaron palabra hasta que llegaron al Q&L. Quirke desconocía por qué se llamaba así el establecimiento, el Q&L, y nunca le había picado la curiosidad de preguntarlo. El propietario —o, mejor dicho, el hijo de la propietaria, puesto que la tienda era de una anciana viuda, condenada a guardar cama durante todos estos años— era un individuo entrado en carnes, de mediana edad, con cara de luna y el cabello pegado con brillantina. Parecía ir vestido siempre para ir a las carreras de caballos; su uniforme de costumbre se componía de camisa de cuadros, pajarita y chaleco amarillo pollo, chaqueta de tweed y pantalones de pana de color crema. Era propenso a gestos imprevisibles y breves de nerviosismo voluble; se podía poner de improviso a cantar en tirolés o a sonreír como un chimpancé, y más de una vez tuvo Quirke ocasión de presenciar cómo ensayaba unos pasos de baile al otro lado del mostrador, chasqueando los dedos y dando taconazos con sus recios zapatos marrones. Ese día estaba de un ánimo poco o nada efusivo, debido tal vez al efecto amortiguador de la niebla. Quirke compró una barra de pan integral Procea, media docena de huevos, mantequilla, leche, dos paquetes de astillas, un paquete de Senior Service y una caja de cerillas Swan Vestas. El aspecto de todas esas cosas en el mostrador le encharcó de pronto de compasión por sí mismo.

—Chas gracias —dijo el tendero gordezuelo al darle las vueltas.

En el piso, Quirke desenchufó la estufa eléctrica —apenas había causado la

menor impresión en la sala de altos techos— y arrugó unas hojas de un ejemplar atrasado del *Irish Independent* para ponerlas en la chimenea con las astillas encima y unos trozos de carbón que tomó del cubo, encendiendo el papel con una cerilla y alejándose para ver cómo prendían las llamas y se rizaban las gruesas hebras de humo blanco ascendente. Fue a la cocina y se preparó dos huevos revueltos con unas rebanadas de pan tostadas directamente sobre el hornillo del gas. Malachy le aceptó una taza de té, pero no quiso comer nada.

—Dios mío —dijo Quirke, y suspendió la tetera mientras le servía—. Mira qué pinta tenemos, un par de jubilados de medio pelo el día del pago de la pensión.

Habían estado los dos casados con dos hermanas. La esposa de Quirke, Delia, había muerto al dar a luz, cuando nació Phoebe; la de Malachy, Sarah, había fallecido a raíz de un tumor cerebral dos años antes. La viudedad le sentaba bien a Malachy, o al menos a Quirke se lo pareció; era como si ya de nacimiento estuviera destinado a vivir con el dolor por la pérdida de un ser querido.

Las campanadas del ángelus repicaban en todos los barrios de la ciudad. Quirke se sentó en la mesa sin haberse quitado el abrigo, y se puso a comer. Notaba que Malachy lo estaba mirando con la melancólica sombra de una sonrisa en los labios. Desde la muerte de Sarah había crecido entre los dos una suerte de íntima amistad, aunque fuera incómoda. Eran en efecto como dos amigos asexuados, reflexionó Quirke, dos andróginos de edad avanzada, que pasearan arrastrando los pies, cogidos del brazo, por el trecho intermedio del largo camino de la vida. Los pensamientos de Malachy debían de haber tomado el mismo rumbo, pues sobresaltó a Quirke con lo que dijo.

—Estoy pensando en jubilarme. ¿No te lo había dicho?

Quirke, con la taza a mitad de camino entre la mesa y los labios, lo miró de frente.

—¿Jubilarte?

—Ya no tengo ganas de nada —dijo Mal, que elevó y dejó caer el hombro izquierdo, como si quisiera manifestar un defecto de lastre por ese lado.

Quirke dejó la taza en la mesa.

—Por Dios, Malachy, si aún no tienes cincuenta años...

—Pero me siento como si tuviera muchos más, ochenta incluso.

—Sigues de duelo.

—¿Con todo el tiempo que ha pasado?

—Es que hace falta tiempo. Sarah era... —calló, frunció el ceño; no supo cómo empezar a enumerar todo lo que había sido Sarah. A fin de cuentas, los dos la habían amado, Quirke tanto como Malachy, cada cual a su manera.

Mal esbozó una sonrisa penosa y contempló la luz grisácea de la ventana, junto a la mesa en la que estaban sentados. Suspiró.

—No tiene nada que ver con Sarah, Quirke. Es algo que me pasa a mí. Algo ha desaparecido de mi vida, algo que es más que Sarah, digo yo, o que es distinto de Sarah. Algo que era parte de mí.

Quirke apartó el plato. Se le había pasado el apetito, que de entrada no era demasiado. Se apoyó en el respaldo de la silla y encendió un cigarrillo. Malachy le había recordado a alguien, y en ese momento cayó en la cuenta: le recordó a Harkness, aunque sin el revigorizante, punzante desdén que tenía el hermano cristiano tras haber apostatado.

—Tienes que aguantar, Mal. Eso es todo lo que hay, es lo que tiene la vida. Y no hay otra. Si una cosa ha desaparecido en tu vida, tienes que buscar otra que la sustituya.

Malachy lo miraba con los ojos tan entornados que apenas se le veían bajo el resplandor de las lentes; Quirke se sintió como un espécimen estudiado bajo un cristal.

—¿Tú nunca tienes ganas de que... de terminar de una vez? —le preguntó Mal con voz queda.

—Pues claro —respondió Quirke con impaciencia—. En estos últimos dos meses he pensado al menos una vez al día en que más me valdría terminar, o largarme al menos. Lo que menos me importa es el cómo.

Malachy se paró a pensarlo, sonriendo para sus adentros.

—No recuerdo quién se preguntaba: ¿cómo es posible que vivamos a sabiendas de que vamos a morir?

—Ya, pero también podrías decir: ¿cómo no vamos a vivir a sabiendas de que la muerte nos espera? Tiene tanto sentido esto como lo otro. O puede que más.

Malachy se rió, o al menos soltó algo semejante a una risa.

—No sabía yo que fueras tan entusiasta al ponerte de parte de la vida —dijo—. Doctor Muerte, así es como te llaman en el hospital.

—Ya lo sé —dijo Quirke—. Sé muy bien cómo me llaman.

Golpeó el cigarrillo para echar la ceniza en el plato y vio que a Malachy le temblaban las aletas nasales por efecto del desagrado.

—Oye una cosa, Mal. Me voy a comprar un coche. ¿Por qué no vienes conmigo y me ayudas?

Le tocó a Malachy el turno de mirarlo atónito. No lo supo asimilar.

—Pero si tú no sabes conducir... —dijo.

—Eso ya lo sé —contestó Quirke con cansancio—. Me lo dice todo el mundo a todas horas. Pero puedo aprender. De hecho, ya he decidido a qué modelo le tengo echado el ojo.

Esperó.

—¿No me piensas preguntar cuál es?

Malachy aún lo miraba con ojos de búho.

—Pero... ¿por qué? —le preguntó.

—¿Y por qué no? Tengo un saco de dinero ahorrado, acumulado más bien durante todos estos años, y ya va siendo hora de que compre algo, algo para mí. Me parece que va a ser un Alvis.

—¿Y eso qué es?

—El mejor coche que han construido nunca los británicos. Una belleza. Conocí a un tipo que tenía uno, un tal Birtwhistle, cuando estábamos en la facultad, ¿no te acuerdas de él? Se murió. Venga, ven conmigo. Iremos a Crawford. Allí hay un tipo de fiar, protestante. El año pasado le hice la autopsia a su anciana madre, que inexplicablemente se cayó por las escaleras y se partió la crisma al día siguiente de hacer testamento —guiñó un ojo—. ¿Vamos?

Malachy condujo el Humber como si no fuera una máquina, sino una bestia enorme, humeante, imprevisible, a cuyo cargo se encontrase en contra de su voluntad, sujetando el volante con los brazos extendidos del todo y buscando con los pies los pedales en lo más oscuro. Mascullaba para el cuello de su camisa, despotricaba por la niebla y la escasa visibilidad y la impericia y la temeridad de los otros vehículos que se toparon por el camino. En la esquina de St. Stephen's Green, cuando tomaban por Earlsfort Terrace, poco faltó para que colisionaran con un carro de reparto del CIE, del que tiraba un caballo de Clydesdale que avanzaba con paso altivo, y por espacio de unos metros los siguió el cochero profiriendo insultos y maldiciones a voz en cuello.

—¿Sabes una cosa? —dijo Malachy—. Antes me enorgullecía de haber ayudado a las madres a traer a sus hijos al mundo. Ahora veo cómo es el mundo y me pregunto si no habré causado más perjuicios que beneficios.

—Eres un buen médico, Mal.

—¿Tú crees? —sonrió mirando el parabrisas—. Entonces, ¿por qué no puedo curarme?

Siguieron adelante en silencio durante un buen trecho. Luego Quirke dijo:

—¿No es la desesperanza uno de los mayores pecados mortales? ¿O es que ya no crees en todas esas cosas?

Malachy no replicó nada, limitándose a sonreír de un modo más desolador que nunca.

Aparcaron en Hatch Street; a Malachy le llevó cinco minutos maniobrar para meter el Humber en un espacio que era el doble de largo, y Quirke, alterado tras el breve y sin embargo angustioso trayecto, empezó a preguntarse si no debería pensar mejor la idea de comprar un coche. Ya en la acera se puso el sombrero y se subió el cuello del abrigo. El sol se empeñaba en brillar en alguna parte, y con su pálido

relumbre producía una mancha poco extensa, como de orines, en la niebla. Al ir caminando al concesionario de la esquina, Malachy lo paró con cara de preocupación.

—Oye, la madre de ese tipo, la que se cayó por las escaleras... Cuando le hiciste la autopsia no habrás... es decir, tú no...

Quirke soltó un suspiro.

—La verdad es que nunca has tenido un gran sentido del humor, ¿verdad que no, Mal?

En el concesionario olía a metal y a cuero, a pintura reciente, a lubricante limpio. Unos cuantos coches de pequeño tamaño, resplandecientes, parecían cohibidos por lo llamativos que eran y por la incongruencia de estar allí dentro, si bien transmitían una impresión luminosa, de ansia, como los cachorros en el escaparate de una pajarería. El vendedor se llamaba Lockwood y era, en efecto, Mal lo vio a las claras, la viva imagen de un protestante, lo cual con toda probabilidad significaba que no lo era. Era alto y dolorosamente delgado; era como si sus huesos alargados fueran a resonar cual cascabel cuando se moviera, y vestía un terno de chaqueta cruzada, gris, a rayas, y zapatos de ante marrón con agujeros formando arabescos en las punteras. Tenía los ojos claros, hundidos, y un bigote que podría habérselo pintado con un pincel extrafino para acuarelas; era joven, pero ya bastante calvo, y la frente alargada le daba un aire de liebre asustada.

—Buenos días, doctor Quirke —dijo—, aunque muy buenos no son, digo yo, con esta bendita niebla que parece que nunca vaya a despejarse.

Quirke le presentó a Malachy y habló sin más preámbulos:

—He venido a comprar un Alvis.

Lockwood pestañeó, y una luz lenta y cálida asomó en sus ojos.

—Un Alvis —suspiró en tono reverencial—. Claro, por supuesto, cómo no.

Esa misma semana les había llegado un modelo muy especial, dijo, ah, sumamente especial. Los llevó por la sala de exposición, acariciándose con tensión las manos largas; Quirke dedujo que debía de estar calculando la comisión que iba a ganarse con la venta, y que le costaba trabajo creer la suerte que había tenido.

—Es un TC108 Super Graber Coupé, uno de los tres únicos que se han fabricado hasta la fecha en Willowbrook, la fábrica de Loughborough. Así es, sólo tres. Obra de Hermann Graber, el diseñador suizo. Seis cilindros, tres litros, cien caballos de potencia bruta. Suspensión frontal independiente, eje de dirección Burman F, como la caja de cambios, tres marchas, capaz de pasar de cero a ochenta kilómetros por hora en trece segundos y medio. Véanlo, caballeros. Véanlo.

Era en efecto una máquina espléndida, negra, reluciente, alargada, un dechado de elegancia y contención en todas sus líneas. Quirke, a su pesar, se sintió abrumado: ¿de verdad estaba próximo a ser el dueño de esa bestia de silueta felina, tan brillante? Igual daría llevarse a casa una pantera.

Malachy, con gran sorpresa por parte de Quirke, había empezado a hacer preguntas con las que reveló que poseía un impresionante conocimiento de esas máquinas y de sus atributos. ¿Quién hubiera dicho que el viejo Mal sabía todo eso? Y sin embargo, allí estaba, dando vueltas alrededor del coche con aire de gravedad, acariciándose el mentón y frunciendo el ceño, y hablando de cigüeñales y de amortiguadores Girling —¿amortiguadores Girling?— y de válvulas de compresión y de cilindros y émbolos, mientras Lockwood lo seguía pegado a los talones como un perrillo faldero.

—A lo mejor eres tú quien debiera comprarlo, no yo —dijo Quirke, y procuró decirlo sin fastidio, aunque no lo consiguiera.

—Antes me interesaba la mecánica —dijo Malachy con escasa seguridad en sí mismo—, cuando era joven. ¿Es que no te acuerdas de todas aquellas revistas de automoción que intentabas robarme?

Quirke no se acordaba, o no quería acordarse. Volvió a mirar el coche y sintió una punzada de alarma y de vértigo —¿en qué lío estaba a punto de meterse?—, como si alguien lo hubiera llevado mediante una aña-gaza a caminar sobre la cuerda floja y se hubiese quedado paralizado al verse a mitad de camino. Pero ya no tenía vuelta atrás. Rellenó el cheque conteniendo la respiración según anotaba todos los ceros, aun cuando logró a pesar de los pesares entregárselo al vendedor con cierta elegancia en el gesto. Lockwood intentó mantener el tipo del vendedor profesional, distante y reservado, aunque le asomaban continuas sonrisas en el rostro alargado, y cuando Quirke hizo un chiste flojo, diciendo que eso sí era cerrar un trato al trote, el joven perdió todo el control y se echó a reír como una colegiala. No todos los días de la semana, ni todos los años de la década, entraba un cliente de la calle para comprar un Alvis TC108 Super Coupé.

Quirke, que no había reconocido ante Lockwood que no sabía conducir, sintió alivio al enterarse de que el coche no estaría listo para salir a la carretera hasta que no le hubieran «echado un vistazo a fondo por debajo de las faldas», según dijo Lockwood, los mecánicos de la empresa. Quirke imaginó a esos hombres, los vio avanzar como una tropa de cirujanos, con las batas blancas y los guantes de caucho, cada uno con una carpeta rígida y agarrando una herramienta reluciente, recién estrenada. Podría pasar a recoger el vehículo al día siguiente, le dijo Lockwood. La niebla se apretaba como la pelusilla contra los ventanales amplios de la sala de exposición.

—Mañana, estupendo —dijo Quirke—. Perfecto.

Sólo que al día siguiente no iba a saber conducir mejor que en ese momento.

Peregrine Otway era hijo de un pastor protestante. Él mismo lo decía con frecuencia, con un encogimiento de hombros que quería ser a la vez cómico y

despectivo de sí. Parecía que considerase ese detalle el hecho más pertinente que se debiera dar a conocer sobre su persona. Si metía la pata, se olvidaba de cambiar el aceite del cárter o dejaba un limpiaparabrisas sin arreglar, siempre decía lo mismo: «¿Y qué otra cosa se podía esperar del hijo de un pastor protestante?», y entonces soltaba una risotada espesa, carrasposa. Sus padres lo mandaron a estudiar a un colegio privado de poca monta en Inglaterra, y había conservado el acento: «Es muy útil cuando uno lleva un garaje en un callejón que apenas se ve desde la calle; todo el mundo piensa que uno es un duque disfrazado de mecánico que ha decidido vivir a lo pobre». Su local, que estaba en una caballeriza a espaldas de Mount Street Crescent, cerca de la iglesia de St. Stephen, llamada el Pimentero, a la vuelta de la esquina del portal en que vivía Quirke, constaba de un espacio de techo bajo, cavernario, que apestaba a aceite de motor y a humo de escape rancio, con sitio apenas suficiente para meter un coche y trabajar en él; había excavado una trinchera en el suelo de la longitud y la profundidad de una tumba, que le daba acceso a lo que llamaba «el bajo vientre», formulación que a su vez le producía una inocente hilaridad. A la entrada tenía un solo surtidor de gasolina, que cerraba con un candado gigantesco por la noche. Era un hombre de gran envergadura, de rasgos blandos y rostro fresco, con una tupida mata de cabello rubio y unos ojos cándidos e infantiles, de una llamativa tonalidad verde muy clara. Quirke nunca lo había visto vestir más que un mono de mecánico cuajado de suciedad inmemorial, de grasa, y refrotado hasta adquirir un brillo subido, del color de la masilla, carente de forma, espacioso y, sin embargo, muy ajustado de sisa.

Tratando de idear un modo de recoger el coche nuevo, Quirke al final pensó en Perry Otway, y al regresar del concesionario, cuando se marchó Malachy, dio la vuelta a la manzana para ir a verle.

—¿Un Alvis? —dijo Perry, y soltó un largo silbido.

Quirke suspiró. Había comenzado a sentirse como un tipo normal y corriente que se hubiera casado con una señora famosa y bellísima; la adquisición del coche había sido emocionante al principio, y le había inspirado un sosegado orgullo, pero la propiedad del mismo, antes incluso de haberse puesto a conducirlo, ya empezaba a ser una carga, un motivo de preocupación.

—Sí —dijo en un intento de darse aires—, un TC108 Super... ejem, un Super... —había olvidado ya cómo se llamaba el dichoso cacharro.

—¿No será un Graber? —dijo Perry sin aliento, casi con una mirada angustiada—. ¿Es un Super Graber Coupé?

—Ya veo que conoces el modelo.

Perry emitió su otra risa, la que sonaba como un ataque de hipo.

—He oído hablar de él. Nunca he visto uno, claro está. No sé si sabrás que sólo hay...

—... sólo hay tres en el mundo, estoy al tanto, y sé que acabo de comprar uno de los tres. De todos modos, la cosa es que necesito que alguien me lo vaya a recoger al concesionario...

Quirke vio que Perry se disponía a formular la pregunta de rigor, y se apresuró a seguir hablando:

—... porque no he renovado mi permiso de conducir. Y luego necesito un sitio donde guardarlo.

Miró con aire dubitativo más allá de donde estaba Perry, hacia el interior del taller, iluminado por una sola bombilla que colgaba del techo sujeta por un cable enmarañado.

—Tengo un par de garajes ahí mismo —dijo Perry, y señaló con el pulgar hacia el callejón—. Te... te haré un buen precio por el alquiler, eso seguro. No podemos dejar un Alvis plantado en la calle para que lo remire y lo resobe el fulano de turno que acierte a pasar por ahí, ¿verdad que no?

—Entonces, ¿les llamo y les digo que vas tú a recogerlo? ¿Cuándo te va bien?

Perry tomó un trapo empapado en grasa del bolsillo del peto que tenía en el mono y se limpió las manos.

—Pues ahora mismo, viejo —dijo, riendo de contento—. ¡Ahora mismo, cómo no!

—No, no... El tipo del concesionario dijo que tenían que hacerle unas pruebas rutinarias y que hasta mañana no estará listo.

—Vaya chasco. Pues ya me acercaré yo, en Crawford me conocen.

Quirke no quiso ir con él, convencido de que si volviera a aparecer por allí alguien le echaría en cara que era un fraude. Por el contrario, se fue a su piso y preparó otra tetera. A lo largo de las semanas anteriores había llegado a detestar el sabor del té con una pasión que no estaba a la altura de lo inofensiva y lo corriente que era la bebida, incapaz de suscitar tales odios. De lo que tenía ganas, cómo no, era de meterse un buen copazo a palo seco, un Jameson a poder ser, aunque en las últimas semanas de su borrachera más reciente le había empezado a gustar de manera especial el Bushmills etiqueta negra, que era una marca del norte, nada fácil de encontrar en el sur. Sí, un tugurio lleno de humo, donde fuera, y un buen fuego de turba en la chimenea y unos individuos indiferentes que charlaran en la sombra, y un buen vaso de Black Bush en el puño, eso sí sería lo suyo.

Pasó el tiempo, y con un sobresalto se percató de que llevaba más de cinco minutos en estado de trance, junto a la mesa de la cocina, soñando con una copa que astillarse. ¿No había sido la repugnancia por lo que la bebida había hecho de él lo que le convenció para ingresar en San Juan? ¿No fueron el asco y la vergüenza y el tipo pependenciero, el broncas en que se había convertido, dando tumbos por las calles en busca de un pub en el que aún le permitieran beber algo? A las ocho de la mañana, el

día 24 de diciembre, había terminado en la Feria de Ganado, en un antro siniestro, rodeado de ganaderos, vendedores y compradores, todos borrachos como cubas y hablando a grito pelado, incluido él. Levantó los ojos y se encontró frente a su reflejo en el espejo manchado y picado de viruela que había tras la barra, a duras penas capaz de reconocer el rostro enrojecido, los ojos inyectados en sangre, la piel grisácea, la mole derrumbada que era en ese momento, con el sombrero en el cogote, con el tabaco y el periódico enrollado y su buen vaso de malta, la viva estampa del mayor bebedor del mundo.

Sonó el timbre de abajo y se sobresaltó. Fue a la ventana y miró fuera, a la calle. Era Perry Otway, cómo no, con el Alvis.

El hotel Dolphin de Essex Street, en Temple Bar, fue desde el principio el lugar de encuentro del «cogollito». Ninguno de ellos recordaba quién fue el primero en encontrar el sitio, aunque teniendo en cuenta la naturaleza del establecimiento era probable que hubiera sido Isabel Galloway. El Dolphin era un abrevadero de sobra conocido entre la gente del teatro, aunque quienes lo frecuentaban pertenecían sobre todo a una generación anterior, los chicos del traje azul y de las nupias bulbosas, las mujeres de cierta edad, aunque bien conservadas, con un lápiz de labios tirando a fauvista y demasiado maquillaje. El bar, revestido de madera, rara vez se llenaba, ni siquiera los sábados por la noche, y el restaurante no estaba mal, caso de que tuvieran ganas de cenar allí y no anduvieran cortos de dinero. Phoebe en el fondo pensaba que eso de hacerse llamar «el cogollito» era un tanto pretencioso. ¿Cuándo les dio por llamarse con ese remoquete tan proustiano? Y sin embargo, se alegraba de tener el lugar que tenía entre ellos. No eran la Tabla Redonda y el Dolphin no era el Algonquin, de acuerdo, sino que eran ellos, y eso era más que suficiente en una ciudad tan pequeña, en unos tiempos tan mezquinos. Eran cinco tan sólo, exclusivamente cinco: Patrick Ojukwu, o el Príncipe; Isabel Galloway, la actriz; Jimmy Minor, April Latimer y Phoebe. Esa noche, sin embargo, eran sólo cuatro, un cuarteto más bien callado.

—No entiendo por qué tenemos que estar tan preocupados —dijo Isabel Galloway—. Ya sabemos todos cómo es April.

—Pero es que desaparecer así como así no es propio de ella —dijo Jimmy de manera cortante. Siempre había existido un punto de amistosa fricción entre Jimmy e Isabel, que en ese momento sacudió la melena y soltó una risa histriónica.

—¿Y quién dice que ha desaparecido? —preguntó.

—Ya te lo hemos dicho. Fuimos a su piso Phoebe y yo. Era evidente que no había estado allí desde el miércoles de la semana pasada, que es cuando Phoebe habló con ella por última vez.

—Claro está que se puede haber marchado, no sé, de viaje —dijo Phoebe con urgencia, tal como había dicho ya muchas veces, sobre la base de que tal vez con la repetición ella misma se animara a creerlo en caso de que los otros también se lo creyeran.

Jimmy le dedicó una mirada cáustica.

—¿Irse de viaje? ¿Adónde?

—Y tú que me decías que me estaba portando como una histérica —dijo Phoebe,

consciente de que se estaba poniendo colorada y molesta precisamente por eso.

—Cariño, pero es que te estabas portando como una verdadera histérica —dijo Jimmy con su retintín copiado de Hollywood. Le dedicó una de sus sonrisas, no la auténtica, la irresistible, sino la máscara de suficiencia que había aprendido a adoptar cuando quería encandilar y engatusar a alguien. A veces Phoebe se preguntaba si de veras le caía bien Jimmy; sabía ser un encanto, sabía ser cariñoso, pero también había en su naturaleza algo agriado, algo hosco.

Nadie dijo nada en un buen rato.

—¿Y qué hay de la nota que mandó al hospital para decir que estaba enferma? —preguntó Isabel.

—Todos hemos enviado alguna vez esa misma nota sin estar precisamente enfermos —dijo Jimmy, que se volvió hacia ella y suprimió de golpe la sonrisa. Tenía las piernas tan cortas que aun cuando la silla en que estaba sentado fuera de una altura normal los pies no le llegaban al suelo. Se volvió hacia Patrick Ojukwu—. ¿Tú qué opinas? —le preguntó, incapaz de suprimir el tono de truculencia con que lo dijo.

Fue April quien había conocido a Ojukwu antes que los demás, y fue ella quien lo presentó al cogollito. Lo aceptaron más o menos a la primera; Jimmy había sido el menos entusiasta en su acogida, como es natural, mientras que Isabel Galloway, según observó April con sequedad, quiso casi saltarle al regazo nada más verlo. Todos, incluido Jimmy, estaban en secreto muy satisfechos de tener en el cogollito a una persona tan apuesta, tan exótica y tan negra. Les agradaba su presencia entre todos ellos, seguros de que les prestaba un aire de sofisticación cosmopolita, aunque ninguno de los cuatro, con la excepción de Phoebe, había ido en sus viajes más allá de Londres. Le dieron además la bienvenida, con adusta satisfacción, por las miradas que suscitaban cuando estaban con él, unas veces de ultraje, otras de odio, y a veces de temor, o de envidia.

—Yo no sé qué pensar, la verdad —dijo Patrick.

Se adelantó y dejó el vaso de zumo de naranja en la mesa. No bebía alcohol en cumplimiento de alguna prohibición religiosa o tribal que no había especificado, y volvió a sentarse y cruzó los brazos. Era un hombretón de movimientos lentos y voz profunda, con un pecho inmenso y una cabeza redonda, bien perfilada. Estudiante de Medicina en el Colegio de Cirugía, era el más joven de todos, si bien poseía un grave y misterioso aire de autoridad. A Phoebe siempre le fascinaba la nitidez de la línea que dividía ambos lados de sus manos, donde el dorso de chocolate dejaba paso al rosa fresco y seco de las palmas. Cuando se imaginaba esas manos sobre la piel clara y pecosa de April Latimer, algo se despertaba en su interior, algo que no sabía si era una protesta o una manifestación de lascivia. Tal vez fuera su propia piel la que imaginaba bajo esa caricia sedosa y morena. Apartó de la cabeza el pensamiento con repentina alarma.

—No alcanzo a entender —dijo Ojukwu entonces— por qué no ha hablado nadie con su familia.

—Es sencillo —replicó Isabel Galloway con mordacidad—. Porque su familia no habla con ella.

Ojukwu miró a Phoebe.

—¿Eso es cierto?

Ella alejó la mirada buscando la chimenea, donde un trípode de troncos de carbón vegetal ardía despacio por encima de la ceniza blanca amontonada. Dos vejetes se habían resguardado allí cerca, cada uno en un sillón, bebiendo whisky y hablando de caballos. Tuvo una clara percepción de la noche allá fuera, recargada por la niebla, el tenue brillo de las farolas y el callado deslizarse del agua en el río, allí cerca, entre las orillas, reluciente, secreta y negra.

—No se lleva bien con su madre —dijo—, eso lo sé con seguridad. Y se monda de la risa al hablar de su tío el ministro, dice que es un tonto del culo y que encima se da aires de grandeza.

Ojukwu la estaba examinando; era una manera que tenía de mirar con firmeza a las personas, sin mover sus ojos grandes y protuberantes, que parecían tener un blanco mucho mayor de lo necesario.

—¿Y su hermano? —preguntó con voz queda.

—No lo menciona nunca —dijo Phoebe.

Isabel soltó su risa de actriz, un ¡ja, ja, ja! en tres tonos precisos, descendentes.

—¡Vaya un mojigato! —dijo. Era la mayor del cogollito (ninguno de los demás sabía qué edad tenía, aunque nadie se atrevía a hacer conjeturas), si bien era ágil y esbelta, de una palidez antinatural, y tenía un rostro anguloso, marcado; tenía el cabello de un color intenso, oscuro, casi bronceado, y Phoebe sospechaba que se lo teñía. Isabel hizo girar el vaso de ginebra entre los dedos, y volvió a cruzar sus famosas, largas, magníficas piernas—. El Santo Padre, así lo llaman.

—¿Por qué? —preguntó Ojukwu.

Isabel se inclinó hacia él con languidez, sonriendo con una dulzura de imitación, y le dio unas palmadas en el dorso de la mano.

—Porque es un católico recalcitrante y es famoso su fanatismo por el celibato. Si alguna vez el doctor Oscar mete algo en...

—¡Bela! —exclamó Phoebe, mirándola con severidad.

—¡Son todos unos mojigatos! —interrumpió Jimmy Minor con una violencia que los sobresaltó. Se le había puesto la frente muy blanca, como siempre que se agitaba—. Los Latimer tienen en su poder todo lo relacionado con la medicina en esta ciudad, y no hay más que ver cómo anda la sanidad pública. La madre con sus obras de caridad, el hermano cuya única preocupación es impedir que entren en este país las gomas, y llenar en cambio los hospitales de maternidad. Y el tío Bill, el ministro de la

llamada Sanidad, se dedica a hacerles la rosca a los curas y a encerrarse en ese sepulcro blanqueado que es su palacio, allá en Drumcondra... ¡Un hatajo de hipócritas, eso es lo que son!

Se hizo un incómodo silencio tras este exabrupto. Los dos aficionados a los caballos habían dejado de hablar ante la chimenea y los miraban con una mezcla de curiosidad y reprobación.

—Yo sigo pensando —dijo Patrick Ojukwu— que alguien tendría que hablar con la señora Latimer, o con el hermano de April. Si hay desavenencias entre ellos y April, y si ella no se pone en contacto con la familia, seguramente no se van a enterar de que no hay noticias de ella desde hace días.

Los otros tres cruzaron miradas de incomodidad. El Príncipe tenía razón, había que poner a la familia sobre aviso. A Phoebe se le ocurrió una idea.

—Se... se lo pediré a mi padre —dijo—. Él probablemente conoce al ministro, o a Oscar Latimer, o a los dos. Podría hablar con ellos.

Isabel y Jimmy parecían dubitativos, e intercambiaron una mirada.

—Creo que debería ir a hacerlo uno de nosotros cuatro —dijo Jimmy evitando la mirada de Phoebe—. April es amiga nuestra.

Phoebe lo miró entrecerrando los ojos. Todos sabían dónde había pasado Quirke las seis semanas anteriores. También estaban al tanto de la historia que tenía ella con Quirke, de su historia en común, o más bien todo lo contrario. ¿Por qué iban a fiarse de que fuera él quien abordase a los Latimer?

—Entonces... yo me encargo de llamar a su hermano —dijo categóricamente, mirando en derredor por si alguno prefiriese ponerla en cuestión—. Lo llamaré por teléfono mañana mismo e iré a visitarlo.

Calló. No se sentía en realidad ni tan valiente ni tan resuelta como estaba dando a entender. La idea de una confrontación con Oscar Latimer, con la fama de picajoso que tenía, le daba pavor. Y por el modo en que Jimmy e Isabel se encogieron de hombros y miraron a otra parte, se dio cuenta de que no les entusiasmaba que ella hablase con él, tal como tampoco habían parecido muy animados cuando propuso que fuese su padre el portavoz. De los tres, Patrick Ojukwu era el que tenía una expresión más enigmática, sonriéndole de un modo extraño, ensanchando su de por sí ancha nariz plana y retirando los labios para dejar al descubierto sus dientes enormes y blancos hasta las encías, que eran tan rosas y brillantes como un caramelo de algodón. Podría estar burlándose de ella. Sin embargo, tras esa amplia sonrisa también él, y ella lo notó, estaba intranquilo.

A pesar de sus aprensiones, esa misma noche nada más llegar a su piso llamó a Oscar Latimer desde el teléfono del vestíbulo. El único que halló en la guía fue el número de su consulta, y estuvo casi segura de que no lo iba a encontrar a las once de la noche; se dio cuenta de que lo iba a llamar con la certeza de no dar con él, y se

llevó un sobresalto cuando alguien atendió la llamada tras el primer timbrado y una voz dijo suavemente: «¿Diga?». Su primer impulso fue colgar de inmediato, pero se quedó de pie en donde estaba, con el teléfono pegado a la oreja, oyendo su propia respiración en el aparato, un sonido como el del mar a lo lejos, como si las olas se colmasen y descendieran. Pensó que debía de haberse equivocado de número, pero la voz volvió a decir «¿Diga?» con la misma suavidad de antes.

—Oscar Latimer al aparato —añadió—. ¿Quién es, por favor?

No supo qué decir. A su alrededor, en el vestíbulo se respiraba una rara quietud, y le dio miedo que, tan pronto dijera algo, el joven gordo de la planta baja saliera hecho un basilisco de su piso y la abroncase por haber hecho ruido y molestarlo a esas horas. Le dio su nombre y tuvo que repetirlo más alto, aunque apenas levantó la voz más allá de un murmullo. Hubo un nuevo silencio en la línea; acaso no reconociera su nombre, ¿por qué habría de hacerlo?

—Ah. Sí. Señorita Griffin —dijo entonces—. ¿En qué puedo servirla?

Le pidió permiso para ir a verle por la mañana. Tras una brevísima pausa, él le dijo que podía ir a las ocho y media, que le podía conceder cinco minutos antes de que llegase su primer paciente. Colgó sin despedirse y sin preguntarle cuál era el motivo de que quisiera ir a verle. Supuso que habría pensado que tenía algún problema; seguramente lo llamaban a todas horas del día y de la noche chicas con problemas, puesto que era el médico más famoso de Dublín en su especialidad.

Había subido la mitad de la escalera cuando se detuvo y bajó, y pescó más monedas sueltas en su bolso y las introdujo en la ranura para marcar el número de Quirke. No se acordaba de que hubiera existido otra ocasión en la que, como en ese momento, tuviera tanta necesidad de oír la voz de su padre.

A la mañana siguiente, a las ocho y veinte, llegó a pie a la esquina de Pembroke Street y Fitzwilliam Square y vio la inconfundible silueta de Quirke, enorme y envuelto en su abrigo largo y negro, con sombrero negro, esperándola a la media luz del amanecer. Así, erguido, siempre le hacía pensar en el negro tocón de un árbol abatido por el rayo. La saludó con un gesto de asentimiento y la tocó con la punta de un dedo en el codo, oprimiendo la manga del abrigo en el único gesto de intimidad que parecía deseoso de permitirse.

—Comprenderás que no por cualquiera salgo yo de casa a estas horas de la mañana y con el tiempo que hace —dijo. Se dio la vuelta y juntos emprendieron camino en diagonal para cruzar la calle, la húmeda niebla pegada a los rostros de ambos—. Y, de remate, para ir a visitar a Oscar Latimer.

—Te lo agradezco —dijo ella con sequedad—. De veras que te lo agradezco.

Se estaba acordando de la mirada que cruzaron Jimmy e Isabel la noche anterior en el Dolphin, pero no le importó: ese día necesitaba a Quirke a su lado, para que le

diera su apoyo y para no perder ella los nervios.

Subieron los escalones de entrada de la casa de cuatro plantas y Quirke tocó el timbre. Mientras aguardaban, Phoebe le preguntó si había llamado por teléfono al hospital, y él pareció no entenderla.

—Para preguntar por April —le dijo—, por la nota que envió para decir que estaba enferma. ¿Se te ha olvidado?

Él no dijo nada, aunque adquirió un aspecto pétreo y contrito.

Olía a café en el vestíbulo; Oscar Latimer no sólo tenía allí su consulta, sino también su domicilio, y Phoebe se acordó en ese momento: tenía su residencia de soltero en las dos plantas superiores del edificio, donde vivía en lo que April había descrito despectivamente como «la dicha del que no se casa». ¿Cómo es que no se había acordado antes? Así se explicaba, desde luego, que le hubiera cogido el teléfono siendo tan tarde la noche anterior.

La enfermera que los hizo pasar tenía una cara alargada e incolora, y los dientes grandes; la nariz, exangüe, se le afilaba hasta una punta imposiblemente aguda, de tonalidad púrpura, que daba dolor sólo de verla. Quirke se presentó.

—Ah, doctor —dijo la enfermera, y por un instante pareció que estuviera a punto de hacer una genuflexión. Los hizo pasar a una fría sala de espera en la que había una gran mesa rectangular de roble, con doce sillas a juego. Phoebe las contó. No se sentaron. En la mesa vio las revistas de costumbre, *Punch*, *Woman's Own*, *The African Missionary*. Quirke prendió un cigarrillo y miró en busca de un cenicero, tosiendo a la vez que se cubría la boca con el puño.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Phoebe.

Él sacudió la cabeza.

—Todavía no lo sé, aún es muy temprano.

—Quiero decir... desde que ayer llegaste a casa, ¿cómo te encuentras?

—He comprado un coche.

—No me digas...

—Ya te dije que lo iba a hacer.

—Sí, pero no te creí.

—En fin, pues así es —la miró—. ¿No quieres saber qué coche?

—¿Qué coche?

La enfermera de la nariz imposible asomó la cabeza por la puerta —fue como si un colibrí asomara el pico— y les dijo que el señor Latimer podía recibirlos. La siguieron por las escaleras hasta la primera planta, donde el señor de la casa tenía su despacho.

—Un Alvis —dijo Quirke a Phoebe mientras subían—. Supongo que no tienes ni idea de lo que es un Alvis.

—¿Has aprendido a conducir?

No le respondió.

Oscar Latimer era un joven de corta estatura, ligero, vivaz, menos voluminoso de lo que parecía apropiado, por lo que al encontrarse de pie delante de él, dándole la mano, Phoebe tuvo la peculiar impresión de que lo veía desde cierta distancia, como si lo disminuyera la perspectiva. Tenía un aire sumamente atildado, como si acabara de someterse a un escrupuloso repaso con un buen cepillo, a fondo, y exudaba un aroma penetrante, a pino. Al notarla en la suya, su mano le pareció cálida, blanda, precisa. Tenía pecas, como April, cosa que le daba un aire mucho más juvenil de lo que seguramente era, y el cabello, también de joven, lo llevaba peinado a un lado y a otro a partir de una raya al medio muy recta, clara. Tenía un bigote incipiente, aunque no fueran más que unos pelillos rojizos y erizados. Miró a Quirke con un punto de sorpresa.

—Doctor Quirke —dijo—. No esperaba verlo esta mañana. Espero que se encuentre bien... —había dado un paso atrás y de un ágil movimiento se había colocado tras la mesa del despacho, donde ya se acomodó antes de terminar de hablar—. Así pues, señorita... Griffin —dijo, y ella captó un leve titubeo; nunca había pensado en renunciar al apellido Griffin para utilizar el de Quirke. ¿Por qué iba a pensar en tal cosa, cuando Quirke de entrada ni siquiera le dio su apellido?—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Quirke y ella se habían sentado en dos sillas pequeñas, a uno y otro lado de la mesa del despacho.

—No hemos venido por nada que tenga que ver conmigo —dijo.

El hombrecillo menudo miró a su padre con insolencia y con la misma insolencia la miró a ella.

—¿Ah, no?

—Se trata de April.

Quirke estaba terminándose el cigarro, y Latimer empujó con un solo dedo un cenicero de cristal hasta la esquina de la mesa. Tenía fruncido el ceño.

—Así que se trata de April —dijo espaciando las sílabas—. Entiendo. O, mejor dicho, no entiendo. Espero que no me venga a decir que se ha metido otra vez en un lío.

—Lo que pasa —dijo Phoebe, haciendo caso omiso de lo que dio a entender con ese «otra vez»— es que no he tenido noticias de ella, y ninguno de sus amigos ha sabido nada de ella desde... el miércoles pasado hizo una semana. Eso ya son... ¿cuánto? Son unos diez días.

Se hizo el silencio. Ella tuvo ganas de que Quirke dijera algo, de que acudiese en su ayuda. Él estaba estudiando una fotografía grande y enmarcada, colgada en la pared de detrás de la mesa, en la que aparecía Oscar Latimer, con traje oscuro y una especie de banda cruzada al pecho, estrechando la mano del arzobispo McQuaid.

¿Cómo había llamado Jimmy Minor a McQuaid? *Ese sepulcro blanqueado que es su palacio, allá en Drumcondra.* El arzobispo lucía una sonrisa enfermiza; tenía una nariz casi tan afilada y tan blanca como la de la enfermera de Latimer.

Oscar Latimer se retiró el puño de la chaqueta y miró de forma ostensible el reloj. Suspiró.

—No he visto a mi hermana desde... Bueno, la verdad es que no recuerdo cuándo fue la última vez. Hace mucho tiempo que se desvinculó de todos nosotros, y...

—Ya sé que había... que había cierta tensión entre ella y su madre —dijo Phoebe en un esfuerzo por resultar conciliadora. Latimer la miró con frío desagrado.

—Es como si hubiera renegado de su familia —dijo.

—Sí, pero...

—Señorita Griffin, creo que no entiende usted lo que le estoy diciendo. Por lo que a nosotros atañe, me refiero a la familia, April es un agente libre que está completamente al margen de nuestra influencia, al margen de nuestras preocupaciones. ¿Dice que lleva diez días desaparecida? Para nosotros desapareció hace mucho más tiempo, se lo aseguro.

Reinó de nuevo el silencio. Quirke seguía mirando, distraído, la fotografía.

—Yo no he dicho que haya desaparecido —dijo Phoebe en voz baja—, sólo digo que no he tenido noticias de ella.

Latimer soltó otro suspiro cortante y consultó el reloj una vez más.

Quirke por fin quebró el silencio.

—Nos habíamos preguntado —dijo— si tal vez April no se habrá puesto en contacto con su madre. Las chicas tienden a recurrir a sus madres cuando se ven en dificultades.

Latimer lo contempló con desdén, como si le hiciera gracia.

—¿Dificultades? —dijo, como si sujetara la palabra por una esquina para examinarla—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Como ha dicho Phoebe, no se tienen noticias de su hermana, eso es todo. Como es natural, sus amigos están preocupados.

Latimer dio un brinco en su asiento.

—¿Sus amigos? —exclamó; fue casi un balido—. ¡No me hable a mí de sus amigos! De sus amigos ya lo sé todo.

Quirke dejó vagar la mirada otra vez por las paredes y luego la clavó en el hombrecillo menudo, al otro lado de la mesa.

—Mi hija es amiga suya —dijo—. Y su hermana no está precisamente al margen de sus preocupaciones.

Latimer colocó las manos pequeñas y precisas en la mesa, delante de él, y respiró hondo.

—Mi hermana, desde que alcanzó la mayoría de edad y desde mucho antes, no ha

sido sino causa de angustia para nuestra familia, y para su madre en particular. Que se encuentre en dificultades, como dice usted, o que se haya largado en una de esas juergas que se corre periódicamente, con toda franqueza a mí me da igual. Y ahora, si me disculpan, me está esperando un paciente —dijo conforme se ponía en pie, formando dos trípodes con los dedos y apretándolos contra la mesa antes de apoyarse en ellos—. Siento mucho, señorita Griffin, que esté usted preocupada, pero me temo que en eso no la puedo ayudar. Tal como he dicho, mi hermana y sus andanzas hace mucho tiempo que dejaron de ser para mí de ninguna relevancia.

Quirke se levantó y dio la vuelta al sombrero entre las manos.

—Si tiene noticias de ella —dijo—, ¿tendrá la bondad de llamarnos por teléfono, a Phoebe o a mí?

Latimer volvió a mirarlo con esa sonrisa de desdén que no llegaba a ser del todo una sonrisa.

—No seré yo quien tenga noticias de ella —ronroneó—, de eso puede estar bien seguro, doctor Quirke.

Ya en la puerta, Phoebe se puso con violencia primero un guante y luego el otro.

—Bueno —dijo entre dientes a Quirke—, pues sí que has sido de gran ayuda... Si ni siquiera lo has mirado.

—Si lo llego a mirar —dijo Quirke con mansedumbre—, me parece que habría tirado por la ventana a ese mequetrefe. ¿Qué esperabas que hiciera?

Recorrieron la plaza bajo los árboles que goteaban callados. Ya había algo de tráfico matinal, y los oficinistas embozados en sus bufandas pasaban presurosos de largo. Era como si el amanecer hubiera encallado antes de romper del todo, y la grisácea luz del día más parecía una penumbra inamovible.

—¿Es un buen médico? —preguntó Phoebe.

—Eso tengo entendido. Ser un buen médico no depende de la personalidad, como seguramente habrás notado.

—Y supongo que está de moda.

—Oh, desde luego que sí. No me dejaría yo que me metiese mano, pero yo no soy mujer —se detuvieron en la esquina—. Hoy me da Malachy una clase de conducir —dijo Quirke—. Por Phoenix Park.

Phoebe no le estaba escuchando.

—¿Y qué puedo hacer? —dijo.

—¿En lo de April? Mira, estoy seguro de que Latimer tiene razón, estoy seguro de que se ha largado a correr una aventura a donde sea.

Phoebe se detuvo, y tras dar un paso más, él también lo hizo.

—No, Quirke —dijo ella—, algo le ha ocurrido, sé que algo le ha ocurrido.

Él suspiró.

—¿Cómo lo sabes?

Ella meneó la cabeza.

—Cuando entramos ahí, en ese despacho que tiene, me sentí como una boba. Por su manera de mirarme, me di cuenta de que pensaba que sólo era otra histérica, como las que supongo que van a verle a diario. Pero al oírle hablar empecé a tener más... no sé, más... miedo.

—¿De él? —Quirke parecía incrédulo—. ¿Miedo de Oscar Latimer?

—No, de él no. Es que... no sé. Tuve una sensación, la misma que tengo desde hace una semana, pero en ese despacho esa sensación empezó a ser de verdad —se miró las manos enguantadas—. Le ha pasado algo, Quirke.

Él se metió las manos en los bolsillos del abrigo y se miró las punteras de los zapatos.

—¿Y tú crees que Latimer sabe qué le ha pasado?

Ella negó con un gesto.

—No, no tiene nada que ver con él, estoy segura de que no. No ha sido por nada que dijera o hiciera él. Es sólo que la certeza se fue haciendo fuerte dentro de mí. Creo...

Calló. Pasó un carro cargado de carbón del que tiraba un jamelgo castaño, el carbonero con la cara ennegrecida y la fusta en medio de los sacos.

—Creo que está muerta, Quirke.

El salón del hotel Hibernian estaba casi lleno a media mañana, aunque Quirke encontró una mesa en una esquina, junto a una palmera encajada en un tiesto estilo cueva de Alí Babá. Se había adelantado diez minutos, y se alegró de haber llevado un periódico tras el cual podría ocultarse. Tras sólo seis semanas envuelto en el ambiente algodonoso de San Juan, se había acostumbrado a la vida regimentada y empezaba a tener serias dudas de que alguna vez llegara a readaptarse al mundo real. Dos hombres de negocios con sendos trajes a rayas ocupaban una mesa junto a la suya y bebían whisky, y el olor penetrante y ahumado del licor le llegaba en repetidas vaharadas, sugerentes, tentadoras. No se había considerado un alcohólico, sino tan sólo un bebedor algo excesivo, aunque tras la última borrachera, de seis meses de duración, ya no estaba tan seguro. El doctor Whitty, en San Juan, no se pronunció y no quiso juzgarlo —«A mí no me sirven de nada las etiquetas»—, y era probable que no importara cómo se quisiera llamar su enfermedad, si era una enfermedad. Tan sólo tenía miedo. Había pasado ya la mitad de la vida; hasta ese momento no le había parecido que pudiera influir en nada ni alterar nada; ser un alcohólico, sin embargo, era tener una enfermedad incurable, tanto si bebía como si no. Es un pensamiento aleccionador, se dijo, y torció el gesto tras el periódico, enseñando los dientes.

Cuando vio al inspector Hackett llegar al salón se dio cuenta de que había elegido el peor sitio para reunirse con él. El detective se acababa de parar nada más pasar las puertas cristaleras y examinaba el salón con un aire de vaga desesperación, sujetando con evidente nerviosismo el ajado sombrero flexible contra el pecho. Llevaba un abrigo llamativo, más bien una chaqueta larga, negra y reluciente, con muletillas en los botones y hombreras y unas solapas de casi quince centímetros de ancho con esquinas puntiagudas. Quirke se puso medio en pie y agitó el periódico, y Hackett lo vio con manifiesto alivio antes de avanzar hacia él atravesando el salón entre las mesas. No se estrecharon la mano.

—Doctor Quirke, buenos días.

—¿Qué tal estamos, inspector?

—Como nunca.

—Ojalá pudiera yo decir lo mismo.

Tomaron asiento. Hackett dejó el sombrero en el suelo, bajo la silla; no se había quitado el curioso gabán, que visto de cerca era aún más extraordinario, pues estaba hecho de un tejido sintético, parecido al cuero, y emitía crujidos y chirridos con cada uno de sus movimientos. Quirke hizo una señal a la camarera y pidió té para los dos.

El detective pareció más cómodo, y se sentó con las rodillas separadas y las manos afianzadas en los muslos, contemplando a Quirke a su manera, a un tiempo familiar, cordial incluso, y penetrante. Los dos se conocían desde hacía mucho.

—¿Ha estado fuera, doctor?

Quirke sonrió y se encogió de hombros.

—Más o menos.

—¿Es que no se encontraba bien?

—He estado en San Juan de la Cruz desde la Navidad.

—Ah. Tengo entendido que es un sitio duro.

—La verdad es que no. Mejor dicho, no es el sitio lo que resulta duro.

—Y ahora ya ha salido.

—Ya he salido.

La camarera les llevó el té. Hackett la miró dubitativo mientras colocaba las teteras plateadas, las tazas de porcelana color hueso, los platillos de pan y mantequilla y una fuente ornamental de pastas.

—Caramba, vaya festín —dijo. Se puso en pie y se esforzó para quitarse la chaqueta; cuando la camarera hizo el ademán de ayudarle se resistió de modo instintivo, envolviéndose en ella, pero pareció pensarlo mejor y se rindió a la evidencia, poniéndosele la frente colorada—. Es la de casa la que me obliga a llevarla —dijo sentándose de nuevo y sin mirar a Quirke—. El hijo la mandó de regalo por Navidad. Anda ahora por Nueva York, haciendo fortuna entre los yanquis —tomó el colador plateado del té y lo sostuvo con cautela entre el índice y el pulgar, inspeccionándolo—. Pero... en nombre de Dios —murmuró—, ¿para qué es esta pinza?

En todo el tiempo pasado desde que Quirke conocía al inspector Hackett, nunca había sabido decidir satisfactoriamente si lo que presentaba ante el mundo era su verdadero yo o si era más bien una máscara elaborada con ingenio. De ser así, la había armado con toda suerte de astucias y sutilezas; bastaba con ver las botas, las manos de granjero, el traje azul lleno de brillos, de procedencia inmemorial; bastaba con verle los ojillos alegres y vigilantes, los labios finos, la boca como una trampilla de metal, las cejas. Levantó en ese momento la taza con el meñique doblado, dio un sorbo y la colocó en el platillo. Llevaba una muesca rosada en la frente, en donde se le había comprimido la piel con el aro del sombrero.

—Me alegro mucho de verle, doctor Quirke —dijo—. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

—Ah, pues bastante. Desde el pasado verano.

—¿Y qué tal está su hija? He olvidado cómo se llama.

—Phoebe.

—Eso es. Phoebe. ¿Qué tal le va la vida?

Quirke revolvía despacio el té.

—De ella precisamente quería hablar con usted.

—No me diga... —el policía había marcado más el tono de voz, aunque su actitud era tan mansa y amistosa como siempre—. Espero que no se haya metido en otra molestia de consideración...

La última vez que Hackett vio a Phoebe fue una noche a altas horas, tras la muerte violenta de un hombre al que ella tuvo por amante durante un corto periodo.

—No —dijo Quirke—, ella no, pero sí una de sus amistades.

El detective sacó un paquete de Players y se lo ofreció a Quirke dejándolo sobre la mesa; el aspecto de los cigarrillos, dispuestos en forma de tubos de radiador, le llevó a pensar con incomodidad en el Alvis.

—¿Y se trata de una amistad femenina —preguntó Hackett con delicadeza—, o acaso...?

Quirke tomó uno de los cigarrillos que le ofrecía y sacó el encendedor. Los hombres de la mesa de al lado, que habían estado con la frente casi pegada el uno al otro, murmurando, de pronto se echaron hacia atrás cada uno en su silla, con las mejillas coloradas y riendo a carcajadas. Uno de ellos llevaba una corbata de lazo y un chaleco de color vino; los dos tenían un aire turbio, sospechoso. Qué extraño pensar, se dijo Quirke, que aquellos dos, y tantos otros como ellos, gozaran de libertad para ventilarse todo el whisky que les viniera en gana, a mitad de mañana, mientras que a él le estaba vedado un solo sorbo.

—Sí, una chica llamada April Latimer. En realidad, una mujer. Es médico residente en la Sagrada Familia —dijo al policía. La fronda de la palmera que se inclinaba a su lado era molesta, dándole la sensación de que alguien aguzaba el oído para oír sus palabras, pegado con ansia a su costado—. Parece que está desaparecida.

Hackett se había distendido y parecía incluso estar a gusto. Se había comido una buena tostada de pan con mantequilla y también miraba con ojos golosos la fuente de las pastas.

—Desaparecida —dijo sin prestar atención—. ¿Cómo es eso?

—Nadie ha tenido noticias de ella desde hace casi dos semanas. No se ha puesto en contacto con sus amistades ni, por lo que parece, con nadie. Y su piso está vacío.

—¿Vacío? ¿Quiere decir que se ha llevado alguien sus cosas?

—No, no lo creo.

—¿Ha ido alguien a echar un vistazo?

—Phoebe y otro amigo de April entraron en su casa. April deja la llave bajo una losa.

—¿Y qué encontraron allí?

—Nada. Phoebe está segura de que su amiga... de que algo le ha tenido que pasar.

El detective había empezado a morder una pasta de crema, que se zampó a la vez que hablaba.

—¿Y qué hay... ejem, de la... ah... de la familia de esa chica? —se le había pegado al mentón una gota de crema—. ¿O es que no tiene?

—Tiene, desde luego que tiene. Es hija de Conor Latimer, el médico del corazón, que ya murió. Y su tío es William Latimer.

—¿El ministro? Vaya —dijo limpiándose los dedos con una servilleta. Aún tenía en el mentón la gota de crema; Quirke se estaba preguntando si no debería señalárselo—. ¿Ha hablado con él, quiero decir con el ministro... o con la madre? ¿Vive todavía la madre?

—Sí —Quirke se sirvió más té y añadió leche con gesto malhumorado; aún le llegaba el olor a whisky desde la mesa contigua—. He ido con Phoebe a visitar al hermano esta mañana. Oscar Latimer, el médico.

—¡Otro médico! Dios misericordioso, tienen el mercado copado del todo. ¿Y qué les dijo?

Los bebedores de whisky ya se marchaban. El de la corbata de lazo dedicó a Quirke lo que a éste le pareció una sonrisilla de suficiencia y lástima y desprecio. ¿Es que llevaba su mal escrito tan a las claras en la cara?

—No dijo nada. Parece ser que la hermana es la oveja negra de la familia y que apenas tiene con ella ningún contacto. Con franqueza, es un cabroncete gazmoño, pero supongo que eso no guarda relación con nada.

Hackett por fin había detectado la gota de crema en el mentón y se la limpió. Quirke reparó en que llevaba una corbata de un peculiar marrón oscuro, como del color de la salsa de carne. Aún no había desaparecido la marca del sombrero en su frente.

—¿Y qué es lo que espera que haga yo? —preguntó—. ¿Es que su hija tal vez quiere denunciar que su amiga ha desaparecido, quiere decírnoslo así? ¿Qué pensaría la familia de eso?

—Tengo la seria sospecha de que a la familia no le gustaría nada.

Los dos se pararon a meditar en silencio.

—A lo mejor —dijo el inspector— deberíamos ir a su piso a echar un vistazo nosotros. ¿Sabemos dónde está la llave?

—Phoebe sí lo sabe.

Hackett examinaba distraído un hilo suelto en el puño de la chaqueta.

—Tengo la impresión, doctor Quirke —dijo—, de que usted está más que reacio a implicarse en este asunto.

—Su impresión es correcta. Conozco a los Latimer, sé cómo son los de su calaña, y no me agradan.

—Gente poderosa —dijo el inspector. Miró a Quirke un instante con los ojos

brillantes bajo las cejas y sonrió antes de bajar la voz—. Gente peligrosa, doctor Quirke.

Quirke pagó la cuenta y a Hackett le fue devuelto el abrigo de tropa de asalto. Salieron caminando por el vestíbulo hasta las escaleras que daban a Dawson Street. O había vuelto a espesar la niebla o caía una lluvia tan fina que parecía imposible; difícil saberlo. Los automóviles, al pasar, hacían un ruido de fritura en el asfalto grasiento.

—Yo le diría, doctor Quirke —dijo Hackett, encasquetándose el sombrero con ambas manos, como si atornillase una tapadera—... Yo le diría que es el poder lo que a usted no le agrada, el poder mismo.

—¿El poder? Supongo que tiene razón. No entiendo para qué sirve, eso es lo malo.

—Así es. El poder del poder, podría decir usted. Una cosa rara.

Sí, una cosa rara, reflexionó Quirke, entornando los ojos al examinar la calle. El poder es como el oxígeno, es algo también vital, es algo que todo lo impregna, que es del todo intangible; vivía en esa atmósfera, pero rara vez era consciente de estar respirándola. Echó un vistazo al hombrecillo entrado en carnes que tenía al lado, con su ridícula chaqueta. Seguramente sobre el poder sabía todo lo que había que saber, el tenerlo y el carecer de él; juntos habían intentado años atrás derribar a otra familia influyente de esa ciudad, y no lo habían logrado. A Quirke, el recuerdo de aquel fracaso aún le escocía.

Bajaron a la calle. Quirke dijo que llamaría a Phoebe para que se reuniese con los dos en casa de April Latimer esa misma tarde, cuando saliera de trabajar, y Hackett dijo que no faltaría a la cita. Se dieron la vuelta y se marcharon cada cual por su lado.

Malachy llegó a su piso a las dos y fueron a pie al taller de la callejuela que salía de Mount Street Crescent, donde se encontraron con Perry Otway, que le entregó la llave del garaje en que estaba el Alvis esperándolos. La puerta de hierro galvanizado se abría tirando hacia arriba de un mecanismo que tenía un muelle enorme y unas pesas correderas, y cuando Quirke accionó la manilla se le resistió al principio, pero de pronto se abrió con tal facilidad como si flotara, y por un instante también se le elevó el ánimo del mismo modo. Vio entonces el coche, acechante en la sombra, resplandeciente e inmóvil, con los ojos clavados en él, aunque fuera la mirada plateada de los dos faros. Resultaba pueril, cómo no, dejarse intimidar por una máquina, pero la puerilidad era un lujo al que Quirke no estaba acostumbrado, por haber sido su verdadera infancia un mal sueño ya olvidado del todo.

Había pensado que también en el caso de Malachy el Alvis podría revivir en parte su juventud, abrir el acceso a la osadía que por fuerza tuvo que tener en el pasado, pero lo conducía igual que el viejo Humber, con los brazos alargados, mascullando y

quejándose para el cuello de su camisa. Fueron por Stephen's Green hasta Christ Church y bajaron por Winetavern Street hasta el río, virando allí camino del parque. En la neblina se percibían las emanaciones harinosas de la levadura y el lúpulo, procedentes de la fábrica de Guinness. Iba mediada la tarde y ya menguaba la luz diurna. Ni siquiera la forma de conducir de Malachy había sido capaz de sojuzgar la potencia y la vehemencia del automóvil, que se deslizaba como si obedeciera a su propio control, ciñéndose a las esquinas y adelantándose en los tramos rectos con una ansiedad a duras penas sofrenada, animal. Cruzaron el puente antes de la estación de Knightsbridge y llegaron a las puertas del parque, donde se detuvieron. Durante un rato ninguno se movió ni dijo nada. Malachy no había apagado el contacto, aunque el motor era tan silencioso que apenas se oía. Los árboles que jalonaban la avenida recta, ante ellos, retrocedían en líneas paralelas engullidos por la niebla.

—Bueno —dijo Quirke con una vivacidad forzada—, mejor será que nos pongamos a ello.

De pronto lo había inundado el terror, y ya se sentía un perfecto imbécil, antes incluso de sentarse al volante.

Sin embargo, aprender a conducir resultó una tarea decepcionantemente fácil. Al principio le costó trabajo accionar los pedales, y más de una vez confundió el acelerador con el freno —el motor dio un alarido para reprochárselo, y enseguida entendió la diferencia—, y le fue complicado cogerle el tranquilo al movimiento de la palanca de marchas sobre todo al meter tercera, pero no tardó en dominarlo. Malachy, cómo no, le advirtió en tono de agravio que no le iba a resultar así de fácil conducir cuando tuviera que vérselas con el tráfico. Quirke no dijo nada. Había concluido la hora de excitación y de angustia anticipadas; ya era un conductor, y el coche no era más que un coche.

Llegaron al portón de Castleknock Gate y Malachy le explicó cómo hacer un cambio de sentido con tres maniobras, incluida la marcha atrás. Al volver por donde habían ido se cruzaron con otro conductor novato cuyo coche daba una serie de saltos y frenazos, como un caballo sin domar, y Quirke no pudo contener una sonrisa de satisfacción, y entonces se sintió aún más pueril.

—¿Cuándo piensas volver al trabajo? —preguntó Malachy.

—No lo sé. ¿Por qué? ¿Alguna habladuría por ahí?

—El otro día alguien hizo una pregunta en una reunión de la directiva.

—¿Quién?

—Tu colega, Sinclair.

—Sólo faltaba —dijo. Sinclair era el ayudante de Quirke y estuvo por su cuenta al frente del departamento durante el medio año en que Quirke se dio por primera vez a la bebida y luego estuvo en el secadero—. Quiere quedarse con mi puesto.

—Pues entonces más te valdría volver y asegurarte de que no lo haga —dijo Mal

con una risa seca, apenas apreciable.

Llegaron de nuevo a las puertas del parque y Malachy dijo que lo mejor sería que se pusiera él al volante para regresar a Mount Street, pero Quirke dijo que no, que él conduciría, que necesitaba ganar experiencia en situaciones de tráfico reales. ¿Tenía permiso de conducir?, inquirió Malachy. ¿Estaba el coche asegurado? Quirke no respondió. Salió bruscamente un autobús del garaje de la CIE en Conyngham Road y ya se les echaba encima por la derecha cuando Quirke pisó el acelerador y el coche pareció ponerse de pie sobre las ruedas traseras antes de salir zumbando con un rugido.

La niebla se dispersaba sobre el río e incluso se adivinaba un cabrilleo acuoso de sol por el lado del puente de Usher's Island. Quirke estaba sopesando el dilema: qué hacer con el coche ahora que lo había adquirido y además le había cogido el tranquilo a la conducción. Apenas iba a utilizarlo en la ciudad, pues por algo le encantaba recorrerla a pie, además de que uno de los placeres secretos de su vida era acomodarse en el asiento de atrás de un taxi los días de invierno que ensuciaba la lluvia. Tal vez podría salir a dar algún que otro paseo, como casi todo el mundo parecía hacer de vez en cuando. «¡Vamos, chica! —más de una vez se lo oyó decir a un conductor a su señora—. *Démonos una vueltecita por Killiney, o vayamos al Hellfire Club, o al Sally Gap*». Podría hacerlo, desde luego, aunque más bien pensó que no. ¿Y en el extranjero? ¿Qué tal si metiera el automóvil en un ferry para desembarcar en Francia? Se imaginó rodando por la Costa Azul con una chica a su lado, su pañoleta ondeando al viento cálido, con la ventanilla abierta, él con chaqueta azul marino y corbata, ella centelleante y desenfadada, sonriéndole de perfil, como en uno de los carteles de los trenes.

—¿Se puede saber de qué te estás riendo? —le preguntó Malachy con suspicacia.

En College Green un guardia con guanteletes blancos, de servicio, les indicaba que pasaran haciendo señales ampulosas. El coche aceleró al doblar por Trinity College, chirriando las ruedas por alguna razón. Quirke se fijó en las manos de Malachy, unidas sobre las rodillas, con los nudillos blancos.

—¿Preguntaste en el hospital por April Latimer? —quiso saber Quirke.

—¿Cómo? —Malachy iba como si estuviera hipnotizado, los ojos como platos, clavados en la trayectoria del coche—. Ah, sí. Sí. Sigue de baja por enfermedad.

—¿Llegaste a ver la nota?

—¿Qué nota?

—La nota que mandó para decir que estaba enferma.

—Sí, decía que tiene la gripe.

—¿Y eso es todo?

—Sí.

—¿No indicaba cuánto tiempo pensaba estar sin ir a trabajar?

—No, sólo decía que tenía la gripe y que no podía ir al trabajo. Nada más. Por cierto, eso que te has pasado era un semáforo rojo.

Quirke estaba pendiente del cambio, pues le costaba trabajo meter tercera.

—¿A mano o mecanografiada?

—No me acuerdo. Mecanografiada, sí. Eso es.

—¿Y firmada a mano?

Malachy se paró a pensar, frunciendo el ceño.

—No —dijo—, ahora que lo dices no estaba firmada. Sólo figuraba su nombre escrito a máquina.

En la esquina de Clare Street un chico con una mochila de colegial bajó de la acera a la calzada. Cuando oyó el bocinazo se quedó clavado en el suelo, sorprendido, y se dio la vuelta para mirar con extraña curiosidad cómo se le echaba encima el coche negro y pulcro, reluciente, con el morro pegado al suelo, los neumáticos humeando y los dos hombres que lo miraban boquiabiertos tras el parabrisas, uno haciendo muecas, esforzándose en frenar, y el otro con las manos en la cabeza.

—¡Dios del cielo, Quirke! —exclamó Malachy a la vez que éste pegaba un brusco volantazo a la derecha y a la izquierda. Quirke miró por el retrovisor. El chico seguía parado en medio de la calzada, gritándoles.

—Sí —dijo pensativamente—, no sería buena cosa llevarse a uno por delante. Por aquí es probable que los tengan contados.

Creyó que sería buena idea llevarse el coche al piso de Phoebe para lucirlo con ella y con Hackett, pero se lo pensó mejor y fue a pie. Ya era de noche y el aire volvía a estar espeso de niebla. Un par de fulanas tempraneras callejeaban por la pared lateral del Pimentero. Una de ellas le habló en voz baja al pasar de largo, y como no respondió le soltó una obscenidad y un insulto, y las dos jóvenes rieron. La luz de la farola de Huband Bridge era un globo blando y gris que se proyectaba en todas direcciones. Rebrillaba sobre el arco de piedra y convertía en mero espectro el sauce joven que pendía sobre la orilla del canal. Se estaba acordando de Sarah, igual que siempre que pasaba por allí. A veces se encontraban en el puente Quirke y ella, y paseaban por el camino de sirga, conversando. Qué raro, pensar en ella en su tumba. Remotamente y por un instante le pareció que le llegaban las voces indiscernibles de todos sus muertos. ¿Cuántos cadáveres habían pasado por sus manos, cuántos cuerpos había abierto a lo largo de los años? Tendría que haberme dedicado a otra cosa, pensó, pero... ¿a qué?

—Podría haber sido piloto de carreras, tal vez —dijo en voz alta, y le llegó el eco de su risa triste por la calle desierta.

Phoebe lo estaba esperando en Haddington Road, de pie en el umbral de la casa en que vivía.

—He bajado porque no funciona el timbre —le dijo—. Desde hace semanas. Y no hay manera de que el casero lo arregle, y cuando alguien llama con los nudillos el empleado de banca de la planta baja me mira como si tuviera ganas de asesinarme.

Lo tomó del brazo con el suyo y echaron a andar. Le preguntó si se había acordado de preguntar por April en el hospital. Él le mintió y le dijo que había visto la nota y la describió con arreglo a lo que le había dicho Malachy.

—Pues entonces la puede haber escrito cualquiera —dijo ella.

—Sí, pero... ¿por qué?

Hackett paseaba junto a la barandilla del canal. Llevaba el sombrero en el codo y las manos sujetas a la espalda, y un cigarrillo encajado en la comisura de la boca ancha, de labios finos, como la de un batracio. Saludó afectuosamente a Phoebe.

—Señorita Griffin —le dijo, y le tomó la mano con las suyas, dándole unas palmaditas—, está usted que da gusto verla y más con estos ojos que tengo yo y en una noche tan lúgubre y mojada. Dígame, ¿está usted bien?

—Lo estoy, inspector —dijo Phoebe, sonriendo—. Claro que lo estoy.

Cruzaron la calle los tres y subieron los peldaños de la casa, y Phoebe levantó la esquina de la losa que estaba suelta y sacó la llave de debajo. El portal se hallaba a oscuras y tuvo que buscar a tientas el interruptor. La luz, al encenderse, no pudo ser más débil, como si avanzara a duras penas en tinieblas, como si la única bombilla que pendía del techo se hubiera cansado tiempo atrás de traspasar la oscuridad. La pantalla, entre amarillenta y ocre, podía estar hecha de piel humana reseca.

—Esto parece muy tranquilo —dijo el inspector Hackett mientras subían las escaleras.

—Sólo hay dos pisos ocupados —explicó Phoebe—, el de April y el de arriba. La planta baja y el sótano están vacíos.

—Ah, entiendo.

Dentro del piso de April, a Phoebe le pareció que todo se había oscurecido de un modo extraño, que estaba más desaseado, como si hubieran pasado años, y no días, desde la última vez que estuvo allí. Se paró nada más cruzar la puerta, los dos hombres a su espalda, y miró hacia la cocina. Se notaba un olor penetrante y rancio que no recordaba; seguramente la leche agriada que Jimmy habría olvidado tirar por el fregadero, aunque de pronto se le antojó siniestro, como el olor que a veces se percibía en Quirke cuando acababa de salir del depósito de cadáveres. Sin embargo, descubrió con sorpresa que su intranquilidad era menor que la última vez. Algo había desaparecido del aire, el ambiente era pura oquedad inerte. Phoebe creía con toda firmeza que las casas registraban cosas que a nosotros nos pasaban inadvertidas, presencias, ausencias, pérdidas. ¿Podría ser que la casa hubiese llegado a la conclusión de que April ya no iba a regresar?

Entraron en el cuarto de estar. Quirke fue a encender un cigarro, pero debió de

pensar que era inapropiado, y guardó la pitillera de plata y el encendedor. El inspector Hackett estaba con las manos en los bolsillos de su abultado y resplandeciente gabán, mirando en derredor con ojos avezados, de profesional.

—¿Debo entender —dijo a la vez que repasaba los libros y los papeles que había por todas partes, las tazas de café manchadas, las medias en la rejilla— que así es como acostumbraba a vivir la señorita Latimer?

—Sí —dijo Phoebe—, muy ordenada no es, que se diga.

Quirke se había acercado a la ventana y estaba mirando a la oscuridad, la luz que llegaba de una farola convertida en una mancha sin relieve en uno de los lados de su rostro. Entre los árboles y al otro lado de la calle acertó a ver tenues brillos en el agua del canal en movimiento.

—Vive ella sola, ¿verdad? —preguntó sin darse la vuelta.

—Sí, claro —respondió Phoebe—. ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—¿No tiene una compañera de piso?

Phoebe sonrió antes de contestar.

—No se me ocurre quién podría aguantar a April y su manera de ser.

El policía seguía mirando por un lado y por otro, callado y atento. Phoebe de pronto se arrepintió de haber llevado allí a esos dos hombres, haberlos hecho entrar en casa de April para husmear y especular. Se sentó ante la mesa en una silla de respaldo recto. En esa estancia estuvo más convencida que nunca de que April ya no seguía en el mundo. Tuvo un estremecimiento. Qué cosa debía de ser la muerte. Quirke, al mirarla de repente, vio la desolación pintarse en su rostro y se acercó desde la ventana para ponerle una mano en el hombro y preguntarle si estaba bien. No le respondió; se limitó a encoger el hombro en que le había apoyado la mano y a dejarlo distenderse luego.

Hackett había entrado en el dormitorio, y Quirke, apartándose de su hija, tan callada, lo siguió. El policía se encontraba en medio del desorden de la habitación, todavía con las manos en los bolsillos, escrutando con aire especulativo la cama, hecha con precisión y severidad por los cuatro costados.

—La educación hospitalaria es inmejorable —dijo Quirke.

Hackett se volvió hacia él.

—¿Cómo dice?

Quirke señaló con un gesto hacia la cama.

—Está hecha a pedir de boca.

—Ah. Cierto. Sólo que yo pensé que eso era cosa de enfermeras. ¿A los estudiantes de Medicina se les enseña a hacer una cama?

—A las estudiantes seguro que sí.

—¿De veras? Pues digo yo que razón tiene.

El suelo era de tarima, de tablones muy barnizados. Con la puntera del zapato, el

detective desplazó la alfombra de lana barata que había junto a la cama; encontró más tablones de madera, el barniz un pizca más claro en donde la alfombra lo escudaba de la luz. Se detuvo un momento, al parecer a pensar. Con una brusquedad que sobresaltó a Quirke, se adelantó, se inclinó y de un movimiento seco retiró la ropa de cama, la sábana, la manta, la almohada y todo, dejando al aire el colchón entero. Hubo algo casi indecente en la forma en que lo hizo, le pareció a Quirke. El policía volvió a detenerse, mirando lo que acababa de hacer y tocándose con el dedo el labio inferior —el colchón ostentaba las habituales manchas humanas—, y entonces se levantó los faldones del gabán tan vistoso que llevaba y, con esfuerzo, resoplando, se agachó a examinar las rendijas entre los tablones por el espacio más claro que rodeaba ese lado de la cama, donde estaba antes la alfombra. Se enderezó, aunque aún arrodillado, y sacó del bolsillo del pantalón una navajita de cachas nacaradas sujeta por una cadena larga, antes de inclinarse de nuevo y ponerse a rascar con cuidado en las rendijas entre los tablones. Quirke se inclinó a su lado y miró por encima del hombro del policía, observando las migas de polvo acumulado, oscuro, que rescataba poco a poco.

—¿Qué es eso? —preguntó aunque ya lo supiera.

—Ah, pues es sangre —dijo Hackett como si estuviera fatigado, y apoyó el peso sobre los talones antes de suspirar—. Así es, es sangre.

La señora de Conor Latimer vivía en todo su esplendor de viuda acaudalada en una casa de cuatro plantas, pintada de color crema, en el centro exacto de una de las zonas aterrazadas más suntuosas de Dun Laoghaire, bien alejada de la carretera, con vistas al mar, a la bahía, hasta el bulto en forma de joroba o de ballena tendida que mostraba Howth Head en el horizonte. Se la podría haber tomado por una señora adinerada y protestante de la vieja escuela de no ser porque era católica y además con un fiero orgullo por serlo. Era una mujer de mediana edad —se había casado joven y su marido había tenido una muerte inesperada y trágica, cuando ella aún estaba en sus mejores años— y no eran pocos los caballeros entre sus conocidos, no todos ellos indigentes, ni mucho menos, que podrían haberse aventurado a hacerle una proposición interesante, de no haber sido tan precavidos de sus piedades y de no estar tan alarmados por su frialdad de trato. Se dedicaba a las obras de caridad; tenía renombre por su dedicación a las causas de los más necesitados, y era notoria por su manera implacable de arrancar dinero a muchos de sus correligionarios de la ciudad, a los que llevaban una vida más desahogada. Era patrocinadora de muchas instituciones de buen tono en sociedad, incluido el Real Club de Yates de St. George, cuya sede social veía nada más asomarse a la puerta de su casa. Gozaba de las atenciones de un sinnúmero de individuos instalados en las cimas del poder social, y no sólo de la de su cuñado, el ministro de Sanidad, al cual en privado consideraba que no valía ni la mitad de lo que valió su esposo en vida, sino también de la atención del señor De Valera y de los de su círculo inmediato. También el arzobispo, algo de sobra sabido, era su amigo íntimo, y de hecho era su frecuente confesor, y muchas tardes se veía discretamente aparcado su enorme Citroën negro a la orilla del mar, cerca del portón de St. Jude, pues al doctor McQuaid era fama que le encandilaban las madalenas y los bizcochos caseros de la señora Latimer, servidos con su más exquisito Lapsang Souchong.

Todo ello, en consideración de Quirke, era seguramente demasiado bonito para ser cierto.

Había tratado a la señora Latimer en unas cuantas ocasiones —en el funeral de su marido, en un festejo para recaudar fondos para el Hospital de la Sagrada Familia, en una cena del Colegio de Médicos a la que Malachy Griffin le engatusó para que asistiera— y recordaba que era una mujer menuda e intensa, poseída a pesar de su corta estatura y su aparente delicadeza de un porte dominante y de un carácter de acero. Se comentaba que había modelado su imagen pública copiándola de la de la

reina de Inglaterra, y en la cena del Colegio de Médicos de Irlanda había aparecido, a no ser que fueran imaginaciones que tuvo Quirke a posteriori, luciendo una tiara de diamantes, la única en su especie que había visto él en la vida real. Lo que recordaba de manera más intensa en ella era su forma de estrechar la mano, que le pareció inesperadamente blanda, casi tierna, y durante un anómalo instante incluso insinuante.

El inspector Hackett había pedido a Quirke que le acompañase cuando fuera a visitar a tan formidable señora.

—Usted habla su mismo lenguaje, Quirke —le dijo—. Yo sólo soy de Roscommon. Necesito autorización antes de que me permitan poner el pie en el barrio alto de Dun Laoghaire.

Así pues, a la mañana siguiente fueron juntos a Albion Terrace, Quirke al volante del Alvis. Tuvo un contratiempo en Merrion Gates —algo raro hizo con la palanca de cambios y el embrague a la vez, por lo que se caló el motor—, pero el viaje fue por lo demás como la seda. Hackett se hizo lenguas admirando la máquina.

—No hay nada como el olor de un coche nuevo, ¿no es cierto? —dijo—. ¿Y la tapicería es de cuero de verdad?

Quirke, que estaba con la cabeza en otra cosa, no contestó. Estaba pensando en la línea de sangre reseca que Hackett había extraído de las rendijas entre los tablones del piso de April Latimer; en ese momento le parecía poco más o menos que un reguero de pólvora.

—¡Ahí va! —exclamó Hackett, y levantó una mano—. ¡Eh, me parece que ese camión tenía preferencia!

Aparcaron ante el portón de St. Jude y subieron a pie por el largo sendero, entre trechos de césped húmedo y arriates en los que no crecían aún las flores. Quirke tuvo la impresión de que la casa, con sus muchas ventanas, los miraba torciendo el gesto.

—No se le vaya a olvidar —dijo Hackett— que cuento con que sea usted quien hable.

Quirke se receló que el policía, a despecho de hacer gala de nerviosismo y reticencia, en el fondo se lo estaba pasando en grande, como un colegial al que llevasen a una merienda por todo lo alto en casa de un pariente acaso cascarrabias, pero acaudalado y prometedor.

Les abrió la puerta una muchacha pelirroja que ya se había sonrojado. El uniforme de doncella, chapado a la antigua —delantal blanco sobre el vestido negro, cuello de encaje y cofia festoneada con más puntillas—, le sentaba mal, como si fuera un vestido recortable en una muñeca de cartulina. Los acompañó al salón, junto al vestíbulo, y les recogió los abrigos antes de marcharse deprisa, diciendo algo que ninguno de los dos captó. La estancia era amplia y estaba llena de muebles de madera oscura y reluciente. En el ventanal abombado crecía una planta en un gran macetero

de bronce; Quirke sospechó que era una aspidistra.

—Vaya —dijo Hackett—. Así que ésta es la manera en que vive la otra mitad.

—A mí esta sala —dijo Quirke mirando en derredor con desdén— me parece la salita de recibir de un cura.

Tomaron asiento uno junto al otro ante la ventana de guillotina. La niebla estaba menos espesa que otros días y casi se llegaba a ver Howth, una sombra plana y oscura en el horizonte. Una bocina de niebla atronó allá cerca, dando los dos un respingo.

Pasaron diez minutos antes de que la doncella volviera a presentarse. Los condujo por la amplia escalinata.

—¿Verdad que hace un frío terrible? —dijo. Hackett le guiñó el ojo y ella se puso colorada de nuevo, más roja que antes, a la vez que ahogaba una risita nerviosa.

Los hizo pasar a una estancia alargada y fría, con tres grandes ventanales que miraban al mar. Había sillones tapizados de chintz y unas cuantas mesitas coquetas, repletas de jarrones de cristal tallado, llenos de crisantemos secos; frente a los ventanales, un alargado sofá parecía echarse hacia atrás admirado o aturdido ante la panorámica; había además un piano de cola, que de alguna manera daba la impresión de que nadie lo hubiese tocado en mucho tiempo, caso de que alguna vez lo hubiese tocado alguien. El aire estaba perfumado por el aroma levemente churruscado del té de China. La señora Latimer se encontraba sentada en un escritorio de anticuario, con una agenda encuadernada en piel abierta ante sí. Llevaba un vestido de seda de un color verde escarabajo, ceñido con fuerza a la cintura. El cabello rubio, no del todo rojizo, lo llevaba ondulado y peinado con todo esmero. Ardía un fuego de carbón en la chimenea de mármol. Sobre la repisa había un retrato al óleo de una muchacha muy blanca de piel, con una blusa blanca, de pie ante una mancha de luz de sol en un jardín, en verano, en la que no era difícil reconocer una versión más joven de la mujer sentada ante el escritorio, que en ese momento hizo una pausa y aguardó un instante antes de levantar los ojos de la página y ver a los dos hombres de pie en el umbral. Sonreía sólo con los labios. Sostenía un portaminas plateado entre los dedos. Quirke había tenido uno igual que ése; le sirvió para apuñalar a un hombre que se había merecido con creces el apuñalamiento.

—Gracias, Marie —dijo la señora Latimer, y la doncella inclinó la cabeza y se retiró cerrando la puerta como si alguien hubiera tirado de un cordel del que estuviera sujeta ella.

—Señora Latimer —dijo Quirke—. Le presento al inspector Hackett.

La mujer se puso en pie y avanzó hacia ellos con la mano extendida. Era de ella, entendió Quirke, de quien había sacado el hijo la rapidez de movimientos que tenía, como la de un ave. Aún conservaba la delicadeza y la finura ósea de la muchacha del retrato. Hackett daba vueltas al sombrero entre los dedos. La señora Latimer miró a Quirke y lo miró a él y vuelta a empezar, como si no le impresionara lo que tenía

delante.

—Un policía y un médico —dijo— que vienen a hablar conmigo de mi hija. Me parece que más me valdría preocuparme —hizo un gesto para señalar una mesita ante la chimenea, en donde estaba puesto un juego de té de plata—. ¿Puedo ofrecerles una taza de té, caballeros?

Se sentaron en tres sillas de respaldo recto y la señora Latimer, esgrimiendo la tetera, habló del clima, deploró la niebla y la mucha humedad de febrero. El inspector Hackett la miraba como si se hubiera perdido en la pura admiración, por lo visto, de la pose adoptada por la mujer, de sus mesuradas cadencias.

—Esta época del año es particularmente dura para los pobres, con el carbón todavía escaseando con todos los años que han pasado ya desde que acabó la guerra, además de que todo está carísimo. En la Sociedad de San Vicente de Paúl a duras penas podemos cumplir con la demanda, y cada invierno que pasa parece que se pone peor la cosa.

Quirke asentía por pura cortesía. El té que tenía en la taza olía a madera hervida. Ni él ni Hackett habían dicho a Phoebe nada sobre la sangre encontrada entre los tablones de la tarima, junto a la cama de April Latimer; tampoco le dirían nada a esa mujer.

Dejó de hablar y se hizo un silencio. Hackett carraspeó. En la bahía, la bocina para avisar de la niebla volvió a ser atronadora.

—Mi hija, Phoebe —dijo Quirke—, ¿la conoce usted?

—No —dijo la señora Latimer—. Tengo entendido que es amiga de mi hija, una de tantas.

—Sí, lo es. Me ha dicho que no ha tenido noticias de April desde hace un par de semanas. Está preocupada. Por lo visto mi hija y la suya tienen por costumbre verse a menudo, y parece que cuando no se ven hablan por teléfono.

La señora Latimer permanecía sentada y muy quieta, mirando un punto de luz que se reflejaba en la tapa de la tetera, a la vez que una helada sonrisa moría en sus labios.

—¿Debo entender que pretende usted decirme, señor Quirke, que ha llamado usted a los *gardaí* porque su hija no ha tenido noticias de una de sus amigas durante una o dos semanas?

Quirke frunció el cejo.

—Si quiere expresarlo de esa manera, así es —dijo.

La señora Latimer asintió, siendo el final de su sonrisa una remota, sardónica mueca de regocijo. Se puso en pie y abandonó la mesa para ir al piano, de encima del cual tomó una caja de ébano llena de cigarrillos antes de volver a sentarse. Abrió la caja y se la ofreció, y cada uno de ellos tomó un cigarrillo, y Quirke sacó el encendedor. La señora Latimer aceptó la lumbre que le daba, inclinándose sobre la llama y rozando el dorso de la mano de Quirke con la yema de un dedo.

—Como bien puede ver —dijo—, no me sorprende, no me provoca su visita el asombro que tal vez debiera causarme. Ya me lo dijo mi hijo, como es natural; ya me dijo, señor Quirke, que usted y su hija fueron a visitarle. Dígame —concentró una mirada penetrante plenamente en Quirke; sus ojos eran verdes y parecían centellear—: ¿se encuentra bien su hija? Quiero decir, ¿padece de los nervios, esa clase de cosas, ya me entiende? Por lo visto, mi hijo piensa que sí. Tengo entendido que ha sufrido alguna... alguna que otra chapuza a lo largo de su vida.

Antes de que Quirke pudiera responder nada, Hackett carraspeó de nuevo y se adelantó a hablar.

—Lo que sucede, señora Latimer —dijo—, es que nadie ha sabido nada de su hija. No ha ido a trabajar en la última quincena. Y su piso está vacío.

La señora Latimer traspasó la mirada hacia él y le obsequió con su gélida sonrisa.

—¿Cómo que vacío? —dijo—. ¿Qué quiere decir usted? ¿Es que April se ha mudado a otra parte?

—No —dijo el policía—, sus cosas siguen estando allí. No parece que falte ni siquiera una maleta. Pero no queda ni rastro de su hija.

—Ya entiendo —volvió a reclinarsse en la silla y dobló un brazo, apoyando el codo en la palma de la otra mano, con el cigarrillo en alto a la par de la mejilla—. ¿Y dónde cree usted que se habrá marchado? —inquirió en un tono semejante al de una pregunta de mera cortesía.

—Pues teníamos la esperanza de que usted tal vez lo supiera —dijo Quirke.

La señora Latimer se echó a reír con un sonido duro, breve, como el súbito repicar de una campanilla de plata.

—Me temo que es muy poco lo que sé de las andanzas de mi hija. Es que ella no... no confía mucho en mí —afirmó. Los miró a los dos y se encogió de hombros—. Para nosotros, viene a ser una especie de desconocida. Me refiero al resto de la familia, y así han sido las cosas desde hace ya algún tiempo. Ella lleva su propia vida. Es así como quiere que sea, al parecer, y es así como es.

Hackett se apoyó en el respaldo frunciendo el ceño. Quirke dejó la taza en el plato. No había probado siquiera el té.

—Así que no tiene usted ni idea de dónde podría estar —hizo una pausa momentánea—... Ni de con quién podría estar, vaya.

La vio repasar una por una las implicaciones de su pregunta, en especial de la segunda parte.

—Ya se lo he dicho, ella lleva su propia vida —repuso. De pronto cobró animación, apagó el cigarrillo a medio fumar en un cenicero de cristal que estaba en la mesa, delante de ella—. Yo no puedo permitirme el lujo de estar preocupada por ella. April endureció su postura y nos cerró su corazón y nos dio la espalda, además de que rechazó todo lo que nosotros representamos, rehusó incluso su religión. Vive

entre sabe Dios qué clase de gente, se enreda en asuntos de los que no me atrevo ni a hablar. Por supuesto que no soy indiferente. Es mi hija, a la fuerza he de quererla.

—¿Preferiría acaso no hacerlo? —dijo Quirke sin poder contenerse.

—¿Que si preferiría el qué? ¿No quererla? —de nuevo el verde centelleo en los ojos—. Es usted un impertinente, señor Quirke.

—Doctor.

—Perdone usted. Doctor. Es que estoy acostumbrada a un tipo de médico... ¿cómo diría? Diferente. Además, por lo que tengo entendido, no se encuentra usted exactamente en situación de desafiar a nadie en lo que atañe a los deberes de un padre o una madre.

Quirke se limitó a mirarla, a punto de sonreír, aunque sin hacerlo del todo, y Hackett levantó a medias la mano, como si quisiera impedir algún movimiento violento. Desde abajo les llegó el sonido del timbre. La señora Latimer se volvió a un lado y dejó la taza en la bandeja.

—Debe de ser mi cuñado —dijo—. Le he pedido que venga.

Bill Latimer entró en la estancia como una locomotora de vapor, con la mano ya extendida, exhibiendo su mejor sonrisa, amplia y fría. Era robusto y voluminoso, pero no grueso, y tenía un rostro ancho, huesudo, y el cabello abundante, castaño, ondulado; las votantes de su circunscripción, según se comentaba, tenían debilidad por él. Se desplazaba con sorprendente ligereza, incluso con elegancia, y Quirke al verlo se acordó de que había sido deportista en sus años de universitario.

—¡Dios! —dijo—. ¡Qué asco de tiempo tenemos! —estrechó la mano a los dos hombres, apeando a Quirke de todo tratamiento de respeto, con franqueza. Su cuñada lo saludó con un veloz beso en la mejilla y él se fue a colocar junto a la chimenea—. Me muero de ganas de tomar una taza de té —dijo—. ¿Me harás el favor de llamar a Maisie o a Mary o como se llame, y le dices que nos suba otro tazón?

La señora Latimer lucía de nuevo su sonrisa heladora.

—Son de porcelana —dijo—. Le diré a Marie que te prepare un poco de té de la India.

Se rió volviéndose hacia ella.

—Dios santo, Celia —dijo—, hay que ver qué lejos nos hemos ido del té de China con que nos criamos —se frotó las manos y las extendió ante la chimenea, y acto seguido se dio la vuelta y se levantó la chaqueta para ponerse de espaldas al fuego y calentarse. Miró a Hackett y luego a Quirke—. Así pues —dijo—, esa sobrina que tengo ha vuelto a causar algún quebranto, ¿es eso? ¿Y de qué se trata esta vez? ¿Otro novio escogido aposta entre la clase de los malhechores?

La señora Latimer había dado un tirón del cordón de la campanilla junto a la chimenea, y Marie la doncella entró en ese momento y se le dijo qué clase de té era la que tenía que preparar.

—¡Pero que sea té de verdad, cuidadito! —dijo Latimer con burlona severidad, y la doncella se marchó sonriente por el encanto y la jovialidad del ministro. Cuando cerró la puerta al salir, se sentaron los cuatro en torno a la mesita, y Latimer aceptó un cigarrillo de la caja de ébano.

Hackett repitió sucintamente lo que entre Quirke y él habían dicho ya a la señora Latimer. El ministro se recostó en su silla y rió con sonoridad, aunque fue la suya una risa sin humor, sin calor.

—¡Por Cristo nuestro señor! —dijo—. Lo más probable es que esté en cualquier rincón de las afueras con vaya usted a saber quién... —calló y se volvió hacia su cuñada—. Lo siento, Celia, pero sabes tan bien como yo cómo se las gasta la niña —se volvió hacia Quirke de nuevo—. Mucho me temo que es una granuja terrible nuestra April, vaya si lo es. Nuestra oveja negra, la misma que viste y calza.

Quirke y el policía no dijeron nada. El silencio esbozó un bostezo, y la señora Latimer, como si acabara de recibir una señal, tamborileó con los dedos bruscamente en las rodillas y se puso en pie, alisándose los plisados del vestido.

—Bueno —dijo—, yo tengo cosas que hacer. Dejo este asunto en sus manos, caballeros.

Atravesó la sala hasta el escritorio y tomó la agenda y el portaminas y, lanzándoles una sonrisa quebradiza y luminosa, salió de la estancia cerrando la puerta.

Latimer suspiró.

—Es muy duro para ella, no sé si se dan cuenta —dijo—. Procura que no se le note, pero es así. Esa hija que tiene siempre fue una bala perdida, desde el principio —se recostó en la silla y dedicó una mirada endurecida a cada uno de los hombres—. Muy bien: ¿qué es lo que tienen que decirme?

Hackett cambió de postura en la silla.

—Hemos visitado el piso de la joven —dijo—. Para echar un vistazo.

—¿Cómo han podido entrar?

—Deja una llave debajo de una losa, a la entrada, para sus amistades —dijo Quirke—. Mi hija vino con nosotros a mostrarnos dónde está la llave.

—¿Y bien?

Hackett vaciló.

—En mi opinión, señor Latimer, hay motivos para estar preocupados.

Latimer miró de reojo su reloj.

—¿Preocupados por qué?

—No nos ha dado la impresión de que se haya marchado de viaje —dijo Hackett—. Hay dos maletas en el armario del dormitorio. Y todas sus cosas de maquillarse siguen estando ahí. No imagino yo que una chica se marche de viaje sin su lápiz de labios.

—A lo mejor ha ido a hospedarse en casa de una amiga. O, tal como ya dije antes, a lo mejor ha ido a pasar una temporadita con algún indeseable.

—De una manera o de otra, lo normal es que se llevara sus efectos personales.

El político y el policía se miraron uno al otro con ecuanimidad.

—Entonces... ¿dónde demonios se ha metido? —quiso saber Latimer en un brote de ira, perdiendo el aplomo.

Se habían terminado los tres los cigarrillos y Quirke sacó su pitillera de plata para ofrecérsela a los otros dos. Latimer se puso en pie con un suspiro y fue ante la chimenea, apoyándose con un codo en la repisa y mirando arder las ascuas en el carbón.

—Esa putita no ha hecho más que causar problemas desde el día en que nació. La muerte de su padre no fue lo que se dice de gran ayuda; ella tendría nueve o diez años, me parece recordar. ¿Quién sabe cómo le sienta realmente a una niña la pérdida de su padre? Ésa es la manera caritativa de ver las cosas, claro. Me siento inclinado a pensar que habría seguido siendo igual si Conor hubiera seguido con nosotros —se llevó la mano al bolsillo del pantalón y, con nerviosismo, hizo resonar unas monedas—. Es algo que va en la sangre —dijo—. Su abuelo, mi padre, era un jugador empedernido y un borracho —volvió a reír con una risa hueca—. Ya se sabe, los hijos pagan los pecados de los padres, ¿no es cierto? —miró a Hackett—. ¿Qué más han encontrado?

Hackett volvió a titubear.

—Había una mancha de sangre junto a su cama.

Latimer se quedó mirándolo.

—¿De sangre?

—Limpiada —dijo el policía—. Pero ya se sabe, no hay forma de quitar del todo la sangre, supongo que eso a usted no se le escapa. La sangre siempre deja una huella reveladora —miró de reojo a Quirke—... ¿No es así, doctor?

Con un movimiento repentino y violento, Latimer se alejó de la repisa de la chimenea y comenzó a dar vueltas de un lado a otro de la estancia, con lo que Quirke y el policía tuvieron que volverse en sus sillas para no perderlo de vista. Se detuvo, se quedó mirando al suelo, frunció el ceño.

—¿Y en la cama? —preguntó—. ¿Había sangre también en la cama?

—Es lo que sería de esperar, lógicamente, si había sangre en el suelo —dijo Hackett—, pero no encontré ni rastro. Sólo entre los tablones de la tarima. Ahora mismo han ido dos de mis hombres para repasar a fondo la vivienda.

Latimer emprendió de nuevo las idas y venidas, fumando con fruición, dando rápidas y hondas caladas a su cigarrillo.

—Esto no es lo que esperaba yo oír —dijo como si hablase consigo mismo—. Esto es grave —se detuvo, se volvió—. Es grave, ¿no es así?

Hackett se encogió de hombros un instante.

—Vamos a tener que esperar a ver qué dicen los expertos de la policía criminal. Mañana recibiré su informe.

—¿Quiénes son esos expertos? —preguntó Latimer de manera cortante—. Supongo que le informan directamente a usted, ¿no? Es de esperar que no les dé por ponerse a parlotear por todas partes, digo yo... —el inspector Hackett prefirió no responder y permaneció tan impasible como un sapo, mirando al frente—. Lo que quiero decir —dijo Latimer— es que no querría que a Celia le llegase ningún rumor antes de que haya algo que se pueda decir oficialmente.

Quirke se dio cuenta de que Latimer repasaba para sí las implicaciones que para él mismo y para su reputación podría tener la revelación de que su sobrina había encontrado un final escandaloso.

—Señor Latimer —dijo—, ¿hasta qué punto está usted informado de la forma en que vive su sobrina, de las personas con quienes se trata?

Latimer se volvió en redondo hacia él. Se le había puesto la frente colorada y tenía una desagradable luz en los ojos.

—¿Es usted ahora el detective, el que hace las preguntas? Además, ¿se puede saber por qué ha venido usted aquí?

Quirke lo miró largo y tendido.

—Mi hija acudió a verme —dijo sosegadamente— porque estaba preocupada por su amiga, porque quería que yo hiciera algo al respecto.

—Así que llamó usted a la Guardia antes de hablar siquiera con la familia.

—Hablé con el hermano de April.

—Así es, en efecto —dijo Latimer con otra desagradable carcajada—. No creo que le haya sacado gran cosa, claro —volvió a la chimenea y se situó de cara a Quirke y al policía—. Miren —dijo—, ustedes saben muy bien con qué nos las estamos viendo aquí. No podemos controlar los movimientos de esta joven, no tenemos ningún poder sobre ella. Para nosotros, es una desconocida. Sabe Dios qué habrá estado haciendo en ese piso en que vive. Una misa negra o lo que sea, no me extrañaría nada.

—Así pues —dijo Hackett—, no sabe usted con qué personas puede tener amistad...

Latimer se quedó mirándolo.

—¿Amistad? ¿Qué es lo que pretende decir?

—Pues me refiero a las personas con las que suele salir.

—¿Un novio? —se le ensombreció el semblante—. ¿Un amante? Escuche, inspector... ¿cómo me ha dicho que se llama? Hackett, disculpe, eso es. No sé de qué otra forma pretende usted que se lo diga, pero April se ha desentendido de nosotros. Ha culpado a la familia de todo, de intentar gobernar su vida, de impedirle vivir en

libertad, de ser demasiado respetable... En fin, lo de siempre, y todo ello no ha sido más que una excusa para escapar a toda autoridad y vivir a lo bestia, haciendo lo que le viniese en gana...

—Tengo entendido que es una buena médico. He preguntado por ella en el hospital —dijo Quirke. No era cierto, pero Latimer tampoco lo iba a saber.

A Latimer no le hacían gracia las interrupciones.

—Eso ha hecho, no me diga —dijo—. ¿Así que ahora se dedica usted a realizar encuestas, a repartir cuestionarios? ¿Se puede saber qué es usted? Usted es un patólogo forense, ¿no es cierto? He oído hablar de usted, creía que se había retirado por motivos de salud.

—He estado ingresado en San Juan de la Cruz —dijo Quirke.

—Por los nervios, ¿no es eso?

—Por la bebida.

Latimer asintió, sonriendo con malicia.

—Eso es. La bebida. Eso tenía entendido —guardó silencio un momento, mirando a Quirke de hito en hito con desprecio en los ojos. Se volvió a Hackett—. Inspector —dijo—, creo que lo suyo es que tengamos la fiesta en paz. No le puedo ayudar en nada relativo a April, en esta casa nadie puede ayudarle en eso. No deje de comunicarme qué averigua sobre la mancha de sangre o lo que sea. Estoy seguro de que habrá alguna explicación sencilla que lo aclare —volvió a consultar el reloj—. Y ahora, buenos días a los dos, caballeros.

Se plantó ante ellos, esperando, y los dos se pusieron en pie despacio antes de encaminarse hacia la puerta. La bocina de niebla volvió a atronar. Ya por el camino Quirke no dijo nada, y dio una patada con fuerza en una rueda trasera del Alvis, muestra de furia a cambio de la cual no sacó en claro nada más que un dolor en el dedo gordo del pie.

El Shakespeare era uno de los contados pubs en los que dos mujeres sin acompañante podían verse para tomar una copa sin que las mirasen de arriba abajo o sin que el barman les pidiera incluso que abandonasen el local. «Claro, por algo es la cantina del trabajo», diría Isabel Galloway por toda explicación. Todos los actores del Gate Theatre, que estaba a la vuelta de la esquina, se reunían allí a tomar algo, y en los descansos la mitad de los hombres del público acudían con prisa para apiñarse en la barra y tomarse una copa de verdad, en vez del vino agriado y del sucedáneo de café que ofrecían en el bar del teatro. Se trataba de un local pequeño, íntimo, de trato sencillo, y con determinadas luces, habiendo gente suficiente, y consumidas las copas suficientes, diríase que era el no va más de la sofisticación, o al menos lo era tanto como se podía esperar en esa ciudad.

Phoebe e Isabel se habían dado cita a las siete. A esa hora eran pocos los clientes, y tomaron asiento en una mesa de un rincón, junto a la ventana, sin que nadie las molestase. Phoebe pidió una cerveza con limón; Isabel bebió el gin-tonic de costumbre.

—La quincena que viene descanso —había dicho arrastrando las sílabas con el mayor de los cansancios—, así que a ésta invitas tú, cariño.

Llevaba una boa de plumas verdes y el sombrerito que Phoebe le había conseguido con un generoso descuento en la Maison des Chapeaux en la que trabajaba. Las uñas las llevaba inquietantemente largas y pintadas de rojo encendido, con un carmín a juego. Phoebe, como siempre, quedó cautivada por el extraordinario cutis de su amiga, por su palidez de porcelana, por su aparente fragilidad, resaltada por unos mínimos toques de colorete en los pómulos, y por lo vivo de los labios, curvos, relucientes, tanto que parecía como si una rara y exótica mariposa se le hubiera posado en la boca y allí siguiera, palpitante, aleteando.

—Y bien —le preguntó—, ¿cuál es la última? ¿Ha escapado April de las garras de la banda dedicada a la trata de blancas y ha vuelto para contarnos la historia con pelos y señales?

Phoebe negó con la cabeza.

—Mi padre y yo fuimos ayer a su piso —dijo—. Con un detective.

Isabel abrió los ojos como platos.

—¡Un detective! ¡Qué emocionante!

—Allí no hay ni rastro de ella, Bela. En el piso está todo tal como lo dejó, como si hubiera bajado a comprar algo a la tienda de la esquina y no hubiese vuelto. Es

imposible que se haya marchado, no se ha llevado nada. Es como si se la hubiera tragado el aire.

Isabel sacudió la cabeza con los párpados cerrados.

—Cariño, a nadie se la traga el aire, igual da que espese la niebla o que levante.

—¿Y entonces dónde está?

Su amiga apartó la mirada y se ajetreó buscando algo en el bolso.

—¿Tienes un cigarrillo? Me parece que se me han acabado.

—He dejado de fumar —dijo Phoebe.

—Oh, Dios mío, ¡no es posible! Te estás volviendo tan virtuosa día a día que casi, casi eres una monja, y así no hay quien te siga, chica. Tampoco es que quiera yo seguirte por ese camino, cuidado —Phoebe no dijo nada. A Isabel algunas veces se le agriaba el tono de voz de una forma nada atractiva—. Y... claro, no querrás comprarme algo de tabaco, digo yo. Es que estoy en las últimas, de veras —Phoebe alcanzó el monedero—. Eres un amor, Pheeb. A tu lado, me siento como una fulana de tomo y lomo. Gold Flake... Con un paquete de diez me llega.

En la barra, mientras esperaba a que el barman le diese el tabaco y las vueltas, Phoebe se acordó de una velada que había pasado allí mismo el cogollito, tres o cuatro semanas antes. Isabel actuaba en una pieza que dejó de representarse a las cinco funciones, y sus amigos se reunieron en el Shakespeare para consolarla. El resto de la clientela los miró con insistencia, como otras veces —Patrick no pareció fijarse, como siempre—, a pesar de lo cual había sido una ocasión de alborozo compartido. Allí estaba April, alegre y mordaz. Habían bebido un poco más de la cuenta, y cuando se acercaba la hora de cierre en las calles brillaba la helada, y caminaron bajo las estrellas relucientes hasta el Gresham con la esperanza de persuadir al barman, confeso y siempre esperanzado admirador de Isabel, de que les sirviera la última. En el vestíbulo rieron y hablaron armando demasiado revuelo, y dedicaron un rato a tratar de callarse los unos a los otros, poniéndose los dedos en los labios, farfullando. Les decepcionó que el fan de Isabel no trabajara esa noche y que nadie les pusiera una copa, por lo que Patrick los invitó al piso en que vivía, cerca de Christ Church. Los demás fueron con él, pero a Phoebe algo impreciso, algo insuperable, una extraña reticencia —¿fue acaso timidez, fue acaso un miedo oscuro? — la inspiró a mentir y alegó que tenía dolor de cabeza antes de tomar un taxi para volver a su casa. Una vez allí lo lamentó, por descontado, pero ya era tarde para eso: se habría sentido como una idiota si le diese por aparecer en casa de Patrick en plena noche, fingiendo que su repentino dolor de cabeza se le había pasado de manera no menos repentina. Sin embargo, sabía que en casa de Patrick había sucedido algo aquella noche. Al día siguiente ninguno de ellos quiso decir nada, ni tampoco en los días sucesivos, aunque fue como si ese mismo silencio a ella le dijera a las claras que había pasado algo.

Llevó el paquete de tabaco a la mesa.

—Cuéntame qué dijo el detective —le apremió Isabel, desgarrando el celofán con sus uñas rojo vivo—. No, espera, primero cuéntame cómo era. ¿Alto, moreno, guapo? ¿Tipo Cary Grant, elegante, sofisticado, o era de gran envergadura y con aire de peligro, como Robert Mitchum?

Phoebe no pudo contener la risa.

—Es bajito, paliducho y feo hasta decir basta. Se llama Hackett, que es un nombre que le va al pelo. Yo ya lo conocía, de cuando... —calló de pronto, y se le ensombrecieron las facciones.

—Ah —dijo Isabel—. Te refieres a lo de Harcourt Street, cuando pasó todo aquello...

—Sí. Sí, cuando aquello —Phoebe asintió muy deprisa sin poder impedirlo; fue en ese momento como una de esas figurillas de alcancía que asienten cabeceando cuando alguien echa una moneda, y además se le aceleró la respiración. Cerró los ojos. Era preciso que se dominase. No podía pararse a pensar en aquella noche en Harcourt Street, la brisa que entraba por la ventana abierta de par en par, el hombre abajo, en la verja del perímetro de la entrada, empalado por las lanzas.

Isabel puso una mano sobre la suya.

—¿Estás bien, cariño?

—Estoy bien, no es nada. De veras, estoy bien.

—Anda, tómate una copa de verdad, algo que te entone. Tómate un coñac.

—No, prefiero no beber ahora. Es sólo que a veces, cuando me viene a la memoria... —se retrepó en su asiento; estaba tapizado en un terciopelo del color de un vino aguado; puso las manos en los costados y de un modo extraño la textura del terciopelo la consoló, recordándole, sin que supiera por qué, a su infancia—. Isabel —dijo—, ¿qué pasó aquella noche en casa de Patrick? ¿Te acuerdas, después de que se suspendieran las funciones, cuando vinimos todos aquí y nos emborrachamos, y luego os fuisteis todos a casa de Patrick?

Isabel se ajetreó en retirarse del labio una imaginaria hebra de tabaco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, y apartó la mirada y frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que qué pasó?

—Es que pasó algo. Todos guardáis silencio sobre aquella noche, y Jimmy estuvo más sarcástico que de costumbre.

—Pues la verdad es que no me acuerdo. Estábamos borrachos, según has tenido la dulzura de recordarme, aunque tú no, de eso estoy segura, por algo eres tan buena chica, hay que ver —sonrió con afectada amabilidad—. Supongo que hubo una riña o algo así, ya sabes cómo se pone Jimmy con Patrick cuando se ha pasado de la rosca —Phoebe esperó. Estaba de pronto sosegada, aunque de una manera espantosa. Isabel, que seguía sin mirarla, soltó un suspiro con el que manifestó su enojo, un

suspiro que no sonó bien del todo, como si fuera un suspiro en escena—. Sí, eso es, claro. Hubo una riña. Se armó por cualquier cosa, por nada, como siempre. Jimmy quiso acompañar a April a casa, estaba con el ánimo caballeroso, y April no se quería marchar. Al final yo lo convencí para que dejara de estar malhumorado. ¿Por qué no me acompañas a mí a mi casa?, le dije.

—¿Y entonces?

—Entonces nos marchamos. Jimmy y yo. Hacía una noche deliciosa, había helado del todo, no había un alma por la calle. Habría sido de lo más romántico si hubiera sido cualquier otro en vez de Jimmy.

Isabel estaba prendiendo el segundo cigarrillo con la colilla del primero. Phoebe se preguntó si eran imaginaciones suyas o si a su amiga en efecto le temblaban un poco las manos. ¿Estaba diciéndole la verdad de lo que pasó aquella noche?

—¿Y April se quedó? —preguntó Phoebe—. ¿Con Patrick?

—Bueno, eso depende de lo que entiendas tú al decir que se quedó con Patrick, cariño —dijo. Por fin le había dado la cara y la miraba de lleno con aire desafiante, con un brillo infrecuente en los ojos, con una mirada de dureza—. ¿No crees?

A Phoebe le pareció que las luces del bar de pronto habían menguado en su intensidad. Notó un sabor agrio en el fondo de la boca. Cómo esperan agazapadas y nos tienden una emboscada nuestras verdaderas emociones, pensó.

—Si quieres que te diga la verdad —le decía Isabel con su voz arrastrada, enronquecida, de actriz—, a mí me parece que es demasiado lo que se arma a partir de esos incidentes que a veces se producen a altas horas, una noche. Nadie es quien es, está todo el mundo medio enloquecido de tanto beber, empeñado en buscar un significado oculto hasta en cualquier pequeñez. Es posible que me perdiera mucho, claro está, porque a esas horas de la noche suelo estar para el arrastre, y más cuando he pasado dos o tres horas de pie en un escenario, hablando a gritos ante un público que no hace más que gritarme, y lo mismo una y otra vez, igual todas las noches. A esas horas sólo tengo ganas de meterme en la cama con una bolsa de agua caliente, y lo único cañero que me apetece tener a mano es una buena copa.

Phoebe se sintió como si acabara de atravesar una espesura densa y llena de espinos y hubiera salido a un paraje desolado, yermo, ceniciento.

—Así que eran amantes —dijo de plano.

—¿Qué? —Isabel se quedó mirándola y soltó algo de lejos semejante a una risa forzada—. ¿Sabes qué te digo? Me parece que jamás he oído esa palabra en la vida real. Nunca la he oído fuera del teatro. En serio. ¡Amantes, ya te digo!

—Bueno, ¿y lo eran? Es decir, ¿lo son?

Isabel se encogió de hombros.

—Cariño —dijo con su tono de voz más cansino, más mundano—, debes de tener la imaginación más calenturienta que haya, al menos para dártelas de chica de

convento, que es lo que pretendes hacernos creer que eres. Patrick, qué duda cabe, seguro que tiene que estar a reventar de apremios primitivos y urgentes, pero de ahí a que fuesen amantes... Yo la verdad es que no lo termino de ver. ¿Tú sí? Ya sabes cómo es April.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que ya sé cómo es?

—Verás, cariño: yo creo que en todo esto hay más palabras que obras. Mucho bla, bla, bla, y poco o nada de lo otro. Según mi experiencia, los que parecen más dados a la cosa al final resulta que son vírgenes —dio una palmada en la mano de su amiga—. ¡Qué rarita eres, mi querida Phoebe! Rarita y adorable por ser en el fondo una puritana, una mojigata. ¿O es que estás celosa? ¡Te has sonrojado! ¡Sí que estás celosa! Ojo, que eso yo lo puedo entender, cómo no. Es un pedazo de virilidad de lo más sedoso que hay, ¿a que sí? —se le había endurecido la voz y asomaba en sus ojos de nuevo ese brillo frío, amargado.

—Sí —dijo Phoebe—, sí, la verdad... Sí, es que es... es guapísimo.

Isabel la miró.

—Por Dios —dijo en tono cortante—, no me irás a decir que encima estás colada por sus huesos.

Phoebe no iba a llorar: el llanto no daría ningún consuelo a su corazón de repente estrujado. Estaba segura de que, al margen de lo que quisiera decir Isabel, April y Patrick habían sido amantes. El pensamiento se le había pasado a menudo por la cabeza, pero nunca había llegado a creérselo del todo. En ese instante lo creyó. Una vez asumida, la convicción no iba a debilitarse. E Isabel tenía toda la razón, estaba celosa. Pero lo peor de todo era que no sabía de quién tenía celos, si de April o de Patrick.

No, no iba a llorar.

Y lógicamente, al día siguiente tuvo que ir y quedar en ridículo. Sabía que no debía hacerlo bajo ningún concepto, pero no hizo caso. Razonó despacio: como era la hora de almorzar podía fingir, si no le quedaba más remedio, que había salido a dar un paseo. Ridículo, claro está: ¿quién iba a creer que alguien pudiera irse de paseo desde Grafton Street hasta Christ Church con el tiempo que hacía? En realidad no había contado con encontrárselo; al fin y al cabo, ¿qué posibilidad había de que estuviera en su casa a mediodía? Tampoco es que tuviera la firme intención de ir a visitarlo. Entonces, ¿en qué estaba pensando? Era infantil; se iba a comportar como una colegiala de paseo por la calle con la vaga esperanza de ver un momento al chico que la tenía encandilada. Se dijo que ya iba siendo hora de dejar de portarse como una idiota, hora de volver sobre sus pasos, y a pesar de todo siguió adelante, con un tiempo de perros, y cuando dobló al salir de Christchurch Place a Castle Street... ¡allí estaba! Lo vio caminando hacia ella por la otra acera, con su abrigo de lana marrón y

una bufanda, llevando una bolsa de rejilla llena de comestibles. Él no la vio en el acto y ella pensó en volverse sobre sus talones y darse a la fuga, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde: él la vería sin duda en cuanto apretase el paso, escapando, y pensaría que era una imbécil de remate, más que nunca, y peor aún sería que reconociese ella misma su acto de cobardía. Así que siguió adelante, armándose de valor para mostrarse tan sorprendida como sin duda lo estaría él.

—¡Phoebe! —dijo él, y se detuvo con su sonrisa inmensa—. Cómo me alegro de verte.

—Iba... iba a... ver a alguien —dijo—. Allá mismo, en la catedral. Una amiga mía. Allí la acabo de dejar —balbuceaba, ella misma lo oyó—. Se me había olvidado que vives en esta calle. Ya... ya me vuelvo al trabajo.

Patrick seguía sonriendo. Tuvo que advertir que le mentía. ¿Qué iba a pensar que estaba haciendo ella por allí? ¿Se habría dado cuenta de que tenía la esperanza de que él también estuviera por allí, y sobre todo de encontrárselo?

—Anda, entra un minuto —le dijo—. Hace mucho frío.

Vivía en una casita destartalada, con una estrecha puerta de entrada, pintada en líneas onduladas y barnizada de modo que pareciese de madera. Disponía del piso de la primera planta; ella nunca lo había visitado. La casera ocupaba la planta baja.

—Ha salido —dijo él—, así que no hay nada de qué preocuparse.

El suelo del recibidor estaba cubierto de linóleo, y las escaleras eran empinadas y despedían un fuerte olor a humedad. Había hecho lo posible para que el minúsculo y desolado cuarto de estar pareciera hogareño, poniendo posters de mucho colorido en las paredes y una manta de un rojo intenso sobre el respaldo de un viejo sillón. Se fijó en la cama de la esquina, aunque no se permitió mirarla despacio. Su escritorio era una mesa de cartas plegable que estaba colocada debajo de la ventana. Encima, junto a una máquina de escribir portátil Olivetti verde y una pila de libros de texto, había una fotografía enmarcada de una pareja de mediana edad y vestidos los dos con trajes tribales, la mujer con un complejo tocado en la cabeza. Había un teléfono en el suelo, junto a la cama; ella se fijó en que era un modelo anticuado, como el de April, con una manivela en el lateral.

—¿Has almorzado ya? —le dijo Patrick—. Iba a prepararme algo de comer.

Phoebe miraba la figurilla de bronce que había en el alféizar de la ventana: era un guerrero de ojos grandes, de aspecto temible, con un casco puntiagudo, que enarbolaba una complicada especie de espada larga, de punta muy ancha.

—Es de Benín —dijo Patrick siguiendo su mirada—. Es un oba, una especie de rey, o de jefe. ¿Sabes algo de los bronces de Benín?

Phoebe negó con un gesto.

—No, lo siento.

—Oh, no tienes por qué. Aquí en el norte hay muy poca gente que sepa algo de

Benín. El arte africano nunca podrá resultar sofisticado a ojos de los europeos. Ésa es una copia, claro.

Se dirigió al hueco en donde había un fregadero y un armario alto, y un hornillo eléctrico, un Baby Belling, colocado en precario en un estante; era poco mayor que una sombrerera y tenía un solo fuego. Llenó de agua la pava y la puso en el hornillo a calentar y comenzó a sacar las cosas de la bolsa de rejilla, dejándolas en la encimera.

—¿Te apetece café o té? —le preguntó—. Yo voy a tomar pan con queso y dátiles. ¿Tienes hambre?

—Me encantan los dátiles —dijo, aunque nunca los había probado.

No tenía cafetera, y preparó el café en un puchero. Era un café intenso, amargo, y ella notó los posos entre los dientes, como si fuera arena, aunque a la vez pensó que nunca había probado nada tan maravilloso, tan exótico, tan cargado de aromas lejanos. Se sentaron uno frente al otro, uno a cada lado de la mesita, ella en el sillón de la manta roja, él en un cómico taburete de tres patas. Los dátiles estaban pegajosos y sabían a chocolate. Por encima del borde de la taza observó las manos de Patrick. Las tenía grandes y casi cuadradas, con unos dedos muy gruesos, que parecían acariciar con meditada ternura todo cuanto iba tocando. Allí, entre sus cosas, en su casa, parecía más joven que cuando lo veía fuera, casi un muchacho, un poco tímido, un poco vulnerable.

—¿Quieres un poco de queso? —ofreció. Cuando dijo la última palabra, se le descolgó un poco el labio inferior y ella vio el interior rosado de su boca, más carmesí que rosa, un lugar oscuro, secreto, suave. Con el rabillo del ojo vio que había dejado su abrigo sobre la cama; se encontraba en ángulo, con una manga extendida; podría haber sido ella misma allí postrada.

—Te he mentado —le dijo—. No he ido a ver a ninguna amiga. No he ido a ver a nadie.

—Vaya —dijo sin dar muestras de sorpresa, limitándose a sonreír otra vez. Cuando sonreía, tenía una forma curiosa de agachar la cabeza hacia un lado antes de levantarla, un gesto con el que parecía torpe y contento a la vez.

—La verdad es que he venido porque tenía la esperanza de verte. Y ha sido una curiosa coincidencia encontrarte en la calle. A duras penas pude creer en mi suerte cuando te vi.

—Sí, una coincidencia. Hoy he decidido quedarme en casa... —señaló con un gesto el montón de libros—. A estudiar.

Comía dando bocados pequeños, con precisión, cosa extraña siendo un hombre tan ancho de hombros, tan macizo, con los dedos grandes y encogidos, tomando un trozo tras otro para llevárselo a la boca, a esos labios que parecían secos, resquebrajados, pero que sobre todo parecían seguir siendo muy suaves, como puede ser suave un fruto oscuro, maduro.

—¿Y por qué querías verme? —preguntó.

Ella dio un sorbo de café, sujetando la taza entre ambas manos, acurrucada. Intentaba por todos los medios no ver el abrigo sobre la cama, pero allí estaba, extendido, a un tiempo sin culpa ninguna y sugerente.

—No lo sé —dijo—. Supongo que quería hablar contigo de April. Es que no dejo de pensar... Ay, no sé. No dejo de pensar en lo que le puede haber ocurrido —lo miró con aire casi suplicante—. ¿Tú crees que volverá?

Él no dijo nada durante un rato. En la calle, una campana dio la hora, e instantes después repicó otra más lejana, la de St. Patrick. Sólo esta ciudad, se dijo ella, es capaz de tener dos catedrales a tan pocos metros una de la otra, y ambas protestantes.

—¿No ha hablado nadie con su familia? —dijo Patrick al fin.

—Mi padre y yo fuimos a ver a su hermano. Nos dijo que no sabe nada y que tampoco le importa. April y él siempre se han detestado.

—¿Y la señora Latimer?

—Sí, mi padre también fue a verla. Acompañado por un detective.

Patrick la miró fijamente, y sus ojos, las propias órbitas, parecieron aumentar de tamaño, hinchándosele los blancos.

—¿Un detective? —dijo—. ¿Por qué?

—Mi padre lo conoce. Yo también, más o menos. Se llama Hackett. Es un buen hombre, muy discreto.

Patrick miró hacia un lado y asintió despacio, pensando.

—¿Y qué fue lo que dijo la señora Latimer?

—Pues me parece que tampoco dijo nada. Estuvo con ellos su cuñado, el tío de April, el ministro. La familia se ha unido para protegerse, según dice mi padre. Supongo que piensan que April ha debido de hacer algo perjudicial para su preciadísima reputación, que es seguramente lo único que les importa —explicó. ¿Por qué estaba hablando de ese modo, con ese repentino resentimiento? ¿Qué se le había perdido a ella con lo que dijeran o dejaran de decir los Latimer, con lo que hicieran o dejaran de hacer? De todo eso, nada serviría para que volviera April. Y acto seguido se asombró al descubrirse mirando intensamente a Patrick, su rostro ancho, su nariz aplastada—. ¿Tú la amas? —le preguntó.

Al principio pensó que no iba a contestar, que se limitaría a fingir que ella no había dicho nada, que no la había oído o que no la había entendido. Él parpadeó despacio; en algunas ocasiones parecía que existiera a un ritmo completamente distinto de todo lo que lo rodeaba.

—No entiendo qué quieres decir —respondió con llaneza, la voz grave, con intención—. ¿Te refieres a si estoy enamorado? —ella asintió con los labios apretados. Él sonrió y abrió las palmas de las manos ante ella, mostrándole toda la anchura de la superficie rosada—. April es maravillosa —dijo—, pero no creo que

sea nada fácil enamorarse de ella.

—Nadie cuenta con que enamorarse sea fácil, ¿no es cierto? —dijo ella—. Yo no contaría con que fuera fácil. Y no querría que lo fuera.

Patrick bajó la cabeza y flexionó los hombros despacio, como si acabara de percibir que algo lo envolvía.

—No pasa nada —dijo Phoebe, y le costó esfuerzo no extender la mano para tocar una de las suyas—. No es asunto mío. Háblame de esos bronce de Benín.

Él dejó en la mesita la taza del café y se acercó a la ventana. Con qué ligereza se movía, con qué paso tan ágil; pese a ser tan grande, era extrañamente delicado, igual, comprendió ella, igual que su padre. Tomó la figura de bronce del alféizar y la sopesó entre las manos. Fuera, vio Phoebe, había empezado a llover de un modo distraído, absorto.

—Benín era una gran ciudad —dijo—, en el corazón de un gran imperio. El pueblo de los binis estuvo legislado desde los tiempos más antiguos por los ogisos, los reyes celestes. Ekaladerhan, hijo del último de los ogisos, fue proscrito y tuvo que marcharse a vivir con el pueblo de los yorubas, en donde se cambió de nombre y pasó a ser el gran Oduduwa, legislador de la ciudad de Ife. Cuando los ancianos del pueblo de los binis mandaron emisarios para suplicar a Oduduwa que regresara, éste envió en cambio a su hijo y así la dinastía continuó viva. Los portugueses fueron los primeros europeos que llegaron allí, y luego los holandeses, y luego los británicos, claro. A finales del siglo pasado un puñado de representantes británicos fueron asesinados en la ciudad, y así se desencadenó la famosa Expedición de Castigo, con la que se procedió al saqueo del palacio del último de los obas y se destruyeron o se robaron sus tesoros. La mayoría de los bronce del palacio hoy se encuentran... —soltó una risa breve, despectiva— en el British Museum —calló, sin dejar de sopesar entre las manos al guerrero de bronce, con gesto pensativo y los ojos bajos.

Ella se dio cuenta de que era una historia que había contado otras veces, y había terminado por ser una suerte de representación, una especie de salmodia. Se imaginó a April allí sentada, en donde estaba ella, observándole ante la ventana con la figura de bronce en la mano. ¿Qué era lo que sabía de April o de ese hombre llegado de África? ¿Qué sabía ella de su amiga Isabel Galloway o, puesta a pensarlo, de Jimmy Minor? ¿Qué era lo que sabía? Todo el mundo, se dijo, es un desconocido.

—¿Y tú eres de allí? —preguntó—. ¿De Benín?

—No —dijo él—. No, yo soy igbo. Nací en una aldea a orillas del Níger, aunque me crie en Port Harcourt. No es un lugar muy bonito que se diga.

A ella le daba lo mismo dónde hubiera nacido, en qué ciudad o ciudades hubiera vivido. Se sintió de golpe privada al oírle hablar de todos esos lugares remotos, en los que nunca habría de estar ella, lugares que nunca llegaría a conocer. La lluvia susurraba contra la ventana como si también ella quisiera contarle una historia.

—¿Echas de menos tu tierra? —preguntó, e intentó que él no percibiera el dolor que ella sí notó en su voz.

—Supongo que sí. Todos echamos de menos la tierra o al menos el hogar cuando hemos de marcharnos, digo yo.

—Ah, pero tú no te has marchado, ¿verdad que no? —dijo veloz—. Es decir, tú volverás. Seguramente necesitan médicos en Nigeria...

Él la miró de manera cortante, con malicia, y su sonrisa se volvió helada.

—Claro. Allí necesitamos de todo. Salvo misioneros, imagino. Misioneros ya tenemos de sobra.

No supo qué decir a esto; supuso que lo había ofendido, parecía muy fácil de ofender incluso sin pretenderlo. Depositó con cuidado la figura en el alféizar, en el mismo punto en que estaba. Para él era un objeto sagrado, algo que se remontaba acaso a las raíces más profundas de su pasado, y volvió a sentarse de nuevo frente a ella, en el taburete.

—¿Sabes que ése es un taburete para el ordeño? —le dijo—. No alcanzo a imaginar de dónde lo habrás sacado.

—Estaba aquí cuando alquilé la casa. A lo mejor la señora Gilligan era lechera de joven —rió—. La señora Gilligan es mi casera. Si la conocieras entenderías mejor el chiste. Lleva rulos en el pelo, la cabeza cubierta con una pañoleta, un cigarro en la boca. No creo que les cayera nada bien a las vacas —tomó una miga de queso juntando todos los dedos y se la llevó con gesto pensativo a la boca rosada—. A veces —dijo, y de pronto cambió su tono de voz—, a veces esto se me hace difícil. Me canso... me canso de la manera en que me miran, de las malas caras, de los comentarios por lo bajo.

—¿Quieres decir...? ¿Por tu color de piel?

Él tomó otro trocito de su plato.

—Es una cosa que no disminuye, eso es lo peor de todo. A veces me olvido de mi... —sonrió, e hizo un mínimo gesto de asentimiento—. Me olvido de mi color, pero no dura mucho. Siempre hay alguien que me lo recuerda.

—¡Ah! —dijo ella abrumada—. Yo no quería... Es decir, yo...

—No eres tú —dijo—. Mis amigos no son. Soy muy afortunado de tener a esos amigos, no te puedes ni imaginar qué suerte tengo.

Se hizo un largo silencio. Escucharon el sonido sibilante de la lluvia en los cristales.

—Lamento haberte preguntado por April —dijo Phoebe—. Haberte preguntado si estabas... si ella...

—¿Si estaba «enamorado» de ella? —volvió a hacer una leve inclinación de cabeza, sonriendo—. Yo no podría permitirme el lujo de amar a una mujer como April. Por una parte está April, con su manera de ser; por otra estoy yo, con mi

«color».

—Lo siento —volvió a decir con un hilillo de voz, cabizbaja.

—Sí —dijo él casi con la misma vocecilla—, yo también lo siento.

Cinco minutos más tarde, cuando salió a la calle —Patrick se quedó en la puerta viéndola alejarse—, se sintió más confusa que nunca. Mientras estuvo con él y él le estuvo hablando, había llegado a pensar que comprendía de alguna manera, más allá de las palabras que dijo él, qué era lo que le estaba diciendo, pero caminando por la calle se dio cuenta de que no había entendido nada. Era extraño... ¿Qué era lo que había que entender? ¿Qué había esperado ella que dijera, qué era lo que quería oír? Quería que le dijera... que le diera garantías de que April y él no se habían acostado aquella noche, cuando estuvieron tomando copas en el Shakespeare, ni aquella noche ni ninguna otra, pero él no le dijo nada de eso. Tal vez fuera culpa suya, tal vez le había formulado la pregunta mal, o se la había formulado bien, pero de una manera errónea; sí, tal vez fuera eso. Sin embargo, ¿qué otras palabras podría haber empleado?

La lluvia fina brillaba en los adoquines con algo que parecía una maligna intención, y tuvo que caminar con cuidado, por miedo a resbalar y caer. Pero ya estaba cayendo. Notó que algo se abría dentro de ella, que algo caía como una trampilla, rechinando las bisagras, y debajo de eso todo eran tinieblas e incertidumbre y miedo. No supo cómo lo supo, pero supo en ese momento, sin que le quedara ni la menor sombra de una duda, que April Latimer había muerto.

Era por la tarde cuando el inspector Hackett llamó por teléfono.

—¿Verdad que febrero da ganas de emigrar a donde sea? —dijo, y rió como si regurgitara. Quirke, en su casa, se había dormido en el sofá con un libro sobre el pecho. Qué injusto, pensó con una repentina y cálida oleada de autocompasión, que aun cuando no hubiera bebido ni una gota en varias semanas siguiera quedándose adormilado, en lo que podría ser el sueño de la borrachera, del cual despertaba con todos los síntomas de una resaca—. ¿Le he molestado? —preguntó el policía entretenido—. ¿Le he sorprendido en medio de algo, como se suele decir? —hizo una pausa y resopló—. Los chicos de la policía criminal me han facilitado su informe. Era sangre, en efecto. De un par de semanas de antigüedad. Debió de ser un buen charco, que alguien trató de limpiar como pudo.

Quirke se frotó los ojos hasta que le dolieron.

—¿Un buen charco?

—Difícil precisar cuánta.

—¿Y la cama? ¿Cómo es que no tiene manchas de sangre?

—Las tenía, sólo había que mirar más a fondo, cosa que aparentemente se me pasó por alto. Sólo en uno de los lados, unas gotas. Debía de tener una sábana de

plástico debajo.

—Señor...

Se imaginó a la muchacha, una figura sin rostro, con camisón, uno de los tirantes caídos, sentada al borde de la cama, con la cabeza ladeada y las piernas abiertas y la sangre goteando en el suelo, gota tras gota, aterradoramente.

Ninguno dijo nada en unos segundos. Quirke miró a la ventana, la lluvia, el día ya oscurecido.

—Lo más llamativo —dijo Hackett— es el tipo de sangre que era.

—No me diga. ¿Qué tipo de sangre era?

—No sé cómo la llaman técnicamente, no me acuerdo... Espere, que está escrito por alguna parte —se oyó el crujir de los papeles—. No lo encuentro, maldita sea —masculló el policía—. De todos modos, era el tipo de sangre que se da después de un aborto espontáneo o...

Calló.

—¿O?

—O de lo que ustedes los médicos llamarían interrupción del embarazo, ¿se dice así?

El inspector Hackett también había sido siempre un hombre inquisitivo, tanto como él mismo pensaba a veces, tanto como a veces lo demostraba. Suponía que debía de ser una buena cualidad en un policía —a menudo había pensado que por eso mismo terminó en las Fuerzas—, pero también tenía sus inconvenientes. «Fisgón»: así lo apodaron cuando estaba todavía en el colegio, y en ocasiones se había llevado un puñetazo en toda la cara o una patada en el trasero por meter las narices con demasiadas ganas en un asunto que no era de su incumbencia. No es que tuviera un interés especial por adueñarse de los secretos por lo que valieran en sí mismos, ni tampoco por averiguar cosas que le proporcionaran una ventaja sobre aquellos que las tenían en secreto. No, la fuente de la que surgía esa comezón era que el mundo, estaba resueltamente convencido, jamás era lo que parecía, por ser precisamente más de lo que aparentaba. Eso lo había aprendido a muy corta edad. Tomarse la realidad de las cosas tal como se presentaba era lo mismo que perder de vista por completo otra realidad oculta tras ellas.

Recordaba con toda claridad el momento en que por vez primera tuvo un atisbo de la naturaleza velada y engañosa de todas las cosas. No podía tener entonces más de ocho o nueve años. Iba caminando por un pasillo desierto un día en el colegio y vio al pasar un aula en la que estaba un hermano cristiano sentado solo, ante el pupitre, llorando. Habían transcurrido muchos años, pero aún era capaz de recordar la escena sin perder un solo detalle, como si volviera a suceder ante sus propios ojos. Era por la mañana y lucía el sol por los grandes ventanales, a lo largo de todo el pasillo; recordaba de qué manera entraba la luz del sol y caía en el suelo, dibujando paralelogramos en el interior de los cuales se formaban a su vez unas cruces sesgadas. No recordaba por qué no había nadie más que él y el hermano cristiano, ni por qué estaba él allí, ni qué estaba haciendo. Seguramente se disputaba un partido de fútbol o algo parecido, y alguien lo mandó al edificio del colegio a hacer un recado. Se vio caminar por el pasillo y llegar a la altura de la puerta del aula y echar un vistazo y entrever al hermano allí sentado, solo, no en su mesa, desde la que dominaba toda la clase, sino en uno de los pupitres de los alumnos, en primera fila, aunque fuera demasiado pequeño para él. Lloraba con amargura, en silencio, con la boca abierta del todo, desenchajada. Fue una sorpresa enorme, pero a la vez fue fascinante. El hermano era uno de los profesores de trato más llevadero, joven todavía, con el cabello pelirrojo y peinado para atrás, como la cresta de un gallo, y llevaba unas gafas negras, de montura de concha. Algo tenía en la mano —¿una carta, quizás?—, y las

lágrimas le rodaban por las mejillas. Tal vez hubiese muerto un familiar, aunque no era probable que hubiese recibido semejante noticia por carta. ¿Era acaso un telegrama? Más tarde, a la hora del almuerzo, vio a ese mismo hermano en el patio del colegio, vigilando a los chicos, y lo vio con el mismo aspecto de siempre, sonriendo, bromeando, fingiendo lanzar un correazo a éste o a aquél con el cinturón de cuero. ¿Cómo había recobrado la compostura con tanta presteza, sin que se le notase en nada la pena vivida antes? ¿Seguía entristecido por dentro y lo disimulaba, o habían sido quizás las lágrimas el resultado de una flaqueza pasajera, teniéndolas ya olvidadas? Fuera como fuese, era extraño. También perturbador, por supuesto, pero lo que en él permaneció de manera indeleble fue la extrañeza, el espectáculo absolutamente fuera de lo normal en el que un hombre adulto estaba sentado ante un pupitre demasiado pequeño, llorando como una Magdalena, en medio de una mañana por lo demás desierta y huérfana de todo acontecimiento.

A partir de aquel día consideró que la vida era un viaje de descubrimiento — descubrimientos escasos y a menudo banales, desde luego—, y él tan sólo un vigía solitario en medio de un barco lleno de marineros completamente ciegos, que lanzaban al mar la sonda y la sacaban y medían y la volvían a lanzar. Alrededor se extendía sin fin la superficie del océano, como si fuera eso todo lo que se podía ver y conocer, en medio de la calma, en la tempestad, mientras por debajo bullía todo un mundo diferente y lleno de seres de otro tipo, ocultos, centelleando en lo más oscuro de las profundidades.

Ya se avecinaba el atardecer cuando subió otra vez las escaleras de la casa de Herbert Place y recogió la llave de debajo de la losa que estaba suelta para entrar en la vivienda. El portal se hallaba en silencio, a oscuras del todo con la excepción de una luz tenue que entraba por el dintel, pero no encendió el interruptor, movido por una imprecisa voluntad de no alterar en la medida de lo posible la situación de las cosas. La casa era propiedad de los herederos de Lord No Sé Qué —había olvidado el nombre—, residentes en Inglaterra y, por tanto, propietarios absentistas de sus tierras. Había buscado en el *Thom's Directory* y encontró tan sólo dos inquilinos inscritos en el inmueble, April Latimer y una tal Helen St. J. Leetch. La hija de Quirke le había dicho cuál era el piso en el que vivía esa otra vecina, la tal Leetch, aunque no recordaba en esos momentos cuál podía ser. Llamó a la puerta de la planta baja, pero por el sonido hueco que hizo al golpear con los nudillos comprendió que no estaba habitada. Pasó más allá de la puerta de April, en el primer piso, sin detenerse, y siguió guiándose por la barandilla y respirando sonoramente. El rellano estaba tan oscuro que tuvo que continuar a tientas por las paredes en busca del interruptor de la luz, y cuando por fin lo encontró y lo pulsó no se encendió luz alguna. Tampoco se veía luz debajo de ninguna de las puertas, y cuando se agachó para mirar por el ojo de la cerradura no vio nada más que el negro más negro. Sin embargo, ese sexto sentido

que tenía por ser policía le indicó que ese piso no estaba deshabitado. Levantó la mano para llamar a la puerta, pero tuvo un momento de vacilación. Había algo cerca de donde estaba, una presencia; la percibió de inmediato. No era un hombre fantasioso; aquél no era ni mucho menos el primer sitio oscuro en el que se había encontrado junto con una presencia humana muy cerca, alguien que no hacía el menor ruido, que ni siquiera respiraba, por miedo a ser descubierto, por miedo a que el otro se le echara encima. Carraspeó, y el amago de tos le pareció fortísimo en medio del silencio.

Cuando llamó a la puerta, ésta se abrió de inmediato con un estrépito y con una vaharada de aire estancado, frío, muerto, que salió a recibirle.

—¿Qué es lo que quiere? —inquirió una voz ronca, que hablaba con prisa, urgente—. ¿Quién es usted y qué es lo que quiere?

La vio a duras penas contorneada sobre un incierto relumbro que debía de llegar de la calle por la ventana del fondo, a sus espaldas. Tenía una silueta descarnada, encorvada, que se apoyaba en algo, seguramente un bastón. Despedía un olor a rancio, a lana antigua, a posos de té, a humo de tabaco. Debía de haberle oído al subir por las escaleras y lo había estado esperando pegada a la puerta por dentro, a la escucha.

—Me llamo Hackett —dijo subiendo adrede el tono de voz—. Inspector Hackett. ¿Es usted la señora Leetch?

—Helen St. John Leetch, así es como me llamo, sí. Sí, ¿por qué?

Suspiró; iba a ser una situación complicada.

—¿Le parece que puedo entrar, señora...?

—Señorita.

—¿... aunque sólo sea un minuto?

Oyó que arañaba con los dedos la pared y vio entonces prenderse una bombilla sin filamento apenas encima de su cabeza. Un halo de cabellos enmarañados, canos, un rostro que era todo un cuajo de fisuras, un ojo encendido, negro, reluciente.

—¿Quién es usted? —hablaba con una voz sorprendentemente firme; una voz de mando, podría haber dicho. Tenía un acento que le pareció incluso refinado. Protestante; una antigualla, una reliquia de la decencia más antañona. En cualquier otro de los inmuebles de esa parte de la ciudad seguramente había a la espera una señorita, ojo, no señora St. John Leetch, pegada a la puerta, pendiente de que alguien llamara.

—Soy detective, señorita.

—Pues entonces adelante, adelante, pase, que me está entrando todo el frío —dijo. Fue arrastrando los pies a la vez que retrocedía formando un cuarto de círculo, mientras lanzaba coléricos bastonazos al suelo. Llevaba una falda hasta media pantorrilla, de una tela que parecía de arpillera, y por lo menos tres chaquetas de lana,

por lo que pudo contar, una encima de otra. Una pata de gallo, artrítica, sobre la empuñadura del bastón. Hablaba a toda mecha y al mismo tiempo le retemblaba la dentadura postiza—. Si se trata del alquiler, le advierto que está usted perdiendo el tiempo.

—No, señorita, no tiene nada que ver con el alquiler.

Entró con cautela, tentando la suerte. Vio un instante una cocina a oscuras en la que acechaban las formas de los muebles, y una ventana alta, de guillotina, sin cortinas. Hacía mucho frío allí dentro, y era notable la humedad. Se quedó parado sin saber qué hacer.

—¡Que entre, le he dicho! ¡Le he dicho que entre aquí! —gritó—. ¡Adelante!

Pasó ella arrastrando los pies tras él en lo que Hackett supuso que era el cuarto de estar y encendió la luz. Aquello era el caos. Había cosas tiradas por todas partes, ropa, pares de zapatos, sombreros pasados de moda, cajas de cartón de las que se salía literalmente la quincalla de tiempos pretéritos. Era muy fuerte el olor a gato, y al mirar más a fondo detectó una especie de lenta agitación en distintos lugares, bajo los trapos húmedos, en donde dormían sigilosos los animales. Al darse la vuelta, se sobresaltó cuando vio que la mujer estaba pegada a su espalda, examinándolo a fondo.

—Usted no es detective —dijo con manifiesto desprecio—. Dígame la verdad. ¿Qué es usted? ¿Un vendedor? Se dedica a los seguros, ¿no? —le reprendió—. Espero que no sea testigo de Jehová...

—No —dijo con paciencia—, no. Soy policía.

—Es que les da por venir y llaman a la puerta y me ofrecen esa revista, ¿cómo se llama? ¿*La Torre*? Una vez se la acepté y aquel individuo tuvo la desfachatez de pedirme que le pagara seis peniques. Le dije que se largase, o que llamaba a la policía.

Él sacó la cartera del bolsillo y le mostró su sobada tarjeta de identidad, con las esquinas dobladas.

—Soy Hackett —dijo—, el inspector Hackett. ¿Lo ve usted?

La vieja ni siquiera miró la tarjeta. Siguió escrutándolo con profunda suspicacia. Le puso entonces algo en la mano, a la fuerza.

—Tenga —dijo—, llevo un buen rato tratando de encender ese maldito fuego y no hay manera, a ver si usted me lo arregla.

Él se acercó a la chimenea y se agachó junto al calefactor de gas, encendió una cerilla y abrió la espita. La miró.

—No hay gas —dijo—.

Ella asintió.

—Eso ya lo sé, hombre. Me lo han cortado.

Él se puso en pie. Se dio cuenta de que no se había quitado el sombrero y lo hizo

en ese momento.

—¿Desde hace cuánto tiempo vive usted aquí, señorita Leetch?

—Pues no me acuerdo. ¿Por qué lo quiere saber?

Un gato escuálido, blanco y negro, salió a asomarse de debajo de un montón de periódicos amarillentos y se enroscó sinuosamente en torno a los tobillos de la vieja, emitiendo un grave ronroneo.

—¿Conocía usted...? Quiero decir si conoce usted a la señorita Latimer, la del piso de abajo —preguntó—. Es decir, la doctora Latimer.

Ella estaba mirando más allá de donde estaba, al calefactor de gas apagado, frunciendo el ceño.

—Me podría morir —dijo—. Me podría morir de frío, ¿y qué iban a hacer todos esos? —se sobresaltó, dio un respingo y se le quedó mirando como si hubiera olvidado que estaba allí—. ¿Cómo? —preguntó. Tenía los ojos negros, con un brillo penetrante.

—La joven del piso de abajo —dijo—. April Latimer.

—¿Qué le pasa?

—¿La conoce usted? ¿Sabe a quién me refiero?

La vieja resopló.

—¿Que si la conozco? —dijo—. ¿Que si la conozco? Pues no, no la conozco. ¿Y dice que es doctora? ¿Qué clase de doctora? No sabía yo que hubiese una consulta en esta casa.

Volvía a llover: Hackett oyó el tenue susurro de la lluvia en los árboles, al otro lado de la calle.

—A lo mejor —dijo con amabilidad— me puedo sentar un minuto con usted, ¿verdad?

Dejó el sombrero encima de la mesa y arrastró una de las sillas de madera alabeada. La mesa era redonda, con las patas combadas, rematadas por unos pies en forma de garra de león. El sobre estaba cubierto por una capa gruesa, brillante, apagada, y resultaba pegajoso al tacto. Ofreció una silla a la vieja y tras unos instantes de vacilación y desconfianza ella tomó asiento, inclinándose sobre la mesa con las manos aferradas a la empuñadura del bastón.

—¿La ha visto usted recientemente? —preguntó Hackett a la vez que tomaba una segunda silla para él—. Quiero decir a la señorita Latimer, a la doctora Latimer.

—¿Cómo la iba a ver, si yo no salgo nunca?

—¿Nunca... nunca ha hablado con ella?

La vieja echó la cabeza hacia atrás y lo miró con incredulidad desdeñosa.

—Pues claro que he hablado con ella, ¿cómo no iba a haber hablado con ella? Si vive ahí mismo, ahí debajo. Es ella la que me hace la compra.

No estaba muy seguro de haberla oído correctamente.

—¿Le hace la compra?

—Por eso no tengo nada en casa. Casi me estoy muriendo de hambre.

—Ah, ya entiendo —dijo—. ¿Y eso es porque lleva algún tiempo fuera?

—Por eso y por el frío que hace, la verdad es que me extraña que no haya estirado la pata ya —su turbia mirada era más turbia aún. Se hizo un prolongado silencio, y al cabo volvió en sí—. ¿Cómo?

En una esquina de la estancia, bajo lo que podría haber sido un montón de mantas, hubo una breve y violenta riña, acompañada por siseos y maullidos. Hackett volvió a suspirar; lo mismo daría que renunciase al intento, no iba a sacar de allí nada en claro. Tomó el sombrero.

—Gracias, señorita —dijo, y se puso en pie—. Ya me marchó, la dejó en paz.

También la vieja se puso en pie con esfuerzo, moviéndose como un sacacorchos sobre el pivote de su bastón.

—Supongo que se habrá marchado con ese tipo —dijo.

Hackett, que ya se había vuelto en dirección a la puerta, se detuvo en seco. Sonrió.

—¿Y qué tipo puede ser ése, eh? —le preguntó con amabilidad extrema.

Le llevó un buen rato, y ni siquiera al cabo quedó él seguro del todo de lo que había averiguado, y ni siquiera de que fuera algo. Poco a poco le fue quedando claro, si es que ésa era la palabra adecuada en medio del caótico desván que formaba el entendimiento de la señorita St. John Leetch, que el tipo con el que a lo mejor se había marchado April no era uno, sino muchos. Las palabras salían de su boca enmarañadas como un ovillo de lana. Por momentos estaba indignada, por momentos burlona o agraviada. Salieron a relucir algunos nombres, un tal Ronnie, al parecer «¡ridículo! ¡Espantoso!», y aparecieron otras figuras que entraban y salían a todas horas del día y de la noche, hombres, mujeres también, seres en penumbra, inciertos, una galería de fantasmas que pasaban aleteando por las escaleras mientras ella se ocultaba en el rellano, a oscuras, viendo, escuchando. Sin embargo, hubo una figura a la que recurrió varias veces, indistinta para ella como todas las demás, a pesar de lo cual le había parecido singular.

—Agazapado, furtivo, escondiéndose de mí —dijo—, convencido de que yo no lo iba a ver, como si fuera ciega. ¡Paparruchas! Fama he tenido siempre por mi vista de águila, siempre he tenido fama por ello, mi padre se lo decía a todo el mundo muy ufano, «Mi Helen», decía, «mi Helen es capaz de ver el viento», y mi padre no alardeaba de sus hijos a la ligera, eso se lo digo yo. Ahí al acecho andaba, por las escaleras, a resguardo de las sombras, segura estoy de que a veces quitó la bombilla del casquillo, pero si no lograba yo verlo sí que me llegaba su olor, ese perfume que lleva siempre, una persona temible, estoy segura de que tiene que ser una especie de perverso, empeñado en esconderse en el hueco de la escalera, sigiloso como un

ratón, como un ratón, pero bien sabía yo que andaba por ahí el animal, yo lo sabía... —bruscamente calló—. ¿Cómo?

Se quedó mirando a Hackett con desconcierto, como si también él fuese un intruso que acabara de materializarse delante de ella.

—Y dígame —dijo en voz muy queda, engatusándola, como si fuera una niña—, dígame quién era.

—¿Quién era quién?

Inclinó la cabeza a un lado y lo miró de refilón, entornados los ojos y fruncidos los labios. Hackett vio la mugre acumulada por los años alojada en las arrugas de sus mejillas. Trató de imaginársela de joven, una belleza de huesos largos, caminando bajo los árboles en el otoño, llevando del ronzal a un caballo pinto. *Mi Helen, decía, mi Helen es capaz de ver el viento.*

—¿Podía ser un novio suyo, le parece a usted? —preguntó—. ¿O a lo mejor era un familiar, un hermano, tal vez un tío que venía a verla?

Ella seguía mirándolo de forma velada, astuta, de refilón, y de pronto se echó a reír deleitada y despectiva al mismo tiempo.

—¿Un familiar? —dijo—. ¿Cómo iba a ser un familiar? ¡Si era negro!

Quirke aparcó el Alvis en la esquina del Green y ya había cruzado hasta la mitad de la calle cuando se acordó de que no lo había cerrado, por lo que se vio obligado a volver. Al acercarse al coche tuvo la nítida impresión, como le había ocurrido a menudo, de que el automóvil lo miraba con un aire torvo y acusador. Había algo raro en la manera en que estaban dispuestos los faros, en esa mirada fría, alerta, que no parpadeaba, algo que lo ponía nervioso, que lo obligaba a ponerse a la defensiva. Poco importaba con qué respeto tratase a la máquina, poco importaba con qué diligencia se esforzase por familiarizarse con sus manías, con el guiño apenas perceptible que hacía en los bruscos giros a la derecha, con la presión adicional que exigía el acelerador cuando quería meter tercera, que aquel armatoste se le resistía, se empeñaba en lo que a él le parecía un obstinado malhumor. Sólo en algunas ocasiones, en determinados tramos de carretera abierta, parecía olvidarse de sí mismo y renunciar a su altivez y se mostraba deseoso de correr casi con lo que parecía alegría, a la vez que emitía su inconfundible rugido, un rugido embozado bajo el capó, tan especial que los peatones se volvían a mirarlo a su paso. Después, cuando lo llevaba hasta el garaje de Herbert Lane, el motor al ralentí le parecía que acumulase el calor de las ascuas de un rencor renovado. No era él digno de ser dueño de un Alvis; él lo sabía, el coche lo sabía, y no podía hacer otra cosa que reconocer con pesadumbre esa realidad, y poner todo el cuidado para que ese dichoso trasto no se volviera contra él y lo matase de un zarpazo.

¿Podría darse el caso de que esa noche el coche se hubiera percatado de que su estado de ánimo era más vulnerable que de costumbre? Había terminado su primera jornada de trabajo después de haber pasado por el secadero, y no había sido fácil. Sinclair, el ayudante, fue incapaz de disimular la contrariedad, el desagrado que sintió al ver que volvía el jefe, con el consiguiente eclipsarse de todos los poderes que había detentado entre tanto, y que además había disfrutado a lo largo de esos dos meses. Sinclair era un hábil profesional, diestro, bueno en su trabajo —en ciertos aspectos, brillante incluso—, pero era ambicioso y estaba impaciente por lograr un ascenso. Quirke había tenido la sensación de ser un general que regresa en toda regla al campo de batalla tras un permiso para descansar y recuperarse y que se encuentra no sólo con que su segundo ha llevado a cabo la campaña militar con una eficacia despiadada y sin tacha, sino que además descubre que el enemigo ha sido aplastado. Había llegado por la mañana con la confianza suficiente en sí mismo, pero se dio cuenta de que el casco ya no le encajaba como antes y de que la espada no quería salir de la

vaina. Tuvo meteduras de pata, contrariedades, malentendidos que se habrían podido evitar. Había llevado a efecto una autopsia —la primera en muchos meses— de una niña de cinco años, y no logró identificar la causa de la muerte, una meningitis leptocócica, que no suele ser una asesina muy sutil. Fue Sinclair quien descubrió el error, y permaneció a su lado, frío y en silencio, examinándose las uñas, mientras Quirke mascullaba juramentos y sudaba y tuvo al final que redactar su informe de nuevo. Luego se lio a gritos con uno de los bedeles, que se ofendió y, malhumorado, exigió una elaborada disculpa. Después se hizo un corte en el pulgar con un escalpelo, uno nuevo, sin usar, por suerte, y se vio obligado a soportar las risitas de suficiencia de la enfermera que le tuvo que vendar la herida. No, no había sido un buen día, ni mucho menos.

En el hotel Russell, como siempre, reinaba una misteriosa quietud. A Quirke le gustaba el sitio, le gustaba la sensación acolchada y mullida que allí tenía, el aire que parecía no haberse movido a lo largo de las generaciones, el modo reblandecido y acogedor con que las alfombras amortiguaban sus pasos y, sobre todo, le gustaba la textura en cierto modo púbrica del papel pintado de las paredes cuando lo rozaba accidentalmente con los dedos. Antes de haber emprendido su última fase de bebedor, cuando se suponía que no estaba tomando alcohol bajo ningún concepto, llevaba a menudo a cenar a Phoebe al hotel los martes por la noche, y compartía con ella una botella de vino, que era todo lo que bebía a lo largo de la semana. Con ánimo trepidante, había resuelto probar si era capaz de tomarse una copa o dos de un buen Burdeos sin tener ganas de seguir bebiendo. Se empeñó en ratificar que lo hacía sólo por espíritu de investigación, pero la sensación espumeante que tenía bajo el esternón le resultaba de sobra conocida. Quería tomarse una copa y se la iba a tomar.

Se alegró al ver que era el único cliente en la barra, pero tan pronto tuvo delante de sí la copa de Médoc y se acomodó en una de las mesas, en el rincón menos luminoso de la sala —no era, se dijo, que se estuviera escondiendo; era sólo que el vino que uno se toma en un lugar en sombra, al fresco, en cierto modo gana más profundidad—, apareció un grupo de cuatro personas haciendo bastante ruido. A juzgar por la pinta que tenían, y por la manera de hablar, ya llevaban un rato tomando copas. Eran tres hombres y una mujer. Se quedaron en la barra y pidieron en el acto ginebras y vodkas y Bloody Marys. Dos de ellos eran los famosos Hilton y Mícheál, la pareja de homosexuales que dirigía el Gate; el tercero era un joven apuesto, esperanzado, de cabello rizado y un rictus de enojo en los labios. La mujer fumaba un cigarrillo en una larga boquilla de ébano, con la que hacía abundante ostentación. Quirke abrió del todo el periódico y se deslizó parapetado tras él en su butaca.

Pronto se distrajo de las noticias sobre los temores de que se descubriese un nuevo foco de la enfermedad de las vacas locas y sobre el horror de las guerras en el extranjero. Desocupado, meditó la diferencia que hay entre la soledad y el solitario.

La soledad, conjeturó, consiste en estar solo, mientras que el solitario es quien está solo en medio de los demás. ¿Era ése el caso? No, algo quedaba incompleto. Había sido ya un solitario cuando el bar estaba desierto, pero ¿estaba solo ahora que habían aparecido esos otros cuatro?

¿Había sido April Latimer una solitaria? No parecía probable, al menos a tenor de lo que había sabido de ella hasta la fecha. ¿Estuvo alguien con ella cuando perdió el niño que esperaba, o cuando se practicó un aborto? ¿Hubo alguien que le diera la mano, que le secara el sudor de la frente, que le murmurase palabras de sosiego al oído? No es que supiera mucho de las mujeres, de sus cosas. Ese aspecto especial de sus vidas, el hecho de tener hijos y todo lo que iba con ello, era para él un misterio en el que no tenía ningunas ganas de iniciarse. No era capaz de entender cómo había elegido su cuñado una especialidad que transcurría en medio de todo ese melodrama desordenado y transitorio, en medio de toda esa histeria. A mí que me den a los muertos, pensó; los muertos, cuyas breves apariciones en el escenario están acabadas, cuyo último acto ha terminado antes de bajar el telón.

Caso de ser un aborto provocado, ¿se lo había practicado la propia April? Era médico; supuso que sabría cómo hacerlo. Pero... ¿habría sido capaz de asumir semejante riesgo? Eso sin duda dependería del grado de angustia que tuviera por ocultar que había estado embarazada. Seguramente habría acudido a alguien en busca de ayuda, o al menos habría querido confiarse a alguien. En tal caso, ¿podría haber sido esa persona, se dijo, la propia Phoebe? Sólo de pensarlo se enderezó en la butaca de repente y tensó el periódico, con lo que las hojas dieron un seco restallido. ¿Era ésa la razón de que Phoebe estuviera tan segura de que a su amiga le había ocurrido algo grave? ¿Había alguna cosa que ella supiera y que no les hubiera dicho a él y a Hackett? Phoebe era un alma dañada y extraviada en el mundo. Quirke no se tomó la molestia de calcular en qué medida era él el responsable. No le había dado afecto cuando ella necesitaba ese afecto. Era un mal padre; no había manera de escabullirse de esa triste, molesta, dolorosa realidad. Si ella se encontraba en apuros, si sabía cuál era la verdad sobre April Latimer y no sabía a quién recurrir, es que había llegado el momento de que él la ayudase. Ya, ¿y cómo? Se dio cuenta de que estaba empezando a sudar.

—Espero no molestarle.

Levantó los ojos del periódico, sobresaltado y en guardia. Estaba delante de él, con una meliflua sonrisa, la boquilla en una mano y un gin-tonic en la otra. Llevaba un vestido de lana roja, muy ceñido, bajo un abrigo con el cuello de piel y adornos también de piel en las costuras. Tenía un rostro estrecho, maravillosamente delicado y pálido, y un cabello rojo oscuro con un intenso brillo de tinte metálico. Tuvo una vaga sensación de pánico: ¿era alguien a quien debiera conocer? Le resultaba remotamente familiar. Nunca se le dio bien acordarse de las caras. Se puso en pie y la

mujer, de repente seria e incluso malhumorada, soltó una carcajada y retrocedió un paso con cierta dificultad.

—Le conozco. Usted es el padre de Phoebe —dijo—. Yo soy amiga suya. Isabel Galloway.

Claro. La actriz.

—Sí, cómo no —dijo—. Señorita Galloway... Qué tal —le tendió la mano, pero ella miró velozmente a la boquilla que tenía en una mano y el vaso de ginebra en la otra, divertida al indicar su incapacidad—. Phoebe suele hablar mucho de usted —dijo—. Y claro está que la he visto... La he visto en escena.

—¿De veras? —dijo ella, abriendo mucho los ojos en un simulacro de sorpresa y de placer—. No hubiera dicho yo que sea usted aficionado al teatro.

Estaba ligeramente achispada. A su espalda, los otros tres, en la barra, daban claros indicios de no tener el menor interés por saber con quién estaba hablando.

—Pues es cierto, no suelo ir muy a menudo. Pero sí, la he visto a usted en algunas ocasiones —aseguró. Ella no dijo nada, quedándose a la espera de manera visible, sin dejarle más salida que invitarla a sentarse con él—. Siéntese, ¿quiere? —dijo, y creyó oír un blando chasquido, como si algo se acabase de cerrar a su alrededor.

Más adelante no podría recordar si en esa primera ocasión ya se dio cuenta de que era una mujer adorable, de una manera lánguida, taimada, felina. Estaba demasiado ocupado en adaptarse a la firmeza del brillo y a la sinceridad con que ella lo miraba; mientras lo estaba observando de ese modo, se sintió como si fuera un alce envejecido y lento de movimientos que se encontrase en el punto de la mira telescópica de un rifle muy abrigado y muy potente. El dominio de sí que ella tenía lo alarmó; era resultado, supuso, de su adiestramiento de actriz. Era como si la divirtiese algo de mayor tamaño, algo que estaba ocurriendo en ese instante, una cabalgata maravillosa, por absurda, de la que él, sospechó, en ese momento era tan sólo una parte.

Hablaron de Phoebe. Le preguntó desde hacía cuánto que conocía a su hija, y ella agitó la boquilla trazando un amplio círculo, como un mago que gira un aro en llamas.

—Ah —le dijo con una voz espesa y dulce—, ella es demasiado joven para que yo la conozca desde hace mucho. Pero le tengo mucho cariño. Mucho.

Él dio un sorbo de vino, ella de ginebra. Lo miraba sonriendo. Él tuvo la impresión de que alguien lo cachease en busca de algún objeto que llevara escondido encima. Dejó la copa. Dijo que tenía que marcharse. Isabel dijo que también era hora de irse para ella. Volvió a dedicarle aquella mirada tan suya, ladeando la cabeza un ápice. Le preguntó si quería que la llevase a algún sitio. Ella dijo que caramba, sería magnífico. Él frunció el ceño y asintió. Se detuvieron al pasar junto al trío de la barra y ella presentó a Quirke.

—Hay que ver qué pedazo de hombre —dijo el director de actores, maquillado—. Por el tamaño que gasta, seguro que al menos es policía.
Cuando salieron a la calle, era de noche y llovía.
—Dios mío —dijo Isabel Galloway—, ¿ése es su coche?
Quirke suspiró.

Vivía en una casa pequeña, una más en medio de una hilera, de ladrillos entre rosa y ocre, en el canal de Portobello. El interior era llamativamente impersonal, y recordó a Quirke a un joyero del que se hubieran extraído todas las piezas de carácter más íntimo. En el cuarto de estar en miniatura, casi la totalidad del espacio lo dominaban dos sillones tapizados de chintz y un sofá también de chintz en el que daba la impresión de que nadie se hubiera sentado jamás. Había figurillas de porcelana en la repisa de la chimenea, pastoras y perros y una bailarina con tutú, de marcados contornos, como el coral. Nada más entrar Isabel, y antes incluso de haberse quitado el abrigo, fue a encender el enorme aparato de radio que reposaba en un estante junto al sofá; al cabo de unos segundos, cuando se calentaron los transistores, comenzó a sonar música de baile a bajo volumen, una música suntuosa y desmayada, aunque era mala la señal y tenía abundante ruido de fondo.

—Siéntase como en su casa —dijo Isabel con un gesto vago, irónico, y se dirigió a la otra habitación; debía de ser la cocina por los ruidos que le llegaron, el entrechocar de los vasos y un grifo abierto.

Quirke dejó el abrigo, agrisado por la lluvia, en uno de los sillones, y colocó el sombrero encima. Consideró la posibilidad del sofá, pero le resultó intimidante y se quedó de pie esperando a que regresara ella. El techo no estaba a más de un palmo de su coronilla. Se sintió como Alicia después de comerse la tarta mágica y haber aumentado de tamaño.

—Me temo que sólo tengo ginebra —dijo Isabel, que llegó con una bandeja en la que había puesto los vasos y las botellas, cerrando la puerta con un diestro golpe de talón. Dejó la bandeja en una mesa baja, rectangular, delante del sofá, y sirvió una generosa medida de ginebra en uno de los vasos, mientras que Quirke tapó el segundo con la mano.

—Para mí sólo tónica —dijo—. No bebo.

Ella se le quedó mirando.

—Sí, sí que bebe usted. Estaba tomando vino en el hotel, yo le vi.

—Era tan sólo una especie de experimento.

—Ah —se encogió de hombros—. Sí, ahora que me acuerdo, Phoebe me dijo que estaba usted... que tenía un problema —él no dijo nada, y ella le sirvió la tónica en el vaso. Estaba un poco achispada, él se dio perfecta cuenta—. No hay hielo —dijo—, la dichosa nevera se ha estropeado. Le pasa igual todos los inviernos. Creo que está

convencida de que debería tomarse unas vacaciones en cuanto llega el frío. Tenga — le entregó el vaso, rozando con sus dedos frescos el dorso de su mano—. Está un poco pasada, sin burbujas. Chinchín.

Quirke intentaba ubicar su acento. ¿Le había dicho Phoebe que era inglesa?

—Podríamos sentarnos —dijo—, ¿o prefiere usted seguir ahí de pie, con lo alto que es?

El sofá en el que parecía que nadie se hubiera sentado nunca era exactamente así; el asiento que ocupó Quirke era mullido a la vez que duro, y ahí encaramado tuvo la sensación de ser transportado en volandas, como un niño en un tiovivo o un cornaca a lomos de su elefante. Dio un sorbo de tónica; tenía razón, estaba insípida y sin fuerza.

Terminó la melodía de baile que sonaba en la radio y el locutor anunció la siguiente pieza, que iba a ser un tango.

—Si hubiera sitio, podríamos pensar en bailar un par de piezas —dijo Isabel. Lo miró de soslayo—. ¿Usted baila, doctor Quirke?

—Pues no mucho.

—Ya me lo parecía —dijo un trago de ginebra y recostó la cabeza en el sofá con un suspiro—. Dios mío, llevo toda la tarde de copas con esos pillos. Seguro que traigo una melopea de cuidado —volvió a mirarlo de soslayo—. Ojo, no se le vayan a ocurrir ideas curiosas por eso, ¿eh?

Había una pitillera de plata encima de la mesa, y ella se inclinó a tomar dos cigarrillos, colocándoselos en la boca y encendiéndolos antes de pasarle uno a él.

—Lo siento —dijo—, se le ha quedado el carmín —y Quirke recordó a otra mujer que había hecho eso mismo, ante la repisa de una chimenea, con una luz de nieve en el exterior, diciendo esas mismas palabras al pasarle el cigarrillo.

—¿Cómo es que me reconoció? —preguntó—. Quiero decir... en el hotel.

—Pues supongo que debo de haberlo visto antes, no sé, con Phoebe —entornó los ojos sin dejar de sonreír—. O a lo mejor es que lo he visto justo ante las candilejas todas esas veces que ha venido a verme actuar, y me he acordado de usted.

La música del tango era un torbellino, del color y la lisura de un caramelo de toffee.

—¿Conoce usted bien a Phoebe? —preguntó.

Ella exhaló un suspiro cortante, como si fingiera estar molesta.

—No me pregunta usted otra cosa, y digo yo: ¿hay alguien que de veras conozca bien a Phoebe? De todos modos, ella es en realidad más amiga de April. ¿Conoce usted a April Latimer? —Quirke asintió—. A los demás yo creo que sólo nos tolera por los pelos.

—¿A los demás?

—Es que somos un cogollito de amigos selectos, el cogollito del Faubourg, no le digo más. Nos reunimos una vez por semana y bebemos más de la cuenta y hablamos

a espaldas de los demás y los ponemos verdes si hace falta. En realidad soy yo la que bebe más de la cuenta. No tiene que preocuparse por Phoebe, es muy cuidadosa.

—Y April Latimer —dijo Quirke—, ¿en qué medida la conocía usted bien?

—Ah, es que yo conozco a April desde la noche de los tiempos, como si dijéramos. Una vez me robó a un hombre, una sola vez.

—¿Así fue como la conoció?

—¿Cómo dice? Oh, no, no. Nos conocíamos ya desde mucho antes cuando pasó aquello.

—Así que pudo usted perdonarla.

Lo miró de golpe como si temiera que pudiera estar tomándole el pelo.

—Pues claro, cómo no. Si quiere que le diga la verdad, tampoco era nada del otro mundo. No es que me fuera la vida en aquel hombre, y April tampoco tardó en darse cuenta. No nos reímos ni pocas veces a sus espaldas, April y yo.

Terminó el tango y se oyeron unos aplausos remotos, enlatados, y el locutor anunció que era la hora del noticiario.

—Vaya, apáguela, ¿le importa? —dijo Isabel—. No hay nada que me fastidie tanto como oír los desastres del día —lo vio levantarse y, estirando el cuello, lo siguió con la mirada mientras se dirigía al aparato para apagarlo—. La verdad es que es usted inmenso —dijo, y adoptó un acento adolescente, casi de niña—. No me había dado cuenta en el hotel, pero en este pisito de chichinabo parece usted Gulliver.

Él volvió al sofá y se sentó.

—A April entonces le gustaban los hombres, ¿verdad? —le preguntó.

Ella se le quedó mirando con los ojos como platos.

—Veo que va usted derecho al grano, ¿eh? —le dijo. Recostó la cabeza en el respaldo del sofá y la meció despacio de un lado a otro—. Me acabo de dar cuenta de que habla usted de April en pasado. Deduzco que ha hablado de ella con Phoebe, que está convencida de que a April se la ha llevado por delante Jack el Destripador.

—¿Y usted... usted qué piensa que ha sido de ella?

—Si podemos guiarnos por su conducta en otras ocasiones, ahora mismo estará cómodamente alojada con un buen pedazo de hombre en una acogedora posada en cualquier parte... A ver, déjeme pensar... Como poco en los Cotswolds. Se habrán registrado con el nombre del señor y la señora Smith, estarán cenando a la luz de las velas y ella llevará un anillo de casada comprado en Woolworth's. ¿Qué es lo que piensa usted, doctor Quirke?

Él le propuso que se tutearan. Cuando ella le preguntó cuál era su nombre de pila, y él se lo dijo, ella soltó un chillido de deleite y de incredulidad, e inmediatamente se cubrió la boca con la mano.

—Lo siento —dijo—, no debería reírme. Pero creo que prefiero seguir llamándole Quirke y tratarlo de usted, si no le importa. Hasta Phoebe lo llama así, ¿no es cierto?

—Sí —dijo con llaneza—. Así es como me llama todo el mundo.

Se terminó el cigarro, y ya se inclinaba para apagarlo en el cenicero de la mesita cuando notó los dedos de ella en la nuca.

—Tiene usted un delicioso rizo de sacacorchos justo aquí, donde se le termina el cabello —le dijo.

Dejó que ella deslizara despacio la mano entre sus omoplatos, hasta la cintura. Se volvió y le puso las manos en los hombros —¡qué huesos tan delicados tenía en ellos! — y la besó en los labios maquillados. Tenía un curioso frescor en la boca, y un sabor a ginebra. Ella se retiró unos centímetros y rió un instante aún en su boca.

—Oh, doctor Quirke —murmuró—, debo de estar más borracha que una cuba —pero cuando Quirke le puso una mano en el pecho ella lo apartó—. Tomemos otra —dijo, y se incorporó rozándole aún el cabello. Sirvió la ginebra y lo que quedaba de tónica y le dio a él su vaso. Lo miró a fondo—. No se lo tome a mal, que ya le veo que se ha malhumorado —dijo—. ¿Qué esperaba? ¿O es que no sabe usted cómo son las cosas para una chica en esta ciudad de medio pelo?

Él carraspeó.

—Lo siento —dijo—. Me he equivocado.

Ella endureció sus rasgos al mirarlo.

—Sí, es evidente que se ha equivocado. Como soy actriz, a la fuerza tengo que ser una fulana, ¿no es así? Sea sincero y dígame: ¿es ahí donde le parece que se ha equivocado?

—Lo lamento —volvió a decir, y se puso en pie, cepillándose con las manos la pechera de la chaqueta—. Es mejor que me marche.

Tomó el abrigo y el sombrero. Isabel no se puso en pie; permaneció sentada con las rodillas muy juntas, sujetando con fuerza el vaso de ginebra entre las palmas de las manos. Ya pasaba él de largo cuando ella extendió una mano y le tomó por la suya.

—Eh, alto ahí, no seas así de torpe —dijo—. Ven aquí —le sonrió con aire de perversidad, tirándole de la mano—. A lo mejor no está de más que los dos nos equivoquemos en lo mismo, a ver adónde nos lleva el error.

A lo lejos, la campana de una iglesia daba las tres cuando se deslizó al salir de la cama a oscuras y se plantó junto a la ventana. Una farola torcida proyectaba un círculo de luz en la acera. A su espalda, Isabel, dormida, era un revoltijo de cabello oscuro sobre la almohada y un brazo pálido y reluciente extendido sobre la sábana. La ventana era baja, tuvo que agacharse para mirar al exterior. Había dejado de llover, y el cielo estaba asombrosamente despejado; parecía que hubiesen pasado semanas, meses incluso desde la última vez que estuvo el cielo despejado. Una rodaja de luna pendía en suspenso como una cimitarra por encima de los tejados relucientes de las casas al otro lado del canal. Un coche pasó de largo siseando, los faros a

medias apagados. Hacía frío y estaba desnudo, si bien siguió donde estaba, un encorvado vigilante nocturno. Estaba en calma, como si algo que perpetuamente moviera el motor en su cabeza hubiera bajado de velocidad y funcionara a una marcha más lenta. Qué agradable era no pensar en nada, limitarse a estar encorvado allí, sobre la calle, oyendo el suave latir de su corazón, acordándose del calor de la cama a la que pronto regresaría. Pese a la quietud del aire, el canal se movía, el agua se desplazaba sobrada por ambas orillas, arrugada como un papel de plata, y de pronto —¡qué cosas!— aparecieron dos cisnes nadando uno junto al otro con absoluto sosiego, moviendo los cuellos al unísono a medida que avanzaban, dos seres silenciosos, blancos como la luna y bañados por los reflejos blancos y hechos trizas de la luna en el agua.

Por la mañana, por descontado, no fue todo tan fácil como había sido por la noche. Isabel tenía resaca, aunque procuró disimular con una actitud luminosa y sin embargo quebradiza, y se le formó un nudo de tensión entre las cejas, además de tener la piel con esa palidez grisácea y granulosa que era inconfundible signo delator, como bien sabía Quirke de sus muchas mañanas cenicientas tras una noche de parranda, al verse abatido ante el espejo, afeitándose. Ella se había puesto un quimono con un estampado de flores carmesíes y amarillas, tan intrincado que él se preguntó cómo podía ella soportarlo. Se sentaron a la mesa en la cocina diminuta, junto a una ventana que daba a un patio en el que se veía un solitario cubo de la basura. Brillaba un flojo sol de invierno, haciendo todo lo posible por lucir pero sin causar una gran impresión en nada. Isabel fumaba casi con una concentración desmedida, como si se tratase de una tarea que debía cumplir, ardua y tediosa, aunque bajo ningún concepto debía amilanarse. Hizo café con una cafetera de filtro, con tapa de cristal; le salió un café fuerte y amargo, con un sabor alquitranado, que a Quirke le hizo pensar de manera desagradable en el pellejo de un mono. Se preguntó si no sería buena idea hablar de los dos cisnes que vio en el canal a la luz de la luna, pero llegó a la conclusión de que era mejor abstenerse.

Al amanecer habían estado despiertos en la cama, charlando. También entonces fumó Isabel, y algo íntimo hubo en el modo en que la brasa roja de su cigarrillo iluminaba la negrura con cada una de las caladas que daba, antes de disiparse de nuevo. Había nacido en Londres de madre irlandesa y padre inglés, «¿O es que pensabas que nací en un baúl?». Siendo muy pequeña, su padre se dio a la fuga y ella viajó con su madre a Irlanda, para vivir en casa de los padres de su madre. Isabel había terminado por aborrecer a la pareja de ancianos, en especial a su abuela, que la abofeteaba cuando no estaba presente su madre, y que la amenazaba con que se la llevarían los buhoneros, los gitanos, si no se portaba como ella le dijera. Nunca más supo nada del padre, que por lo referente a ella podía estar bien muerto. Rió en voz

baja, en la oscuridad.

—Suenan todo tan teatral, cuando me oigo decirlo... —dijo—. Es como una pieza del peor realismo socialista hecha en el Abbey. Pero así es la vida, qué quieres. Mucho menos colorida, cariño, que en el Gate.

Le tocó a Quirke el turno de contarle su vida, aunque no tenía ningunas ganas. Ella le acució a que lo hiciera, y se volvió de costado, apoyada en un codo, para escuchar con suma atención. Le habló del orfanato, de los años en la Escuela Industrial de Carricklea, de su rescate gracias al padre de Malachy Griffin. Al cabo de un rato fingió haberse adormilado, y ella no tardó en dormirse. Roncaba. Él permaneció despierto a oscuras, escuchando sus resoplidos y bufidos, y pensó en el pasado, y en el modo en que nunca suelta a su presa.

Con la luz de la mañana despertaron juntos. Él quiso haberse marchado ya, pero no supo cómo despedirse.

—¿Sabías que April Latimer estaba embarazada? —le preguntó.

Ella se le quedó mirando.

—No lo dirás en serio —dijo. Se dejó caer contra el respaldo dando alaridos al reír de contento—. ¡Dios del cielo! Nunca habría pensado que April podía llegar a ser tan... tan banal —asintió—. Claro, era de cajón. A eso habrá ido, habrá ido a Inglaterra a ponerle remedio.

Quirke negó con la cabeza.

—No, no ha ido a Inglaterra. Mejor dicho, caso de que haya ido, no ha sido por esa razón. Estuvo embarazada, pero ya no lo está.

—¿Lo perdió? —él no dijo nada—. ¿Se deshizo de él? ¿Y encima aquí? —preguntó. Algo se le pasó por la cabeza, y de pronto lo escrutó más a fondo, más inquisitivamente—. Oye, ¿y tú cómo sabes todo eso?

—He visitado su piso. Fuimos Phoebe y yo.

—Ah, es verdad. Me lo había dicho Phoebe. Y además con un detective. ¿Y qué pistas encontrasteis, Sherlock Holmes?

Quirke titubeó.

—Había sangre en el suelo, junto a la cama.

—¿La cama de April?

—Sí.

Ella miró la superficie de la mesa.

—Ay, Dios —musitó—. Qué sórdido. Pobre April.

Él esperó antes de hacerle una pregunta.

—¿Ella te lo habría dicho a ti?

Negaba despacio, moviendo la cabeza, consternada e incrédula, sin oírle, hasta que levantó los ojos.

—¿Cómo?

—¿Cómo es la amistad que tienes con April? Quiero decir, ¿te hablaría ella de... de cosas tan íntimas?

—¿Quieres decir que si me habría contado que la había dejado preñada alguien? Dios, pues no lo sé. Es muy graciosa nuestra April, qué quieres. Actúa como si fuera muy extrovertida y descuidada, un espíritu libre y todo eso, pero es muy celosa de sus secretos, más que ninguna otra persona que yo conozca —se paró a pensar unos momentos entornando los ojos—. Sí, ahí tiene que haber gato encerrado, algo escondido bajo muchas capas —siguió. Golpeó el cigarrillo con aire meditabundo contra el lateral del cenicero de chapa—. Tú piensas lo mismo que Phoebe, ¿verdad? Piensas que algo ha tenido que pasarle a April.

La miró. ¿Por qué tenían que estar hablando de April Latimer? ¿Por qué no podía él estar allí sentado a sus anchas, disfrutando sin más del relumbro de su belleza fascinantemente bruñida, contemplando la débil luz del sol en el patio, tomándose el espantoso café que le había preparado?

Iba bien mediada la mañana cuando llegó a Mount Street. Debería afeitarse e ir al trabajo, para el cual ya llegaría con horas de retraso. Entre el correo de los demás inquilinos, en la mesa del portal, había una carta para él, una carta entregada por mensajero; el sobre de color marrón tenía el emblema de un arpa. ¿Quién podía escribirle del Gobierno? Uno de los legados de su infancia era un temor cerval a todo lo que tuviese carácter oficial, un temor del que nunca había conseguido librarse. Se llevó la carta arriba, a su piso, y la dejó sin abrir en la mesa del cuarto de estar antes de quitarse el abrigo y el sombrero. También encendió la estufa de gas, y se preparó una bebida con agua caliente, miel y zumo de limón que sirvió de un envase de plástico en forma de limón. Se sentía hinchado y febril, como si tuviera resaca; tal vez fuera el principio de algo, tal vez la gripe. Le inquietaban sucesivas imágenes de Isabel desnuda en sus brazos, la piel tan clara que era casi fosforescente en la oscuridad. La palabra *Portobello* le zumbaba en la cabeza como si fuese el título de una canción.

La carta, cuando por fin se animó a abrirla, era del doctor William Latimer, Teachta Dála, que lo interpelaba con el título de *A Chara*. El ministro requería al doctor Quirke que pasara a visitarlo por su despacho del Ministerio en Kildare Street esa misma mañana a las once en punto —miró el reloj y vio que ya pasaba media hora— para comentar más en profundidad el asunto del que recientemente habían tenido ocasión de hablar. Terminaba despidiéndose con la fórmula *Is mise le meas*, y firmaba *pp* con una firma indescifrable, aunque con numerosos acentos en las vocales. A punto estaba de tomar el teléfono para llamar a Leinster House cuando éste sonó de improviso con timbrazos insistentes. Hizo una mueca —un teléfono al sonar, aun siendo el suyo, siempre se le antojaba motivo de alarma— y descolgó con

cautela.

—Hola —dijo una voz con un acento que le fue familiar—. Soy Rose, Rose Crawford. ¿Eres tú, Quirke? Sí, ¡soy Rose! He vuelto.

II

Quirke llegó a mediodía a los Edificios Gubernamentales, donde lo recibió el secretario particular del ministro, un individuo extrañamente inverosímil que atendía por el nombre de Ferriter, gordezuelo y desaliñado, con el cabello negro y lacio y unos carrillos que se le descolgaban de la mandíbula con un movimiento pendular. Quirke pidió disculpas por llegar tarde, y Ferriter dijo que sí, que había sido menester reacomodar dos reuniones de gran trascendencia, sin que faltase en el comentario suuntuosa sonrisa, por lo que la reprimenda fue tanto más puntillosa. Llevó a Quirke a una sala cavernosa con dos ventanas altas y manchadas de hollín que daban a Leinster Lawn y allí lo dejó. Los edificios públicos, con ese ambiente de hartazgo y de rumia y de injusticia, con sus silencios siempre reprobadores, producían intranquilidad en Quirke; las salas como ésa le recordaban a la sala de visitas de Carricklea. Que semejante institución necesitara una sala de visitas siempre le había desconcertado, ya que nadie iba nunca de visita, salvo alguno de los inspectores escolares de Dublín, que se apresuraban en recorrer el edificio con la cabeza gacha y huían de allí sin dignarse mirar atrás.

Se apretó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar; era la segunda vez en un solo día que se había visto obligado a pensar en Carricklea.

Sin quitarse el abrigo, fue a plantarse ante una de las ventanas y miró el césped. Ferriter, enhebrando una conversación trivial y empalagosa, había afirmado que ya se apreciaba un asomo de la primavera en el aire. De haberlo, a Quirke le había pasado inadvertido. Incluso con la luz del sol en la hierba, pálida e incierta, a sus ojos aquello parecía sumido en el frío del invierno.

Ferriter llegó entonces a recogerlo. Recorrieron largos pasillos sin ventilar, en los que sus pasos apenas hacían el menor ruido sobre la gruesa alfombra que los cubría de lado a lado. Los contados funcionarios con los que se cruzaron rehuían la mirada de Ferriter o lo saludaban con obsequiosas sonrisas; era evidentemente un hombre al que más valía temer.

El despacho de Latimer estaba forrado de madera oscura y olía a polvo y a papeles enmohecidos. Un minúsculo fuego de carbón ardía en una chimenea inmensa, y apenas surtía el menor efecto en el aire frío y húmedo. La ventana situada junto a la mesa daba a una pared de ladrillos. Latimer estaba sentado tras el escritorio con la cabeza inclinada sobre un documento que fingía examinar. Ferriter carraspeó sin apenas hacer ruido y Latimer alzó los ojos imitando un gesto de sorpresa antes de ponerse velozmente en pie y extender la mano. Quirke se disculpó por la tardanza.

—No se preocupe, no es nada —dijo Latimer con aire ausente. Parecía nervioso, y en su sonrisa se había pintado un tinte enfermizo—. Siéntese, por favor. Deje el abrigo en esa misma silla —miró de reojo a Ferriter—. Así está todo perfecto, Pierce —dijo, y el secretario se alejó a paso delicado, cerrando la puerta al salir sin hacer el menor ruido.

Latimer abrió la tapa de una caja lacada que contenía unos cigarrillos gruesos y cortos, y la volvió en dirección a Quirke.

—Nos los mandan del consulado de Turquía —dijo. Quirke miró los cigarrillos con aire dubitativo—. Sí, son una porquería —dijo Latimer—, yo no soporto el olor que tienen —Quirke sacó su propia pitillera de plata y se la ofreció al ministro por encima de la mesa. Los dos prendieron sus cigarrillos—. Bien —dijo el ministro, retrepándose en su sillón—, está claro que éste es un condenado asunto, y además parece que va a peor.

—¿Ha hablado con el inspector Hackett?

—Me llamó por teléfono, en efecto. Una llamada sin la cual habría podido pasar perfectamente. Le juro por Dios que ya sabía yo que esa chica algún día nos iba a buscar complicaciones a todos.

Quirke estudió la brasa de su cigarrillo.

—¿Qué dijo Hackett?

—Que la sangre que apareció debajo de su cama es suya, eso es seguro. Hicieron las pruebas de costumbre. El mismo tipo sanguíneo, tipo 0, tengo entendido —se levantó de la mesa con una torsión del cuerpo casi violenta y se dirigió a un pequeño armario de madera, del que sacó una botella de Jameson Redbreast y dos vasos de cristal tallado—. ¿Le apetece tomar un trago, aunque sea temprano?

—No, gracias.

—Vaya, pues espero que no le moleste si yo me tomo uno. Qué quiere que le diga, lo necesito después de esa llamada de teléfono.

Colocó los vasos sobre la mesa y llenó uno hasta la mitad, dando un trago de whisky antes de hacer una mueca.

—Señor —dijo, sacudiendo la cabeza—, qué follón —volvió a sentarse y dejó el vaso en el secante, delante de sí, fulminándolo con la mirada durante unos instantes en colérico silencio. Alzó entonces los ojos y miró a Quirke con dureza—. ¿Sabe usted lo que podría hacer de mí todo esto, doctor Quirke? Y quién sabe si no afectaría también gravemente al Gobierno...

—No estoy muy seguro de saber a qué se refiere cuando dice «todo esto» —dijo Quirke—. ¿Ha tenido noticias de April? ¿Ha aparecido ya? ¿Ha sabido algo de ella?

Latimer agitó el cigarro, desechando con el gesto sus preguntas.

—No, no. No hay ninguna noticia de ella. Sabe Dios dónde estará. Y una cosa sí le voy a decir: lo mismo da dondequiera que esté, porque tengo la esperanza de que

se quede allá una buena temporada. O se queda en donde está o vuelve sin armar ningún jaleo y con la boquita cerrada. Si esto llega a los periódicos... —se interrumpió y miró con ojos desorbitados por toda la estancia, como si ya estuviera leyendo los titulares, escritos en grandes y marcadas mayúsculas negras en el aire.

—¿Ha iniciado Hackett una investigación oficial? —preguntó Quirke.

—No, todavía no es oficial. Le dije que la aplase al menos por un tiempo —dio otro sorbo de whisky—. Si no fuera por esa sangre, Dios nos asista, le habría dicho que archivase todos los hallazgos sin preocuparse de nada más.

Clavó los ojos iracundos de nuevo en el vaso. Quirke aguardó a que siguiera.

—¿Quiere hacerme el favor de explicarme, Quirke —estalló Latimer dolorido y colérico al tiempo—, por qué demonios tuvo que llevar usted a un detective a su piso?

—Es que estábamos preocupados —dijo Quirke.

—¿Quiénes?

—Mi hija y yo.

—Ah, ya. ¿Y ahora me va a decir que ya están menos preocupados ustedes dos?

Quirke se había terminado el cigarro y encendió otro.

—Doctor Latimer —dijo, y se adelantó en su asiento—, me pregunto si se ha parado a considerar todas las implicaciones de lo que halló el inspector Hackett en el dormitorio de su sobrina. ¿Está usted al tanto del particular tipo de sangre de que se trataba?

—Sí, lo sé. Lo sé, ya me lo dijo Hackett. Estoy asombrado, pero en el fondo no me sorprende —elevó el vaso para dar un trago más, pero en cambio lo dejó sobre el secante y se puso en pie y se acercó a la ventana y allí estuvo con una mano en el bolsillo de la chaqueta, contemplando la pared ciega de enfrente—. ¿Qué dice su hija de April? —preguntó sin darse la vuelta—. ¿Sabe acaso qué clase de chica es en el fondo?

—Pues no lo sé. ¿Qué clase de chica es en el fondo?

—Verá usted, doctor Quirke. Mucho me temo que es de esas chicas que dejan sangre en el suelo del dormitorio. Ah, no digo yo que sea una mala chica con todas las consecuencias. Y hay que reconocer que su carácter no lo ha mendigado, no lo ha tomado en préstamo y no lo ha robado, puesto que no es la primera bala perdida que hay en la familia —volvió a la mesa y tomó asiento en el sillón, de pronto con un gran aire de cansancio. Se sujetó la cabeza un momento entre las manos, sacudiéndola, antes de alzar los ojos de nuevo—. Su padre estuvo en la Central de Correos en 1916 —dijo—, luchó codo con codo junto a Pearse y Connolly.

—Lo sé —dijo Quirke.

—Claro que lo sabe, lo sabe todo el mundo, ¿no es cierto? —Quirke captó la nota de amargura que resonó en su forma de hablar—. Conor Latimer, el hombre al que no

podieron matar. Y es estrictamente cierto, los británicos lo habrían fusilado de no ser porque era quien era. Amigo de Oliver Gogarty y de George Bernard Shaw, de Yeats y de Lady Gregory, y de Lady Lavery también, aunque esa relación en particular no se suele airear a menudo en la familia, ya me entiende usted. ¿Sabía que Bertrand Russell hizo un alegato pidiendo clemencia cuando el Consejo de Guerra lo declaró culpable?

—Usted también tomó parte en la Rebelión, si no estoy equivocado.

—Ah, pues sí, así es. Yo sólo era un mozalbeta, a duras penas distinguía una cosa de la otra, ni el cañón de una escopeta de la culata. Conor sí había pasado meses adiestrándose en los montes de Dublín —calló unos momentos—. Era un hombre duro donde los haya, doctor Quirke, un feniano enloquecido, sin respeto por Dios ni por los hombres. Era mi hermano mayor y yo lo quería, claro que sí, pero por Dios le aseguro que también me daba miedo. Estar con él era como estar con una especie de animal no del todo domado. Siempre era imposible saber qué iba a hacer a continuación. Y es de él de quien ha heredado April ese aire salvaje, ese punto de bala perdida. Es el vivo retrato de su padre, su vivo retrato —se terminó el whisky que le quedaba en el vaso y se sirvió otro chorrito—. Y nunca llegó a superar la pérdida de su padre. Lo adoraba. Cuando murió, pese a ser tan sólo una niña, algo se le rompió por dentro, algo que nunca se le ha llegado a sanar del todo —suspiró—. Y ahora mismo sólo Dios sabe en qué clase de complicaciones se habrá ido a meter. Y en cuanto a su pobre madre...

Alguien llamó a la puerta de manera apenas perceptible y entró Ferriter. Al atravesar el despacho ministerial pareció que fuera trotando de puntillas, con sigilo. Se inclinó y dijo algo al oído del ministro.

—Mi cuñada y su hijo han venido a visitarme —dijo Latimer a Quirke—. Les he pedido yo que vengan, espero que no le moleste.

Hizo un gesto de asentimiento a Ferriter, que volvió a retirarse callado como una sombra.

Celia Latimer apareció tan meticulosamente acicalada como la última vez que la vio Quirke en Dun Laoghaire, sólo que ese día, tras la apariencia de sosiego y la regia sonrisa, Quirke detectó algo retraído y angustiado. Llevaba un abrigo de visón y un sombrero del tamaño de un murciélago, e igual de negro, sujeto en su sitio por medio de un pasador nacarado.

—Doctor Quirke —dijo extendiendo la mano enguantada—. Me alegro mucho de volver a verlo.

Quirke miró la mano que le tendía; por el modo en que lo hacía, plana y con los dedos ligeramente curvados hacia abajo, dedujo que esperaba que se la besara; por el contrario, se la estrechó un instante, sintiendo de nuevo el mismo fugaz y sugerente placer. Oscar Latimer se mantenía pegado a la espalda de su madre, balanceándose

con agitación de un lado a otro, apareciendo su rostro por encima del hombro izquierdo, por encima del derecho, como si ella fuera un muñeco de tamaño natural que él sostuviera e hiciera caminar por delante de él, a modo de camuflaje, o de escudo. Hizo un seco gesto de asentimiento a Quirke.

—He pedido al doctor Quirke que venga hoy a verme —dijo Bill Latimer— con la idea de que esté con nosotros por su relación con April, quiero decir por la relación que tiene su hija con April. Está igual de ansioso que nosotros por saber qué ha sido de April.

Oscar Latimer y su madre volvieron la cabeza y contemplaron a Quirke con aire inquisitivo e inexpresivo. Él les devolvió la mirada sin decir palabra. Se preguntó si estaban al tanto de la sangre que se había encontrado en el dormitorio de April. Si lo estaban, así se explicarían los abanicos de arrugas de evidente preocupación que marcaban por fuera los ojos de Celia Latimer, además de explicar el modo un tanto conejil en que a su hijo le temblaba el labio superior, en el que ese bigote pelirrojo, que sin duda le producía un picor, parecía más desangelado e incongruente que nunca. Oscar acercó una silla para que se sentara su madre y colocó otra al lado para tomar asiento. Su madre, él y Quirke formaban un semicírculo frente a la mesa del despacho.

—Sí —decía Celia Latimer a su cuñado en un tono de acidez—, no me cabe duda de que el doctor Quirke también está preocupado —miraba de manera ostentosa el vaso de whisky sobre el secante, y Latimer lo tomó con gesto de culpabilidad para llevarlo al armario de la esquina. Su cuñada se volvió de nuevo hacia Quirke—. ¿Ha tenido noticias de April, doctor Quirke?

De pronto éste se descubrió pensando en el olor de la piel de Isabel Galloway. Era un olor cálido, suave, con un matiz de lo que debía de ser maquillaje; le había recordado algo, y en ese momento cayó en la cuenta de qué era. Se vio cuando era niño, sentado con las piernas cruzadas en una alfombra, frente a la chimenea, con varias hojas de papel esparcidas alrededor. Eran hojas escritas por un lado, y aprovechaba los dorsos para hacer dibujos. Debía de estar en el despacho del juez Griffin, en donde muchas veces le dejaban jugar mientras el juez estaba trabajando; las hojas de papel en las que dibujaba debían de ser los borradores ya desechados de las sentencias. Era un día de frío, un día como ese mismo, en lo más profundo del invierno, aunque el fuego de la chimenea daba calor, y tenía sabañones en forma de rombo en las piernas, y le ardía la frente de una manera que a duras penas soportaba, aunque era al mismo tiempo placentera. Nunca había conocido felicidad semejante desde entonces, nunca conoció semejante sensación de seguridad. Dibujaba con lápices de colores, y el olor a cera que tenían era seguramente lo que recordó cuando, en el dormitorio del pisito en la casa a la orilla del canal, Isabel Galloway arrimó la cara a la suya, una cara que también parecía que ardiera, como ardía la suya aquel

día, tantos años atrás, ante el fuego de la chimenea, en el despacho del juez Griffin.

—¿Cómo? —dijo pestañeando—. Disculpe, lo siento.

—Decía que si ha tenido usted noticias de April —volvió a preguntarle Celia Latimer—. ¿Se ha puesto en contacto con su hija?

Se adelantó para apagar el cigarrillo en el cenicero que había en una esquina de la mesa de Latimer.

—No —dijo—, me temo que no.

Celia Latimer miró a su cuñado, que volvía a ocupar su sillón.

—¿Y qué dicen los *gardaí*, William? —preguntó.

Latimer ni siquiera la miró.

—Los *gardaí*, en cuanto tal cuerpo, no están implicados en las indagaciones. Sólo está al tanto ese hombre, el tal Hackett, el detective al que ya conociste cuando fue a verte. A decir verdad —miró velozmente hacia Quirke—, ni siquiera estoy seguro de la razón por la cual fue a verte, eso de entrada.

Quirke le devolvió la mirada con llaneza. Le desagradaba la truculencia y la mentecatez de ese hombre robusto. Hubiera preferido estar en otra parte. Pensó en la luz del sol afuera, en la languidez con que lucía, en el césped agrisado. *Portobello*.

Oscar Latimer, que hasta ese momento había guardado silencio, dio de pronto una especie de sacudida iracunda, aferrándose con ambas manos a los brazos de la silla como si estuviera a punto de dar un salto y cometer un acto de violencia.

—Es una deshonra —dijo, y se le quebró la voz—. Primero, que unos desconocidos se enteren de nuestros asuntos, ¡y luego la Guardia! Dentro de nada saldrá todo en los periódicos, cosa que será estupenda. Y todo porque en mi hermana no se puede confiar, porque no es capaz de llevar una vida acorde con cualquiera de las responsabilidades más elementales.

Su madre le puso una mano en el brazo para contenerlo y él calló en el acto, y apretó los labios. Se le habían puesto coloradas las mejillas. Tenía, pensó Quirke, el aire denodado e impedido de un hombre que a duras penas se abre paso a codazos entre un hervidero de gente.

Bill Latimer se volvió hacia su cuñada.

—Le he dicho a Hackett, el detective, que la discreción es de la máxima importancia. Presupongo... —dedicó a Quirke otra mirada endurecida— que en eso estamos completamente de acuerdo.

Quirke había visto aumentar su desconcierto y de pronto lo vio disiparse del todo. Por fin entendió lo que estaba pasando allí, y entendió por qué se le había convocado para que tomara parte en ello. Se estaba celebrando la ceremonia de una expulsión. April Latimer, tácita pero definitivamente, había sido desalojada del medio familiar. Se la estaba desheredando. Su hermano, su tío e incluso su madre ya no se tendrían por responsables de sus actos, ni siquiera de su existencia. Y Quirke era el testigo

neutral, pero necesario, el que iba a poner su sello, tanto si lo hacía de grado como si no, en el pacto. ¿Y si, se dijo, estuviera muerta? También esa posibilidad, comprendió, quedaba incorporada a todo lo que a partir de ese momento había de ser anatema.

Rose Crawford le estaba esperando en Jammets, en la barra del fondo. Tenía delante de ella una botella de Bollinger en un cubo lleno de hielo, en la mesa. Había vuelto a Estados Unidos antes de Navidad para ocuparse de sus asuntos financieros, y había regresado a bordo del *Queen Mary*, que atracó en el puerto de Cobh esa misma mañana. Se quejó del tren que había tomado en Cork, diciendo que hacía frío y estaba sucio y no disponía de vagón restaurante.

—Casi se me había olvidado —dijo— cómo es este país.

Le había traído una caja de Romeo y Julieta y una corbata de fantasía, con una rubia semidesnuda de busto enorme y pezones color cereza pintados encima. Llevaba un vestido azul de seda, con una pañoleta también de seda apenas anudada al cuello. El cabello, en el que había dejado que asomaran mechones de plata, se lo había peinado de un modo completamente nuevo, con raya al medio y recogido a ambos lados. Se la veía como nueva, tersa, y su talante era el de costumbre, de un humor tirando a negro, teñido de escepticismo.

—Se te ve de maravilla —dijo a Quirke, e indicó al barman que abriese la botella de champán—. Desde luego, mucho mejor que la última vez que te vi.

—Yo también he estado fuera —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí, en San Juan de la Cruz.

—Anda... ¿Y eso qué es?

—Un sanatorio para desintoxicarse.

—Sí, ahora que lo pienso creo que Phoebe me dijo en alguna de sus cartas que estabas en el manicomio. Me pareció que había exagerado. ¿Y qué tal estuvo?

—Muy bien.

—Seguro —dijo ella sonriendo. El barman sirvió el champán y colocó las dos copas burbujeantes ante ellos. Quirke miró la suya mordiéndose el labio—. ¿Te atreves? —preguntó Rose, sonriendo con dulzura y malicia—. No quisiera ser yo la responsable de que te vuelvas a crucificar.

Él tomó la copa y rozó con el borde la que ella levantaba. Bebieron.

—Por la sobriedad —dijo.

Ella había reservado su mesa preferida, la del rincón, con un banco corrido, desde donde gozaban de una espléndida vista del resto del comedor. Pidieron salmón escalfado. Hilton y Mícheál, los del Gate, ocupaban una mesa cercana, almorzando envueltos en lo que parecía un enojado silencio. La peluca de Mícheál parecía más

negra y más reluciente que nunca.

—Cuéntame qué novedades hay —dijo Rose—. Si es que las hay.

Quirke dio un sorbo a su champán. Era una bebida que no le hacía ninguna gracia, y hasta las mejores añadas le resultaban demasiado secas y ácidas; ese día, sin embargo, le supo a gloria. Iba a tomarse una copa, se dijo, sólo una, y luego a lo mejor una copa de Chablis, y nada más.

—Me estaba preguntando si pensabas volver —dijo—. Pensé que Boston podría acogerte en su regazo y no dejarte marchar nunca más.

—Ah, Boston —dijo ella en tono despectivo—. La verdad es que he estado sobre todo en Nueva York. Y eso sí que es una ciudad, te lo digo yo.

—Pero a pesar de todo has vuelto al sucio, querido Dublín.

—Y a ti, Quirke, también he vuelto a ti.

El camarero les llevó el pescado y Quirke pidió una copa de Chablis. Rose no hizo el menor comentario; se limitó a indicar al camarero que ella seguiría con el champán.

—¿No has hablado aún con Phoebe? —preguntó Quirke—. Quiero decir, desde que has vuelto.

—No, mi querido Quirke, tú eres el primer puerto en que deseaba atracar, como siempre. ¿Qué tal está mi querida niña?

Le habló de April Latimer, le contó que se la echaba a faltar y que nadie tenía noticias de su paradero; no dijo nada de la sangre que se había encontrado junto a su cama. Rose le escuchó, mirándole con el mismo aire de astucia que tenía siempre. Era la segunda esposa, ya viuda, de su suegro, Josh Crawford, magnate irlandés-americano de los transportes, como lo llamaban en la prensa, y en alguna etapa de su vida más bien malhechor. Cuando aún vivía era mucho más viejo que ella, y al morir la dejó convertida en una mujer adinerada. A su muerte, ella se mudó a vivir a Irlanda y compró una mansión en Wicklow que rara vez visitaba, pues prefería lo que ella denominaba la comodidad de una suite en el Shelbourne, en donde disponía de un dormitorio, dos salas para recepciones, dos cuartos de baño y un comedor privado. Quirke y ella se habían acostado una vez, y sólo una, en tiempos turbulentos, cosa de la que nunca hablaba ninguno de los dos, aunque permanecía entre ellos como si fuera algo de lo que era preciso estar al tanto, como una luz que brilla incierta, a lo lejos, en medio de un bosque oscuro.

—¿Y tú qué crees que habrá sido de ella, de esa joven? —preguntó Rose.

—Pues no lo sé.

—Pero alguna sospecha tienes que tener, digo yo.

Él hizo una pausa, dejando el cuchillo y el tenedor y mirando a lo lejos durante unos instantes.

—Tengo mis temores —dijo al cabo—. La cosa no tiene ninguna buena pinta. Por

lo visto, la chica es una bala perdida, o eso es lo que dice su familia, aunque Phoebe insiste en que son exageraciones. No sabría decir, la verdad. Trabajaba en el hospital, pero nunca coincidí con ella.

—¿Malachy no la conoce?

—Alguna relación habrá tenido con ella en el transcurso de los días de trabajo, pero dice que no se acuerda bien. Ya sabes cómo es Mal. A la chica tendrían que haberle salido unas plumas y un rabo antes de que él se fijara en ella.

—Desde luego, Malachy —dijo—. ¿Qué tal está?

La copa de Chablis que tenía Quirke parecía haberse vaciado por sí sola, sin que él se diese cuenta. No iba a tomar otra, sin importarle el sonoro clamor con que se lo pidiera su sangre; no, de ninguna manera.

—Dice que piensa en jubilarse.

—¿Jubilarse? Pero si todavía es muy joven.

—Eso es lo mismo que le dije yo.

—Lo que tendría que hacer es volver a casarse antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y con quién se iba a casar?

—¿No se supone que este país está lleno de mujeres en busca de un hombre?

Quirke llamó al camarero y pidió otra copa de vino. Rose enarcó una ceja, pero no hizo ningún comentario.

—A propósito —dijo él—, he comprado un coche.

—¡No me digas! ¡Serás... demonio!

—Me ha costado un dineral.

—Eso espero. No te imagino yo en un cacharro barato.

Cuando terminaron de almorzar, él le propuso que dieran un paseo en el automóvil. Rose apenas dedicó una mirada al Alvis; no se impresionaba fácilmente, y cuando se impresionaba ponía un gran esmero en que no se le notase. Cuando montaron en el coche, no quiso dejarle arrancar mientras no se pusiera la corbata con la rubia despampanante. Rió y dijo que si los guardias les diesen el alto lo detendrían por causar un disturbio del orden público.

—A eso, súmale el detalle de que no tengo permiso de conducir y lo más probable es que termine en la cárcel.

El cerebro le burbujeaba de una forma placentera gracias a los efectos de las dos copas de Chablis, y se sintió casi voluble y algo asustadizo. Desvió el espejo retrovisor para poder anudarse bien la ridícula corbata. Rose estaba sentada a su lado, observándole.

—Eso seguro que te iba a gustar —dijo ella.

—¿El qué me iba a gustar?

—Estar en la cárcel. Ya te veo allá encerrado, con un traje con flechas pintadas, contento al hacer tus tareas, coser sacas de correos por ejemplo, y escribiendo tus

memorias por las noches, antes de que se apaguen las luces.

Quirke se rió.

—Demasiado bien me conoces —le dijo, y se alisó la corbata antes de volver a colocar el retrovisor y arrancar el coche—. Me alegro de que hayas vuelto —dijo—. Te echaba de menos.

Le tocó a ella el turno de reírse.

—Qué va, eso no es cierto. Pero es agradable que lo digas.

Salieron de la ciudad por Rathfarnham y emprendieron viaje por los montes de los alrededores.

—Antes no conducías —dijo Rose—, ¿verdad?

—No. Me ha enseñado Mal. No ha sido muy difícil cogerle el tranquilo.

—Y te has comprado un coche nuevecito y reluciente —añadió dando unas palmadas en el salpicadero—. Muy elegante. Supongo que habrás impresionado a las chicas, claro.

A eso no respondió. La luz del sol de poco antes se había esfumado, y el día se había vuelto de un gris plomizo. Entre los dos, y de una forma inexplicable, algo se había oscurecido un poco. Durante unos cuantos kilómetros ninguno de los dos dijo nada. Las laderas de los montes, quemadas por las heladas, tenían una tonalidad ocre, y había hielo a los lados de la carretera, y manchas de nieve a resguardo de las rocas y en los surcos largos y rectos abiertos en los campos. Abajo, a la derecha, apareció un lago de contorno circular, volcánico, el agua negra e inmóvil, con aire de irrealidad. Ascendiendo curva tras curva por la carretera estrecha tuvieron la sensación de que el aire era cada vez más intangible, más frío, y Quirke accionó al máximo la calefacción del coche. En Glencree les sorprendió una repentina racha de aguanieve, que incluso los limpiaparabrisas tuvieron dificultad en despejar del cristal.

—Aquí venía a veces con Sarah —dijo Quirke—. Fue justo por aquí cerca donde un día me dijo que Phoebe era mi hija, mía y de Delia, y no suya y de Mal.

—Pero tú eso ya lo sabías.

—Sí. Eso lo había sabido siempre, pero a ella nunca le dije que ya lo sabía. Sabe Dios por qué no lo hice. Por cobardía, claro, siempre es por cobardía.

Rose volvió a reír con voz queda.

—Secretos y mentiras, Quirke. Secretos y mentiras.

Le detalló la crónica del encuentro que había tenido por la mañana con los Latimer. Ella quedó fascinada.

—¿Os convocó a todos juntos en su despacho, en la sede del Gobierno? ¿Cómo dices que se llama ese individuo?

—Bill Latimer. Es el ministro de Sanidad.

—Extraordinario. ¿Y qué pretendía que hicieras tú?

—¿Yo? Nada.

—¿Quieres decir... nada de nada?

—Exacto. Lo que pretende es que todo lo relativo a la desaparición de su sobrina quede bien envuelto entre algodones al menos por el momento, o eso es lo que da a entender. Le da miedo que estalle un escándalo.

—¿Y de veras cree que lo puede mantener en secreto para siempre? ¿Qué pasa si la chica ha muerto?

—En este país uno puede hacer cualquier cosa siempre y cuando sea poderoso. Eso ya lo sabes.

Ella asintió con aire de estar divirtiéndose.

—Secretos y mentiras —volvió a decir con voz queda, con su mejor acento del sur de Estados Unidos, casi como si lo canturreara.

Pasó de largo el aguanieve y bajaron por la carretera hacia un valle alargado y apenas profundo. A lo lejos era visible el mar, una línea de azul indeleble, como si estuviera pintada a lápiz en el horizonte. Había matas de aulaga que se habían tornado de un color entre verduzco y negro del todo, y espinos torturados por el viento hasta adoptar siluetas agónicas, como si fueran garras; los jirones de lana de las ovejas aleteaban prendidos a los alambres de espino junto a la carretera.

—Dios mío, Quirke —dijo Rose de repente—. Este sitio al que me has traído es terrible.

Él enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Terrible? ¿Esta parte de aquí arriba?

—Es desolador. Si el infierno existe, me imagino que será más o menos así. Nada de llamas y toda esa parafernalia, sólo el hielo y el vacío. Volvamos. Me gusta que haya gente alrededor. Yo no soy una vaquera, y los espacios abiertos me dan miedo.

Dio la vuelta entrando en un camino y emprendieron el regreso a la ciudad.

Habían dejado atrás los montes antes de que Rose volviera a decir algo.

—A lo mejor tendría que casarme con Malachy —dijo—. Podría ser mi misión en la vida alegrarle un poco el panorama —miró de soslayo a Quirke—. ¿Tú no te sientes solo? —preguntó.

—Sí, claro que sí —se limitó a decir—. Eso le pasa a todo el mundo, ¿no? Por un momento, ella no respondió, y luego rió por lo bajo.

—No se puede ser más previsible que tú, Quirke.

—¿Y eso es malo?

—No es ni malo ni bueno. Es como eres tú.

—Un caso sin remedio, ¿no es eso?

—Sin remedio. A lo mejor Malachy no es el más indicado para que me case con él.

—¿Y, entonces, quién es el candidato? —preguntó Quirke a la ligera. Desapareció de su porte toda ligereza acto seguido, y frunció el ceño, con la vista al frente.

Rose rió.

—Ay, Quirke —le dijo—. Eres como un niño chico al que le acaban de decir que se vaya a vivir con su abuela durante el resto de su vida. Por cierto —dijo tras unos instantes, volviendo la cabeza para mirar atrás—, ¿no se supone que tienes que parar cuando alguien aparece en uno de esos...? ¿Cómo se llaman? ¿Son pasos de cebra?

La dejó a la entrada del Shelbourne. Ella dijo que aún tenía que deshacer las maletas y luego descansar un rato. Le sugirió que Phoebe y él cenasen con ella. Quirke había vuelto a su piso antes de darse cuenta de que aún llevaba la corbata obscena que ella le había regalado. Se miró en el espejo. Tenía sombras bajo los ojos. Ojalá, se dijo, no hubiera tomado esa copa de champán: aún percibía el sabor agrio en la boca. Se quitó la corbata y entró en la cocina y la echó al cubo de la basura, con los demás desperdicios de la cocina.

Phoebe yacía rígida, mirando la oscuridad sin ver nada. Le pasaba con frecuencia: se iba a dormir y al cabo de una hora o dos se desvelaba debido a una pesadilla de la cual no había conservado ni un solo detalle. De un modo anómalo, eso era lo más aterrador, el sueño se había desvanecido del todo, como un animal que se escabulle por una madriguera y no deja a su paso más rastro que un aura de horror y de suciedad. ¿Cuántos momentos terribles había vivido a lo largo de la vida, cuántos eran seguramente parte de lo que soñaba, si bien no entendía el modo en que olvidaba todo nada más despertar? ¿Tan terribles eran las visiones que tenía en sueños, tanto que su conciencia, al sentir que estaba a punto de despertar, las disolvía y se las escondía del todo? De ser así, no tenía de qué alegrarse; hubiera preferido saber antes que no saber. Se había despertado tendida boca arriba, con los puños apretados contra el cuello y los dientes descubiertos y la caja torácica agitada por la respiración. Era como si hubiese huido a todo correr de algo y al fin hubiese conseguido darle esquinazo, aunque aquello de lo que escapaba, aquello que no tenía un semblante, siguiera estando ahí fuera, oculto en la oscuridad, esperando a que llegase otra noche para salir de su escondrijo con sigilo y aterrarla una vez más.

Encendió la lámpara de la mesilla y apoyó la cabeza en la almohada húmeda y recalentada, cerrando los ojos con fuerza. No quería estar despierta, pero ya sabía que el sueño tardaría en llegar un buen rato. Con un suspiro, se levantó y se puso la bata de seda, o *peignoir*, que era como se llamaba hablando con propiedad; era una palabra que le gustaba. Había sido de la mujer que durante los primeros diecinueve años de su vida creyó que era su madre.

Fue a la cocina. Los olores nocturnos, ya lo había notado otras muchas veces, eran distintos de los diurnos, más mohosos, más anticuados, más tenues e insidiosos. Se abrió los dos lados de la bata de seda y hundió la cara en el hueco. Sí, también su olor era diferente, un olor estancado, infantil, secreto.

Se le ocurrió la idea de que nunca se había acostumbrado del todo a estar viva.

Tomó de la despensa una botella de leche medio llena y la sacudió para asegurarse de que no se había agriado —no disponía de nevera—, y vertió un poco en una cacerola renegrida, colocándola sobre el hornillo de gas para calentarla, añadiendo una cucharada de mermelada de arándanos. Quedaba una tajada de bizcocho que había comprado dos días antes para tomársela con la cena; se había resecado y estaba dura, se desmigaba con facilidad, pero necesitaba comer algo. A su espalda, comenzó a hervir la leche, y apagó la llama justo antes de que empezara a

derramarse. Se había formado una capa de espuma arrugada, cómo no, y tuvo que desecharla lo mejor que pudo con una cucharilla, procurando que no se rompiese, en una operación que siempre le producía una ligera sensación de asco. Vertió en un tazón la leche caliente, teñida de una tonalidad rosa, y desenvolvió el bizcocho del papel encerado para colocarlo en un plato y llevarse a la mesa las dos cosas antes de sentarse. Cerró los ojos y permaneció inmóvil unos momentos, y los volvió a abrir. No había bajado la persiana —detestaba las persianas, le parecían láminas desenrolladas de una piel gris clara—, y la ventana, a su lado, era un alto rectángulo de negrura resplandeciente. No debía de ser muy tarde, a lo mejor la una, más o menos, pero allí fuera estaba todo en silencio. Se tomó la leche con la mermelada y el trozo de bizcocho reseco, dulzón. El latir de su corazón era todavía irregular, aún acusaba la inquietud que le causó el sueño olvidado.

Sus pensamientos naturalmente se concentraron en April, como siempre le sucedía en las horas de desvelo, aunque también pensaba en ella durante el día. Era extraña esa sensación de desamparo que tenía al pensar en su amiga. Era desde luego como un sueño, un sueño en el que hay que hacer algo de la máxima importancia, un aviso que dar a alguien, un secreto que revelar, a pesar de lo cual todo el mundo parece relajado, indiferente, y no hay nadie que se tome la molestia de escuchar la fatídica noticia que sólo ella conoce. Aun cuando nadie más pareciera estar tan preocupado como ella, había pensado que Quirke sin duda alguna se haría cargo de la gravedad que revestía la desaparición de April, el hecho de que ya no estuviera, de que no se hubiera despedido de nadie, de que no hubiera dejado ni rastro, puesto que a fin de cuentas otra mujer joven a la que ella conocía había desaparecido el verano anterior y Quirke había descubierto que la habían asesinado. Sin embargo, cuando fue con él y con el detective al piso de su amiga, y cuando al día siguiente fue a ver al hermano de April, Quirke apenas dijo una sola palabra, y no pareció que le importase mucho ni April ni lo que pudiera haber sido de ella. Pero a lo mejor él tenía razón en el fondo, a lo mejor estaba siendo fantasiosa, a lo mejor había un toque de melodrama en todo aquello. O tal vez fuera sencillamente cierto que a él no le importaba. ¿Les importaba algo a cualquiera de los otros, a Isabel, a Patrick, a Jimmy Minor? Ninguno parecía tener una gran preocupación, o no al menos como ella la tenía, eso estaba claro. A ella le vencía el temor, un pavor del que no era capaz de librarse.

Qué rara es la claridad y la precisión que puede tener la mente a estas horas de la noche, pensó. ¿Es porque son muy pocas las distracciones que se tienen de noche o es porque el cerebro emplea entonces toda la energía que por lo normal reservaría para dar combustible a la actividad mental del día siguiente? Al pensar en esos momentos en April, y en la actitud en apariencia despreocupada de Quirke y de los demás, también ella tuvo una sensación de alejamiento, una sensación de alienación, que para su sorpresa parecía darle margen para que considerase el caso de su amiga con

un desapasionamiento nuevo, sosegado, frío. Aunque fuera difícil de entender, en su ánimo April se había dissociado de todas las cosas que, aunadas, conformaban la imagen que tenía ella de su amiga, y flotaba en libertad absoluta, como a veces flota en la propia conciencia una palabra libre de aquella cosa a la que está unida y se convierte en algo distinto, no exactamente en un sonido, no un gruñido o un ladrido carentes de significado, sino en una entidad nueva, nueva y misteriosa por ser en sí misma tan sólo, sin ser ya un medio para designar lo que sea.

¿Quién es April?, se preguntó. Había pensado que la conocía, pero en esos momentos empezó a preguntarse si no se habría equivocado por completo y en todo momento, si no sería April alguien muy distinto de la persona por la que siempre la había tomado. En vez de la amiga sincera y abierta con la que había conversado prácticamente a diario, con la que había charlado e intercambiado habladurías, en su ánimo empezaba a aparecer un ser del todo diferente, hermético, reservado, que ocultaba su verdadero yo a Phoebe y tal vez también a todos los demás. Sí, reservada: así era April, no abierta, sino más bien amiga de los secretos, disimulada. Y tras esa figura había algo más, algo oculto, o acaso alguien más, alguien que siempre estaba al fondo de todo, una presencia secreta, pero que todo lo impregnaba. Sí. Siempre había alguien ahí al fondo.

Había visto a Jimmy Minor esa misma noche. Se habían encontrado en O'Neill, en Wicklow Street. El pub estaba lleno de clientes muy ruidosos; estudiantes de Trinity que celebraban una victoria en un partido a saber de qué, y les fue difícil hacerse entender y entender al otro. Ella propuso que fueran a otro sitio, a un lugar más tranquilo, pero bastaba con que alguien propusiera algo para que Jimmy se atrincherase y plantase encarnizada resistencia, y en vez de acceder a marcharse a otro pub pidió algo de beber y encendió un cigarrillo. Le estaba contando algo acerca de April y del periódico para el que trabajaba. Ella no dio crédito a lo que estaba oyendo la primera vez que se lo dijo, y le pidió que lo repitiese: había ido a ver al director y le había dicho que April estaba en paradero desconocido.

—¡Oh, Jimmy! ¡No puede ser, no has podido hacer eso! —le gritó.

Él la miró con sorpresa, dolido.

—Soy reportero —dijo, y alzó las manos minúsculas que tenía en un gesto de sencilla sinceridad—. Alguien desaparece, yo informo.

De todos modos, al director al parecer no le había interesado April Latimer, o al menos fingió que no le interesaba, y le dijo que se olvidara de la historia.

—Le pregunté si sabía quién es y con quién está emparentada. Con eso tan sólo conseguí que se le pusiera la cara de piedra. No le gusta nada lo que mi viejo llamaba habladurías malintencionadas. Insistí, le dije que su tío es el ministro y que su hermano es el médico que tiene la consulta en Fitzwilliam Square, pero no valió de nada, no hubo forma de...

Se desató una ruidosa algarabía entre la multitud de jóvenes con la cara colorada, apiñados en la barra, y Phoebe no logró entender el resto.

—Pero ¿sabía algo de todo esto? —le preguntó ella—. ¿Ya estaba al tanto de que April ha desaparecido?

—Te acabo de decir que lo único que conseguí fue que me mirase con cara de piedra. De todos modos, si quieres saber lo que pienso, sí, yo creo que alguien le había tenido que dar el soplo, y que seguramente alguien le ha dicho que no se le ocurra destapar ninguna historia en torno a ninguna chica desaparecida.

Ella le miró durante unos momentos sin poder decir nada.

—¿Y quién habrá podido llamarle? —preguntó desconcertada—. ¿Quién habrá hecho semejante llamada telefónica?

—Ay, Phoebe —dijo Jimmy con una sonrisa compasiva, meneando la cabeza—. ¿Tú de verdad no sabes nada de esta ciudad, no entiendes cómo funcionan las cosas?

—¿Quieres decir que su tío, el señor Latimer, el ministro, pudo llamar por teléfono al director de un periódico y ordenarle que no publicara una noticia, que no la investigara siquiera?

—Mira, cariño. Deja que te explique —dijo él, adoptando la voz con que imitaba a James Cagney—. El ministro no habrá llamado por teléfono a nadie, y esa orden no existe. Alguien de su departamento habrá tocado una campanilla, un lacayo del ministro, alguien seguramente celta por los cuatro costados, alguien llamado, como poco, Maolseachlainn Mahoganygaspipe^[1], que se habrá puesto a decir orinaladas sobre el tiempo que hace durante diez minutos al menos, o sobre el hecho de que las patatas se estén poniendo por las nubes, y casi cuando ya está a punto de colgar seguro que va y dice, «Ah, por cierto, Séanie, se me olvidaba que la joven sobrina del ministro se ha debido de ir de parranda y que la familia está que se sube por las paredes procurando ponerla en su sitio, así que no tiene mucho sentido, ¿no te parece?, que el periódico publique ahora mismo nada al respecto, date cuenta de que terminarías a tomatazos, o con un huevo en toda la cara, ¿o debo decir que a lo mejor terminas duchado con tinta de imprenta? Ja, ja, ja». Estas cosas se hacen así. Una palabra de terciopelo, una amenaza de seda. A ver si espabilas, hermana.

—¿Y el director de un periódico de tirada nacional cede a esas amenazas, así de sencillo?

A esto respondió Jimmy con un relincho en forma de risa.

—¿Amenazas? ¿Dónde están las amenazas? Es más bien un consejo de buen amigo, unas sabias palabras, eso es todo. Y luego está la elegancia y el favor; la próxima vez que Séanie, el director, necesite alguna información privilegiada, llama sin más preámbulos al señor Mahoganygaspipe y le comenta el favorcito que le hizo en su día al ministro y a toda su familia al impedir que sus sabuesos siguieran ninguna pista cuando la problemática sobrina del ministro se fue a dar un garbeo a

saber por dónde. ¿Lo ves, o no lo ves?

Sentada junto a la ventana ennegrecida, Phoebe volvió a repasar todo lo que había dicho Jimmy, intentando decidir si podía ser cierto, si podía ser eso lo que en efecto había ocurrido. Por otra parte, pensó entonces, ¿qué más daba que así fuera, aunque fuera cierto? Si los Latimer estaban sirviéndose de sus influencias para impedir que los periódicos informasen de la desaparición de April, ¿qué había de terrible en todo ello? Cualquier familia hubiese obrado de la misma forma, siempre y cuando tuviese el poder de impedir que se contaran las andanzas de una hija descarriada en los periódicos. Y, no obstante, sólo de pensar en esa voz cicatera y en sus insinuaciones por teléfono —Jimmy era un buen imitador—, en las amenazas susurradas al oído, tuvo un escalofrío.

Tenía que concentrarse. Piensa. Recuerda. Sé precisa. ¿Quién es April Latimer?

La leche, en el tazón, se le había quedado tibia, pero se la tomó de todos modos, se la bebió sin dejar una sola gota, y le tocó una semilla de arándano, dura, que se le encajó en el hueco entre dos molares, recordándole su niñez.

Una vez, no hacía tanto tiempo, estaban sentadas las dos, April y ella, en un banco ante el estanque de St. Stephen's Green, mirando a los niños y a sus madres, que daban de comer pan a los patos. Era una tarde de finales de verano: se acordaba de los árboles que se elevaban majestuosos por encima de ellas, de la luz del sol que parecía arrancar grandes escamas de oro de la superficie del agua. April estaba fumando un cigarrillo como siempre hacía, sosteniéndolo muy cerca de la cara, inclinándose y encorvándose un poco, como si tuviera frío. Era la manera de fumar de una vieja, recordó haber pensado Phoebe, y sintió una oleada de cariño por su amiga, un cariño a un tiempo dulce e inquietante. No acertaba a recordar de qué habían estado hablando en ese momento, pero de pronto se dio cuenta de que April se había quedado callada, de que se había retraído a su interior, de que estaba allí fumando, con el ceño fruncido, mirando el agua del estanque, con una mirada extraña y angustiada en los ojos. También Phoebe se había quedado en silencio, respetando instintivamente el lugar de privacidad al que se había retirado su amiga. Por fin, April tomó la palabra.

—Lo que pasa con las obsesiones —dijo sin dejar de mirar la superficie estrellada del estanque— es que no procuran ningún placer. Al principio, si es que hay un principio, una piensa que es la mayor delicia que conoce —esa palabra, «delicia», a Phoebe le sorprendió, le pareció alarmante, casi indecente—, pero al cabo de un tiempo, cuando estás atrapada y ya no puedes salir de ahí, es como una celda en una cárcel.

Había callado de pronto, y dejó pasar otro intervalo meditando a fondo, fumando, antes de describirle que, en esa celda, una mira con anhelo la ventana, con sus barrotes, demasiado alta para alcanzarla, y la luz del sol y un cuadrado de cielo azul,

y se da cuenta de que no sabe cómo es la vida allá fuera, en ese lugar en el que los demás son libres.

Phoebe no supo qué decir, cómo reaccionar. No pensaba que April pudiera ser una persona capaz de ninguna obcecación —otra palabra oscura y perturbadora—, y tuvo en ese momento la sensación de que se acabara de correr una cortina, sólo un instante, que le permitió entrever un corredor largo, en penumbra, en el que murmuraban presencias invisibles, en donde el aire que le comprimía la cara nada más asomarse era húmedo, mohoso, dulzón, cargante. Se acordó del estremecimiento que la había recorrido por entero al atisbar ese lugar oscuro, a pesar de estar sentada en el parque, bajo la intensa luz del sol, ante una escena veraniega. Apareció entonces una bandada de gaviotas batiendo las alas y graznando, empeñadas en atrapar las migas de pan que los niños echaban a los patos, y de pronto se encogió de miedo. April, en cambio, se había puesto en pie nada más ver a las aves carroñeras en pleno descenso, y se echó a reír. «¡Oh, mira esas... esos monstruos!», exclamó sin dejar de mirar a las gaviotas hambrientas con una sonrisa que parecía de feroz aprobación, los dientes pequeños, blancos, al descubierto, el brillo en los ojos atentos, ansiosos. Ése fue un instante en el que Phoebe no pudo conocer a su amiga, no la reconoció. ¿Hubo tal vez otros momentos que se le pasaron por alto, momentos de espantosa intuición, de entrar hasta lo más profundo, que había olvidado, o que había preferido no recordar? ¿Qué sabía de su amiga? ¿Qué podía saber?

Se levantó de la mesa y poco le faltó para caerse, porque se le habían quedado las piernas dormidas por la postura y el frío. Arropándose con la fina bata de seda, fue al cuarto de estar y se quedó plantada ante la ventana. No había encendido la luz. No le importaba la oscuridad, nunca le había dado miedo, ni siquiera de niña. Había vuelto a espesarse la bruma, según vio, aunque aún no tuviera la densidad necesaria para llamarla niebla, y la farola de la calle proyectaba un halo grisáceo en derredor. La calle estaba en silencio. No muchas semanas antes, una prostituta se plantaba en aquella esquina, una mujer triste de ver, joven, flaca, que parecía siempre al borde mismo de la congelación; Phoebe había hablado con ella algunas veces, del tiempo, o de alguna noticia reciente, y la chica siempre le sonreía con agradecimiento, contenta de que al menos alguien no la devorase, no la desnudase con los ojos, o no la insultase sin más preámbulos. Había llegado a decirle a Phoebe su nombre; se llamaba Sadie. ¿Cómo debía de ser su vida, se preguntó Phoebe, obligada a irse con todo el que tuviera una libra en el bolsillo? ¿Qué se sentiría al...?

Se sobresaltó. Había en la calle algo en lo que no había reparado hasta ese momento, una persona de pie justamente donde dejaba de iluminar la luz humedecida de la farola. No acertó a saber si era un hombre o una mujer, aunque supo a la primera que no era Sadie. Era una silueta, nada más, allí de pie, inmóvil casi del todo, y le pareció que miraba hacia la ventana desde la que ella la estaba mirando.

Quienquiera que fuese, ¿llegaba a verla allí, en la oscuridad del cuarto de estar? No. ¿Y si se adelantase sólo un poco y se plantara justo delante del cristal de la ventana? ¿Sería visible entonces? Dio un paso al frente conteniendo la respiración. Se llevó la mano al cuello. Estaba temblando, no sabía si de frío o de miedo, o de otra cosa distinta. La silueta no se movió. ¿Era eso todo lo que allí había, o se lo estaba imaginando? Era algo que le había ocurrido antes, cuando vivía en Harcourt Street; ya entonces había pensado que alguien la vigilaba, y ya entonces se había dicho que eran imaginaciones suyas, pero al final resultó que no había imaginado nada de aquello. Se dio cuenta de que se había dejado encendida la luz de la cocina, por lo que quien fuera el que estuviese en la calle sabría que ella estaba allí y que no estaba durmiendo, caso de que además no la hubiera visto sentada a la mesa, con la leche y el bizcocho: ¿era de veras posible que la hubiese visto desde ese ángulo, desde la calle, si estaba sentada? Y en tal caso quizás estuviera esperando a que de nuevo se situase a la luz, con su fino envoltorio de seda, despeinada, sin dormir, inquieta, preocupada por su amiga desaparecida.

De súbito se retiró de la ventana y prácticamente fue corriendo a la cocina y, sin llegar a cruzar la puerta, alargó la mano y apagó la luz. Aguardó a que pasara un momento, y avanzó entonces con cautela y a oscuras, evitando los contornos de los muebles, a pesar de lo cual se golpeó con la cadera contra la esquina del fogón, para asomarse a la calle envuelta en la bruma. Allí no había nadie. Era probable, pensó de pronto, que no hubiese habido nadie, que fuera tan sólo una sombra lo que vio, que hubiera creído que se trataba de una persona. Sin embargo, no dio crédito a esta suposición. Allí había visto a alguien, alguien de pie en la oscuridad, con el relente de la noche, alguien que la miraba desde la calle, que la vigilaba. Pero quienquiera que fuese, ya no estaba allí.

Quirke nunca pudo explicarse del todo el afecto que tenía por el inspector Hackett. A fin de cuentas, no eran muchas las personas por las que tuviera afecto. A pesar de las múltiples y muy evidentes diferencias que existían entre los dos, algo parecían tener en común. Tal vez lo que apreciaba en la persona del policía era su escepticismo entretenido y su facilidad de trato ante el mundo en general. En su día, Quirke había dado en pensar que Hackett, como él, debía de haber pasado sus primeros años en una institución, pero la personalidad del detective tenía una maleabilidad, una amabilidad esencial que no habría llegado a sobrevivir así en un lugar como Carricklea. Los Quirke y los Harkness de este mundo formaban una fraternidad cerrada y arisca, cuyo secreto apretón de manos delataba no la confianza, no la camaradería, sino el recelo, el miedo, la frialdad, la tristeza rememorada, el rencor inagotable. La camaradería y la confianza se encontraban entre las cosas buenas que se amontonaban tras el frío cristal del gran escaparate contra el cual apretaban la nariz a medias con anhelo, a medias con colérico desdén. Lo suyo era ocultar los daños a toda costa. Eso era lo que esperaban el uno del otro, lo que se pedían el uno al otro los perjudicados; ésa era la prueba del honor. ¿Qué era lo que le había dicho Rose Crawford una vez, tiempo atrás? «El corazón frío y el alma caliente: así somos tú y yo, Quirke». A pesar de lo cual era innegable que sentía aprecio por Hackett. ¿Cómo podía ser posible?

No obstante, cuando sonó el teléfono y lo descolgó y oyó las vocales abiertas del detective, típicas de las Midlands, se le encogió el corazón. April Latimer, otra vez. Quirke estaba en su despacho en el hospital, con la bata blanca, recostado en el respaldo del sillón, los pies encima de la mesa. A través del gran ventanal emplomado que lo separaba de la sala de disección veía a su ayudante, Sinclair, trabajar en un cadáver, ajetreando con la sierra y el escalpelo.

—¿Hay alguna novedad, inspector? —preguntó con cautela.

—Bueno, pues ahora mismo —dijo Hackett, y Quirke se lo imaginó en su cuchitril, en la última planta del cuartelillo de Pearse Street, con la cabeza ladeada, mirando de reojo al techo, manchado por el mucho tabaco fumado en el despacho—, ahora mismo sí que es una novedad, aunque no estoy muy seguro de que sea algo.

Sinclair, Quirke se fijó por primera vez, tenía una forma un tanto peculiar de abordar un cadáver, colocándose de lado, con la cabeza inclinada y la lengua asomada por la comisura de los labios, como un cazador que acechara a su presa.

—He vuelto a la casa de Herbert Place —dijo Hackett—. Hay una persona que

vive en la última planta, una mujer francamente extraña. Una tal señorita Helen St. John Leetch, nada más y nada menos —rió por lo bajo—. No me diga que no es un nombre grandioso...

—¿Y qué es lo que le ha dicho?

—Pues yo me atrevería a aventurar que está un tanto tocada del ala la desdichada mujer, aunque también anda atenta a su manera a todo lo que se mueve, y no se le escapa ni una.

—¿Y qué es lo que ha visto andando tan atenta?

Se oyó una especie de estornudo en la línea telefónica, en el que tras unos momentos de desconcierto Quirke reconoció una risa.

—Es usted un individuo muy impaciente, doctor Quirke —dijo por fin el policía—, ¿lo sabía usted? Le voy a decir una cosa: ¿qué le parece si monta en el cochazo ese que tiene y se viene usted para acá y salimos a tomar un bocado? ¿Qué me dice?

—Pues no puedo —mintió Quirke—. Ya estoy comprometido para almorzar con alguien.

—Ah, caramba. ¿Un compromiso para almorzar, dice usted? —preguntó. Le gustó cómo sonaba la expresión, por lo visto, y hubo otro intervalo de estornudos—. Bueno, pues al menos podrá concederme diez minutos antes de hacer el descanso para ir a almorzar, digo yo. ¿Le parece que sería posible?

Quirke a regañadientes dijo que sí, que se acercaría por el despacho del inspector, pero que en ese momento se le hacía tarde, que sería mejor verse después de almorzar.

Colgó el teléfono y pasó un buen rato recostado con las manos en el cogote, mirando trabajar a Sinclair, aunque sin verlo. Isabel Galloway seguía ocupando todos sus pensamientos. Su imagen, la fresca, alargada, pálida longitud de la mujer, lo tenía obnubilado. No era como las mujeres a las que estaba acostumbrado. Pasada aquella noche en su casa de Portobello, en la que los dos cisnes se deslizaban sobre el agua a la luz de la luna, había empezado a aflojarse en él algo que llevaba toda la vida preso, algo que había soltado amarras con un chirrido, con un roce, como un glaciar que avanza, como un iceberg que se rompe.

Cuando la llamó por teléfono y le dijo quién era, ella dejó pasar un largo silencio antes de responder.

—Caramba, si eres tú —dijo al final—. Y yo que ya pensaba que mi ligue de una sola noche ya había renunciado a toda continuación...

—Me estaba preguntando —dijo él con precaución— si era posible que nos viésemos.

—¿En qué estabas pensando?

—Pues pensé que a lo mejor podíamos almorzar.

—Sí, almorzar seguro que te gusta, ¿verdad que sí?

Alejó el aparato del oído y lo miró frunciendo el ceño antes de acercárselo otra vez.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Un pájaro de gran tamaño, un pájaro pintarrajeado, aunque en realidad eran dos pájaros de cuenta, me han dicho que te vieron en Jammets en compañía de una *femme mystérieuse*, una dama *d'un certain âge*, aunque en líneas generales digamos que atractiva, y, según suposición de mis dos herrerillos, forrada de pasta hasta decir basta.

Aunque estaba en el sótano del edificio, sabía que estaba lloviendo; más que oírlo lo percibía, una especie de zumbido distante, impreciso, mojado.

—Se llama Rose Crawford —dijo—. Estuvo casada con mi suegro.

—Ah. Complejo. En ese caso vendría a ser, veamos... vendría a ser tu suegrastra, digo yo —rió en voz baja.

—Ahora vive aquí —dijo él—. En Wicklow, para ser precisos. Se ha enamorado de lo romántico que es el lugar, el viento en los brezos, la lluvia en los peñascos y todas esas cosas —con la mano libre sacó un cigarrillo del paquete que tenía sobre la mesa y buscó en el bolsillo de la bata blanca el encendedor—. Ando a la caza de que con suerte me deje algo en su testamento.

—Por lo que dicen mis amigos, los de la pluma, mucho le queda para estar en las últimas. Mejor dicho, mi querido Mícheál, que debo decir que sorprendentemente tiene un ojo infalible para estas cosas, comentó muy en especial la estupenda silueta de la dama en cuestión y sus tobillos, muy bien torneados —se volvió a reír—. Y tú no eres de los que se proponen engañar a un compañero actor cuando se trata de las relaciones que tienes con esa pariente política, ¿verdad que no?

—Pues es probable que sí —dijo.

—No hace falta que seas tan sincero, ¿sabes? La sinceridad, en mi opinión, es una cualidad demasiado sobrevalorada.

—En fin, ¿y entonces, qué dices? Del almuerzo, quiero decir.

—Sí, de acuerdo. Pero mejor que no sea en Jammets, digo yo. Demasiadas asociaciones va teniendo ya.

Dijo que se reuniría con él en el hotel Gresham.

—Es que estoy ensayando, cielo, y así me queda sólo a un paso —y el sombrío, falso aire de grandeza del local a Quirke no le ayudó a sentirse cómodo del todo. Se esperaba la llegada de una estrella del cine, directa desde el aeropuerto, y el establecimiento era un enjambre de periodistas y de fotógrafos armados con sus flashes y de docenas de lo que debían de ser admiradores, arremolinados en la acera, a la entrada, a pesar del viento y las rachas de lluvia.

Isabel lo estaba esperando en el bar.

—Es Bing —dijo, e indicó a la muchedumbre de la entrada—. Un cantante

siempre los vuelve locos.

Estaba maquillada como si fuera a salir a escena —«Es que es un ensayo general, Dios nos valga»— y llevaba una gabardina que no se había abotonado. No había tenido tiempo de cambiarse de traje, según dijo, y puso cara de contrariedad.

—Estamos preparando un Maeterlinck, *El pájaro azul*. Mucho me temo que soy un hada.

Estaba tomándose un Campari con soda. Él dijo que bebería agua con gas, y encendió un cigarrillo. Debió de quedarse embobado mirándola, pues ella se había sonrojado levemente, y bajó de pronto las largas pestañas.

—Me cohíbes —murmuró a la vez que le sonreía—. Imagínate, una actriz de pronto cohibida como una colegiala. ¿A que nunca habías oído nada semejante?

Le habría gustado acostarse con ella en ese momento, sin más tardanza, mientras estaba exactamente así, sin llegar a estar quebradiza, sin lucir su inteligencia, sino así de tímida, confusa, sin defensas casi.

—¿Sabes cuál es el nombre completo de Maeterlinck? —le preguntó a la vez que miraba su copa y fingía estar ocupada en removerla con un bastoncillo de cóctel de plástico—. Maurice Polydore Marie Bernard, conde de Maeterlinck —lo miró con los ojos protegidos por las largas pestañas que no separaba del todo—. ¿Qué te parece?

Él le quitó el bastoncillo del cóctel y lo depositó sobre la barra.

—No he dejado de pensar en ti —le dijo—. No sé qué ni sé cómo... —se encogió de hombros—. Perdona, estas cosas no se me dan nada bien.

Ella se le acercó y lo besó, un beso fugaz, en la mejilla.

—Como si a alguien —susurró— se le llegaran a dar bien...

—¿Por qué no te abres la gabardina —le dijo— y me dejas que te vea con el vestido de hada?

El vestíbulo se animó notablemente: por fin había llegado Bing.

Sentado en el despacho de Hackett, Quirke podría haberse encontrado en el puente de mando de un arrastrero que surcara el mar a duras penas en medio de una tormenta. La raquílica ventana situada tras la mesa del detective estaba en el mejor de los casos sucia, pero con un día de viento y de lluvia a rachas la propia luz diurna parecía verse obligada a plantar batalla para traspasar los cristales que chorreaban por un lado y estaban empañados por el otro. Ardía un fuego de carbón en la salamandra, y el aire del cuchitril estaba caluroso, cargado. De vez en cuando, una racha de viento del exterior revocaba y descargaba una bocanada de humo que rodaba por la alfombra deshilachada, para mezclarse con el ambiente ya cargado por el humo del tabaco. Hackett estaba en mangas de camisa, con el nudo de la corbata aflojado y el botón del cuello desabrochado. La mitad superior de la frente, que por lo común le ocultaba el sombrero, la tenía sonrosada, como un bebé, y ofrecía un aspecto blando, y el cabello,

engominado hasta el punto de parecer que se lo hubiera untado con betún, lo llevaba peinado con vehemencia hacia atrás; empezaba a peinar canas, Quirke lo vio en ese momento, ya no sólo en las sienes.

—Esa chica suya —dijo el policía— parece que atrae las complicaciones como un imán las limaduras de hierro.

Por un instante, con un principio de vértigo, Quirke creyó que estaba refiriéndose a Isabel Galloway, y se preguntó cómo era posible que supiera algo de ella; acto seguido cayó en el error cometido.

—Ah, Phoebe —dijo—. Querrá decir que son más bien las complicaciones las que la buscan. Y la suelen encontrar. Pero no es exactamente lo mismo.

Hackett asintió con su mejor sonrisa de sapo.

—Sea de un modo u otro, no se queda mano sobre mano. Y a mí también me tiene ocupado, digo yo. Supongo que no habrá noticias de la amiga, claro.

—No que yo sepa. Y empiezo a pensar que no las habrá.

Esta vez Hackett suspiró y repasó velozmente los papeles que le encharcaban la mesa, señal de frustración, como bien sabía Quirke.

—Es un follón de cuidado, y por lo visto viene de antiguo —dijo el policía.

—Sí, eso es lo que dice su tío.

—Ése seguro que sabe qué es un follón nada más verlo, desde luego.

Quirke vio las gotas de lluvia que se apiñaban temblorosas en los cristales, sacudidas por las rachas sucesivas del viento.

—La mujer que vive en el piso de encima de April... ¿qué fue lo que le dijo?

—La señorita Helen St. John Leetch —dijo Hackett, saboreando cada sílaba—. Nunca he sabido cuál es la manera apropiada de pronunciar ese apellido, «St. John». Qué raro.

—¿Conocía a April?

—Digamos que no la perdía la pista. Ya sabe usted, las personas solitarias siempre son los mejores testigos oculares.

—¿Y qué fue lo que vio mientras no la perdía de vista?

—Pues no parece que viera gran cosa. Por cierto... —se inclinó sobre la mesa con un punto de ansiedad—. Creo que voy para arriba en este mundo. Mire esto —dijo. Era un timbre eléctrico insertado en un casquillo de baquelita, fijado a una esquina de la mesa—. Vea —oprimió el timbre y se recostó en el respaldo a esperar, con un dedo en alto. Pasados unos momentos se abrió la puerta y entró un joven guardia. Era alto y desgarbado y tenía una mata de pelo de zanahoria y un mentón lleno de pústulas—. Le presento al *garda* Tomelty —anunció Hackett en un tono de orgullo evidente, como si hubiera sido él en persona quien hubiera conjurado la existencia del joven—. Terence —dijo al guardia—, ¿tendrías la amabilidad de traernos un poco de té y unas pastas?

—Hecho, señor —dijo el *garda* Tomelty, y se retiró.

El detective miró a Quirke con ojos resplandecientes.

—No me diga que no es impresionante, ¿eh? ¿Qué le parece?

Se había terminado el cigarrillo y anduvo manoseando los papeles de la mesa hasta localizar un paquete de Players y encender otro. En el exterior, una racha de viento más potente que las anteriores hizo retemblar el edificio entero.

—La mujer del piso —insistió Quirke. A la hora de almorzar, con Isabel, había tomado una copa de Burdeos que se le había subido derecha a la cabeza, y todavía en esos momentos acusaba el grato calorcillo que le había provocado. ¿Era buena o era mala señal que una sola copa tuviera tanto efecto?

—Ah, ya, la mujer del piso —dijo Hackett—. La señorita Leetch... La señorita St. John Leetch. Pero espere un segundo —calló e hizo bocina con la mano tras la oreja—. ¿Son esos pasos que se oyen los pasos melindrosos de la ley?

La puerta se abrió de nuevo y el *garda* Tomelty entró con una pequeña bandeja de madera en la que llevaba una tetera, una jarra de leche y dos tazas grandes, a franjas azules.

—Buen chico —dijo Hackett, y empujó a un lado los papeles amontonados en la mesa—. Déjala aquí mismo, muchas gracias.

El joven dejó la bandeja en la mesa y salió haciendo ruido con los grandes zapatos negros, cerrando la puerta.

Hackett sirvió el té en las tazas y pasó una a Quirke.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Lo tomo solo.

—Claro, claro —murmuró el detective con una sonrisilla de suficiencia.

En su taza se echó una generosa gota de leche y añadió cuatro cucharadas colmadas de azúcar, antes de introducir la cucharilla y ponerse a revolver.

—La señorita Helen St. John Leetch —dijo de nuevo con voz queda, con aire meditabundo. Miró sin prestar atención la cucharilla con que daba vueltas y vueltas, lentamente—. La vio con un negro —dijo.

—¿Con un qué?

—Con un negro. Un hombre de color, vamos. Negro.

—¿A quién? ¿A April?

—Así es. O eso dice la señorita Leetch —volvió a introducir la cucharilla húmeda en el azucarero y se situó de costado en la silla, con un pie encima de la mesa. El cuero desvencijado de las botas con suela de clavos estaba resquebrajado por completo, como la superficie de un cuadro antiguo—. Andando por ahí con él, o eso dice la señorita de marras.

—¿Los vio juntos a April y a ese individuo, quienquiera que sea?

El detective dio un ruidoso sorbo al té y se paró a pensar la respuesta.

—Lo que se dice muy claro no lo tenía, eso debo reconocerlo. Pensé que estaba hablando de uno de los parientes de la chica, pero la señorita se me rió a la cara y dijo que difícil le parecía que la señorita Latimer tuviera parientes negros —hizo una pausa, levantó la mirada de la taza y la clavó en una de las esquinas del techo. Fumó, dio otro sorbo, fumó—. Y eso fue todo lo que pude sacar en claro después de hablar con ella —reajustó el ojo con que había mirado al techo en dirección hacia Quirke—. ¿Usted sabe de algún negro que pudiera conocer a la chica, doctor Quirke?

Quirke dejó la taza en la bandeja sin haberse tomado el té.

—Es muy poco lo que yo sé de ella, más allá de lo que me ha contado mi hija. Y en realidad ni siquiera estoy seguro de lo mucho que pueda saber mi hija. April Latimer era, o es, una persona muy celosa de su intimidad, o al menos es lo que tengo entendido y puedo deducir.

Hackett asintió, y le sobresalió el labio inferior en el gesto.

—Parece que ése es el caso, no me cabe duda. También lo es toda su familia, gente muy celosa de su intimidad. Yo diría que mucho no se iban a alegrar si supieran que la joven April confraternizaba con un extranjero, ¿no le parece?

—¿Me pregunta si me lo parece o si me sentiría molesto de ser así?

—Bueno, piense que estuviésemos hablando de su hija.

—Me temo que no tengo gran cosa que decir en lo que se refiere a mi hija. Ella lleva su propia vida.

Hackett soltó una tosecilla; estaba al corriente del pasado turbador que mediaba entre Quirke y Phoebe, y también estaba al tanto de que sus relaciones no eran todo lo fluidas que deberían ser entre padre e hija.

—Yo desde luego me he preguntado por mis propios hijos y las cosas que harán —dijo—. Están los dos en Estados Unidos, no sé si lo sabe, buscándose la vida. ¿Y si uno de ellos viniera un día a casa en compañía de una espléndida mujerona negra como el carbón y me dijera por ejemplo «Padre, ésta es la señora con la que me voy a casar»?

—Bueno, ¿y qué haría usted?

—Dudo mucho que pudiera yo hacer nada. Ninguno de nosotros tiene gran cosa que decir en lo que concierne a los jóvenes —dijo. Se terminó el té y bajó el pie de la mesa, plantando en ella los dos codos y cargando el peso a la vez que se adelantaba en la silla—. Pero una cosa sí le voy a decir —siguió—. Me imagino perfectamente lo que la señora Celia Latimer y su cuñado el ministro, por no decir nada del señor Oscar Latimer, de Fitzwilliam Square... Me imagino perfectamente lo que podrían decir todos esos si la joven doctora Latimer apareciera con un negro como un armario cogido del brazo y se lo presentara a todos diciendo que era su prometido.

—Por lo poco que yo sé de ella —dijo Quirke—, April Latimer no era una chica de las que se suelen casar así como así.

Guardaron silencio, escuchando el hueco tamborileo de la lluvia en la ventana.

—De todos modos, me pregunto —dijo Hackett en voz queda— si la familia sabía algo de ese individuo de color, y en caso de que algo supiera me pregunto qué decidieron hacer al respecto —rió por lo bajo—. Usted y yo, doctor Quirke, a lo mejor no tenemos mucho que decir en tales cuestiones, pero por Dios le aseguro que los Latimer se ocuparían a conciencia de decir todo lo que se les pasara por la cabeza, y seguramente algo más.

Quirke pareció sopesarlo.

—¿Cree que podrían haberla sacado del país? ¿Cree que es pura fachada eso que dicen de que no saben qué haya podido ser de ella?

Hackett no dijo nada y se limitó a seguir como estaba, como un sapo, con la mirada pétrea al otro lado del escritorio.

—Eso no sería tan fácil, ni siquiera tratándose de los Latimer —dijo Quirke con aire pensativo—. Dudo mucho que April se hubiese marchado de buen grado, sin decir nada, al margen de que pudieran presionarla.

—Pero al final habría accedido a marcharse, y parece que de hecho se ha ido. Los Latimer de este mundo no se acoquinan por nada. ¿No se lo parece a usted, doctor Quirke?

Volvieron a guardar silencio, mirando cada uno en una dirección contraria a la del otro, pensando.

—Hablaré con Phoebe —dijo al fin Quirke—. Le preguntaré por ese negro, si es que lo conoce.

—Es posible que no lo conozca —dijo Hackett—, pero eso no significa que no exista. Ah, y hablando de conocer a la gente... —había terminado la taza de té y la escrutaba como si quisiera leer las runas de los posos—. ¿Ha oído usted hablar alguna vez a su hija de un tal Ronnie?

—No. ¿Por qué?

—Porque su señoría, quiero decir la señorita Leetch, mencionó a alguien llamado así. No conseguí que me aclarase nada sobre esta cuestión. No parece un nombre muy típico de un negro, ¿verdad que no? —se miraron el uno al otro y Hackett exhaló un suspiro—. El único Ronnie del que yo he oído hablar es Ronnie Ronalde, el tipo ese de la radio, el que silba.

—No —dijo Quirke—, no, creo que no lo conozco de nada. ¿Cómo que silba?

—«Mockin' Bird Hill», es una de sus melodías preferidas. «If I Were A Blackbird» es la más conocida, eso sí. Es asombroso. Cualquiera diría que lo que suena es el pájaro, igual da que sea el sinsonte o el mirlo. Los imita tan bien que no se aprecia la diferencia.

Quirke se puso en pie.

—Me parece, inspector —le dijo—, que ya va siendo hora de que me vaya.

Al bajar las escaleras oyó a su espalda, desde las alturas de la última planta, el tenue sonido de la voz de Hackett entonando una melodía que tarareaba imitando un trino.

Si fuera un mirlo, me pondría a silbar y a cantar...

El cogollito no se había vuelto a reunir en el hotel Dolphin desde aquella noche de la que ya tanto tiempo parecía haber pasado, aquella noche en que Phoebe al volver a su casa llamó por teléfono a Oscar Latimer. Desde entonces los había visto a todos ellos, aunque por separado: a Patrick en su piso, a Isabel en el Shakespeare y a Jimmy Minor en O'Neill, cuando le contó que el director de su periódico le había dicho que no se le ocurriese indagar nada en la historia de la desaparición de April. Aquella noche también le habló de otra cosa, algo de lo que se acababa de acordar, como si existiera una relación, algo que de ninguna manera era capaz de desentrañar, entre lo que dijo Jimmy y la figura fantasma que vio bajo la farola.

Habían salido de O'Neill y estaban en la misma esquina mientras Jimmy se terminaba un cigarrillo. Caía la lluvia, una lluvia tan fina que apenas se percibía, pero que bien podía calar hasta la piel en menos de un minuto. Estaba deseosa de marcharse —los últimos autobuses ya estaban saliendo, y no le agradaba la perspectiva de tener que ir a pie hasta su casa en una noche como aquella—, pero Jimmy se había tomado tres pintas de cerveza tostada y estaba más locuaz que de costumbre, como si no quisiera permitir que se fuese. Se puso a hablar de Patrick Ojukwu, como hacía casi siempre que había bebido.

—Está claro —dijo riendo— que si te lo encuentras por el camino en una noche oscura como ésta, no lo podrás ver a no ser que esté sonriendo —Phoebe no entendió a qué se refería. Jimmy adoptó una mueca de payaso—. La piel negra, los dientes blancos. ¿Lo entiendes o no lo entiendes?

—Ojalá no hablaras de él de esa manera, a sus espaldas —dijo Phoebe—. Se supone que eres amigo suyo. ¿Por qué te desagrada? ¿Es porque es negro?

Jimmy puso mala cara y dio una última calada, con fuerza; tenía el cigarrillo protegido en el cuenco de la mano, a ella le pareció que como un pilluelo de la calle.

—No soy el único —murmuró, y miró hacia las luces de Dame Street.

—¿No eres el único que qué? —preguntó ella—. ¿No eres el único que lo odia por el color de su piel?

—No tiene nada que ver con el color —le espetó. Ella lanzó un suspiro.

—Oye, Jimmy, no sé de qué estás hablando, y se hace tarde. Tengo que coger el autobús.

Él le dedicó una de sus miradas de compasión.

—Tú nunca te das cuenta de nada, ¿verdad que no? —dijo—. Tú vas risueña y despreocupada por la vida, como si todo fuera una maravilla y en todas partes se

estuviera cómodo y no hubiera complicaciones.

A ella le dieron ganas de darle un pisotón.

—Explícame bien qué quieres decir, Jimmy, o deja que me vaya. El último autobús va a pasar por los portones de Trinity, allá mismo, en menos de diez minutos. ¡Y no te enciendas otro cigarrillo, por Dios!

Se guardó el cigarrillo que no había encendido en el bolsillo de la chaqueta, y se ciñó mejor los dos lados del impermeable de plástico. Incluso a oscuras veía ella que azulados tenía los labios por el frío. No se cuida nada, pensó; podría cogerse una pleuresía, e incluso una tuberculosis. De repente le pareció pequeño, frágil, desdichado. Lo tomó del brazo y se lo llevó consigo a refugiarse en la entrada del pub.

—Sabías que Bela y él estaban liados... —dijo él—. Eso al menos lo sabías, ¿no es cierto?

Ella no dijo nada; no le iba a dar la satisfacción de demostrar qué patético era lo muy poco que sabía. Él tenía razón: a ella no le importaba nada enterarse de los asuntos de los demás, conocer las profundidades de los corazones ajenos. En eso, al menos, sí era hija de su padre.

—¿Y qué más da que estuvieran liados? —dijo—. ¿Eso qué tiene que ver?

—¿Y sabías que April se lo levantó a Bela?

Phoebe bajó la mirada evitando los ojos fieros con que él la observaba, ligeramente borracho.

—No —dijo, y se rindió—. Eso no lo sabía.

—Ya me parecía a mí que no —dijo en un tono de agria satisfacción—. Hay muchísimas cosas sobre April de las que no sabes nada. Muchísimas.

Desde dentro del pub le llegaba el alboroto de los estudiantes borrachos, que habían empezado a cantar al tiempo que los camareros les gritaban que callasen de una vez, que al pub le caería una sanción si allí dentro se cantaba, y que a todos los iban a detener por armar jaleo. Todas las noches eran iguales, los tipos borrachos como cubas y las chicas deseosas de marcharse a casa, y luego el pub empezaba a vaciarse y había peleas por las calles, y más tarde era la hora de los sobeteos en las callejuelas y en los coches. Estaba harta de esa ciudad, harta y asqueada. A lo mejor Rose Crawford le ofrecía llevársela otra vez a Estados Unidos. Ningún lugar le había parecido nunca tan lejano como Estados Unidos en esos momentos.

—¿Y qué pasa con Isabel? —le preguntó—. ¿Se llevó un disgusto muy grande?

—¿A ti qué te parece? ¡Isabel y el Príncipe, vaya combinación! Ya se veía ella como Desdémona, sólo que sin el estrangulamiento del final. Y entonces va April y hace una señal con el dedo y Su Majestad se larga con ella, meneando las plumas de la cola. Yo diría que muy lejos no puede andar una cosa de la otra, si odia más a Su Negritud o a la crudelísima April...

Phoebe no quiso escuchar ni una palabra más, y salió de la entrada del pub para echar a caminar deprisa hacia el semáforo, corriendo por Dame Street hasta la parada del autobús. El autobús estaba a punto de arrancar, y tuvo que dar un salto y sujetarse a la barra para no caerse hacia atrás. El revisor le soltó unas cuantas frescas. Sólo cuando ya estuvo dentro y se sentó se percató de que le corrían las lágrimas por la cara, y se dio cuenta de que había estado llorando desde que se alejó a toda prisa de Jimmy, y no podía parar.

Volvía a llover con fuerza, y soplaba un viento de cuidado, que ululaba por las calles y sacudía los árboles sin hojas a la orilla del canal. A pesar del mal tiempo, había decidido ir a pie a trabajar. Le resultaba más fácil pensar cuando iba caminando. Quiso abrir el paraguas, pero el viento a punto estuvo de arrancárselo de las manos, y le habría dado la vuelta si no lo hubiese plegado ella en el acto. De todos modos, la lluvia no le importaba. Para ella, incluso las mañanas desapacibles como ésa eran ya un presagio de la primavera. Estaba pensando de nuevo en Estados Unidos, en la lluvia en Boston Common y en los árboles de Commonwealth Avenue agitados por el viento; era una manera de procurar abstenerse de pensar en April, en Isabel, en Patrick Ojukwu.

Por la sonrisa que le dedicó la señora Cuffe-Wilkes, toda compuesta de dientes postizos y de dulzura acaramelada, se dio cuenta de que había llegado tarde y de que estaba furiosa con ella. No sólo había llegado tarde, sino que además llegaba empapada y desaliñada, con los zapatos embarrados por haber ido por los caminos de sirga.

—La verdad es que tendrías que poner más cuidado, querida —dijo la señora Cuffe-Wilkes con su voz más acerada—. Te podría dar un pasmo que te mueres si vas a pie con la que está cayendo.

—Es que el autobús venía con retraso y pensé que llegaría antes andando.

—¿Y ha sido así?

—No, señora Cuffe-Wilkes. Lo lamento.

La mujer había dejado de fingir que sonreía y se le empezaba a hinchar la cara, las mejillas y la frente de una intensa tonalidad rosa y relucientes, como le sucedía de una manera espantosa siempre que estaba a punto de perder los estribos. La ira de la señora Cuffe-Wilkes se alimentaba de sí misma, y no era difícil que fuera en aumento a lo largo de toda la mañana. Phoebe se refugió en la trastienda y se quitó el abrigo empapado y lo colgó en una silla y lo puso delante de la estufa de gas; de inmediato empezó a despedir un intenso olor a oveja. También tenía caladas las plantas de los pies, con lo que se quitó las medias y las puso a secar con la esperanza de que su jefa no se diese cuenta. Por lo menos, gracias a la capucha del abrigo, no se le había mojado el pelo. La señora Cuffe-Wilkes no habría tolerado que apareciera con el pelo

mojado en la tienda.

La mañana pasó despacio. Entraron pocas clientas debido al mal tiempo. Desde la calle sería imposible ver el interior de la tienda, pues por la ventana caía la lluvia a chorros, y por dentro se empezaba a acumular el vaho. La señora Cuffe-Wilkes, todavía iracunda y malhumorada, apenas salió del cuartucho que ella llamaba el despacho, desde donde llegaban a intervalos largos, temblorosos, falsos suspiros, y tenues murmullos de contrariedad. Phoebe procuró no fijarse en las manecillas que avanzaban a paso de tortuga por la esfera del reloj. También procuró no pensar en sus amistades, en sus supuestos amigos, en todas las cosas que iba descubriendo, en todo lo que no había sabido acerca de ellos. ¿Dijo Jimmy la verdad al contarle que April le había quitado a Patrick Ojukwu cuando estaba con Isabel, y que Isabel los aborrecía a los dos por eso? De ser así, Isabel le había mentido cuando estuvo con ella en el Shakespeare aquella noche y se rió de ella por pensar que April y Patrick eran amantes. Y Patrick también le habría mentido en tal caso, cuando fue a verlo a la hora del almuerzo a su piso y le preguntó directamente por April y negó que estuviera enamorado de ella, o al menos que lo hubiera estado. ¿O es que tal vez no lo negó? Trató de recordar cómo había contestado cuando le preguntó si la quería. Esas mentiras, esos fingimientos, esos encubrimientos... Odiaba profundamente todo eso. Y para ella todo había comenzado cuando Jimmy le dijo como si tal cosa que la llave de la casa de April la dejaba ella debajo de la losa, una llave de la que April nunca le había dicho nada. ¿Qué era lo que debía creer, qué era lo que debía tomar por verdad en todo lo que le decía cualquiera? ¿No le había mentido todo el mundo, desde los primeros momentos de su vida?

El «ping» apenas audible de la campanilla de latón que había encima de la puerta la arrancó de todos esos amargos pensamientos. Rose Crawford acababa de llegar a la tienda.

La señora Cuffe-Wilkes se mostró en el acto sorprendida, encandilada y recelosa. No había hecho caso de la campanilla, pensando que sería una clienta normal y corriente, pero cuando oyó el lánguido acento norteamericano, tan sugerente que hacía pensar en la credulidad transatlántica y en un bolso de marca Bergdorf Goodman lleno de dólares a reventar, salió presurosa de su guarida, como si fuese un cuco demasiado grande y pintado en exceso en el instante en que asoma en medio del reloj. Las visitas de los norteamericanos adinerados sólo se esperaban en verano, y allí, en lo más profundo del invierno, acababa de aparecer una señora que sin duda era norteamericana y que obviamente era rica de verdad. Rose llevaba una gabardina Burberry en cuyos hombros apenas se veían más que unas cuantas gotas de lluvia — no sólo la había llevado el taxista hasta la puerta, sino que la había escoltado armado con su propio paraguas—, bajo la cual el ojo experto de la señora Cuffe-Wilkes descubrió un inconfundible vestido de Chanel, de lana rosa clara.

—Querida —decía Rose a Phoebe en ese momento, librándola tras un abrazo liviano, diestro—, mira cómo vas, de negro como de costumbre. Pareces una viudita de la Mafia.

Phoebe le presentó a la dueña de la tienda y vaciló: ¿cómo se suponía que debería explicar su relación con Rose? Pero Rose inmediatamente acudió en su auxilio, adoptando su sonrisa más resplandeciente y extendiendo una mano en la que era apreciable una manicura perfecta y sin duda cara.

—Rose Crawford —dijo—. Encantada, desde luego.

La señora Cuffe-Wilkes no supo muy bien cómo proceder. Aunque a Phoebe le permitía de vez en cuando hacer un descuento si el cliente era un familiar o un amigo suyo, había dicho con toda claridad a su dependienta que las visitas de amigos o familiares a la tienda no eran en modo alguno aconsejables, a no ser que estuvieran las visitas preparadas para pagar el precio al por menor completo. A fin de cuentas, era necesario mantener los elementales criterios de la profesión. Rose Crawford, fuera quien fuese, no era ni por asomo una prima que pasara por estrecheces económicas y que tratara de llevarse a bajo precio un artículo, ni tampoco era una vieja compañera de la escuela que por estar en la víspera de su boda buscara un detallito con el que completar el vestido de novia; Rose era dinero contante y sonante, seguramente era dinero antiguo, de familia, y eso era todo lo que la señora Cuffe-Wilkes necesitaba saber acerca de ella.

—Iba de camino a Brown Thomas cuando me acordé de dónde trabaja Phoebe —dijo Rose—. Necesito algo para ponerme con este tiempo del demonio que se gastan en Irlanda —una sonrisa con retranca y los ojos vueltos hacia arriba—, pero que tampoco me haga parecer la hermana mayor de la típica inmigrante irlandesa.

Pues claro, cómo no, dijo ansiosa la señora Cuffe-Wilkes, y comenzó a sacar sombreros de todos los rincones de la tienda, esparciéndolos por el mostrador como si fueran hojas de la flor de loto excesivamente crecidas. Phoebe advirtió, por el modo en que tensaba las aletas nasales, que a Rose todos ellos le parecían feos por igual; no obstante, tomó dos modelos al azar y fue a probárselos ante el espejo de cuerpo entero.

—¿Cuál es el menos espantoso? —preguntó a Phoebe hablando de ladillo.

Phoebe, de pie tras ella, sonrió.

—No hace falta que compres nada, ya lo sabes —murmuró.

La señora Cuffe-Wilkes, que era un poco dura de oído, las miraba sin perder detalle.

Al final, Rose se decidió por una toca de fieltro negro y aire severo, rematada con un alfiler rojo rubí. Phoebe se dio cuenta de que le quedaba muy elegante. Rose preguntó si podría pagar con un cheque de viaje, y la señora Cuffe-Wilkes desapareció rauda en su despacho para llamar por teléfono al banco y preguntar cómo

debía proceder.

—En fin —dijo Rose a Phoebe, dejando el sombrero con descuido a un lado—, ¿y qué tal estás, querida?

—Estoy muy bien.

—Has cambiado. Te encuentro mayor.

Phoebe rió.

—Espero que no mucho.

—Estoy preocupada por ti.

—¿De veras? ¿Preocupada? ¿Por qué?

Volvió la señora Cuffe-Wilkes resoplando con desasosiego.

—Cuánto lo lamento, el joven empleado del banco por lo visto opina que no va a ser...

—No importa —dijo Rose—. Iré a buscar dinero en metálico y volveré más tarde —sonrió otra vez enseñando bien los dientes—. A lo mejor la señorita Griffin me podría enseñar el camino a la oficina de American Express...

—Ah, queda justo al final de la...

—No, quería decir que a lo mejor puede acompañarme, ¿verdad? Me pierdo con una facilidad terrible por estas callejuelas de mala muerte.

La señora Cuffe-Wilkes quiso manifestar sus protestas, pero casi en el acto dio un paso atrás y fue como si se desinflase.

—Ah, bueno, sí, claro, cómo no.

Apenas llovía cuando Rose y Phoebe echaron a andar por Grafton Street.

—Quería hacerte una consulta sobre un asunto —dijo Rose, y entrelazó el brazo con el de Phoebe—. Es un asunto... —se le escapó una risa breve, avergonzada—. Un asunto un tanto delicado, supongo que se podría decir así.

Phoebe aguardó, contuvo la respiración movida por la curiosidad. ¿Por qué razón era posible que Rose Crawford se comportase de una manera tan envarada? Llegaron a la oficina de American Express.

—Aquí es —dijo Phoebe—. Cuéntame de qué se trata antes de entrar.

Rose miró alrededor, como si temiera que alguien pudiera oírla estando en plena calle, y se mordió el labio. Por un instante pareció que tuviera la mitad de la edad que tenía.

—No —dijo—, vayamos primero a sacar dinero. Siempre me siento más segura, no sé por qué será, cuando llevo un buen fajo de los verdes en el bolsillo de atrás del vaquero.

Fue como si la operación de cobrar el cheque fuera a eternizarse. Phoebe estuvo esperando cerca de la puerta, mirando los carteles que anunciaban viajes y los folletos. Por fin concluyó la gestión y volvió Rose cerrando su bolso.

—Muy bien —dijo—, ya está. Vayamos a hacer feliz a tu jefa.

Pero Phoebe no cedió.

—No pienso dar ni un paso hasta que no me digas qué es eso sobre lo que querías hacerme «una consulta».

Rose se irguió cuan alta era y la miró con una sonrisa de consternación.

—¡Ay, Señor! —exclamó—. ¿Por qué habré empezado con todo esto? —tomó a Phoebe otra vez del brazo y la condujo con determinación a la calle, y una vez fuera se detuvieron de nuevo. Rose respiró hondo—. Lo que quería preguntarte, querida mía, es cómo te sentaría si yo... bueno, si yo volviese a casarme con alguien de la familia.

—¿Casarte, tú?

Rose asintió, y apretó los labios con fuerza. Phoebe miró arriba. Entre los tejados, la estrecha franja del cielo, en la que corrían ágiles las nubes de gris y plata, pareció por un momento un magnífico río invertido.

—Desde luego —siguió diciendo Rose con premura—, es posible que él no me dé el sí. A decir verdad, me... bueno, creo que me sorprendería mucho que me lo diera.

—¿Quieres decir que él no te lo ha pedido? ¿Él no te ha dicho nada y tú vas a pedirle que se case contigo?

—La verdad es que se lo he insinuado. Pero ya sabes cómo son los irlandeses cuando se trata de insinuaciones. Y tu padre, en fin, tu padre es la quintaesencia del irlandés, ¿no te parece?

—Pero... pero... pero...

Rose puso el dedo índice sobre los labios de la joven.

—Chst. Ni una palabra más, al menos por ahora. Bastante vergüenza he pasado en lo que va de día. Creo que necesito ese sombrero para ocultar bien mi sonrojo.

Y emprendieron el regreso por la calle hacia la Maison des Chapeaux y hacia la expectante propietaria del negocio. Por encima de sus cabezas, Phoebe vio que por el río seguían fluyendo las nubes en una avalancha de júbilo.

Después de que Rose pagase el precio del sombrero y se marchase, todavía con aire de nerviosismo, Phoebe preguntó a la señora Cuffe-Wilkes si le daba permiso para hacer una llamada telefónica. Fue una petición osada, puesto que el teléfono era un objeto reverencial y que inspiraba incluso cierto temor a su dueña, que lo tenía en una hornacina muy ceremonial y suntuosa, sobre la mesa del despacho, de un modo que a Phoebe siempre le recordaba a un gato mimado con intachable pedigri. Pero el sombrero que había comprado Rose era tan costoso que la señora Cuffe-Wilkes ni siquiera se tomó la molestia de bajarlo del estante más alto de la tienda hasta que Rose lo descubrió allí arriba y le pidió que se lo enseñara, y tras vender un artículo tan caro, ¿cómo iba a negar a la chica una llamada telefónica? Ardía en deseos de

saber quién era Rose exactamente, pero Phoebe no le dio ninguna explicación sobre ella, y el momento de insistir en que le dijera algo parecía haber pasado. Armándose por tanto de toda la elegancia de la que fue capaz, la señora Cuffe-Wilkes dijo que cómo no, que allí estaba el teléfono, que por favor se sintiera como en su propia casa.

Fue a su padre a quien llamó Phoebe, invitándole a que la invitase a cenar. Al igual que su jefa poco antes, ¿qué otra cosa iba a decir él, salvo que sí?

El propio Quirke estuvo a punto de hacer una llamada de teléfono, aunque distara mucho de estar seguro sobre si debía hacerla. Se encontraba en su despacho y había estado pensando en April Latimer. No había llegado a conocer en persona a la joven, nunca la había visto, y por lo que a él se refería podría como mucho habérsela cruzado en uno de los pasillos del hospital, si bien no dejaba de pensar en ella. Era como si hubiera entrevisto su silueta en la niebla y avanzase a trompicones en pos de ella, que se mantenía a una distancia enloquecedoramente uniforme, ante él, y en ocasiones desaparecía del todo en medio de las hinchidas hilachas de la niebla, engañosamente grises. El recuerdo de aquella charla en el despacho de Bill Latimer, con Latimer y la madre y el hermano de April, lo traía a mal traer; había sido algo irreal, como una representación teatral entre aficionados, montada en escena para su exclusivo beneficio. Allí alguien sabía algo más de lo que se llegó a decir.

Oscar Latimer contestó el teléfono en persona, en cuanto sonó el primer timbrazo.

Habían acordado verse en el canal, por Huband Bridge. Quirke llegó temprano y echó a andar por el camino de sirga y se sentó en el viejo banco de hierro, bien arropado con el abrigo. Había dejado de llover y el aire estaba húmedo y brumoso, con una inmensa quietud por todas partes, y cuando cayó una gota de una de las ramas del plátano al pasar y se posó con un golpe sordo en el ala de su sombrero dio un respingo. Los espectros rondaban aquel lugar, el espectro de Sarah, la pobre Sarah, perdida para siempre, e incluso su propio espectro, tal como era entonces, cuando ella aún vivía y les daba por charlar en días como aquél, a la orilla del canal. Las gallinas de agua nadaban entre los cañaverales, como entonces, y el mismo sauce rozaba con las puntas de los dedos el tramo en que apenas tenía profundidad el canal, y un autobús de dos pisos que podría haber sido el prototipo de todos los autobuses verdes pasó de largo por Baggot Street, avanzando a trancas y barrancas al salvar la joroba del puente, con la gracia desgana de un ser de gran tamaño, trotando por el bosque.

Tendría que haberse casado con Sarah cuando aún tenía la oportunidad, no debería haber permitido que, decepcionada por su comportamiento, se concentrase ella en Mal, que nunca estuvo a su altura. Vanos pensamientos, vanos pesares.

Encendió un cigarrillo. El humo que expulsó quedó retenido más de lo normal en la humedad del aire, vago e incierto, sin que un hálito de brisa lo dispersara. Sostuvo la cerilla ante los ojos y vio la llama quemar a ritmo regular la astilla. ¿Iba a dejar que se le abrasaran los dedos? Ansiaba que en su vida tuviera presencia una sensación fuerte, irresistible, de dolor, de angustia o de alegría. Haría falta algo más que una

cerilla prendida para producirle eso que ansiaba.

Oscar Latimer llegó por la dirección por la que Quirke no lo esperaba, procedente de Lower Mount Street. Oyó sus pasos rápidos, ligeros, y se dio la vuelta, y se levantó del banco y arrojó el cigarrillo a medio fumar y cuadró los hombros. ¿Por qué iba a ponerle nervioso ese hombrecillo atildado, reprimido? Tal vez fuera precisamente por lo que había reprimido también en él, toda esa indignación, esa ira, la sensación que daba de ser un hombre afrentado, insultado, necesitado de una liberación que jamás hallaba. Llevaba un abrigo de tres cuartos, de espiguilla, y una gorra de tweed. No sacó las manos de los bolsillos y se plantó delante de Quirke y lo miró con una expresión de desagrado y de agrio escepticismo.

—¿Y bien? —dijo—. Aquí me tiene. ¿Qué es lo que pretende decirme?

—Caminemos un poco, ¿le parece? —dijo Quirke.

Latimer se encogió de hombros cuando emprendieron el camino. Quirke estaba pensando en que debían de dar una imagen en marcado contraste los dos juntos, él tan alto y robusto, Latimer tan bajo. Un pato de plumaje pardo asomó por la hierba de la orilla y se les adelantó un buen trecho por el camino de sirga antes de zambullirse en el canal.

—No había estado aquí desde que era niño —dijo Oscar Latimer—. Tenía una tía carnal que vivía en Baggot Street, nos traía aquí a pescar pececillos. ¿Cómo los llamábamos? Se usaba un nombre irlandés, ¿no es cierto?

—¿*Pinkeens*? —dijo Quirke—. O *bardógs*, también se les llamaba así.

—¿*Bardógs*? Pues no me suena, no me acuerdo. Los guardábamos en tarros de cristal. Eran unos bichos horribles, poco más que dos ojos grandes con una cola enana, pero nos entusiasmaba pescarlos. Mi tía hacía con un cordel unas asas para los tarros de cristal. Era muy habilidosa con las manos, nunca llegué a entender cómo las hacía. Ceñía el cordel por el cuello del tarro y luego hacía un nudo especial y dejaba que el cordel diera dos o tres vueltas y lo volvía a ceñir por la base para formar el asa —meneó la cabeza como si sintiera una repentina incredulidad—. Parece que fue hace muchísimo. Hace una eternidad.

El individuo no podía tener más de treinta y cinco años, según calculó Quirke.

—Sí —dijo—, el pasado no pierde el tiempo en convertirse en pasado, es verdad.

Latimer no le estaba escuchando.

—Éramos felices April y yo con nuestras redes de pescar. La vida de repente era... era sencilla, al menos durante unas cuantas horas.

Un operario con botas de goma relucientes, hasta la cintura, estaba metido hasta los muslos en el canal, cortando cañas con un machete. Se detuvieron un instante a mirarlo. El machete tenía una hoja larga, fina, curva. El hombre los miró con cautela.

—Vaya asco de día. Hace un día ya viejo —dijo. Quirke se preguntó si sería un empleado del ayuntamiento o si estaba recogiendo las cañas para él, para hacer algo

con ellas. ¿Qué? ¿Cestos? ¿Esteras? Por su forma de cortar los tallos tiesos, secos, parecía que no le costara el menor esfuerzo. Quirke tuvo una punzada de envidia. ¿Qué se experimentaría al llevar una vida tan sencilla?

Siguieron caminando.

—¿Y hoy dónde está su hija? —dijo Latimer—. Deduzco que es de April de lo que pretende hablar conmigo, ¿no es así?

—Y yo deduzco que usted me va a decir otra vez que todo eso no es asunto mío.

Latimer soltó una risa breve, desdeñosa.

—¿Es que hace falta?

Llegaron al puente de Baggot Street y subieron los escalones de acceso a la calle. Al otro lado, el poeta Kavanagh, con gabardina y gorra, estaba sentado en el escaparate de la librería Parsons, entre los libros expuestos, con los codos apoyados en las rodillas y los agujeros de los zapatos a la vista, concentrado en la lectura. Los transeúntes no se fijaban siquiera en él, acostumbrados de sobra a la estampa.

—¿Ha almorzado ya? —dijo Latimer—. Tal vez podríamos tomar un bocado en algún sitio —miró con vacilación hacia el Crookit Bawbee.

—Poco más allá está Searsons —dijo Quirke.

El sitio estaba lleno de bebedores que aprovechaban la hora del almuerzo, pero encontraron dos taburetes libres en la barra del fondo. Quirke pidió un sándwich de queso temiéndose lo peor, y Latimer pidió una ensalada con jamón y media pinta de Guinness. Quirke dijo que tomaría un vaso de agua. El barman, que lo conocía, lo miró con expresión socarrona.

El sándwich resultó ser lo que Quirke se esperaba; lo abrió y lo untó bien de mostaza Colman directamente sobre la lámina brillante de queso anaranjado, industrial.

—Está usted informado sobre la sangre que había en el suelo, junto a la cama de April —dijo—, ¿no es así?

Cuando iba al colegio, a St. Aidan, había un chiquillo, no podía acordarse de su nombre, al que con frecuencia le daba una paliza; era un ser extraño, menudo, fantasioso, que tenía el pelo pegado al cráneo y lleno de caspa y unos incisivos saltones. Quirke no tenía nada en particular en contra del chiquillo. Lo único que le picaba era que nada, ni siquiera unos cuantos puñetazos repetidos con frecuencia, nada parecía capaz de alterar la compostura del muy gilipollas, el dominio de sí mismo que tenía en todo momento. Casi le gustaba que le dieran una paliza; de una forma enfurecedora, parecía que le divirtiese. Latimer era así, tenía ese mismo desapego de todo, la misma sonrisa taimada, el aire misterioso de ser intocable. Durante un tiempo siguió comiendo con aplomo, como si ni siquiera hubiese oído lo que acababa de decirle Quirke. Entonces tomó la palabra.

—No me parece apropiado hablar de esa clase de cuestiones con usted, Quirke.

Es un asunto de familia, y usted ni siquiera es policía.

—Eso es verdad —dijo Quirke—, no lo soy. Sólo que la policía también está al corriente de que la desaparición de su hermana es un asunto de familia. Y si quiere que le diga la verdad, señor Latimer, yo no creo que lo sea.

Latimer había esbozado una fina sonrisa, como si estuviera solo. Se llevó el tenedor a la boca lleno de jamón rosa claro, húmedo, y masticó pensativamente durante un minuto entero, antes de tomar un delicado sorbo de cerveza.

—Insiste usted en decir que ha desaparecido. ¿Y eso cómo lo sabe?

Quirke había dado un mordisco al sándwich, que en ese momento dejó en el plato, apartándolo, para dar un largo trago de agua; le supo vagamente a alquitrán.

—A su hermana no la ha visto nadie en tres semanas —dijo—. Yo diría que «desaparecida» es la palabra exacta que lo describe.

—¿Nadie? ¿Quién es nadie?

—¿Cómo dice?

—¿Quién dice usted que no la ha visto en tres semanas? —lo dijo como si hablase con un niño, o con una de sus pacientes, espaciando adrede las palabras para dar a todas ellas el mismo énfasis.

—¿Usted la ha visto? —le preguntó Quirke—. ¿Usted ha tenido noticias de ella?

Latimer se llevó un dedo al bigote ralo, escaso, y volvió a esbozar una fina sonrisa. Comía y bebía con aire de satisfacción. Las manos, que por el dorso estaban moteadas de pecas, las tenía pequeñas, pálidas, diestras. Se limpió los labios con una servilleta de papel y se volvió en el taburete, apoyando un codo en la barra y mirando a Quirke durante un largo instante, como si quisiera medir sus fuerzas.

—He andado haciendo averiguaciones sobre usted —dijo—. Sobre su procedencia.

—¿Y qué ha sacado en claro?

—Que aparentemente no proviene usted de ninguna parte. Un orfanato aquí en la ciudad, luego una escuela industrial en el oeste, de donde lo sacó por el pescuezo, y creo que es la palabra indicada, el juez Garret Griffin, que lo crió en su domicilio como si fuera usted su propio hijo. Usted y Malachy Griffin son como hermanos. Una historia con mucho colorido, debo reconocerlo —rió por lo bajo—. Como una de esas que se leen en las noveluchas de medio pelo.

Quirke hizo rotar el vaso de agua por la base, dándole vueltas y más vueltas, como si pretendiera atornillararlo en la madera de la barra.

—Eso lo resume todo —dijo—. Espero que no le moleste, por puro interés, que le pregunte quiénes le han informado de todo eso.

—Ah, pues varias personas. Ya sabe usted cómo es esta ciudad, todo el mundo lo sabe todo de todo el mundo.

Malachy, estaba pensando Quirke, ¿habría accedido Malachy a hablar con ese

hombrecillo vehemente? ¿Y si lo hubiera hecho? De todo lo que había dicho Latimer, nada era secreto. Miró a lo largo de la barra. La luz del interior era marronácea, como la penumbra, mientras que fuera era más bien gris. Tuvo la sensación de hallarse en una cueva, en lo más profundo, agazapado, vigilante.

—Todo esto se lo digo —dijo Latimer— para recalcar que es improbable que sepa usted lo que se dice nada de cómo son las familias. ¿Cómo iba usted a entender todo eso? Hay lazos que usted no puede percibir, lazos de sangre.

—¿Lazos de sangre? Yo creía que habíamos dado puerta a todo eso cuando dejamos de vivir en cuevas.

—Ah, pero ahí mismo lo tiene, ¿no se da cuenta? Precisamente lo que dice usted demuestra su ignorancia, su falta de experiencia en estas cosas. La familia es la unidad de la sociedad, y así ha sido desde el principio de los tiempos, desde que andábamos a cuatro patas. Estoy seguro de que eso al menos tiene que saberlo. La sangre es la sangre. Ata... —cerró una de sus pequeñas manos y apretó el puño ante el rostro de Quirke—. Ata y sostiene. Apresa.

Quirke hizo una señal al barman y pidió un whisky, un Bushmills etiqueta negra, diciendo las palabras de manera deficiente, como si en realidad no las hubiese pronunciado. El barman le dedicó otra mirada, una mirada más comprensiva que la primera, más cómplice y sabedora.

Latimer recogía las migas de su plato a gran velocidad, con la yema del dedo humedecida, y se las llevaba a la boca. Tenía la cabeza pequeña, demasiado pequeña, incluso, para el cuerpecillo atildado que tenía. Un herrerillo, pensó Quirke, a eso es a lo que se parece, a un herrerillo veloz, brillante, hambriento, vigilante.

—Dígame la verdad —dijo Quirke reposadamente—. Dígame dónde está April.

A Latimer se le abrieron los ojos como platos, y adoptó un aire de inmensa, mansa inocencia.

—¿Se puede saber por qué cree usted que yo lo sé?

El barman le llevó el whisky y Quirke se bebió la mitad de un trago. La sensación que se le extendió por el pecho le hizo pensar en un árbol pequeño, pero con infinidad de ramas, que lentamente ardiera con llamaradas intensas.

—Su hermana desaparece, se esfuma sin dejar ni rastro —dijo, y cambió de postura en el taburete—. Hay sangre en el suelo, junto a la cama, y es evidente que alguien la ha querido limpiar. Se trata de un tipo de sangre muy especial. Y la única reacción de su familia consiste en acallar todo el asunto y sepultarlo como sea...

—¡Calle, calle! —dijo Latimer con una risa desagradable—. A este paso, por lo que dice usted va a parecer que fuésemos los Borgia.

Quirke no dijo nada a eso.

—Creo que usted sabe dónde está —dijo con aspereza, aunque en voz baja—. Creo que todos ustedes lo saben: usted, su madre y su tío.

—Ellos no.

—¿Cómo? —Quirke se volvió a mirarlo de frente—. ¿Qué quiere decir? ¿Cómo que ellos no? ¿Significa eso que usted sí lo sabe? Dígamelo.

Latimer se terminó con toda calma la cerveza y se secó la espuma que se le había quedado en su ridículo bigotillo con un dedo, más parecido a un gato en ese momento que a un pájaro.

—Lo que quiero decir —dijo— es que ninguno de nosotros lo sabe —volvió a reír por lo bajo, sacudiendo la cabeza como si fuese algo infantil—. Está usted francamente equivocado en todo esto, Quirke. Es justo lo que le acabo de decir, que usted no entiende a las familias, y muy en especial no entiende ni por asomo cómo es una familia como la nuestra.

Quirke también se había terminado la copa, y Latimer hizo una señal al camarero para que le pusiera otra.

—Dígame qué es lo que sabe usted exactamente de los Latimer, doctor Quirke.

Quirke vio al barman alargar la mano para alcanzar la botella de Bushmills.

—Yo lo único que sé —dijo— es lo que sabe todo el mundo.

Estaba pensando en que algo de especial tiene la forma en que se congrega la luz dentro de una botella de whisky, el modo en que resplandece, el tono leonado, la densidad, algo que no se da en ninguna otra parte; algo poco menos que sacramental.

—Pertener a una familia como la mía —dijo Latimer, y golpeó la barra con la yema del índice para dar más énfasis a sus palabras— es como ser miembro de una sociedad secreta. No, no es eso; me refiero más bien a una tribu secreta, una tribu que haya aceptado todo lo que le exigen los mercenarios y los misioneros que hayan invadido su territorio, y que sigilosamente siga cultivando los ritos de antaño, las costumbres, el culto de sus propios dioses, en especial sus dioses. En el mundo exterior somos iguales que cualquiera, hablamos igual que cualquiera, podríamos incluso ser cualquiera; dicho de otro modo, mezclamos bien con el resto del mundo. Pero entre nosotros... somos una raza completamente al margen. Supongo que esto es algo que se debe a que estamos obsesionados por nosotros, quiero decir que estamos obsesionados los unos por los otros —hizo una pausa. Llegó el whisky de Quirke. Había resuelto que no lo iba a tocar hasta que pasara un minuto con todos sus segundos. Miró el segundero de su reloj, una aguja roja como la sangre, que trazaba la vuelta entera, firme, y le pareció que con precisión y comodidad—. Mi padre —siguió Latimer— era un hombre con mucho orgullo. Todo el mundo sabía que era capaz de armar más camorra que nadie, pero eso no era más que una fachada. Pura apariencia. Dentro de casa no se parecía en nada a la imagen que se tenía de él en el mundo.

Había transcurrido el minuto entero. En el pecho de Quirke se prendió en una llamarada multiplicada otro árbol de pequeño tamaño.

—Y entonces ¿cómo era? —preguntó Quirke, y dio un segundo sorbo de whisky conteniéndolo en la boca, saboreándolo a la vez que se escaldaba.

—Era un monstruo —dijo Latimer sin dar ningún énfasis a sus palabras—. Oh, pero no en el sentido más convencional. No, era un monstruo del orgullo, de la determinación y de la temeridad. ¿Entiende lo que le quiero decir? No, está claro que no lo entiende, y es natural. Cuánto lo quise, cuánto lo quisimos todos. Supongo que más bien debería haberlo odiado con toda mi alma. Era un hombre enorme y tenía un corazón enorme, y era apuesto, atrevido, valeroso... Era justo todo lo que yo no soy.

Hizo una pausa, observando los restos cremosos de la espuma en el fondo del vaso. En el vaso de Quirke apenas quedaba ya nada de whisky, y ya estaba cronometrando otro minuto sin perder de vista el reloj.

—Usted ha tenido éxito en la vida —dijo—. Vea la reputación que se ha ganado, y además... ¿qué edad tiene usted?

—Médico puede ser cualquiera —dijo Latimer con desprecio—, pero para ser héroe hay que serlo de nacimiento —se volvió hacia Quirke una vez más—. Supongo que mi tío le habrá dicho que combatió codo con codo con mi padre en la Central de Correos, en 1916. Mi padre combatió, desde luego, pero el tío Bill no hizo nada más que llevar unos cuantos recados de un lado a otro, y durante aquella semana no estuvo ni siquiera en los alrededores de la Central de Correos. No por eso dejó de salir elegido gracias al voto patriótico. Mi padre lo despreciaba. «El pequeño Willie», lo llamaba, «el que viene a cubrir una baja».

Había transcurrido el minuto y Quirke miraba con gesto pensativo el vaso que se había vuelto a vaciar.

—¿Cómo se llevaba con April?

Latimer se echó a reír.

—Ya veo que no piensa dejar usted en paz el asunto de la pobre April, ¿verdad? —se encogió de hombros—. Ella lo quería igual que yo, desde luego. Su muerte fue un desastre inmenso para los dos. Las cosas son como se las estoy contando, Quirke, y usted no entendería esa clase de proximidad en una relación. Y entonces mi madre erigió un monumento en memoria de su amado, difunto esposo. Más bien era una especie de tótem, sólo que tallado en el tronco de un árbol todavía vivo y plantado con solidez en medio del cuarto de estar. No dejaba de crecer en ningún momento, invadiendo con las ramas la entrada, las escaleras y los dormitorios, y a la sombra de ese árbol nos aferramos los unos a los otros. Nunca se desprendían las hojas de las ramas.

Había empezado a hablar como si tuviera la voz tomada, y Quirke se preguntó con incomodidad si no estaría a punto de echarse a llorar.

—Sí —dijo Quirke—, supongo que tiene que ser duro vivir a la sombra de un hombre como fue su padre.

Latimer permaneció en silencio un momento prolongado. De repente se puso pálido y se volvió hacia él con una mirada honda, de furioso desprecio.

—No quiero su compasión, Quirke —dijo—. No se atreva.

No dijo nada. Sólo hizo una seña para pedir otra copa.

El crepúsculo se había cerrado temprano y era de noche cuando volvió al hospital. Descendió con paso cuidadoso la gran escalera de mármol que no conducía a otra parte que a las regiones inferiores y más lúgubres del edificio. El departamento de Patología estaba desierto; Sinclair debía de haber tomado la decisión de marcharse a casa temprano. Entró en su despacho y se sentó sin quitarse el abrigo ante la mesa y encendió un cigarrillo, aunque halló cierta dificultad para alinear la punta del cigarrillo con la llama del fósforo. Oía el sonido pesado de su propia respiración. Frunció el ceño. No recordaba qué era lo que en principio debía pararse a pensar. Tal vez lo mejor fuera, pensó, echarse a descansar un rato. Se quitó el abrigo —¿estaba lloviendo antes, había caminado bajo la lluvia?— y se acurrucó en el viejo sofá de cuero verde, con botones en los pliegues, y se precipitó en ese mismo instante en un sueño alborotado, en el que soñó que algo que no acertaba a ver, que sólo percibía, lo engatusaba para avanzar por largos y sinuosos pasillos, algo semejante a una presencia que ronroneaba como un gato y que se iba escabullendo a cada paso que daba él, siempre a la vuelta de la esquina, y luego a la vuelta de la siguiente esquina. Despertó con un grito ahogado y no supo en dónde se encontraba. Había babeado en sueños, y la saliva se le había secado y la notaba pegajosa en la mejilla contra el cuero del sofá. Se incorporó y se sentó apretándose el talón de ambas manos contra los ojos. Tenía la boca como si se hubiese despellejado dos o tres capas de la membrana que la protegía por dentro. También le ardían las tripas. *Qué insulto*: se le ocurrió la palabra con una reverberación, *qué grosero insulto a la constitución del cuerpo*. Era un juicio que él mismo había pronunciado ante no pocos cadáveres.

Se dio un par de tirones a la manga, forzando los ojos para ver bien el reloj, que parecía negarse a estar quieto y se movía de lado a lado, de una manera que le empezaba a marear. De repente se había acordado de su cita para cenar con Phoebe. Agachó la cabeza y se la sujetó palpitante entre ambas manos antes de soltar un gemido.

Fueron al Russell. El local estaba en sombra, en silencio, como siempre. Un día, después de almorzar con él allí mismo, Rose Crawford se negó a volver nunca más, y dijo que el comedor le recordaba a un tanatorio. El camarero que lo acompañó a su mesa era feo, pero de un modo que resultaba fascinante, y tenía un mentón cuadrado y azulado por la barba y los ojos muy hundidos bajo una frente que sobresalía como

una cornisa. Quirke se acordó de que tenía un nombre improbable, se llamaba Rodney. Comprobó con alivio que Phoebe aún no había llegado; había olvidado a qué hora exacta se habían citado, y había dado por hecho que él iba a llegar tarde. Mientras Rodney le retiraba la silla de la mesa para que se sentara entrevió su propio reflejo en el espejo de marco sobredorado que había en la pared, detrás de la mesa. Con el pelo alborotado y los ojos despavoridos, era la viva estampa del presidiario que se ha fugado de una cárcel en una película de Hollywood.

—Bien, señor —dijo el camarero, aunque pronunciándolo *seor*.

Quirke tomó asiento de espaldas al espejo. Había llegado a pie desde el hospital con el abrigo aún mojado y el sombrero con el ala algo caída. El whisky que había tomado en compañía de Oscar Latimer lo había dejado hueco por dentro, con una sensación cenicienta, y las vaharadas del alcohol persistían arremolinadas formando una niebla acalorada en su cabeza. El sueño que había echado en el sofá tampoco le había servido de ayuda, y estaba grogui. ¿Tomaría una copa de vino con Phoebe? ¿Se atrevería?

Al llegar, Phoebe lucía un vestido de seda azul oscuro y un echarpe de seda azul. Mientras atravesaba el comedor, avanzando entre las mesas tras los pasos de Rodney, se parecía tanto a su madre que a Quirke se le paró un momento el corazón. Se había recogido el pelo en la nuca de una manera complicada, idéntica a la que acostumbraba Delia, y llevaba un bolso pequeño, negro, apretado contra el pecho, detalle en el que también era un calco exacto de Delia.

—Lo siento —dijo sentándose a toda prisa—, ¿llevas mucho tiempo esperando?

—No, no, acabo de llegar. Estás estupenda.

Dejó el bolso de terciopelo junto al plato.

—¿En serio? —dijo.

Quirke por lo general no era muy dado a los cumplidos.

—¿Es nuevo el vestido?

—Ay, Quirke —hizo una mueca con la que amagó una sonrisa—. Si ya me lo has visto docenas de veces...

—Bueno, pues es que esta vez te sienta diferente. Se te ve diferente, mejor dicho.

Era cierto. Tenía el rostro resplandeciente, de marfil, con un levísimo tinte de rosa, y le brillaban los ojos. ¿Había conocido a alguien? ¿Estaba enamorada? Él ansiaba que ella fuese feliz; su felicidad sería para él una gran liberación.

—Ese camarero —dijo ella en un susurro, y señaló a Rodney, que se encontraba junto a la puerta de entrada, impávido como una estatua, con un paño sobre el antebrazo, perdido en alguna ensoñación—. Es el vivo retrato de Dick Tracy, el de los tebeos.

Quirke se echó a reír.

—Tienes toda la razón, desde luego que lo es.

Cenaron lenguado frito en mantequilla.

—¿Nunca te ha llamado la atención —dijo Phoebe— que tú y yo siempre pidamos lo mismo?

—Es sencillo. Yo espero a ver qué es lo que tomas tú y luego pido lo mismo.

—¿En serio?

—Sí.

Ella lo miró y algo le sucedió en ese momento a su sonrisa, una especie de encogimiento arrugado en ambos extremos, y los ojos se le pusieron más líquidos. Él bajó rápidamente la mirada para fijarla en el mantel.

Llegó el vino. Quirke había pedido una botella de Chablis. Fue buena cosa que cenasen pescado, puesto que el vino blanco a duras penas era una bebida de verdad, por lo cual no incurriría en demasiados riesgos. El camarero, un joven de cabello repeinado y acné juvenil, sirvió un chorrito para que Quirke lo probase, y mientras esperaba no impidió que sus ojos claros se desviasen apreciativamente sobre Phoebe, toda ella un resplandor marfileño con el vestido azul noche. Ella le sonrió. Estaba contenta; había estado absurdamente contenta durante toda la tarde, desde el momento en que estuvo con Rose Crawford delante de la sucursal de American Express. En algún sitio había leído que hay insectos que viajan de un continente a otro suspendidos individualmente en minúsculas burbujas de hielo que transporta el viento a una altura inmensa; de ese mismo modo se había encontrado ella, como si navegara en lo más alto, envuelta por una crisálida de hielo, y como si en ese momento empezara a fundirse el hielo y ya muy pronto fuese a llegar felizmente a la tierra. Quirke y Rose; el señor y la señora Quirke; los Quirke. Se los imaginó a los tres de pie en la amura de un barco blanco que hendiese las olas en un mar de aguas tan azules como el verano, el viento marítimo en la cara, de camino a un mundo nuevo.

¿Qué edad tendría Rose?, se preguntó. Era mayor que Quirke, eso seguro, pero era lo de menos. Todo era lo de menos.

—Háblame de Delia —dijo.

Quirke la miró por encima del borde de la copa de vino, con sorpresa y alarma.

—¿Delia? —dijo, y se lamió los labios—. ¿Qué... qué es lo que quieres que te diga?

—Cualquier cosa. Cómo era. Qué hacíais juntos. Es muy poco lo que sé de ella. Tú nunca me has contado nada, la verdad —lo dijo sonriendo—. ¿Era muy hermosa?

Presa del pánico, él acarició la servilleta. El pescado, humeante en el plato, le pareció casi una amenaza. De pronto se le agravó el dolor de cabeza.

—Sí —dijo titubeando—, era... era muy hermosa. Se parecía a ti —Phoebe se sonrojó y agachó la cabeza—. Elegante, cómo no —siguió diciendo Quirke a la desesperada—. Podría haber sido modelo, lo decía todo el mundo.

—Sí, pero ¿cómo era? Quiero decir qué clase de persona era.

¿Y cómo era? ¿Cómo iba a responder a esa pregunta?

—Era amable, era bondadosa —dijo, y bajó la mirada para concentrarla otra vez en la servilleta, en cierto modo acusándola de ser tan blanca, de tener una pureza tan mundana—. A mí me cuidó siempre —dijo. No era amable, no era bondadosa, estaba pensando; no me cuidó siempre. Y sin embargo, la había amado—. Éramos jóvenes —dijo—. ... O yo al menos lo era.

—¿Y tú me odiaste? —preguntó ella—. ¿Me odiaste cuando ella murió?

—Oh, no —dijo. Se obligó a sonreír; sentía las mejillas como si las tuviese de cristal—. ¿Por qué iba a odiarte?

—Porque yo nací y Delia murió, y porque me dejaste en manos de Sarah.

No había dejado de sonreír. Él la miraba desamparado, empuñando con fuerza el cuchillo y el tenedor, sin saber qué decir. Ella alargó la mano sobre la mesa y le tocó la suya.

—Yo no te culpo de nada —le dijo—. Que yo sepa, nunca te he culpado de nada, aunque he creído que tal vez debería. Estaba enfadada contigo. Ahora ya no lo estoy.

Guardaron silencio durante un minuto. Quirke volvió a llenar las copas; vio que tenía la mano un poco temblorosa. Comieron. El pescado estaba frío.

—Vi al inspector Hackett —dijo Quirke. Miró la botella vacía, varada en el cubo de hielo a medio derretir. ¿Iba a pedir otra? No, no lo haría. De ninguna manera. Se volvió e hizo una señal al camarero con acné—. También he hablado con el hermano de...

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—¿Por qué has querido hablar otra vez con él?

—Pues no lo sé.

—Eres igualito que yo. No eres capaz de olvidar todo esto.

Llegó el camarero con la segunda botella, pero sin darle tiempo a iniciar el ritual de la cata Quirke le indicó con impaciencia que sirviera ambas copas. Phoebe tapó la suya con una mano y volvió a sonreír al camarero. Cuando hubo servido la de Quirke y se marchó, le hizo una pregunta.

—Tú piensas lo mismo que yo, ¿verdad? ¿Piensas que April está muerta? —Quirke no respondió, y tampoco quiso mirarla—. ¿Qué fue lo que dijo Oscar Latimer?

Quirke se bebió el vino.

—Me habló un buen rato de la familia. Y de la obsesión.

Ella lo miró rápidamente.

—April también me habló un día de lo que se siente al estar obsesionada.

—¿Y qué fue lo que te quiso decir?

—Pues no lo sé. No la entendí demasiado bien. April a veces era... a veces era un poco extraña. He terminado por pensar que no la conocía en absoluto. ¿Por qué hay gente que se complica tanto la vida, Quirke?

Él se había ventilado la copa y ya se la había vuelto a llenar, sin importarle que las gotas de agua helada cayeran desde la botella al mantel y formasen manchas grises del tamaño de un florín. Se estaba embriagando y ella se estaba dando cuenta. Pensó que debería decir algo. Él plantó los codos en la mesa y acarició la copa entre las palmas de ambas manos, haciéndola rodar.

—Hackett fue a ver a la mujer que vive en el piso de arriba de April —dijo—. Una tal señorita St. John No Sé Cuántos. ¿La has llegado a conocer?

Ella negó con un gesto.

—La he visto una o dos veces, apostada al acecho en las escaleras. April algunas veces le llevaba algo de comer, un cuenco de sopa, galletas, esas cosas. ¿Qué fue lo que le dijo al inspector Hackett?

—No pudo sacar mucho en claro.

—No me extraña.

—Pero ten cuidado, porque parece que ha estado pendiente de todo. Ha visto entrar y salir a más de uno.

—¿A qué clase de personas? —Rodney, con el mentón azulado, se acercó a preguntarles si deseaban ver la carta de postres. Dijeron que no con la cabeza y el camarero se retiró. Según se alejaba, Phoebe reparó en que tenía brillos en la culera de los pantalones; siempre le inspiraban lástima los camareros, tenían un aire de acusada decepción, de melancolía. Volvió a mirar a Quirke. Su mirada, cada vez más borrosa e imprecisa, estaba clavada en el vino que brillaba al fondo de su copa—. ¿A qué clase de personas dices que ha visto? —volvió a preguntar.

—Ah, pues a personas que iban a verla. Visitantes, supongo que caballeros, qué sé yo.

—¿Por ejemplo? —Phoebe notó un cosquilleo en la base de la columna vertebral. En realidad no tenía ningún deseo de conocer la respuesta.

—Parece ser que uno de ellos, uno de estos caballeros que iban a visitarla, era negro. O eso es lo que afirma la señorita Como Se Llame. ¿Tú sabes si April conoce a algún negro?

Phoebe sujetaba con fuerza el tallo de su copa vacía, apretándolo cada vez más. El cosquilleo que tenía en la base le recorrió la columna entera, y durante un segundo, de una manera absurda, tuvo una imagen de una de esas máquinas con las que se demuestra la fuerza que una tiene en las ferias de medio pelo, el martillazo en el cojín y el peso que sale disparado por un surco y hace sonar la campana. Oh, no, estaba pensando; oh, no, por favor.

Sacudió la cabeza y un mechón de cabello se le soltó del peinado, cayéndole

sobre la mejilla. Se lo retiró rápidamente.

—No lo creo —dijo, e intentó que el temblor no se le notara en la voz.

Quirke se había vuelto a mirar al camarero para pedirle una copa de coñac.

Phoebe puso la mano sobre el bolso de terciopelo que había dejado junto al plato y palpó la suavidad de la tela. Estaba pensando en el dorso de las manos de Patrick, en la ondulación y el brillo que tenían.

Oh, no, por favor.

Tuvo que ayudar a Quirke a tomar un taxi. Se había despejado la noche y caía la helada, lo notó en el aire: una bruma casi seca, gris, granulosa. Él había dicho que iría a pie a su casa, que estaba allí al lado, que podían ir juntos y él la acompañaría a Haddington Road y luego volvería cruzando el canal hasta su casa.

—No vas a ir andando a ninguna parte. Ya ha helado, mira —le dijo ella. Se lo imaginó en un puente, y luego imaginó cómo se precipitaría en picado su figura robusta, y el salpicotazo. El portero del hotel tocó el silbato y apareció un taxi al ralentí, aunque Quirke seguía resistiéndose, y al final tuvo que empujarlo prácticamente para que entrase. Se agarró a la puerta tratando de salir, y al final bajó la ventanilla para continuar protestando—. Márchate a casa, Quirke —dijo, y alargó la mano para darle unas palmadas en la suya—. Márchate a casa y duerme.

Dio la dirección al conductor y el taxi se alejó del bordillo, y vio a Quirke en el asiento de atrás, derrumbándose sobre el respaldo, con el abrigo puesto, como un maniquí enorme y sin articulaciones, y ya no pudo verle más. Dio al portero un chelín y éste le dio las gracias y se embolsó la moneda y se llevó los dedos a la visera de la gorra, y volvió al interior amarillento del vestíbulo frotándose las manos. El helado silencio de la noche se asentó a su alrededor.

Echó a caminar. Podría haberse ido en el taxi y haber dejado a Quirke en Mount Street y haber seguido ella hasta su casa, hasta Haddington Road, pero no se le había ocurrido. No tenía la sensación de que fuese a volver a casa. Pensó en su habitación, en el frío desangelado del piso, en el vacío que la estaba esperando.

En York Street dobló a la izquierda. Estaba muy oscuro el desfiladero estrecho y empinado que formaba la calle, y el ruido de sus propios pasos por la acera se le antojó antinaturalmente sonoro. Ninguna de las casas de vecinos estaba iluminada, no había nadie por la calle. Desde un alféizar, un gato la vio pasar con los ojos entornados y atentos. Delante de ella, baja en la oscuridad aterciopelada del cielo, estaba suspendida una estrella, una espada de plata centelleante, de luz helada. En Golden Lane, un mendigo que se había refugiado en un portal le graznó algo incomprensible y ella apretó el paso. Supuso que debería estar asustada, sola en la ciudad desierta, en la hora previa a la medianoche, pero no lo estaba.

En la esquina de Werburgh Street, frente a la catedral, los bebedores clandestinos,

de última hora, salían por la puerta lateral de un pub. Se quedaron haraganeando en la acera, confusos, hablando en murmullos. Uno de ellos se adelantó hasta una puerta contra la cual orinó, mientras otro se puso a cantar con voz ronca y residual.

—*Soñé que moraba en salones de mármol...*

Phoebe esperó entre tinieblas, aguardando a que se dispersaran. Volvió a pensar en Quirke, en el modo en que cabeceaba sin poder evitarlo dentro del taxi, vuelto hacia atrás para mirarla con ojos despavoridos. Siempre que se emborrachaba parecía asustado. Seguramente no tardaría nada en volver a ponerse a beber a lo bestia, ella sabía interpretar los síntomas. Pero Rose pondría fin a todo eso.

Avivó el ritmo y pasó de largo por donde estaban los borrachos, convenciéndose de no mirarlos siquiera. Ninguno de ellos se fijó en ella. Enfiló por Castle Street.

—*¡Que me amabas, que me amabas pese a todo!*

Había una luz en la ventana del piso de arriba, una luz que imprimía en el cristal el dibujo de los visillos de encaje. La campana de la catedral empezó a repicar con una potencia inquietante, haciendo que el aire se estremeciera a su alrededor. Se detuvo a mirar hacia la ventana iluminada. Se le estaban quedando entumecidos los dedos de los pies y las manos por el frío. El aliento, al expelerlo, le formaba una vaharada en el aire helado. ¿Qué le iba a decir, cómo iba a formular las preguntas que se le apelotonaban en la cabeza? ¿Cómo iba a hacerle saber, de entrada, que estaba allí? Si llamase a la puerta despertaría a la casera. Terminó de repicar la campana y las últimas campanadas sonaron diluidas en el aire. *¡Adelante!*, le apremiaba una voz en su interior, *¡ahora!* Por el contrario, rebuscó en el bolso y encontró una moneda de medio penique, y apuntando con todo cuidado la lanzó contra la ventana. Falló la primera vez, y la segunda —*¡qué ruido tan sonoro hicieron las monedas al caer a la acera tras rebotar en el edificio!*—, y se le acabaron las monedas de medio y tuvo que lanzar un penique. Esta vez dio en el blanco. Se oyó la aguda reverberación de la moneda de cobre contra el cristal, tanto que pensó que tenía que haberse oído en todas las viviendas de los alrededores. Esperó. Tal vez no estuviera en casa, tal vez había salido y se le había olvidado apagar la luz. Una pareja pasó de largo, cogidos del brazo. El individuo la miró con aire de curiosidad, protegido por la visera de la gorra, mientras que la chica se limitó a darle las buenas noches. Volvió a mirar a la ventana. Se había corrido la cortina y allí estaba Patrick, asomado a la calle. Se desplazó deprisa para entrar en el círculo de luz que proyectaba la farola, de manera que le resultara visible con más claridad. No acertó a ver cuál era su expresión. ¿La reconocería? ¿Llegaría incluso a verla? Dejó que la cortina volviera a su sitio, y pasado un minuto se abrió un poco la puerta de la calle y una mano le hizo un gesto

para que entrase.

No había encendido la luz del vestíbulo. Cuando ella llegó a la puerta, la tomó por la muñeca y le puso el dedo índice sobre los labios con gesto apremiante.

—¡Chsst! —le chistó—. ¡Que se va a despertar! —la atrajo hacia el vestíbulo a oscuras, y ella percibió el mismo olor a humedad que recordaba de la vez anterior. Subieron despacio las escaleras. Él la guiaba sin soltarle la muñeca. Abrió la puerta del piso y le indicó que pasara y cerró la puerta tras ellos, sin hacer ruido—. ¡Uf! —dijo, y suspiró de forma exagerada, como si fuera inmenso el alivio que sentía, y le sonrió—. En fin, señorita Phoebe Griffin. ¡Qué cosas! ¿Y a qué debo este placer?

Por el camino desde el hotel, y luego durante el rato que pasó a la espera, a oscuras, tratando de llamarle la atención, no se había parado a considerar qué era lo que debería decirle llegado el caso, qué razón le daría por haberse presentado bajo su ventana en plena noche.

—Es... es que quería hablar contigo —dijo.

A él se le arrugó la frente, aunque no dejó de sonreír.

—¿En serio? Pues debe de ser algo muy urgente.

—No, no es urgente. Yo sólo... —calló y permaneció donde estaba, desvalida, mirándolo.

—En fin, pues ya que estás aquí, ¿quieres tomarte una infusión conmigo?

La ayudó a quitarse el abrigo y volvió a dejarlo sobre la cama, la cama que ella una vez más procuró no mirar. Cuando entraron en el piso él había apagado la lámpara del techo, pero ella lo recordaba todo con detalle de la última vez que fue a verlo, el sillón cubierto por la manta roja, la máquina de escribir verde sobre la mesa de jugar a las cartas, la fotografía de la pareja sonriente con trajes de indígenas, las pilas de libros amontonados. Posó la mirada en el taburete de ordeñar y sonrió.

Él le sirvió una infusión.

—Camomila —dijo—. Espero que te guste.

La infusión era floja, clara, y tenía la fragancia del heno aún caliente.

—Muy buena —dijo—. Es perfecta.

La condujo hacia el sillón, llevándose el taburete para él.

—Tienes frío —dijo.

—Sí, está helando en la calle.

—¿Quieres echarte la manta por encima de las rodillas?

—No, no, gracias. La infusión me hará entrar en calor.

Asintió. Ella volvió a mirar la estancia. Había un calefactor de parafina, un armatoste de color verde, junto a la ventana; el aire parecía gomoso debido al humo que despedía. No debía permitir que el silencio se extendiera, se dijo, pues en tal caso perdería todo su aplomo, dejaría la taza en la mesa y se levantaría de un brinco y saldría de allí corriendo para escabullirse en la noche.

—¿Estabas trabajando? —preguntó.

Él hizo un gesto para señalar la mesa y los libros apilados.

—Estudiando un poco, sí.

—Y te he interrumpido.

—No, ni mucho menos. Estaba a punto de terminar y marcharme... Estaba a punto de terminar.

Iba vestido con unos viejos pantalones de pana y una chaqueta de lana tejida a mano. No llevaba camisa, con lo que se le veía el cuello entero y parte del pecho liso, resplandeciente. También estaba descalzo.

—¿Y tú no tienes frío? ¡Si ni siquiera llevas calcetines! —dijo.

—Me gusta pasar un poco de frío —sonrió, enseñándole el brillo de los dientes—. Para mí el frío es un lujo, date cuenta.

—¿Hace mucho calor en tu tierra, en Nigeria?

—Sí, mucho calor y mucha humedad.

Ella estaba mirando y asentía levemente, como si los asentimientos se los marcara un ritmo lento y constante que oyera en su interior. El odioso silencio volvió a extenderse de nuevo entre los dos, y fue como si el aire se estuviera expandiendo.

—¿Está bien la infusión? —preguntó—. Me parece que no te está gustando nada. Pero te puedo hacer un café si quieres.

Bésame... por favor, bésame. Las palabras habían saltado a su mente con una fuerza tan repentina que por un instante no estuvo segura de no haberlas dicho en voz alta. Se miró las manos, que tenía unidas entre las rodillas. Es tan guapo, pensó, tan guapo...

—He cenado con mi padre —le dijo, y se incorporó en el sillón a la vez que cuadraba los hombros—. En el Russell. ¿Conoces el hotel Russell?

—Sí, he estado alguna vez —rió en voz baja—. Para mí es un poco caro.

—Me temo que se achispó... que se emborrachó un poco. Tiene un problema con la bebida.

—Sí, ya me dijiste que había estado ingresado en San Juan.

—¿De veras? Pues se me había olvidado. Lo metí en un taxi y lo mandé a su casa. Espero que esté bien —él le retiró la taza y el platillo y los dejó en el suelo—. Me siento culpable. No debería haberle dejado beber tanto. Yo...

Él le tomó las manos entre las suyas, y cuando pronunció su nombre fue como si de una manera insólita ella nunca lo hubiese oído hasta ese momento, o como si nunca le hubiese llamado la atención ese extraño sonido, tan suave. Iba a decir algo a ese respecto, sin saber el qué, pero él la ayudó a ponerse en pie y le soltó las manos y la tomó en cambio por los hombros y la besó. Pasados unos momentos, ella apartó la cara; se imaginó que oía los latidos de su corazón, de tan fuertes como los sentía en el pecho.

—¿Patrick es tu verdadero nombre? —dijo sin mirarlo aún—. ¿No tienes un nombre... tribal?

Él estaba sonriendo, y movió la cabeza de manera que él le viera los ojos.

—Me educaron los Padres del Espíritu Santo —dijo—. Mi madre me puso por nombre Patrick en honor a los misioneros.

—Ah. Entiendo.

Hablaban en susurros. Él apoyó las manos sobre los omoplatos de ella. La seda del vestido crujió un poco bajo sus dedos. Le retiró el cabello hacia la oreja.

—¿Y ésa es la razón de que vinieras aquí? —murmuró él.

—Pues no lo sé —respondió. Era cierto—. La verdad es que quería hablar contigo de...

Él le rozó los labios con los dedos.

—Sssh —volvió a decir, muy quedo—. Sssh.

La única luz encendida en la estancia era la de la pequeña lámpara de lectura que estaba sobre la mesa, y en ese momento él extendió la mano por detrás de ella y la apagó. Al principio todo quedó envuelto en la negrura, y luego una luminosidad azulada, helada, fue extendiéndose despacio desde la ventana. El abrigo se deslizó de la cama al suelo y ninguno de los dos se tomó la molestia de recogerlo. A ella se le enganchó una uña en las medias. Al agacharse para retirarla, él envolvió su mejilla con una de sus manos grandes, cuadradas, y volvió a decir su nombre. Ella se puso en pie y Patrick la abrazó de nuevo. Phoebe palpó la textura ondulada de su chaqueta y se preguntó quién se la habría tricotado; cuando él cruzó los brazos y se la sujetó por los lados y se la quitó con un veloz movimiento por encima de la cabeza, a ella le llegó un olor sudoroso, penetrante, a cebolla. Notó la frialdad de las sábanas en la espalda y se estremeció y él se apretó más contra ella, dándole calor. Su piel tenía una textura curiosa, punteada, como un suave papel de lija; era el tacto preciso que ella sabía que tendría. Los muelles del somier hicieron un tenue tintineo, como los primeros sonidos de una orquesta que, a lo lejos, estuviera afinando antes del concierto. Ella apoyó la cara en el hueco de su hombro y ahogó una risa.

—¡Ay, Señor! —susurró—. ¡La señora Gilligan nos va a oír!

Despertó con un grito. Algo relacionado con... ¿con qué? Con un animal, con alguna clase de animal, ¿había sido eso? Mantuvo los ojos cerrados con fuerza, aferrándose al sueño que se le escapaba ya como el agua entre los dedos. Un animal, sí, y... ¿qué más? No: ya no lo pudo rescatar. Se volvió de un lado. La lámpara estaba encendida de nuevo y Patrick estaba sentado ante la mesa de cartas, inclinado sobre un libro, su espalda una ancha y fuerte curvatura. Ella puso la palma de la mano bajo la mejilla, sobre la almohada, y lo miró sonriendo para sí. El calefactor de parafina seguía encendido —notó el sabor del humo, una película grasienta en los labios—, y

el calor de la estancia la hizo pensar en una guarida subterránea, un lugar seguro, en calma.

—Estaba soñando con un león —dijo. Sí, un león: eso había sido.

Patrick la miró por encima del hombro.

—¿Qué clase de león?

—¿Qué clases de león puede haber?

Se levantó de la mesa y se acercó a la cama para sentarse en el borde. Había vuelto a ponerse la chaqueta y los pantalones de pana; era, pensó ella, como si un objeto maravillosamente tallado, un pedazo de ébano, un bronce resplandeciente, hecho por uno de los maestros de Benín, estuviera de pronto cubierto por un saco viejo para protegerlo. Sacó la mano de debajo de la mejilla y se la dio para que él la sostuviera entre sus palmas, de un rosa como el del ladrillo.

—Nunca he visto un león —dijo.

—¿No hay leones en Nigeria?

—Es posible que algunos queden en la maleza. Pero eso no es la jungla, claro —sonrió—. Vivimos en ciudades, en pueblos, igual que vosotros.

Se incorporó.

—Debo de tener el pelo más revuelto que un pajar, ¿no?

—Lo tienes muy bonito —dijo él.

Ella bajó rápidamente los ojos.

—¿Estabas estudiando? —le preguntó.

—Sí, pero sólo para pasar el rato. Como tú estabas durmiendo...

—Lo siento, la verdad es que no quería dormirme. ¿Qué hora es? Ya debe de ser tarde.

—Sí, es tarde.

Con esto sintieron una repentina y mutua timidez. Ella retiró la mano que él tenía entre las suyas, y se sobresaltó al notar el calor de las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó él alarmado.

—No, nada. Nada —se rió de sí misma frotándose un poco los ojos—. Supongo que es que soy feliz.

Él sostuvo su cabeza entre sus manos y la atrajo hacia sí y la besó con solemnidad en la frente.

—Mi irlandesita —dijo en un susurro—. Mi chica irlandesa y salvaje.

—Ven —le dijo ella—, tumbémonos aunque sólo sea un rato.

Él se tendió junto a ella por encima de las mantas.

—¿Te acuerdas —dijo ella— de cuando vine a verte aquel día y te pregunté... te pregunté por April y por ti?

Él había cerrado los ojos y estaba tendido muy quieto, con las manos recogidas

sobre el pecho. No dijo nada.

—No era asunto de mi incumbencia, por descontado, pero es que tuve que preguntártelo. Jimmy había dicho algo sobre eso, y luego pregunté a Bela. Parecía que los dos creían...

Él aguardaba, aún con los ojos cerrados.

—¿Sí? ¿Qué es lo que parecía que creían los dos?

Ella tuvo una urgente necesidad de tocarle los párpados, de notar con las yemas de los dedos esa textura delicada, de seda.

—Bueno, la verdad es que no es nada —dijo. Lo oía respirar por las aletas nasales anchas, talladas. Su piel la fascinaba, no era capaz de dejar de mirarla. Sí, era de ébano, estaba pensando, sólo que no tan lisa, no tan pulida, sino de una aspereza maravillosa, suave—. Lo que pasa es que alguien fue el otro día a la casa de April y habló con la vieja que vive en el último piso. Está medio chalada, desde luego, es tristísimo.

Titubeó. No estaba preocupada, en realidad no lo estaba, o no al menos como lo estuvo cuando Quirke le dijo lo que había dicho la señorita Leetch. Habían pasado muchas cosas en su vida en la última hora, luego... ¿cómo iba a estar preocupada?

—Dijo que había visto a alguien con April, en la casa —lo miró más de cerca. Su respiración era regular y profunda. ¿Se habría dormido?—. Dijo que esa persona que estuvo con April en su casa era negra.

Él abrió los ojos despacio y miró al techo, a las sombras.

—¿Y quién era? —preguntó.

—La vieja no lo sabía, me parece. Tan sólo dijo que era...

—Quiero decir que quién fue a preguntarle.

—Ah. Un policía. Un detective.

Durante un buen rato permaneció muy quieto y no dijo ni palabra. De súbito se incorporó y plantó los pies en el suelo por un lado, quedando sentado un momento en la cama, con las manos en la cara. Ella tuvo una sensación de goteo entre los omoplatos, como si se le deslizase por dentro de la columna vertebral una gota de líquido helado que pasara por la médula.

—Ahora debes marcharte —dijo—. Por favor, vístete.

—Pero...

—Te lo estoy pidiendo por favor.

Se puso los zapatos y se echó un abrigo por encima y fue andando con ella hasta la catedral, en donde las farolas daban mucha más luz. En las aceras centelleaba la helada. Apenas circulaba el tráfico, y tuvieron que esperar bastante hasta que vieron acercarse un taxi con la luz encendida. Durante todo ese tiempo él no le dijo nada, permaneciendo encorvado con el abrigo, el rostro ancho y algo más gris que de costumbre por culpa del frío. Ella intentó pensar en algo que decir, una pregunta que

hacer, pero no se le ocurrió nada. Estaba enojado, se daba perfecta cuenta. Se sentía furiosa consigo misma por haberle dicho lo que dijo la vieja. ¿Cómo pudo ser tan tonta de decírselo así a la cara, como si estuviese hablando del tiempo que hacía? ¿Qué importancia tenía que hubiera estado en casa de April, si era él la persona de color a quien había visto la vieja, aunque, bien pensado, qué otro podría haber sido? ¿Qué más daba todo aquello en ese instante? Todos habían pasado por la casa, Jimmy, Isabel, ella misma, todos habían estado en un momento u otro. ¿Por qué no iba a estar Patrick en la casa en alguna ocasión? Lo más probable era que April le hubiese dicho lo de la llave bajo la losa, ¿por qué no iba a decírselo?

Montó en el taxi. Patrick mantuvo la puerta abierta un segundo más de lo necesario.

—Lo lamento —dijo él con una voz distante. Cerró la puerta. Ella todavía lo miraba a los ojos a través de la ventanilla cuando el taxi arrancó y emprendió el ascenso de la cuesta de la catedral.

Hacía frío en su piso. Encendió la luz del cuarto de estar y la estufa de gas, y fue luego a la cocina a poner una cacerola de leche a calentar, y abrió la caja de hojalata en que guardaba las galletas. No había encendido la luz de la cocina, ya que el resplandor difuso que llegaba desde la farola de la calle le bastaba para manejarse. Tampoco se había quitado el abrigo. Aguardó escuchando el siseo sordo y los ocasionales resoplidos del chorro de gas. Procuró no pensar en Patrick, en todo lo que había ocurrido esa noche. ¡Boba!, se dijo. ¡Eres una boba de remate!

Cuando se calentó la leche, la sirvió en un vaso y fue a la mesa a por la caja de las galletas, y en ese momento echó un vistazo por la ventana, hacia la calle. Allí se había movido algo. Era otra vez esa sombra, justo donde terminaba de iluminar la farola. ¿Cómo era posible que no le sorprendiera? Dio un paso atrás, y luego se apartó de la ventana todo lo que pudo, aunque sin perder de vista la acera. El cristal del vaso estaba demasiado caliente, pero aun así lo sostuvo en la mano. Allí había alguien, esta vez no le cupo la menor duda, alguien a quien no veía del todo, aunque lo percibía bien, una figura inmóvil, de pie, fuera del círculo de luz que proyectaba la farola, alguien que miraba a su ventana. Sus dedos, por su propia cuenta, terminaron por relajarse, y se le escurrió el vaso y se hizo añicos a sus pies; notó la salpicadura de la leche caliente en los tobillos. Antes de entrar en el cuarto de estar alargó la mano al otro lado de la puerta y apagó la luz, y sólo entonces se acercó a la ventana. Intentó convencerse de que el vigilante secreto no podía ser real, de que eran imaginaciones suyas, tal como seguramente lo había imaginado la otra noche. Sin embargo, sabía que no era cierto, que el vigilante era real. Intentó pensar a derechas, razonar, decidir qué era lo que debía hacer, pero notó que el pensamiento se le había vuelto pastoso.

Se apresuró a bajar las escaleras con los zapatos en la mano para no hacer ningún

ruido. La bombilla de la entrada, de cuarenta vatios, más que luz parecía derramar una especie de penumbra enfurruñada. Le temblaban las manos, a duras penas logró introducir los peniques en la ranura. Marcó el teléfono de Quirke y permaneció en pie con el auricular pegado a la mejilla, respirando en el hueco del micrófono, mirando fijamente la puerta de la calle. ¿Era resistente la cerradura? ¿Aguantaría si alguien la empujase con verdadera fuerza? El tono de llamada siguió sonando, ring, ring, a un ritmo apagado, bien medido, que le hizo pensar en alguien que anduviera por un trecho de pasillo de un lado a otro, de un lado a otro, a pasos cortos, veloces. No podía quitar los ojos de la puerta. Estaba cerrada sólo con una cerradura Yale. Iba a tener que pedir al casero que pusiera un buen cerrojo. Consideró toda la cuestión con una especie de calma enloquecida. La cerradura Yale, el cerrojo, el pestillo... ¿y las bisagras? ¿Aguantarían las bisagras si la persona que empujase la puerta tuviera la fuerza suficiente? Al final, el tono de llamada dejó de oírse y fue sustituido por unos rápidos pitidos. O Quirke estaba tan profundamente dormido que no había oído sonar el teléfono, o tal vez fuese que no estaba en casa. Sólo que, entonces, ¿adónde habría ido? ¿Había convencido al taxista para que lo llevase a cualquier tugurio clandestino en el que pudiera seguir bebiendo? Dejó el pesado aparato negro —tenía la hechura y la gelidez de un arma— y se dirigió al pie de la escalera. En vez de subir a su piso, sin embargo, se sentó en el último peldaño y se rodeó las rodillas con ambos brazos, apretándolas contra el pecho. Miró la puerta sin pestañear.

Tenía que pensar. Era importante en ese momento pensar con claridad, con calma. Sólo era cuestión de tiempo, estaba ya seguro, para que fuesen a interrogarlo. No supo qué era lo que iba a decir, qué podía decir. Fuera como fuese, se las había ingeniado para convencerse de que ese momento no iba a llegar nunca. Hubo periodos, largos periodos, en los que era como si lo que ocurrió formara parte de un sueño, de uno de esos sueños que resultan tan reales que se alojan en el pensamiento durante muchos meses, durante años incluso, una mancha oscura de terror, de culpa imprecisa, imposible de aplacar. Había un lugar exactamente así en Odoni Street, detrás de la escuela primaria del Santo Rosario, en Port Harcourt, cuando era pequeño. Por allí pasaba un sendero, por la orilla de un barranco, y en un determinado lugar, donde una mata de malas hierbas, apretadas, enormes, se inclinaban sobre el agua enfangada, de color púrpura, el corazón se le ponía en un puño siempre que se acercaba. Algo tenía que haber ocurrido en ese paraje, algo tenía que haber visto, algo que había olvidado, aunque el aura de lo sucedido permanecía en su memoria a pesar de todos los años transcurridos. Esto, ahora, era naturalmente mucho peor; era algo que nunca podría olvidar, aunque lo había arrinconado tan al máximo en su ánimo que a veces lograba convencerse de que no era ni mucho menos algo ocurrido en realidad.

Cuando el taxi de Phoebe se alejó, él se quedó en la cuesta de la catedral, a la luz de la farola, durante un buen rato, haciendo amago de ir a un lado, al otro, sin saber qué hacer. El frío era muy intenso, y el relente de la helada que estaba respirando le rajaba la garganta como si fuera una llama fría. ¿Debía esconderse? ¿Debía escapar? ¿Y adónde podría huir en tal caso? No le sería precisamente fácil esfumarse entre las multitudes, no en esta ciudad. ¿Tal vez en Londres? Pero en Londres no conocía a nadie, y además no tenía dinero, no el suficiente para mantenerse en una ciudad como aquella. Además, ¿no estarían vigilando los barcos correo, el aeropuerto?

Era muy poco lo que sabía de este país, de las gentes que vivían en él. Era gente extraña. Se tomaban algunas cosas tremendamente en serio, mientras que otras, a primera vista serias, las ignoraban, o se reían de ellas. Eran muchas las cosas que allí se podían hacer por nada, sólo pidiéndolas, y no como en su país, donde era preciso comprar hasta el menor de los servicios en metálico, esa bonita forma de hablar de un soborno. Allí no se aceptaba su dinero, pero tampoco le tomaba nadie en serio. Eso era lo que más lo desconcertaba, el modo en que se mofaban y se burlaban de todo, de todos, incluidos ellos mismos. Y sin embargo las risas podían cesar sin aviso previo cuando uno menos se lo esperase. De pronto se encontraba uno completamente solo y rodeado por unos cuantos de ellos, todos mirándole a uno con ojos inexpresivos, en silencio, acusándolo, por más que no supiera uno de qué se le podía estar acusando.

Cruzó la calle y entró en la casa, deteniéndose con la llave en la mano y mirando a un lado y al otro por encima del hombro, como si fuera un auténtico delincuente. Eran las tres de la madrugada y no había un alma a la vista. Sacó la llave de la cerradura sin hacer ruido, y sin hacer ruido cerró la puerta y cruzó con sigilo el vestíbulo, completamente a oscuras. Sobre todo, no debía despertar a la señora Gilligan, quien sin duda llamaría a los guardias si oyese algo allá abajo a esas horas de la madrugada. Subió con cautela las escaleras.

En la habitación percibió un deje de la fragancia de Phoebe, aunque era difícil apreciar ningún olor por encima del pegajoso hedor a parafina de la estufa. Ésa era otra de las cosas de ese país: ¿cómo era posible que nadie hubiese intentado siquiera arreglárselas con el clima? En invierno se contentaban con permanecer acurrucados sobre unos tenues fuegos de carbón maloliente, o de carbón vegetal hediondo, mientras que nada más llegar el primer indicio del verano ya empezaban a quejarse del calor.

Mecánicamente se puso a hacer la cama, y entonces se dio cuenta de que tendría que cambiar las sábanas, pues sabía que, de día, la señora Gilligan a menudo subía a su piso a husmear aprovechando que él estaba fuera. De pronto le asaltó el recuerdo de Phoebe, que menos de media hora antes había estado allí, en sus brazos. ¿Volvería a suceder lo mismo otra vez? ¿Volvería a verla? Se sentó en la cama y se quedó

mirando al suelo, tratando de pensar aunque más bien tratara de no pensar.

Pero no sirvió de nada: no podía permitirse el lujo de perder los nervios y de ponerse a lamentarse por su suerte. Cansado, se tumbó en la cama y extendió las extremidades. Sí, estaba cansado, muy cansado. Se le fue poco a poco la cabeza. Se le ocurrió una idea, un lugar adonde ir, alguien que podría ayudarle, pero al instante el cansancio fue superior a sus fuerzas y no aguantó más, no siguió lo que el pensamiento urgentemente trataba de decirle.

Eran las ocho de la mañana y aún no había amanecido del todo cuando despertó Quirke, envuelto en una bruma espesa y calenturienta, en los vapores del alcohol y su propio olor corporal. Al principio ni siquiera supo en dónde estaba. El dormitorio y la cama en que se encontraba no eran los suyos, a pesar de lo cual no eran del todo desconocidos. Permaneció unos momentos sin mover un músculo, temeroso incluso de mover la cabeza, que le resultaba al mismo tiempo pesada como el plomo y tan frágil como una bola de cristal. Intentó recordar los acontecimientos de la noche anterior. La cena con Phoebe, el vino, el demasiado vino consumido, ¿y luego...? Había estado en un taxi; recordó el momento de marcharse del Russell. Después de eso había un lapso en blanco, y lo siguiente que atinó a recordar sin demasiada precisión era que estuvo en otro hotel. ¿Había sido el Central? No, había sido el Jury, en Dame Street; lo recordó por las vidrieras de las ventanas del bar. Luego estuvo en una de las habitaciones, en la que se celebraba una fiesta. Gente que no dejaba de darle copas, pero ¿quiénes eran? Vio las caras coloradas y relucientes que se le pegaban casi a la suya, cuatro o cinco rostros que parecían compartir un mismo cuello, y oyó risas atronadoras, y la voz de una mujer que le decía algo una y mil veces. Luego estuvo en la calle, estuvo en otro taxi... O no, no fue un taxi, pues esta vez conducía él, conducía por la orilla del canal, con la ventanilla abierta, el aire en la cara tan frío y tan cortante como la hoja de un cuchillo.

Se levantó de la cama deslizándose de lado bajo la sábana y se irguió con toda la cautela que pudo. Estaba en camisa y calzoncillos, y con los calcetines puestos. Se dirigió a la ventana y retiró la cortina a un lado. Un grisáceo amanecer iluminaba el canal. Allí abajo hacía frío, y discernió una capa blancuzca de hielo escarchado en la carretera, así como algunos témpanos que flotaban en la superficie inmóvil del agua. El Alvis estaba aparcado de manera extraña, en ángulo, cerca de la acera. Oyó un repentino ruido que sacudió el aire y se agazapó instintivamente, y dos cisnes como espectros vehementes y arrogantes pasaron volando bajo, en línea recta, batiendo las grandes alas. Ya había visto antes a esas dos aves.

Se abrió la puerta del dormitorio detrás de donde estaba.

—Ah. La Bella Durmiente por fin se ha despertado.

Esa mañana, Isabel Galloway no llevaba su quimono de seda, sino una bata de andar por casa, rosa, de lana, que le quedaba demasiado grande. Estaba fumando un cigarro. Se recostó contra la jamba de la puerta y apoyó un brazo en el hueco que formaba el otro, contemplándolo con una sonrisa levemente sardónica.

—¿Qué tal te encuentras, en caso de que haya que preguntarlo?

—Supongo que todo lo mal que merezco encontrarme. ¿Dónde están mis pantalones?

—En la silla, detrás de ti —dijo ella señalándolos. Él se los puso y se sentó al borde de la cama. Estaba mareado. Isabel se acercó a ponerle una mano en la cabeza, introduciendo los dedos entre su cabello—. Pobrecito.

Quirke la miró con ojos de sufridor.

—Lo siento, pero es que no recuerdo gran cosa —dijo—. ¿Estaba muy borracho?

—No estoy muy segura de qué entiendes tú por estar muy borracho.

—¿Hice un papelón muy lamentable?

—Intentaste llevarme a la cama, si te refieres a eso. Pero entonces te desmoronaste muy poco a poco, como un árbol que cae al talarlo, así que no mancillaste mi honor.

—Lo siento.

Ella exhaló un suspiro exagerado y le agarró un mechón de pelo para darle un tirón.

—Espero que no te vaya a dar ahora por pedir disculpas todo el rato, ¿eh? No hay nada tan irritante para una chica como un hombre que por las mañanas dice «lo siento, lo siento». Anda, baja. Está hecho el café.

Cuando ella se fue, Quirke entró en el minúsculo cuarto de baño, al otro extremo del pasillo, y se miró en el espejo. Por un momento tuvo la sensación de que estaba a punto de echarse a vomitar, pero se le pasó la náusea. Se lavó la cara con agua helada, jadeando.

En la cocina, Isabel estaba de pie ante el fogón, esperando a que hirviese el agua en la cafetera. Vio que él le miraba la bata.

—El quimono de seda me lo puse para causarte un buen efecto. Pero para cuando te marchaste, el culo se me había quedado helado, más azul que el de un babuino —dijo. Él también le miró los calcetines, gruesos y grises—. Me los hace mi madre a mano —dijo. Volvió al fogón—. Sí, tengo una madre, una viejecita que peina canas y me teje a mano los calcetines. No puede ser más terriblemente banal esta pequeña vida que llevo.

Él se sentó a la mesa sujetándose con una mano al respaldo de la silla y acomodándose muy despacio. Estuvo a punto de pedir disculpas, pero se mordió la lengua a tiempo.

Ella llevó el café a la mesa y sirvió las dos tazas.

—Las tostadas se han quedado frías —le dijo—. ¿Quieres que prepare más?

—No, gracias, con el café voy que ardo. No creo que pudiera comer nada ahora.

Estaba delante de él con la cafetera en la mano, mirándolo con aire de irónica compasión.

—¿Y dónde estuviste de copas, si se puede saber?

—En distintos sitios, por lo que alcanzo a recordar. Estuve cenando con Phoebe.

—Pero ella seguro que no permitió que te agarrases semejante borrachera...

—No, seguí bebiendo después de cenar con ella. Estuve en Jury, me parece. Había una fiesta, me invitaron. No me preguntes quiénes eran los demás invitados.

—Como quieras, no lo haré —se sentó frente a él y dejó el café en un posavasos de corcho. Cruzó los brazos, introduciendo las manos en las mangas de la bata para abrigárselas, y los apoyó sobre el canto de la mesa, observándolo—. Estás que das verdadera pena, Quirke.

—Sí —respondió. La luz grisácea iba cobrando fuerza en la ventana, tras el fregadero. Tenía frío y calor al mismo tiempo; y en las tripas, una sensación ondulante, como si una ola de algo lento, sucio y cálido le fluyera por los intestinos—. No debería haber venido a tu casa —dijo—. No deberías haberme dejado entrar.

—Es que insististe mucho. Y no quise dar motivos de escándalo a los vecinos. Eran las tres de la madrugada. Y no sé si lo sabes, Quirke, pero puedes armar una escandalera de cuidado.

—Ay, Dios.

—Déjame que te prepare una tostada.

—No. El café me está sentando bien. Estaré bien, no te preocupes. No es más que una resaca, estoy acostumbrado.

Ella se recostó en la silla, con los brazos cruzados y las manos ocultas.

—Así que estuviste con Phoebe —dijo—. ¿Y qué tal está?

—Está muy bien. La verdad es que está de maravilla. ¿Tiene un novio nuevo o algo así?

—No lo sé. ¿Por qué piensas que podría ser eso?

—Me pareció... me pareció feliz.

—Ah —Isabel asintió con aire de sabiduría—. Eso sería un indicio, sí. ¿Por qué no se lo preguntaste?

—¿El qué? ¿Si tiene novio?

—¿Te parece que sería algo tan raro? Al fin y al cabo es tu hija.

Frunció el ceño y flexionó los hombros, bajando uno y levantando el otro.

—Es que no... Nosotros no hablamos de esas cosas.

—Claro —dijo ella de plano—, ya me suponía que no —volvió a llenarle la taza—. Voy a darme un baño y luego me visto. Tengo un ensayo esta mañana. Me espera el país de las hadas de Maeterlinck —se puso en pie y se ciñó la bata. Al pasar, se detuvo a plantarle un beso veloz en la coronilla—. ¿Y tú, qué?

—¿Cómo que yo qué?

—¿No tienes que ir a trabajar y esas cosas?

—Sí, supongo que sí.

—Pues no te vayas antes de que baje.

Cuando se marchó, Quirke se quedó un buen rato sentado a la mesa, contemplando la luz pálida que pugnaba por establecerse del todo en la ventana. Estaba pensando en Phoebe. La noche anterior, en la cena, le había mentido. Cuando él le contó lo que le había dicho la vieja al inspector Hackett, lo que comentó sobre April y el hombre negro, ella le había mentido. No lo supo en el acto, pero ahora sí lo sabía. A Phoebe no se le daban bien las mentiras, siempre había sido así.

Se puso en pie y empujó la silla para dejarla en su sitio, emitiendo un chirrido contra las baldosas del suelo. La sensación ondulante que tenía en las tripas de pronto había reventado. Salió a toda velocidad por la puerta de atrás y apareció dando tumbos en el jardín, donde se inclinó sobre el desagüe a la vez que el café que había desayunado le subía a borbotones por el gaznate y se le derramaba en una cascada caliente, salpicándole los pantalones. Esperó entre jadeos y volvió a vomitar, pero esta vez no salió nada; ya había vomitado el lenguado durante la fiesta en el hotel, se acordó en ese momento. Se irguió y descansó contra el gotelé de la pared. El aire frío era como una mano que se le apoyase y le diera consuelo en la frente. Alzó la cabeza al cielo y contempló una planicie tan abotargadamente blanca como la arcilla para fabricar pipas. El frío le traspasó la camisa y le atenazó la garganta. Entró a aclararse la boca con agua del grifo del fregadero, que le supo a metal. Subió entonces la escalera estrecha y llamó a la puerta del cuarto de baño antes de entrar.

Isabel estaba en la bañera leyendo una revista. Era una bañera desgastada por el uso, amarillenta por la vejez, con manchas alargadas y castañas en el esmalte, bajo los grifos. Finas hilachas de vapor se movían en el aire, medidas por la corriente que entraba con la puerta abierta.

—Adelante, no te cortes —le dijo mirándolo desde el agua—. Te diría que te vinieras conmigo, pero me temo que encharcarías la casa entera.

Se había puesto un gorro de plástico para protegerse el pelo, con lo que su rostro resultaba más esbelto, estrechándose en la punta delicadamente hendida de su mentón. Su desnudez cabrilleaba bajo el agua verdosa. Humeaba un cigarrillo en un cenicero que tenía a la altura de la cabeza, y en ese momento lo alcanzó con la mano seca y dio una calada antes de dejarlo de nuevo en su sitio. Dejó caer la revista por el borde de la bañera y se estrelló contra el suelo, abriéndose las hojas en un abanico multicolor.

—Antes leía buenos libros —siguió—, pero terminaban tan empapados que tuve que dejar de hacerlo. ¿Tú qué haces en la bañera, Quirke? Supongo que no haces nada. Supongo que, como todos los hombres, te sumerges, te das un remojón y sales enseguida. Las mujeres somos auténticas sibaritas cuando se trata de bañarse, ¿no te lo parece? Es uno de los pocos lujos que nos concedemos de verdad, digan lo que digan. Me imagino perfectamente en el antiguo Egipto, metida hasta el cuello en

leche de burra, mientras unas doncellas sedosas me abanicaban con palmeras —calló e hizo una mueca, moviendo la boca hacia arriba por una de las comisuras—. ¿Qué te pasa, Quirke? —preguntó—. Dímelo.

—Acabo de vomitar —dijo—. No pasa nada, todo en orden, llegué al jardín a tiempo. Y sólo ha sido el café —ella esperó, mirándolo. Él se sentó al borde de la bañera—. Quería decirte... quería preguntarte... —volvió a flexionar los hombros con un gesto de desamparo—. No sé.

—Pues pregunta —dijo ella.

—Tú podrías... Siento que podrías... salvarme. Salvarme de mí mismo, quiero decir —apartó la mirada de ella. En un espejo pequeño y redondo, en la estantería, encima del lavabo, se vio en parte, un ojo y una oreja. Se fijó en las manchas que tenía en las rodilleras del pantalón; debía de haberse caído en algún sitio a lo largo de la noche—. Uno de los médicos de San Juan me dijo que bebo para huir de mí mismo. No es que fuera exactamente una noticia, pero... —se volvió entonces a mirarla—. ¿Qué vamos a hacer tú y yo?

Ella se paró a pensar un momento.

—Pues más o menos lo que hace todo el mundo —repuso—. ¿Qué crees que vamos a hacer?

—Lo que hace todo el mundo... Hacernos infelices el uno al otro.

Ella localizó el cigarro que estaba fumando y esta vez no lo dejó en el cenicero, sino que siguió fumárselo, con un ojo entrecerrado, mirándolo. Él no supo calibrar qué estaba pensando ella.

—Ay, Quirke —dijo.

Él asintió, como si estuviera de acuerdo con alguna proposición que ella le hubiera hecho. Le quitó el cigarrillo mojado de los dedos y le dio una calada y se lo devolvió.

—¿Sabes esa sensación que se tiene en sueños —dijo expulsando el humo—, esa sensación de que algo está pasando y de que no puedes hacer nada para impedirlo, salvo quedarte mirando cómo pasa lo que está pasando? Pues así es como me siento yo a todas horas.

—Sí —dijo ella—. Lo sé.

Isabel se incorporó, y el agua a su alrededor se meció con fuerza, y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Anda, dame esa toalla —le dijo. Se puso en pie. Pálida y reluciente, con el agua del baño corriendo entre sus pechos y a lo largo de sus piernas, por un instante pareció muy joven, casi una niña, delgada y vulnerable. Le dio la toalla y ella se envolvió con un escalofrío—. Dios mío, cómo aborrezco el puto invierno —dijo. Lo llevó de la mano al dormitorio. Cuando se acostaron juntos, él la estrechó en sus brazos y aún estaba mojada. Ella le acercó la boca al oído—. Dame calor, Quirke —le

dijo con una risa baja—. Dame calor, anda, sé bueno, encanto.

Sonaba el teléfono en el piso: Quirke lo oyó mientras subía las escaleras. Los timbrazos le produjeron el mismo temor inconcreto de siempre. No apretó el paso; quienquiera que fuese podía esperar, o llamar más tarde. Subió con andar cansino; estaba agotado. El teléfono aún sonaba cuando entró en el cuarto de estar. Se quitó el abrigo y lo colgó, y también colgó el sombrero. Pensó ir a su dormitorio y meterse a gatas debajo de las mantas. Aquel armatoste seguía sonando, los timbrazos cada vez más estridentes, con lo que no le quedó más remedio que cogerlo. Era Phoebe.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

—¿Estás bien?

Le dijo que le había llamado mucho antes, en plena noche en realidad, y que se había quedado preocupada cuando él no contestó a su llamada. ¿Había vuelto a casa desde el Russell sin complicaciones? Le dijo que sí. No le dijo que había vuelto a salir, no le dijo nada de la fiesta en el Jury; no le dijo nada sobre Isabel Galloway.

—¿De verdad que estás bien? —le preguntó. Él se frotó los ojos con la otra mano. Entonces, ella le contó lo del vigilante que se había plantado en la calle mirando a su ventana.

Podría haber ido a pie a Haddington Road —estaba a sólo diez minutos, bastaba con cruzar el canal—, pero prefirió ir en coche, aunque el automóvil le pareció más malhumorado y obstinado que de costumbre. Phoebe llevaba puesta la bata de seda que había pertenecido a Sarah. Dijo que muy probablemente eran imaginaciones suyas, refiriéndose a la presencia en sombra, junto a la luz de la farola.

—¿Y esto cuándo fue? —le preguntó.

—Ya te lo dije, en plena noche. Debían de ser... pues no sé, las tres o las cuatro de la madrugada.

—¿Y por qué estabas despierta a esas horas?

Ella se acercó a la chimenea y tomó de la repisa un paquete de tabaco y un encendedor.

—No podía dormir —dijo. Expelió rápidamente una bocanada de humo mirando al techo—. Muchas noches no puedo dormir.

Él se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de una silla.

—Veo que has vuelto a fumar —le dijo.

Ella sostuvo el cigarrillo lejos de sí y lo miró como si no se hubiera dado cuenta

hasta ese momento de que lo tenía en la mano.

—La verdad es que no he vuelto —dijo—. Sólo me fumo uno de vez en cuando. Es bueno para los nervios, según dicen.

Él se acercó, tomó el paquete que tenía en la mano y lo observó.

—Nubes de Paso —dijo—. La misma marca que fumabas antes.

Ella volvió a expeler el humo e hizo una mueca.

—Llevan tanto tiempo por ahí guardados que no saben a nada. El tabaco está rancio.

Él tomó uno y lo prendió con el encendedor de ella. La estufa de gas siseaba tras la rejilla; se sentaron uno a cada lado.

—Bueno —dijo Quirke—, cuéntame.

—¿Contarte el qué?

Estaba alisando el faldón de seda de la bata sobre la rodilla. No, no era una bata. ¿Cómo se llamaba? ¿Un quimono? Sarah tenía por costumbre ponérselo después de cenar, aunque hubiera invitados en la casa. La recordó retrepada en el sillón frente a la chimenea en la casa de Rathgar, mientras proseguía la conversación y Mal servía las copas. Todo había parecido mucho más simple en aquel entonces.

Pensó en Isabel Galloway con su *peignoir*.

Phoebe estaba pálida y parecía que tuviera las sienes algo hundidas, como si algo se las hubiese oprimido.

—Estás asustada —dijo Quirke—. Dime con exactitud qué es lo que viste.

Ella tomó un cenicero de encima de la estufa e hizo rodar el cigarrillo por el canto, afilándolo como si fuera un lápiz.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó—. ¿Té? ¿Café? —él no respondió, sino que se limitó a permanecer sentado, mirándola. Ella se encogió de hombros como si estuviera molesta—. Sólo me pareció ver a alguien ahí fuera, apostado junto a la farola.

—¿Y quién crees que podía ser?

—No lo sé. Ya te he dicho que ni siquiera estoy segura de que hubiese alguien. Pueden ser imaginaciones mías.

—Pero no es la primera vez que sucede, ¿verdad?

Ella apretó los labios y se miró el regazo. Pasados unos instantes, sacudió rápidamente la cabeza.

—No —dijo, aunque en voz tan baja que él apenas la oyó—. Me ha parecido ver a alguien antes, en ese mismo sitio.

—¿Cuándo?

—No me acuerdo. La otra noche.

—¿No llamaste a los guardias?

—No. ¿Qué les iba a contar? Ya sabes cómo son... Nunca se creen nada.

Él se paró a pensar unos instantes.

—Iré a hablar con Hackett —dijo al cabo.

—Oh, no, Quirke, por favor, no lo hagas. No quiero que venga a husmear por aquí.

—Podría poner a alguien de vigilancia en la calle, un policía de paisano, que esté pendiente durante dos o tres noches si hace falta. Si hay alguien, le podrán echar el lazo.

Ella rió.

—Sí, desde luego, igual que hicieron con...

Apartó la mirada. A aquel otro individuo que rondaba su ventana por las noches no le echó nadie el lazo hasta que ya fue demasiado tarde. Él alcanzó el cenicero y ella se lo acercó para que apagara el cigarrillo a medio fumar.

—Tienes razón —dijo él—, están rancios.

Phoebe se puso en pie y fue a la cocina, en donde él la oyó llenar de agua la pava.

—Voy a hacerme un tazón de Bovril —le dijo—. ¿Te apetece un poco?

Bovril. Ese sabor marrón, el sabor mismo de la Escuela Industrial de Carriclea.

—No —le respondió subiendo la voz—. Supongo que no tendrás nada de beber, ¿verdad?

Ella fingió no haberle oído. Cuando regresó llevando el tazón en la mano, él se había levantado de la silla y se hallaba de pie frente a la ventana, mirando al exterior. El aire en la calle estaba grisáceo por el vaho que se desprendía del hielo, y había escarcha incrustada en los parabrisas de los coches aparcados al otro lado de la calle. El olor a polvo de la cortina de cretona era un olor con efluvios al pasado más remoto.

—¿Te has terminado de acomodar aquí? —le preguntó.

—Supongo —dijo—. No es tan agradable como era Harcourt Street, pero me las apañó.

Estaba pensando que Quirke, en cualquier habitación en la que se encontrase, siempre terminaba por dirigirse a la ventana, en busca de una salida. Ella volvió a sentarse junto a la estufa, juntando bien las rodillas y encorvando los hombros, con la taza humeante entre las manos. Tenía frío.

—Podrías venirte a vivir conmigo, eso ya lo sabes —dijo Quirke.

Se dio la vuelta, de espaldas a la ventana. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿En Mount Street?

—No creo que allí hubiera sitio suficiente. Pero podría comprar una casa.

Lo seguía mirando con los ojos como platos. ¿Había hablado Rose con él? ¿Estaba ya todo decidido? ¿Se estaba refiriendo a eso, a que podía comprar una casa para que vivieran juntos los tres?

—No lo sé —dijo ella—. Es decir, en realidad no sé qué decir. Sería estupendo, por descontado, pero...

—¿Pero qué?

Ella se puso en pie con el tazón en las manos; de pronto fue como si todo sucediera a cámara lenta.

—No puedes preguntarme una cosa así y dar por hecho que te voy a contestar a la primera —dijo—, como si no se tratara de nada más que de... que de... No sé.

Él volvió a mirar por la ventana.

—Bueno —dijo—, era tan sólo una idea.

—¿Una idea? —exclamó ella—. ¿Tan sólo una idea? —dejó el tazón de golpe sobre la repisa—. No sé por qué me tomo esta porquería —dijo—. Es un asco.

Quirke cruzó la estancia y recogió el abrigo y el sombrero.

—Tengo que marcharme —dijo.

—Sí, claro. Gracias por venir.

Asintió, alisando las abolladuras por ambos lados del sombrero.

—Vendré a verte siempre que haga falta, eso ya lo sabes —le dijo.

—Sí, lo sé. Pero te pido una cosa por favor, Quirke —alzó una mano al hablar—. Te pido por favor que no hables con Hackett. De verdad, no quiero que hables con él.

—Muy bien, lo que tú digas. Pero la próxima vez que veas a alguien ahí fuera, me llamas de inmediato, ¿de acuerdo?

Ella no le contestó. Lo había llamado de inmediato y no lo había encontrado. En ese momento deseaba que se fuese, aunque en el fondo tal vez no lo deseara. Tendría que decírselo. Él se encaminó a la puerta.

—Quirke —le dijo—, espera. Te he mentado.

Él se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Sí? ¿En qué?

Ella tragó saliva. Sintió más frío con la bata de seda.

—Cuando me preguntaste por April, cuando me dijiste si conocía a alguien... a un negro —empezó a decir. Él aguardó a que siguiera—. Hay un amigo, un amigo de todos nosotros... que es nigeriano. Es estudiante en el Colegio de Cirugía.

—¿Cómo se llama?

—Patrick Ojukwu.

—Entiendo.

—Supongo que podría ser la persona a la que dice la vieja que vio con April en la casa. Es posible, desde luego —ella lo estaba mirando al hablar—. No parece que te sorprenda.

—¿No lo parece? —Quirke siguió donde estaba, mirándola, acariciando el sombrero—. Ese individuo... ¿cómo has dicho que se llama?

—Patrick. Patrick Ojukwu.

—¿Y qué era para April?

—Ya te lo he dicho, era un amigo, eso es todo —respondió. Se volvió de nuevo hacia la puerta—. Vas... vas a ir a hablar con Hackett, ¿verdad? —le dijo—. Vas a decirle lo de Patrick.

Él se detuvo otra vez, se dio la vuelta de nuevo y la miró.

—Si hay alguien que está vigilando la casa, vamos a tener que averiguar quién es.

—Yo estoy segura de que no hay nadie. Estoy segura de que son imaginaciones mías —se dirigió a la repisa y tomó otro cigarrillo del paquete y lo encendió—. No voy a ver a Hackett —dijo mirando a la chimenea—. Por favor te lo pido.

—Fuiste tú quien vino a verme con lo de April Latimer —le dijo él—. No esperarás que ahora me olvide de todo eso.

De camino al hospital pasó por la comisaría de policía de Pearse Street y pidió a la entrada permiso para ver a Hackett, pero éste no se encontraba en el edificio. El joven guardia del pelo de zanahoria —¿cómo se llamaba?— le dijo que el inspector no estaría de vuelta hasta la tarde. El dolor de cabeza que tenía Quirke era como un tambor que le resonara lento entre las sienes. Delante de la comisaría, un guardia se encontraba plantado delante del Alvis, garabateando en una libreta con un lápiz enano. Era robusto y ya no muy joven, y tenía el rostro huesudo y la piel llena de pecas. Señaló con un dedo el parabrisas.

—No se aprecia que tenga el distintivo de haber pagado los impuestos ni el seguro —le dijo.

Quirke le explicó que el coche era nuevo, que los impuestos y el seguro estaban en regla, que los papeles aún no le habían llegado, pero que los esperaba para cualquier día, todo lo cual no era cierto: tenía los impresos, pero no los había cumplimentado.

—Soy médico —dijo.

—¿De veras? —replicó el guardia, mirándolo de hito en hito—. Pues qué bien. Yo soy sargento de la Garda y le estoy diciendo que el distintivo de los impuestos y el del seguro tienen que estar bien visibles en el parabrisas.

Se guardó la libreta en el bolsillo de la guerrera y se alejó a buen paso.

Cuando Quirke llegó al hospital se encontró con que tenía un recado esperándole en Admisión. Celia Latimer lo había llamado por teléfono. Deseaba hablar con él y le pedía que se acercase a su casa de Dun Laoghaire. Arrugó la nota y se la guardó en el bolsillo del abrigo. Se sentía fatal; estaba dolorido por todas partes, con la piel irritada, con un ardor agrio en el estómago. Y sin embargo, era extraño, ya que nunca parecía estar más seguro de sí mismo que cuando andaba con una resaca como ésa.

La resaca hacía que aflorase una faceta suya poco habitual, la faceta de Carricklea, colérica, vindicativa, que en el fondo no le agradaba, aunque sí tenía una encubierta admiración por esa vertiente de su carácter. Quería ante todo saber quién era el que se había dedicado a espiar a su hija. Andaba con ganas de romperle la crisma a quien fuese.

Sonó el teléfono en el despacho. Era alguien cuya voz no reconoció.

—Soy amigo de su hija, amigo de Phoebe —la comunicación era defectuosa y Quirke tuvo que pedirle que repitiera dos veces lo que había dicho—. Estoy aquí mismo, a la vuelta de la esquina, me puedo acercar en un minuto.

Era un tipo minúsculo, un complicado modelo a escala de una persona de mayor envergadura. Tenía el cabello pelirrojo y una cara muy pálida, pecosa, de rasgos afilados, delgada, como una de las hadas de Arthur Rackham.

—Jimmy Minor —le dijo, y entró con la mano extendida. El impermeable de plástico que llevaba emitía crujidos y chirridos y despedía un tenue olor a caucho.

—Sí —dijo Quirke—, Phoebe me ha hablado de usted.

—¿De veras? —exclamó. Parecía sorprendido e incluso algo receloso.

Quirke rebuscó por la mesa y encontró un paquete de Senior Service, pero Minor ya había sacado uno de Woodbines. Tenía las primeras articulaciones del índice y el anular del color del roble ahumado.

—En fin —dijo Quirke—, ¿y qué puedo hacer por usted, señor Minor?

Vaya nombrecito.

—Soy periodista —dijo Minor—. Del *Evening Mail* —a Quirke no habría sido preciso decírselo, pues el tabaco barato y el impermeable de plástico eran tan reveladores como si llevase un carnet de prensa sujeto en la cinta del sombrero—. Conocía... quiero decir que conozco a April Latimer.

—¿Sí? —dijo. Tuvo un leve temblor de manos. A Quirke le recordaba a alguien, aunque por el momento no supo quién podía ser.

—Sé que está al tanto de que ha desaparecido.

—Bueno, por lo visto nadie ha tenido noticias de ella desde hace dos o tres semanas. De eso sí estoy al tanto. Pero debe de estar enferma, ¿no? Al menos, mandó una nota o un certificado al hospital, aquí, para comunicar que estaba enferma.

El hombrecillo dio un brinco.

—¿Y usted lo ha visto?

—¿El certificado? No. Pero sé que lo envió.

—¿Y estaba firmado? ¿De su puño y letra?

—Le acabo de decir que no lo he visto —respondió. No le hacía ninguna gracia ese individuo con pinta y con talla de muñeco; había un exceso de vehemencia en su persona; era demasiado avasallador, y era además malicioso, ladino. Cayó en la cuenta de quién era la persona a la que le recordaba: Oscar Latimer, cómo no—.

Dígame, Jimmy. ¿Es así como se llama? Dígame, Jimmy, qué es lo que piensa usted que está pasando con April.

En vez de responder, Minor se puso en pie y con paso de gallo de corral se pavoneó con el cigarrillo en la boca hasta la ventana de la sala de disección. Más allá de la lámina de cristal, la luz era un resplandor, siniestro, glacial, y un ujier vestido con una bata verde, sucia, pasaba con desgana una fregona por las baldosas grises del suelo. Minor se había quedado mirando la mesa de disección, en donde había un cadáver cubierto con una sábana de plástico. Miró a Quirke por encima del hombro.

—¿Los tienen aquí mismo, así, los cuerpos?

—¿Y dónde le parece que deberíamos ponerlos? Éste es el departamento de Patología.

—Pensé que... Bueno, no sé. Pensé que estarían en una cámara frigorífica o algo así.

—Hay una sala refrigerada. Pero ése —indicó con un gesto el cadáver— está esperando a que se le practique la autopsia.

Minor volvió a la mesa y se sentó.

—Doctor Quirke —dijo—, sé que ha hablado usted con la familia, con el tío y la madre de April, y también con su hermano. A mí no me van a recibir, eso no hace falta ni que lo diga, y yo...

—¿No le van a recibir? ¿Con motivo de qué quiere usted que lo reciban?

Minor lo miró de repente, sobresaltado.

—Bueno, pues para hablar de April.

—¿Es que tiene pensado escribir algo, publicar algo en el periódico sobre la desaparición de April?

La mirada del joven se tornó evasiva.

—No lo sé. Sólo... sólo pretendo recopilar la información que me sea posible, saber qué es lo que se sabe.

—Y cuando haya recopilado esa información, ¿piensa escribir un artículo?

Minor parecía deseoso de escabullirse.

—Mire, doctor Quirke, como ya le he dicho, yo soy amigo de April, y...

—No, me ha dicho que era amigo de Phoebe. Dijo que conocía, o que conoce a April —hizo una pausa—. Lo que me estaba preguntando, Jimmy... —puso un énfasis amenazador al pronunciar su nombre—, me estaba preguntando qué interés tiene usted exactamente en este asunto. ¿Es usted amigo o es usted periodista?

—¿Y por qué no iba a ser ambas cosas?

Quirke se recostó en su sillón. De golpe se acordó de que había una botella de whisky en uno de los cajones del escritorio.

—No creo que las cosas funcionen de esa manera. Creo que mejor será que decida qué es lo que quiere ser, qué es lo que es. Hay informaciones y hay

informaciones, Jimmy, y algunas tal vez requieran una interpretación amistosa.

Jimmy Minor sonrió, y por un instante Quirke se quedó atónito por lo dulce que era su sonrisa, lo repentina, lo franca y sin reservas que le resultó.

—También los sabuesos que siguen el rastro de la noticia tienen amigos, doctor Quirke.

A la vez que la sonrisa había aparecido un acento de película —*sagüesos*, dijo—, y también él se retrepó en su asiento y prendió otro Woodbine, dejando caer la cerilla en el cenicero con un gesto entre maniático y melindroso. Había tomado la decisión, y Quirke se dio cuenta, de probar suerte con su encanto personal.

—Dígame qué es lo que quiere de mí, señor Minor —dijo Quirke—. Pasa el tiempo y hay un cadáver ahí mismo, que desde luego no se pondrá más fresco con el paso de las horas.

—Es sencillo —dijo Minor con aire petulante, con su sonrisa de conquistador—. Tengo la esperanza de que me ayude usted a averiguar qué le ha pasado a April. April me gusta. Mejor dicho, la admiro. Es una mujer que no se pliega ante nada ni ante nadie. Tal vez tenga un gusto por lo menos discutible en materia de hombres, pero eso no quiere decir que... —calló de pronto.

—¿No quiere decir qué?

Minor se examinó los dedos sucios de nicotina y el cigarrillo que sostenía.

—Phoebe cree que algo le ha pasado. A April. ¿Usted qué opina?

—No lo sé. ¿Usted piensa eso mismo?

—Alguna razón tendrá que haber para que haya desaparecido de esa forma.

—Tal vez se haya ido de viaje. Tal vez necesitaba unas vacaciones.

—Eso es algo que no se cree ni usted, como tampoco lo creo yo, ni tampoco lo cree Phoebe. April nos habría dicho que se iba.

—Entonces es que piensa que ha tenido que pasarle algo.

—Lo que yo piense no tiene importancia. Usted ha hablado con la familia. ¿Qué es lo que piensan ellos?

—Piensan que es una bala perdida, una mujer de mala fama, y no desean tener la menor relación con ella. Eso es lo que dicen. No veo que haya razón para no creerles.

De pronto le vino a las mientes, y le produjo un ligero sobresalto, que no sabía qué apariencia física tenía April Latimer, que ni siquiera la había visto en una fotografía. En todo momento había sido una desconocida, una persona de la cual hablaban los demás, de la que se preocupaban los demás, a la que tal vez también odiaban los demás. De súbito, hablando con ese hombrecillo tan peculiar y tan poco apetecible, fue como si la espectral aparición que había seguido en medio de la niebla acabara de salir a plena luz del día, aunque todavía estuviera a tal distancia que tan sólo acertara a discernir su silueta, y no sus facciones. ¿Por cuánto tiempo más y hasta qué extremo tendría que seguir adelante hasta ver a April Latimer con claridad?

—Dígame —dijo—, ¿conoce a ese otro amigo de April, al nigeriano, a Patrick Ojukwu?

Al joven se le alteró la expresión de la cara, tornándosele sombría y arisca.

—Pues claro —dijo con sequedad—. Todos lo conocemos.

—¿Qué puede decirme de él?

—Lo llamamos el Príncipe. Su padre es una especie de jefe de su tribu. Por lo que se ve, allá tienen su versión de la aristocracia —se rió por lo bajo—. Son los peces gordos de la selva.

—¿Eran más que amigos, April y él?

—¿Quiere decir que si estaban liados? Vaya, pues no me extrañaría —torció la boca en un gesto de desagrado—. Como ya le digo, April tenía un gusto extraño en materia de hombres. Le gustaba añadir un toque de especias, no sé si me entiende.

Estaba celoso, Quirke se dio perfecta cuenta.

—¿Era promiscua?

Jimmy Minor volvió a reír de manera desagradable.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Por la parte que me toca no me ha beneficiado su promiscuidad, si es que está pensando en eso.

Quirke lo miró de soslayo.

—¿Dónde vive el nigeriano en cuestión? —preguntó.

—Tiene un piso en Castle Street. Phoebe, estoy seguro, sabrá decirle dónde —y volvió a sonreír, esta vez enseñando la punta de un colmillo.

Quirke se puso en pie.

—Lo lamento —dijo—, pero me queda por delante una tarde con mucho ajetreo.

Minor, sorprendido, apagó velozmente el cigarrillo y se puso en pie despacio.

—Gracias por atenderme, no le robo más su tiempo —dijo con sarcasmo sonriente. Quirke lo condujo hacia la puerta. En la ventana de la sala de disección, Minor se detuvo y volvió a mirar el cadáver envuelto sobre la losa de mármol—. Nunca he visto una autopsia —dijo un tanto molesto, como si fuera un lujo que se le acabara de negar por puro capricho.

—Venga un día de éstos —dijo Quirke—. Siempre nos agrada hacerles sitio a los caballeros de la prensa.

Cuando se hubo marchado Minor, Quirke volvió a sentarse y miró el teléfono durante un rato, haciendo un redoble constante con los dedos en el canto de la mesa. Vio a Sinclair entrar en la sala de disección —los dos se hicieron el gesto de costumbre, un saludo vagamente despectivo a un lado y otro del cristal— y al final tomó el teléfono y marcó el número de Celia Latimer. Contestó la doncella y le dijo que la señora Latimer no se podía poner en ese momento.

—Dígale que es de parte del doctor Quirke —dijo—. Está esperando mi llamada.

Se le ocurrió de pronto preguntarse si tal vez Sinclair no habría llegado a conocer a April Latimer. Los médicos jóvenes a los que había preguntado por el hospital le habían dicho que April iba a su aire, que no parecía que fuese muy amiga de socializar con el resto del personal. Tenía la impresión de que April no había caído en gracia, de que causaba resentimiento cuando menos, tal vez por su actitud distante y quizás engreída. Podría haber hecho causa común con el cínico, lacónico y hastiado Sinclair, si es que sus caminos habían llegado a cruzarse.

—Gracias por llamar, doctor Quirke —sonó en su oído la voz fría y cortante de Celia Latimer—. Tal como le dije, me gustaría que hablásemos un momento. ¿Cree que le sería posible venir a mi domicilio?

—Sí —dijo—. Puedo acercarme. He de ir a ver a una persona esta tarde.

—¿Le parece bien a las cinco en punto?

Hablaba con la voz tensa, trémula, como si tuviera dificultades en ocultar algo que a toda costa deseara desvelar. Quirke no tenía ganas de ir hasta la casa, pero sabía que terminaría por hacerlo.

—Sí —dijo—, a las cinco en punto me viene bien. Allí estaré.

Depositó el teléfono despacio en su sitio, pensando, y entonces se levantó y acudió a la sala anexa. Sinclair había retirado la sábana de plástico que cubría el cadáver —un joven demacrado, con las mejillas macilentas y una barba de dos días— y lo contemplaba con su pétrea actitud de siempre.

—Los guardias se lo encontraron a primera hora de la mañana en un callejón, detrás de Parnell Street —dijo—. A todas luces parece una hipotermia —olisqueó y asintió—. El hijo de alguien.

Quirke se apoyó en el fregadero de acero inoxidable y encendió un cigarrillo.

—April Latimer —dijo—. Una médico residente del hospital. ¿La conoce usted?

Sinclair seguía observando el cadáver, mirándolo de hito en hito.

—La he visto por ahí, sí —dijo—. Pero no últimamente, ahora que lo pienso.

—Es natural, está enferma, por lo visto —golpeó el cigarrillo encima del fregadero y oyó el mínimo chisporroteo de la ceniza al contacto con la superficie húmeda del desagüe—. ¿Cómo es?

Sinclair se volvió y se apoyó encorvado contra la mesa de disección, separando los faldones de la bata blanca para introducir las manos en los bolsillos de los pantalones.

—No tengo ni idea. No creo que haya hablado con ella más de una o dos veces.

—¿Y qué se dice de ella?

—¿Qué se dice?

—Hombre, ya me entiende. ¿Qué cuentan de ella los demás residentes, sobre todo los hombres?

Sinclair se estudió las punteras de los zapatos antes de encogerse de hombros.

—Pues no se dice gran cosa, según tengo entendido. ¿Es que se supone... se supone que tiene fama de algo?

—Eso es justo lo que yo esperaba que usted me dijera. Es sobrina de Bill Latimer.

—¿En serio? Vaya, pues no lo sabía.

Quirke vio relucir en sus ojos el deseo que tenía de preguntar por qué le interesaba April a la vez que la sombra de la duda, por si fuera o no oportuno preguntarlo.

—Parece ser —dijo Quirke— que no es que esté enferma, sino que se la echa en falta. Está desaparecida.

—Vaya... —Sinclair se enorgullecía de no dar muestras nunca de estar sorprendido—. ¿Desaparecida, cómo? ¿Como si estuviese presuntamente muerta?

—No, nadie ha presupuesto tal cosa. Lo único que pasa es que no se tienen noticias de ella desde hace unas semanas —dijo. Esperó un poco antes de hacer otra pregunta—. Patrick Ojukwu... ¿Lo conoce usted?

Sinclair frunció el ceño, formándosele un nudo triangular sobre el oscuro promontorio que tenía por nariz.

—Patrick... ¿qué?

—Es africano. Estudia en el Colegio de Cirugía.

—Ah —el joven adoptó un aire de sardónica diversión—. ¿Y es la razón de que esté ella desaparecida?

Quirke trataba de oprimir la colilla para que pasara por la reja del desagüe.

—Pues no, al menos por lo que alcanzo a saber —dijo—. ¿Por qué piensa tal cosa?

—Los negros de Cirugía, éstos sí que tienen fama.

—No pueden ser muchos.

—Seguramente es mejor así.

—Parece que es amigo suyo, de April Latimer.

—¿Qué clase de amigo?

—Amigo amigo, según tengo entendido. Mi hija los conoce a los dos.

Sinclair seguía mirándose las punteras de los zapatos. En los años que llevaban trabajando juntos, nunca se habían permitido ninguno de los dos que surgiera nada similar al afecto, y eso tampoco iba a ocurrir en ese momento. Quirke era sabedor de que su ayudante no confiaba en él, y él por su parte lo miraba con recelo. Sinclair aspiraba a quedarse con su puesto, y tarde o temprano lo conseguiría.

Las lámparas fluorescentes del techo derramaban un crudo resplandor sobre el cadáver, en la mesa, cuya piel grisácea y reseca parecía burbujear, como si la luz arrancase las moléculas mismas de que estaba hecha.

—Y su hija —dijo Sinclair—, ¿qué piensa ella? ¿Qué cree que habrá sido de su amiga?

—Está preocupada por ella. Y eso ya es más, a lo que se ve, de lo que corresponde a su familia.

—¿Se refiere al ministro?

—Y a su madre. Y a su hermano también, Oscar Latimer.

—¿El Santo Padre? —Sinclair rió con frialdad—. Ya estará encargando misas por su retorno sana y salva.

—¿Es así como lo llaman, el Santo Padre? —Quirke había vuelto a pensar en esa botella de whisky que tenía en un cajón de la mesa. Otra vez la resaca le machacaba la cabeza. Pensó en Isabel Galloway—. ¿Usted lo conoce? —preguntó.

—¿A Su Santidad? —dijo Sinclair. Sacó un paquete de Gold Flake y se introdujo un cigarro entre los labios, pero no lo encendió—. Fui a una o dos de sus lecciones magistrales —dijo.

—¿Y? ¿Qué diría de él, qué le pareció?

El joven se paró a pensar. Se quitó de la boca el cigarrillo sin encender.

—Un obseso —dijo.

Quirke recogió a Isabel en la esquina de Parnell Street y recorrieron en el automóvil los muelles hasta doblar a la derecha para enfilarse por el parque. El día, que había sido breve, ya empezaba a oscurecer del todo, y el cielo sobre el río estaba despejado, de una tonalidad violeta intensa; más abajo, el aire escarchado parecía teñido de un delicado color de rosa. Ella volvió a decir que detestaba esa época del año, esos espantosos días de invierno que parecían haber terminado antes de empezar como es debido. Él dijo que le gustaba el invierno, las heladas y las noches largas. Ella le preguntó si acaso le recordaba a su niñez, y tras esperar en vano a que le diera una respuesta se volvió a mirar por la ventanilla los muelles que iban quedando atrás. Él la observó de reojo; de perfil tenía una expresión sombría; supuso que estaba enojada. Pero no quería hablar con ella de su niñez, con ella no. El pasado contenía veneno dentro. Le preguntó si estaba bien, y un par de segundos después ella le dijo que sí, que el ensayo de la mañana se le había hecho largo y que estaba un poco cansada; además, le parecía estar incubando un resfriado.

—Qué coche tan bonito —dijo, aunque resultaba evidente que estaba pensando en otra cosa.

Él le preguntó si no querría parar en Ryan, en Parkgate Street, para tomar una copa, pero ella le dijo que no, que era demasiado pronto para eso, y que preferiría dar el paseo que iban a dar mientras aún hubiera luz diurna. Entró por la puerta del parque por Chesterfield Avenue.

—Aquí es donde aprendí a conducir —le dijo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso cuándo fue?

—La semana pasada.

Ella lo miró de lleno.

—Dios mío... ¿Has aprendido a conducir... hace sólo una semana?

—No tiene ningún misterio, sólo es cosa de pisar los pedales y girar el volante —condujo hasta aparcar a la orilla de la carretera y detuvo el coche—. Lo cual me recuerda —dijo— que debo sacarme un permiso de conducir, dicho sea de paso.

Permaneció unos momentos alelado, mirando por el parabrisas.

—¿Qué tal va esa resaca? —le preguntó ella.

—Ah —dijo—, pues parece que ya mengua.

—¿Quieres decir que mengua la resaca o que te está menguando a ti?

—Está menguando la resaca y yo voy estando mejor. Es lo que tienen las resacas: igual da lo terribles que sean, porque al final se pasan.

—Supongo que a estas alturas estás que te mueres de ganas de tomarte una copa. ¿Querías que parásemos en Ryan?

—La verdad es que no.

—A Phoebe le preocupa lo tuyo con la bebida, no sé si lo sabes.

Seguía mirando el atardecer invernal.

—Sí —dijo—. A mí también.

—¿Y qué hemos de hacer para impedir que te pierdas por las tabernas y los pubs? —le puso una mano en el muslo sin posarla apenas—. Vamos a tener que pensar en una buena solución, ¿no crees?

Salieron y echaron a caminar en medio de la bruma liviana. Los ciervos pastaban en un rebaño entre los árboles, a la izquierda; un macho con una buena cornamenta los miraba, rumiando con un movimiento lateral de las mandíbulas. Las pieles de los animales eran del mismo color que la corteza de los árboles en medio de los cuales estaban.

—Me ha llamado la madre de April —dijo Quirke.

Isabel había enganchado su brazo en el suyo y se apretaba contra él para no tener frío.

—¿Qué dijo?

—Me ha pedido que vaya a verla.

—¿Ha tenido noticias de April?

—No lo sé. No lo creo. Le dije que iría a visitarla a las cinco.

—Pues ya casi son las cuatro.

—Lo sé. ¿Quieres venir conmigo?

—Ah, caramba —dijo con un temblor en la voz—, pues no sé qué decirte. La viuda Latimer es de las que dan un poco de miedo, ya lo sabrás.

Pasó de largo un ciclista, encorvado sobre el manillar bajo de la bicicleta de carreras, dejando a su paso cómicas bocanadas de aliento, como el humo de un tren. Una pareja ya entrada en años estaba sentada en un banco, los dos con sendas bufandas y con idénticos gorros de lana adornados con una borla. Su perro, un spaniel King Charles con ganas de bulla, correteaba por la hierba formando un complejo dibujo de líneas rectas y ángulos agudos, sin hacer caso de los ciervos.

—¿Tú la conoces? Quiero decir a la señora Latimer —preguntó Quirke.

—Sólo por la fama que tiene. Que es formidable.

—Sí. Es un poco una ogresa, es cierto. Aunque a mí me da lástima.

—¿Por April?

—Por eso y porque no puede ser nada fácil ser la viuda de Conor Latimer.

—¿A qué especialidad se dedicaba?

—Era cirujano cardiovascular, y era un héroe nacional. Combatió en la guerra de la Independencia.

Ella se rió.

—Razón de más para no mezclarse con ella —le apretó el brazo y le sonrió—. A fin de cuentas, yo soy medio inglesa.

—¿Y cómo iba a olvidarlo?

—¿Por qué? ¿Porque te has acostado conmigo tan fácilmente? —hizo una mueca—. Perdona, se me ha escapado, ha sido sin querer.

Siguieron paseando.

—¿April nunca te habló de su padre? —preguntó Quirke.

—Tendía a no hablar nunca de su familia. Un asunto delicado —se rió, aunque con no demasiada convicción—. Un poco como el asunto del que ahora no estamos hablando, digo yo.

Al cabo de una docena de pasos, Quirke carraspeó.

—Siento mucho lo de esta mañana —dijo—, haber entrado en el baño sin llamar.

—No me ha importado. Más bien todo lo contrario, si quieres que te diga la verdad. Me sentí como... Oh, no sé, como Helena, o Leda, o la que sea, como si descendiera sobre mí un dios convertido en toro. Tienes bastante pinta de toro, la verdad, cuando estás en un espacio cerrado.

—Sí —dijo—, y el mundo es mi cacharrería.

Ella le volvió a apretar el brazo, arrimándose a su costado, y a través de su abrigo él notó el calor y la delicada curva de las costillas. Volvieron a guardar silencio y él sintió que en ella algo iba ganando impulso. De pronto le habló con un hilillo de voz tensa.

—Quirke, ¿adónde vamos?

—¿Adónde vamos? Bueno, pues hemos pasado ya el monumento a Wellington y el zoo queda poco más allá.

—¿A ti te parece que esto tiene gracia?

—Creo que los dos somos personas adultas y que deberíamos comportarnos en consonancia —dijo. No quiso que sonara tan áspero como sonó.

Ella le soltó el brazo y caminó más aprisa, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y la cabeza gacha. Él avivó el paso y la alcanzó y la tomó por el codo, obligándola a detenerse. Ella intentó apartar el brazo, pero él la sujetaba con demasiada fuerza.

—Ya te lo he dicho antes —dijo—, estas cosas no se me dan nada bien.

Ella lo miró a la cara; asomaban las lágrimas al borde inferior de sus párpados, temblorosas, resplandecientes, como gotas de mercurio.

—¿Qué clase de cosas?

—Estas cosas. Tú, yo, los cisnes a la luz de la luna...

—¿Los cisnes a la...?

—Lo que quiero decir es que no sé cómo comportarme, eso es todo. No he

aprendido nunca, no he tenido quien me enseñara. La gente, las mujeres... —hizo un movimiento con el canto de la mano, como si cortase algo—. Para mí es imposible.

Estaba delante de él, muy cerca, mirándolo, y él tuvo que obligarse a no apartar los ojos.

—Escúchame bien —dijo ella con una voz renovada, rápida, incisiva—. Yo no te he pedido nada. Ni promesas, ni votos, ni compromisos. Creí que eso ya lo habías entendido, creí que lo habías aceptado. Ahora, mejor que no te entre el pánico todavía, cuando no hay nada que temer. Hazme ese favor, aunque sea por pura cortesía, ¿quieres?

—Lo sien...

—Y, por favor te lo pido, nada de disculpas. Ya te lo dije, pocas cosas son tan desalentadoras como un hombre que no hace más que farfullar cuánto lo siente.

Sin previo aviso, se puso de puntillas y le tomó la cara entre ambas manos y le plantó un beso con fuerza en la boca.

—Serás bobo —dijo, y se echó hacia atrás—. Serás jodido bobo... ¿O es que no te das cuenta de que podrías ser feliz?

Había anochecido cuando llegaron a Dun Laoghaire, y una luna de tres cuartos, blanca como un relámpago, se había encaramado encima de la bahía. No hacía tanto frío a la orilla del mar y la carretera estaba negra y brillante por la helada derretida a lo largo del día. Cuando detuvo el coche frente a Albion Terrace no bajaron de inmediato, sino que se quedaron sentados oyendo el tictac del motor enfriándose. Quirke encendió un cigarrillo y bajó la ventanilla un par de dedos para tirar la cerilla por el hueco.

—Creo que no debería haberte pedido que vinieras —dijo—. Podría llevarte al hotel y me esperas a que termine si quieres.

Isabel miraba la luna.

—Me alegro de que me lo hayas pedido —dijo sin volverse hacia él—. Deberías pedir las cosas más a menudo. A todo el mundo le gusta que se le pidan cosas. Les hace sentirse necesarios —alargó la mano a ciegas y le tomó la suya—. Ay, señ... —dijo con una risa temblorosa—. Me parece que se me va a caer otra lagrimilla.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé. ¿No te parece espantoso que lloremos así, sin motivo? —en ese momento sí se volvió hacia Quirke, y él vio sus ojos, grandes y resplandecientes—. No me imagino que tú llores muy a menudo, Quirke. Tú no sueles llorar, ¿verdad? —preguntó. Él no dijo nada y ella le apretó la mano con más fuerza, dándole una sacudida compungida—. Eres un hombretón de los fuertes, nada de lloros, ¿eh?

Un rayo de luna le dio en la mano con la que sujetaba la suya. En la negrura se oía graznar y gañir aves invisibles.

—Yo estoy tan perdida como tú, no sé si te has dado cuenta —siguió—. ¿No podríamos ayudarnos el uno al otro al menos un poco para seguir por este arduo camino en el que nos encontramos?

Él la estrechó con torpeza entre sus brazos —el volante se interponía entre ambos— y la besó. Mantuvo los ojos abiertos y vio, más allá de la pálida concavidad de su sien, a una de las aves que de pronto apareció en pleno descenso, en medio de la noche, veloz y asombrosamente blanca.

Subieron por el sendero entre las extensiones de césped reluciente, la gravilla húmeda bajo sus pies. Ella había vuelto a cogerle la mano.

—Tú ya la has conocido, quiero decir a la madre de April, ¿no? —dijo ella—. No sé si lo sabes, pero nos da miedo a todos.

—¿Quiénes sois «todos»?

—Los amigos de April.

—Entiendo —dijo—. Los amigos de April. Esta tarde he conocido a uno de ellos. Un periodista.

—¿Jimmy Minor? —Isabel mostró su sorpresa—. ¿Y dónde lo has visto?

—Vino él a verme al hospital, preguntando por April.

—¿De veras? ¿Y qué dijo?

—Andaba en busca de alguna información, como suelen hacer los periodistas.

—Espero que no esté pensando en escribir algo sobre ella y publicarlo en el periódico... —dijo. Habían llegado a la puerta de entrada. Había una luz encendida en el porche—. ¿Qué le dijiste?

—Nada. ¿Qué es lo que hay que decir en todo esto?

Tocó el timbre y oyeron la música a lo lejos, en el interior. Isabel miraba por encima del hombro, hacia la negrura del jardín, pensando.

—Me pregunto qué se traerá entre manos —murmuró—. Puede ser muy revoltoso nuestro Jimmy.

Les abrió la puerta Marie, la doncella pelirroja. De Quirke se acordaba, y dijo que sí, que la señora lo estaba esperando. A Isabel la miró con aire de estupefacción; Quirke prefirió no presentarla.

Los condujo por el pasillo a un salón no muy grande, cuadrado, al fondo de la casa. Había un escritorio antiguo, con infinidad de cajones, y dos sillones y un pequeño sofá tapizado en terciopelo rojo y gastado. Unas fotografías en tonos sepia y no muy nítidas, con caballeros barbudos y damas con abundantes puntillas, se apiñaban en las paredes; el lugar de honor, encima del escritorio, correspondía a una copia enmarcada de la Proclama de 1916.

—Como seguramente habrá adivinado, era el despacho de mi esposo —dijo Celia Latimer, e indicó otra fotografía en marco de plata, un retrato del difunto Conor Latimer, de estudio, con una estampa de una afabilidad imposible, con la cabeza

ladeada y un cigarrillo en la mano, delante de la cara; ostentaba la sonrisa de una estrella del cine, arqueada y cómplice—. Su guarida, lo llamaba él —dijo su viuda.

Llevaba el cabello recogido en la nuca y una falda de cuadros escoceses y una chaqueta de lana gris, con un suéter gris debajo y un collar de perlas; resultaba al mismo tiempo anticuada y suntuosa, más la Reina Madre que la propia Reina. Se había levantado para saludarlos. Quirke le presentó a Isabel Galloway y la señora Latimer esbozó una sonrisa glacial.

—Sí —dijo—, la vi en aquella obra francesa, en el Gate. Era usted... era la joven. Debo decir que me sorprendieron algunas de las intervenciones que tuvo que hacer usted.

—Ah, bueno —dijo Isabel—, ya sabe usted cómo son los franceses.

La sonrisa se tornó más gélida aún.

—No, me temo que no lo sé.

Isabel miró de reojo a Quirke.

—Isabel es amiga de April —dijo.

—¿Sí? Pues me parece que no la he oído hablar de usted. Claro que hay muchas cosas de las que April no dice nada.

Les indicó que tomaran asiento con un gesto, Quirke en uno de los sillones e Isabel en el sofá. Estaba encendido el fuego en la chimenea y el aire era caluroso, espeso. Cuando se estaban acomodando, entró la doncella con una bandeja y las cosas del té, que depositó en una esquina del escritorio. La señora Latimer sirvió el té y volvió a sentarse, apoyando una taza y un platillo en la rodilla.

—Iré directa al grano, doctor Quirke —dijo—. Me dice mi hijo que anda usted todavía haciendo preguntas en torno al paradero de April. Mi deseo es que renuncie. Quiero que nos deje en paz de una vez. Cuando esté lista, April volverá del sitio al que le haya dado por marcharse, de eso no me cabe duda. Entretanto, a nadie le hará ningún bien que siga usted acosándonos a mi hijo y a mí tal como lo ha hecho hasta ahora —miró de reojo a Isabel, que estaba sentada con la espalda muy recta en el sofá, con el plato y la taza en el regazo, antes de concentrarse de nuevo en Quirke—. Lamento ser tan rotunda, pero siempre he pensado que lo mejor es decir las cosas claras en vez de andarse por las ramas —añadió. Antes de que Quirke pudiera responderle, se volvió a Isabel—. Doy por sentado, señorita Galloway, que usted no ha tenido noticias de April, claro...

—No —dijo Isabel—, no he sabido nada de ella. Pero no estoy tan preocupada como parecen estar otras personas. No es la primera vez que April se larga.

—¿Se larga? —dijo la señora Latimer con un gesto de manifiesto desagrado—. No estoy muy segura de lo que quiera decir usted con eso.

Isabel tensó la sonrisa y aparecieron dos manchas rosadas en sus mejillas, de un color más intenso que los toques de maquillaje que se había puesto. Quirke dejó la

taza y el plato en el suelo, junto a la silla; no era capaz de tomar té de China.

—Señora Latimer —dijo—, sé que lo que su hija haga o deje de hacer no es asunto mío. Tal como ya le he dicho, mi único interés en todo este... asunto se debe a que mi hija vino a verme, preocupada, y yo...

—Pero usted ha comunicado lo que sabe a los guardias —dijo la señora Latimer—. Usted habló con ese detective, no sé cómo se llama; usted lo llevó incluso al piso de April. Es evidente que no tenía ningún derecho a hacer tal cosa.

Quirke miró la fotografía de Conor Latimer que estaba sobre la mesa. La sonrisa que ostentaba parecía más que nada de mera suficiencia.

—Lamento que lo vea de este modo, señora Latimer. Lo que pasa... —hizo una pausa y miró de reojo a Isabel. Ella lo estaba mirando, con la taza de té olvidada en el regazo—. Lo que pasa es que es posible que algo le haya ocurrido a su hija.

—Algo —repitió Celia Latimer sin dar entonación. También ella miraba a un lado de Quirke, como si hubiese alguien allí de pie. Él se volvió a mirar; era la fotografía de su marido lo que la había atraído, cómo no.

—Sé muy bien —dijo— cuán importante es su familia para usted.

Con un esfuerzo visible, ella concentró en él la mirada.

—¿De veras lo sabe? —dijo en un tono extraño, casi jocosos, y por un instante él tuvo la sensación de que se iba a echar a reír. Ella se puso en pie y se acercó a la mesa, dejando el plato y la taza sobre la bandeja. Se volvió a Isabel—. ¿Quiere otra taza de té, señorita Galloway? —preguntó. De pronto parecía fatigada, y se le habían abatido los hombros, además de haber tensado la boca en una línea fina y maliciosa.

—No, gracias —dijo Isabel.

También ella se puso en pie y llevó la taza, con el té que no había tocado, para depositarla en la bandeja. Quirke observó a las dos mujeres que permanecían de pie, sin decirse nada la una a la otra, a pesar de lo cual le pareció que se comunicaban mutuamente de alguna manera que a él se le escapaba. Las mujeres. Para él, eran insondables.

La señora Latimer se dio la vuelta y se dirigió a la chimenea, donde tomó de la repisa otra fotografía, ésta con un marco dorado, que acercó a Quirke para que la viese. Era una niña sonriente, de ocho o nueve años, en un jardín, con una rodilla sobre el césped y el brazo en torno al cuello de un perro grande, sonriente a su manera, sentado junto a ella. La niña era pálida de tez y tenía una cara pequeña y puntiaguda en medio de un montón de rizos rubios y una franja de pecas sobre el puente de la nariz.

—La hice yo —dijo la señora Latimer, y dio la vuelta a la foto para mirarla—. Fue un día de verano, aquí en el jardín. Lo recuerdo como si fuera ayer. ¿Ve usted el cenador que hay allí al fondo? Y ése es el perro de April, Toby. Cómo quería a su Toby, y cómo la quería el animal, eran inseparables. La verdad es que era un chico,

¿sabe?, y nunca estaba más contenta que cuando salía por los caminos en busca de ranas, o lagartos, o castañas. ¡Y qué cosas se traía a casa! —pasó la fotografía a Quirke y volvió a su sillón a sentarse de nuevo, con las manos recogidas sobre el regazo. De repente parecía avejentada, agobiada por las preocupaciones, casi una anciana—. No nació en abril, claro —dijo sin dirigirse a ninguno de los dos en particular—. Su cumpleaños es el 2 de mayo, pero la esperaba para una semana antes, y ya había elegido ese nombre, April, aun cuando se retrasara un poco. Parecía que le fuese muy adecuado. Su padre había deseado una niña, y yo también, y los dos fuimos felices cuando nació —oteó las ascuas que ardían en la chimenea—. Era una niña muy tranquila, que se pasaba el rato ahí tumbada, haciéndose a la idea de todo lo que la rodeaba con sus ojos, tan grandes. Resultó lo que yo he creído siempre, y es que nacemos con nuestras personalidades ya hechas y en su sitio. Cuando pienso en ella y la veo en la cuna, es la misma April que la niña que mandé por vez primera al colegio de Santa María, la misma que llegó un día a casa y me dijo que quería ser médico, la misma que... la misma que me dijo cosas tan espantosas aquel día en que se marchó de casa y nunca más volvió. Ay, Dios mío —cerró los ojos y se pasó una mano despacio por la cara—. Ay, Dios mío —dijo otra vez, sólo que en un susurro—, ¿qué es lo que hemos hecho?

Quirke e Isabel se miraron uno al otro e Isabel hizo un gesto restrictivo y se acercó a la mujer que se encontraba derrumbada en el sillón, y le puso una mano en el hombro.

—Señora Latimer —dijo—, ¿puedo traerle alguna cosa?

La señora Latimer negó con un ademán.

—¿Usted sabe dónde está April, señora Latimer? —preguntó Quirke, e Isabel lo fulminó con la mirada, moviendo la cabeza de un lado a otro. Durante mucho tiempo la mujer no dijo nada, y luego se apartó la mano de la cara y la dejó caer en el regazo.

—Mi pobrecita niña —susurró—. Mi pobrecita niña, mi única hija —de nuevo miraba al fuego en la chimenea—. Estaban muy unidos, dense ustedes cuenta —dijo con más firmeza en la voz, en tono casi de conversación llana—. Tendría... tendría que haber hecho algo, lo sé, pero... ¿qué? Si él hubiera vivido... —se le escapó un suspiro que sonó más bien como un sollozo—. Si su padre hubiera vivido, todo habría sido diferente, sé que hubiera sido de otra manera. Lo sé.

Quirke e Isabel aguardaron, pero la mujer no dijo nada más. Permaneció sentada como si estuviera exhausta, la cabeza gacha, la nuca y el cuello expuestos, indefensos, con la luz de la lámpara de lleno encima de ella. Quirke se puso en pie y colocó la fotografía de la niña en la repisa.

—Creo que es hora de que nos vayamos, señora Latimer —dijo. Recogió la taza del suelo, junto al sillón, y la llevó a la mesa, donde permaneció un momento mirando una vez más la fotografía de Conor Latimer. ¿Qué mirada era esa que

ostentaba? ¿De burla, de desdén, de crueldad? Era todo eso.

La doncella los acompañó hasta el recibidor y les dio sus abrigos. Cuando les indicó la puerta se la sostuvo abierta, de modo que la lámpara del recibidor les iluminase el camino. Ellos no dijeron nada. En el coche, el aire olía a humo de tabaco rancio y frío. Quirke encendió el motor.

—Bueno —dijo Isabel—, ¿y tú qué piensas?

—¿Qué pienso de qué?

—¿Tú crees que sabe dónde está April?

—Oh, por Dios —dijo—, ¿y qué importa que lo sepa o que no lo sepa?

Enfiló el coche por la carretera y lo puso en dirección a la ciudad. La luna había ascendido más, y parecía más pequeña, y tenía menos brillo que antes. Cuando se detuvo ante la casa de Portobello había una luz encendida en una de las habitaciones de arriba. Isabel le dio un beso veloz y se deslizó en el asiento y se apresuró en entrar por el portal, desde donde se dio la vuelta y le dedicó un brevísimo saludo antes de desaparecer.

El inspector Hackett a menudo pensaba que nunca había sido más feliz que cuando era un joven guardia de servicio. No era una sensación que se permitiera expresar ante nadie, ni siquiera con la señora Hackett. A fin de cuentas, ahora ganaba un salario infinitamente mejor, tenía un despacho propio, gozaba del respeto de sus subordinados en el cuerpo policial, e incluso del de sus superiores. No había ni punto de comparación entre sus condiciones actuales y las que había tenido en aquellos primeros tiempos, cuando llegó a Dublín del Centro de Adiestramiento de la Garda en Templemore y le fueron entregadas su insignia y su porra, y lo mandaron a patrullar por las calles. Sin embargo, cuando más tarde lo ascendieron de rango, descubrió que le resultaba no tanto una mejora, sino más bien una disolución de su papel y de su deber. El hombre de ronda por las calles, había terminado por creer, era en verdad lo que había de ser un policía, un guardián de la paz. Esto era así a todas horas del día, aunque lo era en especial de noche, cuando los ciudadanos respetuosos de la ley duermen en su cama y puede desatarse toda clase de peligros y amenazas en la ciudad. Aquello no era Chicago, desde luego, ni era el viejo Shanghái: la mayoría de los delitos que allí se cometían eran de poca monta, y los malhechores que delinquían eran en general una chusma desharrapada y enclenque. A pesar de todo, el pobre pies planos que recorría las aceras a lo largo de las muchas horas de la noche era la única garantía de que los ciudadanos pudieran dormir a salvo y en paz. Sin el policía de calle menudearían el caos, los robos, la rapiña, el derramamiento de sangre por las calles. Hasta un guardia que fuera novato en el oficio, por el mero hecho de estar allí, actuaba en disuasión de los malhechores, de los grandes y de los insignificantes por igual. Era un deber solemne, el deber del cuidado que le era encomendado a un policía. En eso era en lo que creía, y en secreto se enorgullecía de su creencia.

Después de la cena se había puesto el gabán y el sombrero y la bufanda de lana, y había dicho a su señora que tenía una cosa que hacer, y que no lo esperase despierta. Ella lo miró extrañada, pero no hizo ningún comentario; estaba acostumbrada ya a sus rarezas, aunque echarse a caminar por ahí, de noche, era una novedad. Lo detuvo un momento en el vestíbulo y le preguntó si iba a estar en la calle con una noche tan fría, y cuando él le dijo que sí, que tal vez, que era probable, ella le dijo que se sentara en la silla, junto al estante de los sombreros, y que esperase, y fue a la cocina y volvió a los pocos minutos con un termo lleno de té bien caliente y un puñado de galletas en una bolsa de papel de estraza. Ella se quedó en el umbral y lo vio marchar

por el corto camino hasta la cancela y doblar a la derecha hacia el río.

Se había jurado que tomaría un taxi si realmente hacía tanto frío como parecía, pero la noche le pareció excelente, fresca, como las noches que recordaba de cuando era chico, el aire despejado y el cielo claro y cuajado de estrellas, y la luna agrisando las casas y proyectando sombras de contornos bien precisos en los jardines de entrada. Ya habían pasado los últimos autobuses y había poco tráfico, sólo algún coche aislado de vez en cuando, alumbrando con los faros la densidad de los rombos esparcidos en la carretera helada; cuando llegó al canal, vio una flotilla de furgonetas de reparto de periódicos que emprendían viaje a otros condados con las primeras ediciones. Tarareaba al caminar. El termo del té, en el bolsillo derecho del abrigo, le golpeaba contra la rodilla, pero no le importaba. Había sido una buena idea la de su mujer. Cruzó por un puente jorobado y dobló a la izquierda. Pensó en tomar el camino de sirga, pero a pesar de la luz de la luna estaba todo demasiado oscuro por allí —sería imperdonable resbalar y caer al agua de culo—, con lo que prefirió seguir por el camino de cemento, algo más arriba, bajo los árboles, cuyas ramas desnudas emitían un ruido constante y tenue, como un reloj, aunque no soplaba nada de viento que las meciese. Se detuvo y aguzó el oído, mirando hacia arriba, al oscuro enrejado de las ramas. ¿Sería el frío, la helada que las cubría, lo que las hacía moverse y golpetear unas contra otras? El ruido era más bien el de alguien que hiciera labores de punto estando medio adormecido. Siguió su camino.

No tenía en mente un plan de acción específico. Cuando el doctor Quirke lo llamó por teléfono para decirle que su hija había visto a alguien apostado delante de sus ventanas, pensó que debería indicar al sargento de guardia que pusiera a un hombre sobre aviso, tal vez al joven al que le habían destinado por ayudante, el pelirrojo Tomelty, al que irritaba el trabajo de oficina y se moría de ganas de salir a la calle para empezar a apresar a los malhechores. Un turno de cuatro horas, en una noche de invierno, vigilando los mismos cincuenta metros de una acera, seguramente enfriaría sus ardores de maravilla. Pero al final no indicó que fuera Tomelty, y no estaba seguro del porqué. Lo tomarían por loco, sin duda, si alguien se enterase de que él mismo había asumido la misión, sólo que eso no le importaba; de igual modo, en comisaría casi todos consideraban que estaba ya bastante mal de la cabeza. Lo cierto era que estaba paladeando una dulce, intensa nostalgia de tiempos pasados, cuando era joven como el joven Tomelty, y probablemente igual de irritante en sus ansias.

Quirke también le había hablado del negro, de Ojukway, o como se llamara, del cual le había hablado a su vez su hija. Así pues, al fin y al cabo la vieja del piso de arriba estaba en lo cierto. Había indicado a uno de los conductores de la patrulla que lo llevase a dar una vuelta por Castle Street, pero allí no estaba el individuo, y la dueña de la casa, una extraña mujer que no se quitó el cigarro de la comisura de los labios, con una melena rubia y rizada que habría resultado excesivamente juvenil en

alguien que tuviera la mitad de edad que ella, le dijo que no lo había visto desde el día anterior, aunque alguien había dormido en su cama, desde luego que sí, dijo con una mueca y una mirada con la que quiso darle a entender algo. Le pareció que había oído ruidos de noche, ruidos de esos que usted sabe, ¿verdad?, aunque no podía estar segura, y eso que por lo normal era un joven sosegado y poco dado a llevar a nadie al piso, aunque con ésas nunca se sabe, son capaces de cualquier cosa, hay que ver. Él le pidió permiso para ver la habitación, pero allí no encontró nada de interés al menos con un vistazo más bien superficial. Preguntó a Ricitos de Oro si sabía adónde podría haberse marchado, pero no supo decirle nada. Al igual que April Latimer, el negro se había largado sin llevarse ningún artículo de primera necesidad, con lo que era probable que, al contrario que April, regresara pronto. Eso esperaba Hackett: tenía verdaderas ganas de cambiar impresiones con el señor Ojakewu.

Antes del puente de Baggot Street avistó una silueta apenas perceptible, acurrucada en un banco junto a la esclusa, y se detuvo a echar un vistazo. Era un mendigo envuelto en una crisálida de harapos y trapos, durmiendo apaciblemente, y decidió no importunarle. ¿Cómo sobrevivían esos pobres individuos, a la intemperie durante toda la noche, hiciera el tiempo que hiciera? La temperatura debía de rondar los dos grados por debajo de cero. ¿Debería tal vez haberlo despertado y haberle dado unos chelines para que buscara un sitio donde guarecerse, una cama donde pasar la noche? Seguramente lo hubiera insultado por haberse tomado la molestia, además de que el dinero que le diera se lo habría gastado en beber algo en el primer pub que abriera por la mañana. Suspiró pensando en que la vida es una ardua estación de paso para algunos, y en que poco es lo que se puede hacer por los infortunados de este mundo.

Los árboles jóvenes de Haddington Road no emitían sonido alguno, al contrario que sus avejentados primos a la orilla del canal. Fue contando las casas del otro lado de la calle hasta llegar a la de la señorita Quirke; no, se acordó de que no se apellidaba Quirke, sino Griffin. Ése sí que era un asunto extraño y doloroso, que el doctor Quirke, según se descubrió, hubiese dado en adopción a su hija a su cuñada y a su marido, el hombre que para él era como un hermano. ¿Qué le pasaba a la gente para llegar a hacer cosas como ésa? Supuso que tal vez no fuera tan policía como pensaba si aún era capaz de sorprenderse por la rebeldía imprevisible del ser humano.

No se veía ninguna luz encendida en la casa, salvo un tenue resplandor en el dintel, sobre la puerta de entrada, que seguramente era la luz del vestíbulo. Se quedó en el camino de enfrente, bajo uno de los árboles jóvenes, en un lugar en sombra, a medio trecho entre dos farolas, mirando las ventanas negras y relucientes de lo que sabía que era el piso de Phoebe. Sus pensamientos se concentraron de nuevo en Quirke, ese hombre difícil, turbulento. Era muy poco lo que tenían los dos en común, a pesar de lo cual él apreciaba la proximidad entre ambos, casi un vínculo que los

unía. Por extraño que fuera, la persona a la que más le recordaba Quirke era su hermana, que había fallecido. Pobre Winnie. Al igual que Quirke, ella nunca supo cómo escapar del pasado. Había sido una niña enfermiza, y a medida que fue haciéndose mayor algo le sucedió en lo más profundo de su ser, empezó a ser objeto de pesadillas y de toda clase de terrores diurnos, y no hubo manera de ayudarla. Vivía de espaldas a todos y a todo lo que fuera el presente; era como una persona que trastabillara por un terreno pedregoso y que siempre volviera la vista atrás, aterrada sólo de pensar en dejar de ver el lugar desde el cual había partido, por triste y doloroso que pudiera ser. Y, entonces, un buen día tropezó y cayó de bruces. La encontraron en la cama con el rosario en una mano y el frasco de pastillas vacío en la otra. «Ahora por fin está donde siempre quiso estar», dijo su padre. Así era Quirke, remontándose con anhelo a un pasado en el que había sido tan feliz.

Oyó un ruido. O no fue un ruido, no del todo, sino más bien un sentimiento, una sensación. Lo que lo alertó antes que nada fue que su propio oído llevase a cabo un ajuste por sí solo. Fue como si hubiera cambiado de longitud de onda y hubiera pasado a oír una frecuencia más alta, mejor afinada. Había alguien allí cerca, en la calle, no le cupo duda. Miró a la izquierda sin mover apenas la cabeza. Era tanta su atención que le pareció oír el ruido mismo de la helada al caer, un tenue zumbido, fino como una aguja, en torno a él, en la oscuridad del aire. No logró ver a nadie. Estaba la hilera de los árboles, espaciados a intervalos regulares, y a cada tres había una farola que proyectaba un círculo de luminosidad caliza. ¿Qué debería hacer? ¿Moverse, salir a la luz, provocar un desafío? Despacio, muy despacio, dio un paso atrás, hizo una pausa, dio otro paso y al final sintió la fría dureza de una verja de jardín en la espalda. Aún estaba mirando a la izquierda. Vio entonces la sombra en forma de persona, a unos treinta metros de distancia, junto al tronco de un árbol, fuera por muy poco del círculo de luz de la farola. Comenzó a desplazarse en esa dirección, y se puso las manos a la espalda, tentando los hierros de la verja para guiarse y para no perder pie. A medida que avanzaba hacia la luz de la primera farola, se encogió y llegó a agazaparse poniéndose de lado, pero a pesar de todo estaba a la vista y el vigilante no dejaría de verlo tan pronto se volviera hacia él. Siguió adelante a paso de cangrejo, despacio, firme, y cuando no le separaban más de diez o quince metros de su presa, llegó sin darse cuenta a una cancela que estaba abierta, con lo que la mano se le quedó en el aire y se volvió sin querer de lado y el termo que llevaba en el bolsillo golpeó el poste de la cancela y emitió un ruido sordo, metálico. Masculló una maldición. La sombra se dio la vuelta, se agazapó y salió corriendo entre las sombras, desapareciendo en un instante. Volvió a maldecir, apoyado en la cancela. Tomelty, pensó, el joven Tomelty le habría dado caza, cosa que él no podía ni soñar, con las piernas ya lastradas por la edad y el maldito termo golpeándole las rodillas.

Aguzó el oído y oyó un coche que arrancaba, y salió corriendo a la calle y vio al

coche acelerar en dirección a Ringsend. Allí permaneció unos momentos, echando humo por las orejas, suspirando. ¿Qué había visto? Nada. Una figura agazapada, fugitiva. ¿Había llegado a oír los pasos que dio a la carrera? No podría jurarlo. De no haber sido por el motor del coche, podría haber pensado que todo habían sido imaginaciones suyas. Y... ¿podía estar seguro de que el coche que arrancó no fuera de otra persona, de alguien que hubiera salido de una casa que estuviera más adelante, un ciudadano respetuoso de las leyes, que acaso trabajara en un turno de noche? Empezaba a hacerse viejo, demasiado viejo en realidad para esa clase de actividades. ¿Qué era lo que tenía en el otro bolsillo? La bolsa de galletas. Sin sacarla del bolsillo, la abrió y tomó una y la miró. No era de sus preferidas. Se dio la vuelta masticando malhumorado el tentempié y echó a caminar.

Quirke estaba soñando que había un incendio. Se hallaba en una habitación minúscula dentro de lo que era una casa grande. Era de noche y una ventana miraba a una calle ancha, desierta, en la que las farolas formaban un apagado relumbre en el asfalto. No veía ni rastro de las llamas, a pesar de lo cual sabía que en alguna parte, y muy cerca, había un incendio. Venía de camino un camión de bomberos o tal vez ya había llegado, ya estaba bajo la ventana a la que se había asomado, aunque no alcanzaba a verlo tampoco, y eso que la campana repicaba con fuerza, con tanta insistencia que era como si estuviera en la misma habitación que él. Se asustó, o al menos sintió que debería estar asustado, porque corría un grave peligro, pues a pesar de todo no había la menor señal del incendio. Vio entonces un perro que pasaba cojeando por la calle y vio que alguien corría tras él. Las dos figuras, perro y dueño, no parecía que huyeran, que habría sido lo normal, sino que muy al contrario parecía que jugasen a un juego, una persecución ficticia quizás. Se acercaron a donde estaba él y vio que la perseguidora era una niña, acaso una mujer joven. Llevaba algo en una mano, algo que vio aletear de un modo enloquecido a la vez que ella corría; era un papel, o un pergamino, con los bordes mordidos, y una de las esquinas se estaba quemando, vio la llama combada por efecto del aire que le daba de lleno al ir la chica corriendo, y entendió que la chica, la niña, la mujer joven, lo que quería era apagarlo, y aunque no lo lograba se iba riendo, como si no existiera ningún peligro.

Era el teléfono. A duras penas salió del sueño, apoyándose de costado y agitando un brazo sin atinar, en busca del aparato para detener el espantoso ruido. Encontró el interruptor de la lámpara de la mesilla. Siempre le había parecido que un teléfono al sonar debería incluso dar brincos, pero el suyo estaba en el cajón, junto a la cama, inmóvil, rechoncho como un sapo, aunque armaba un escándalo de cuidado. Descolgó el auricular.

—Ya lo sé, ya lo sé —oyó decir a Hackett—, ya lo sé, es tarde, está usted dormido. Pero he pensado que le gustaría que lo llamase.

Quirke se había sentado al borde de la cama, frotándose los ojos.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Qué sucede?

—Estoy en una cabina en Baggot Street. He ido hasta Haddington Road...

—¿Cómo? ¿Por qué ha ido allá? ¿Qué ha pasado?

—Nada, no es nada. Sólo he ido a echar un vistazo, por lo que me dijo usted de su hija, que creía haber visto a alguien en la calle.

Quirke no terminaba de entenderlo.

—¿Ha ido usted a Haddington Road... esta noche?

—Así es. Hace una noche espléndida, he salido a dar un paseo.

Quirke miró por la ventana del dormitorio, en cuyo marco se acumulaba la escarcha.

—¿Se da usted cuenta —dijo— de la hora que es?

—Es tarde, es tarde, sí. De todos modos, fui a echar un vistazo. Su hija no estaba viendo visiones. Allí había alguien, allí mismo, al otro lado de la calle, frente a la casa. O al menos creo que había alguien.

—¿Había alguien?

—Así es.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Pues nada, mirar.

—¿Y qué pasó?

Hubo una pausa. Quirke pensó que oía al detective haciendo un zumbido para el cuello de su camisa, o tal vez fuera un zumbido en la línea.

—No pasó nada —dijo Hackett, y soltó una risita compungida—. Me temo que ya no soy el sabueso de antes. Quise acercarme para echar un vistazo, pero quienquiera que fuese me oyó y se largó.

—¿No llegó a ver nada?

—No.

—Pero algo habrá sacado en claro, digo yo.

—Si era alguien, era una persona muy liviana, muy ligera al correr. Llevaba abrigo, una especie de gorra, me parece. Tenía un coche aparcado en la calle, más adelante. Montó y se fue.

—Liviano, dice usted. ¿Y qué quiere decir con eso?

Se oyeron pitidos en la línea y oyó a Hackett buscando monedas, y luego las monedas al caer por la ranura y su voz de nuevo.

—Hola, hola, ¿está usted ahí?

—Aquí estoy.

—Malditos teléfonos —dijo el detective—. ¿Qué me estaba preguntando?

—Ha dicho que era una persona liviana, pero me pregunto de qué manera lo podía ser.

—Bueno, pues no sé de qué otra forma podría decirlo. Un tipo pequeño. Un peso gallo. Rápido de pies.

En la espalda de Quirke se iba formando un lento espasmo de través; fue como si una mano helada le rozase la piel.

—¿Podría haber sido... podría haber sido una mujer?

Esta vez, la pausa se alargó más que antes. Hackett volvía a emitir el zumbido, era sin duda él quien tarareaba de un modo extraño, un sonido suave, nasal.

—¿Una mujer? —dijo—. Pues no se me había ocurrido, pero sí, claro, podría ser, desde luego. Una mujer joven. Eso siempre y cuando, como digo, hubiera alguien. La imaginación nos suele gastar alguna que otra jugarreta a estas horas de la noche.

Quirke había vuelto a mirar por la ventana. Ya no se veía la luna, y al otro lado del cristal todo era negrura.

—Venga por aquí —dijo—. No toque el timbre, o el cabrón de la planta baja se quejará. Estaré esperándole, mirando por la ventana, y le abriré cuando llegue.

—De acuerdo. Una cosa más, doctor Quirke...

—¿Sí?

—Sea quien fuere, no era negro. Eso se lo puedo asegurar.

Se sentaron en la cocina a tomar té y a fumar. Quirke indicó al detective que volviera a contarle todo lo que había ocurrido, por poco que fuera, y cuando terminó guardaron los dos silencio. La estufa de gas estaba al máximo, a pesar de lo cual hacía frío, y Quirke se ciñó mejor la bata de andar por casa. Hackett no se había quitado la bufanda de lana ni el sombrero. Llevaba otra vez ese gabán brillante, con las charreteras y los botones de trenca. Suspiró y dijo que era frustrante, pero cuanto más intentaba recordar lo que había visto de la figura que se dio a la fuga, menor certeza tenía de nada. Podría haber sido una mujer, dijo, pero le parecía que la manera de correr no había sido nada femenina.

—Las mujeres tienden a correr con las puntas de los pies hacia fuera —dijo—. ¿No se había fijado nunca en eso? No tienen el tipo de coordinación que tienen los hombres —sacudió la cabeza mirando la taza de té, que estaba ya más que tibio—. Ojo, porque con las jóvenes que hoy se suelen ver por ahí pues nunca se sabe. La mitad de ellas son difíciles de distinguir de los tíos.

Quirke se levantó y llevó la taza al fregadero para aclararla bajo el grifo y colocarla boca abajo en el escurridor. Se dio la vuelta y se apoyó contra el canto de la encimera, metiendo las manos en los bolsillos del batín.

—¿Y si fuese ella? —dijo.

—¿Cómo?

—¿No se le ha pasado por la cabeza? Podría haber sido ella, podría haber sido April Latimer. ¿Y si hubiera sido ella?

Con un solo dedo, Hackett se empujó el sombrero hasta el cogote, y con el mismo dedo se rascó pensativamente el nacimiento del pelo.

—¿Por qué iba a estar de pie en la calle, en una noche tan heladora como ésta, mirando a la ventana del piso en que vive su hija?

—Lo sé —dijo Quirke—. Ya sé que no tiene mucho sentido. Y sin embargo...

—¿Y sin embargo qué? —preguntó. El detective esperaba una respuesta.

—No lo sé.

—Ya lo ha dicho usted —dijo Hackett—. No tiene sentido.

Por la mañana, poco antes de las ocho, volvió a sonar el teléfono. Quirke se estaba afeitando y entró en el dormitorio con la cara aún llena de espuma. Creyó que sería Hackett, que llamaría para decir que se había acordado de algo que vio, de algo sobre la figura en la calle. Se había ofrecido a llevarlo en coche a su casa la noche anterior, pero entonces se acordó de que el Alvis estaba en el garaje de Perry Otway, cerrado con llave, y no le hizo gracia la idea de sacarlo él de un sitio tan estrecho. Dijo que le llamaría un taxi y le pidió su dirección, sin embargo Hackett le dio las gracias y le dijo que iría a pie, que el ejercicio le sentaría bien. Quirke se sintió decepcionado, pues había albergado la esperanza de averiguar por fin dónde vivía Hackett. Bajaron juntos al portal, Quirke todavía con el batín de andar por casa, y el detective se marchó paseando en la noche, dejando a su paso una hilacha espectral de humo de tabaco. De vuelta en su piso, Quirke no pudo conciliar el sueño, y se sentó en un sillón frente a la estufa de gas, que vio chisporrotear durante mucho tiempo. Al final, el calorcillo le indujo un sueño ligero, y soñó una vez más con alarmas, con cosas que se quemaban, con gente que pasaba corriendo. Cuando volvió a despertar aún no había amanecido y tenía las extremidades anquilosadas por pasar tanto tiempo encorvado en el sillón, además de un gusto desagradable en la boca. Y entonces sonó otra vez el teléfono, y se dijo que ojalá no tuviera que contestar.

—Hola —dijo Isabel Galloway, cuya voz sonó tensa, en guardia—. Soy yo.

—Sí —dijo con sequedad—. He reconocido tu voz, aunque no te lo creas.

—¿Cómo? Ah, sí. Bien —hizo una pausa—. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien. Sólo he pasado la noche sin dormir.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Ya te lo contaré en otro momento.

—Escucha, Quirke... —volvió a callar nada más decirlo, y él tuvo la impresión de que había respirado hondo—. Aquí hay alguien que quiere hablar contigo.

—¿Dónde estás?

—En mi casa, naturalmente.

—¿Quién es esa persona?... ¿Con quién estás?

—Es... una persona.

La espuma que se le estaba secando en la piel le produjo una sensación desagradable, un picor difuso.

—¿Ella está allí?

—¿Quién?

—April... ¿Está contigo?

—Haz el favor de venir, Quirke. ¿Quieres? Cuanto antes.

Colgó, y él se quedó un momento mirando el teléfono; había una mancha de espuma de afeitarse en el auricular.

No estaba seguro de que Perry Otway estuviera en el garaje a hora tan temprana, con lo que mató el rato, diez minutos al menos, yendo al Q&L a comprar tabaco. La mañana era heladora, el aire parecía envuelto en hojas de muselina transparentes, y sus pasos resonaban como si la acera estuviera hecha de hierro. En Baggot Street, la vieja buhonera con el echarpe de cuadros escoceses había salido ya a la calle a asaltar a los transeúntes. Quirke le dio una moneda de seis peniques y la anciana gimoteó las gracias, dándole las bendiciones de Dios y de Su Santa Madre y de todos los santos. El Q&L acababa de abrir; el tendero estaba retirando las persianas. Esa mañana parecía casi presa de una fiebre de buen humor. Le brillaban los ojos con una luz peculiar, y las mejillas y el mentón los llevaba tan afeitados que le relucían como si los hubiese pulido, como si se hubiera pasado a conciencia la cuchilla al menos dos veces. La chaqueta de cuadros resultaba más chillona que de costumbre, y llevaba una corbata de Liberty con un estampado de loros. Su madre, le confió, había muerto durante la noche. Resplandecía por el orgullo que sentía ante el triunfo de la anciana.

—Tenía noventa y tres años —dijo en un tono de maliciosa satisfacción.

También Perry Otway acababa de abrir el negocio al público. Estaba al fondo del taller, donde había colgado el abrigo de piel de cordero y se estaba poniendo el mono sucio de grasa.

—Hace un tiempito como para que se le hielen los huevos a un mono de latón, ¿que no? —dijo a la vez que se soplaba en las palmas de las manos. Fueron juntos hasta el callejón donde estaba el garaje, dentro del cual esperaba el Alvis en la oscuridad como un gran gato negro en una jaula. A Quirke no le costaba trabajo meter el coche en el garaje, pero necesitaba la ayuda de Perry para maniobrar al sacarlo, ya que aún no dominaba el arte de la marcha atrás en un espacio reducido, y le daba miedo hacerle un arañazo a la chapa o una abolladura en las aletas, por lo cual, temía vagamente, tendría que pagar una severa multa. Perry trataba el automóvil con una delicadeza y una ternura solícitas. Lo sacó sin problema alguno a la calle y lo detuvo, y dejó el motor en marcha.

—No hay nada como esa máquina, no, señor —dijo, y salió del asiento del conductor—. Y no hay nada como el olor de un buen tubo de escape en una fría mañana de invierno, se lo digo yo.

Quirke estaba encendiendo un cigarro. No tenía ninguna prisa por llegar a la casa del canal, en donde sabía que sólo podían estar esperándole complicaciones, si bien desconocía cuáles pudieran ser. La sola idea de que April Latimer pudiera estar allí, en casa de Isabel, le infundía una peculiar sensación de pánico. ¿Qué podría decirle,

de qué iban a conversar? En las últimas semanas, April había terminado por ser para él una figura de tintes casi míticos, y en ese momento empezaba a ser presa de lo que sólo podía tachar de un monumental, agobiante ataque de timidez.

Dio la vuelta al edificio del Pimentero y dobló a la derecha por el canal. Cuando pasaba por delante de la casa de Herbert Place redujo la marcha y escrutó las ventanas del piso de April. En una de ellas se había soltado una de las varillas de las cortinas, y el visillo colgaba descuadrado. Siguió adelante, aún en tercera.

Delante de la casita de Isabel flotaban de nuevo unos témpanos de hielo en el canal, y las gallinas de agua alborotaban y salpicaban entre los juncos. El frío de la mañana era cortante. Ya levantaba la mano para llamar cuando se abrió la puerta. Isabel se había vestido. Llevaba una falda oscura y una chaqueta azul oscuro. Se había sujetado la melena del color del bronce a la nuca, con una cinta oscura. No sonreía. Se limitó a plantarse a un lado y a indicarle que entrase.

Él pensó en la cortina de la ventana, colgada en un ángulo enloquecido de la varilla rota.

En la casa olía a cerrado, el olor matinal de la ropa de cama y de un baño jabonoso y del té con leche y del pan tostado directamente en la llama del hornillo. Se detuvo e Isabel se adelantó, conduciéndole por el corto pasillo, el cuarto de estar y la cocina. Qué esbelta era, qué esbelta y qué intensa.

La primera persona a la que vio fue Phoebe, que se encontraba de pie junto al fogón, sin quitarse el abrigo. Se dio cuenta de que ella contenía la respiración y parecía incapaz de soltar el aire. Cuando entró, tampoco ella sonrió, tampoco lo saludó. Había un joven sentado a la mesa. Era negro, y tenía una cabeza grande, de piel lisa, y una nariz aplanada y unos ojos que parecían girar en las cuencas como los de un caballo nervioso, dejando ver el blanco. Llevaba una chaqueta holgada, sin camisa, y unos pantalones de pana; parecía que tuviera frío y estuviera agotado, sentado con los hombros encorvados y las manos unidas entre las rodillas.

—Éste es Patrick Ojukwu —dijo Isabel.

El joven lo miró con cautela. No se puso en pie, no se estrecharon la mano. Quirke dejó el sombrero encima de la mesa, en la que había tazas y platos usados y una tetera bajo una funda de lana. Miró a Isabel y miró a Phoebe y vuelta a empezar.

—¿Y bien? —dijo. Estaba acordándose de la luz encendida en la ventana de arriba, cuando llevó a Isabel a su casa la noche anterior, y de las prisas que se dio ella al salir del coche y despedirse de él con un gesto de tensión antes de entrar.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó en ese momento—. El té seguramente estará frío, pero podría...

—No, no quiero nada —ocultó sus ojos a la mirada de ella. No logró precisar qué sentimiento era el que tenía, estaba todo embarullado en su interior. ¿Ira? Sí, desde luego; ira, pero también algo más, un calambre acalorado que le pareció que fueran

celos. Se volvió hacia Ojukwu. ¿Había pasado allí la noche? En un rincón de su mente se movió una imagen, piel negra sobre piel blanca—. ¿Dónde está April? —preguntó.

El joven miró rápidamente a Phoebe y luego a Isabel.

—No lo sabe —dijo ésta.

Quirke soltó un suspiro seco y retiró de la mesa una de las sillas para sentarse. Hasta ese momento, Phoebe no había dicho nada.

—¿Tú por qué estás aquí? —le preguntó.

—Todos somos amigos —dijo Phoebe—. Ya te lo dije.

—Entonces, ¿dónde está el otro, el periodista?

Ella no dijo nada. Miró a otro lado.

—Estamos cansados, Quirke —dijo Isabel—. Nos hemos pasado en vela la mitad de la noche, charlando.

Quirke empezaba a tener calor, pero por algún motivo no quiso quitarse el abrigo. Isabel había ido a situarse de pie junto a Phoebe, como si así manifestase su solidaridad. Quirke se volvió hacia Ojukwu.

—Muy bien —dijo—. Cuéntame.

El negro, con las manos aún apretadas entre las rodillas, empezó a mecerse en la silla de delante atrás, mirando al suelo delante de él, con sus ojos enormes y muy abiertos. Se aclaró la garganta.

—April me llamó por teléfono aquel día —dijo—. Yo estaba en la facultad, me tuvieron que llamar a recepción. Me dijo que estaba en un apuro y que necesitaba mi ayuda. Fui a su piso. No salió a abrirme, pero entré con la llave. Se encontraba en el dormitorio.

Calló. Quirke, al otro lado de la mesa, lo miraba. Tenía unas huellas curiosas en la piel, sobre los pómulos, como si fueran pequeñas incisiones hechas en forma de finas puntas de flecha y mucho tiempo atrás, marcas tribales, supuso, hechas al nacer, con un cuchillo. El pelo, que llevaba sumamente corto, era una masa de rizos apretados, como un montón de muelles metálicos, o como virutas de metal.

—¿April y tú erais...? ¿Tú eras su amante?

Ojukwu sacudió la cabeza, con los ojos aún clavados en el suelo.

—No —dijo, y Quirke percibió el tenue, breve sobresalto que se llevó Phoebe con un respingo—. No —volvió a decir Ojukwu—, la verdad es que no.

—¿Qué estaba haciendo en el dormitorio cuando llegaste?

El silencio en la estancia pareció contraerse. Las dos mujeres estaban pendientes de Ojukwu, a la espera de lo que sucediera a continuación; lo habían oído antes y en ese momento tendrían que volver a oírlo.

—Se hallaba en muy mal estado —dijo—. Al principio pensé que estaba inconsciente. Había sangre.

—¿Qué tipo de sangre? —preguntó Quirke. Como si no lo supiera ya.

Ojukwu se volvió lentamente a mirarlo.

—Se había hecho... se había hecho algo, ella sola. Yo no sabía, no me había enterado de que estuviera... —se estremeció, aunque más bien se dio una sacudida, como lo habría hecho con alguien con quien estuviera enojado—. No sabía que estaba esperando un hijo.

Isabel se movió sin previo aviso. Recogió una taza de la mesa y se la llevó al fregadero y la aclaró rápidamente y la llenó con agua y bebió, echando la cabeza hacia atrás, con el cuello agitado por el pulso.

—Había abortado, ¿es eso? —dijo Quirke. Estaba furioso, furioso sin saber exactamente por qué, con ese individuo, sí, pero también con otras cosas imprecisas, demasiado indistintas para que las identificase—. Dime, anda. Había abortado, ¿no?

Ojukwu asintió con los hombros más encorvados.

—Sí —dijo.

—No fuiste tú. Lo hizo ella.

—Ya se lo he dicho, así fue.

No se te ocurra gruñirme así ni de broma, quiso decir Quirke.

—Y se estaba desangrando.

—Sí. Estaba muy mal, había perdido mucha sangre. No supe qué hacer. Yo... yo no pude ayudarla —frunció de pronto el ceño, al recordar algo—. Se echó a reír. Qué raro, se echó a reír. La había ayudado a ponerse en pie y estaba sentada al borde de la cama, la sangre seguía manando de dentro de ella, y tenía la cara tan blanca, ¡tan blanca!, y a pesar de todo se echó a reír. «Oh, Patrick», me dijo, «¡tú eras mi segunda mejor opción!» —alzó los ojos mirando a Quirke de nuevo, con el ceño fruncido por puro desconcierto—. ¿Qué gracia había podido tener eso que dijo? «Mi segunda mejor opción». No supe muy bien qué quiso decir —sacudió la cabeza—. Era una persona muy extraña, yo nunca llegué a entenderla. Y entonces me dio miedo que se pudiera morir, no se me ocurrió nada que pudiera hacer para impedirlo.

Hubo una pausa y fue como si la estancia se relajase con un crujido casi audible, como si una rueda tensada con un muelle se acabara de aflojar un punto. Quirke se apoyó en el respaldo y encendió un cigarrillo, e Isabel, tras haberse tomado otra taza de agua, llenó el colador de la cafetera y la puso al fuego. Phoebe se adelantó hacia la mesa y señaló el paquete de Senior Service que Quirke había dejado encima, preguntándole si podía coger uno. Cuando tomó el cigarrillo y él le dio lumbre, volvió caminando a la ventana y se quedó mirando a la calle, de espaldas a todos, fumando. Sólo Ojukwu permaneció como había estado hasta entonces, encorvado, tenso, como si se cuidase un dolor interno.

—Si April y tú no erais amantes —preguntó Quirke—, ¿qué erais?

—Éramos amigos.

Quirke suspiró.

—Pues debíais de ser amigos muy íntimos.

Isabel volvió y dejó una taza de café con su plato delante de Quirke.

—Está mintiendo —dijo bruscamente—. Sí eran amantes. Ella me lo quitó a mí —aseguró. No miró a Ojukwu, sino que volvió al fogón y se quedó, como Phoebe, de espaldas. Quirke se percató de la furia que sentía en la manera en que cuadró los hombros.

—Cuéntame tú lo demás —le dijo a Ojukwu—. ¿Qué pasó?

—Cuando se dio cuenta de que yo no podía ayudarla, de que yo no tenía los conocimientos necesarios, me pidió que llamase a alguien, a otra persona.

—¿A quién? —el joven negó con la cabeza, encorvándose más y meciéndose de nuevo despacio, esta vez de un lado a otro—. ¿Quién era? —insistió Quirke en un tono de voz más alto, más áspero—. ¿A quién quiso que llamas?

—No puedo decirlo. Me hizo jurar que no lo diría.

Quirke tuvo la súbita y poderosa necesidad de abofetearlo, e incluso se vio ponerse en pie y pasar al otro lado de la mesa y levantar al máximo el puño y descargarlo en la cara de ese individuo, en el cuello que parecía invitar al golpe con su inclinación.

—Abortó, y el hijo que esperaba era tuyo —dijo—. Estaba en plena hemorragia. Seguramente se estaba muriendo. ¿Y dices que te hizo jurar... qué?

Ojukwu volvía a negar con la cabeza, aún acurrucado, recogido en sí mismo, como si el dolor de tripas que tuviera fuese empeorando sin cesar. Phoebe se volvió de la ventana y, arrojando al fregadero el cigarrillo que no había terminado de fumar, se acercó a poner una mano en el hombro del joven. Miró a Quirke con toda la frialdad que pudo.

—¿Es que no puedes dejarlo en paz? —dijo.

Y en ese momento, de golpe, Quirke lo entendió. Qué sencillo, qué obvio. ¿Por qué había tardado tanto?

—No era Ronnie —dijo como si él mismo aún estuviera pasmado, hablando para sí—. No era un nombre. Era un bigote^[2].

Casi le pareció gracioso; poco faltó para que se echara a reír.

Obseso: recordó a Sinclair en el momento en que lo dijo, de pie delante del cadáver, aquel día.

Ojukwu se puso en pie. No era tan alto como había supuesto Quirke, pero tenía el pecho ancho y los brazos musculosos. Los dos hombres se quedaron cara a cara, mirándose a los ojos. Ojukwu dio entonces un pasito casi de ballet, hacia atrás, y se pasó la lengua por los labios.

—El niño no era mío —dijo.

Se hizo el silencio.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Quirke.

Ojukwu apartó los ojos.

—No podía ser mío. Ya se lo he dicho, no éramos... no éramos amantes —con un rápido movimiento, un giro del cuerpo, volvió a sentarse en la silla y dejó los puños cerrados encima de la mesa, como si quisiera medir algo comprendido entre ambos—. Yo la amaba, sí, y creo que ella también me amaba, sólo que April... no era capaz de amar, no de esa manera. «Lo lamento, Patrick», me dijo, «pero no puedo».

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Phoebe.

También Isabel se había dado la vuelta y estaba mirando a Ojukwu. Tenía los ojos secos, pero los párpados los tenía inflamados.

—No sé qué quiso decir —dijo Ojukwu—. Se tumbaba conmigo en la cama, y me dejaba que la abrazase, pero nada más. Eso era todo. Le pregunté si es que había otro, y ella sólo se echaba a reír. Siempre se echaba a reír —miró a Phoebe, que estaba de pie a su lado—. Sólo que en realidad no era risa, ¿sabes? Era más bien como... no sé. Era otra cosa, pero risa no era.

Isabel dio un paso al frente y apartó a Phoebe a un lado para plantarse delante de Ojukwu y mirarlo con los ojos encendidos.

—¿Es eso verdad? —le exigió—. Dímelo. ¿Es verdad que tú y ella nunca...?

Él no levantó la mirada. Siguió con los ojos clavados en los puños, sobre la mesa, y asintió.

—Es verdad.

Se hizo otra vez el silencio, y nadie se movió. Isabel levantó entonces la mano como si fuera a golpear al joven, pero no lo hizo, y la dejó caer y se dio la vuelta de nuevo.

Quirke se levantó y tomó el sombrero.

—He de irme —dijo. Phoebe lo miró fijamente.

—¿Adónde vas? —preguntó. Él ya se había encaminado hacia la puerta—. ¡Espera!

Phoebe se apresuró para dar la vuelta a la mesa, chocando contra la silla que había ocupado Quirke y prácticamente derribándola, y le puso la mano encima del brazo.

—Espera —volvió a decir—. Voy contigo.

Él se le adelantó por el pasillo, hacia la puerta principal. Dos chicos pequeños se habían parado a inspeccionar el Alvis.

—Eso sí que es un cochazo, señor —dijo uno—. ¿Le salió caro?

Phoebe subió por la puerta del pasajero y cerró con fuerza, sentándose con los ojos clavados en el parabrisas. Quirke había arrancado el motor cuando Isabel salió rápidamente de la casa. Él abrió la ventanilla y ella se agachó a mirarlo, apoyando ambas manos en la puerta.

—¿Te volveré a ver? —preguntó—. Necesito saberlo.

Dio un paso atrás y Quirke salió del coche y volvieron juntos al portal. Él le puso una mano en el brazo.

—Anda, entra —le dijo—. Hace frío.

Ella le apartó la mano.

—Contéstame —le dijo sin mirarlo—. ¿Te volveré a ver?

—No lo sé —dijo—. Puede ser. Sí, creo que sí. Anda, ahora entra en casa.

Ella no dijo nada, tan sólo asintió. En su fuero interno, se la imaginó de pie en el cuarto de baño, desnuda, el agua deslizándosele por el estómago y los muslos. Ella entró y cerró la puerta.

Quirke le dijo a Phoebe que podía llevarla a Haddington Road o a Grafton Street, como quisiera: ¿no tenía que ir a trabajar? Ella le dijo que no quería ir a casa y que tampoco quería ir a la tienda. Le preguntó adónde tenía pensado ir él.

—Déjame que vaya contigo —le dijo—. Ahora no quiero quedarme sola.

Bajaron por Leeson Street y doblaron a la izquierda en el puente, y luego a la derecha por Fitzwilliam Street. Había más tráfico, coches y autobuses que transitaban con cautela por las calles aún cubiertas por el polvo de la helada. No hablaron. Quirke quería que ella le dijera si estaba al tanto de la relación entre Ojukwu y April, de la relación entre Ojukwu e Isabel, y las preguntas que no llegó a formular quedaron en suspenso entre los dos.

—Me siento como una imbécil —dijo Phoebe—. Una imbécil de tomo y lomo.

Él guio el automóvil hasta entrar en Fitzwilliam Square y se arrimó al bordillo hasta detenerse. Phoebe se volvió intrigada hacia él.

—¿Aquí? —le dijo—. ¿Por qué? —él no respondió. Siguió sentado con las manos aún sujetas al volante, mirando los árboles negros de los que caían las gotas tras las rejas de la plaza—. ¿Qué está pasando, Quirke? ¿Qué es lo que sabes? ¿April está muerta?

—Sí —dijo—, me temo que sí.

—¿Cómo? ¿Patrick la dejó desangrarse hasta morir?

—No. Pero otra persona sí lo hizo, o eso creo. La dejó morir, o tal vez...

Calló. Las ramas de los árboles negros estaban cubiertas por una capa de hielo.

—Espérame aquí —dijo, y abrió la portezuela del coche y salió.

Ella lo vio cruzar la calle y subir los peldaños de entrada a la casa y llamar al timbre. Se abrió la puerta y entró. La enfermera asomó la cabeza y miró al otro lado de la calle, hacia donde estaba Phoebe sentada en el coche, y luego siguió a Quirke al interior y cerró la puerta. Pasaron algunos minutos hasta que volvió a abrirse y salió Quirke poniéndose el sombrero. La enfermera lo fulminó con la mirada y cerró de un portazo.

Se sentó al volante del coche.

—¿Qué está pasando? —preguntó Phoebe.

—Vamos a esperar.

—¿Esperar? ¿A qué?

—A averiguar qué ha sido de April.

Se abrió entonces la puerta de la casa, al otro lado de la calle, y salió Oscar

Latimer con la enfermera tras él, ayudándole aún a ponerse el abrigo. Miró en derredor, y vio el Alvis, y bajó las escaleras.

—Siéntate atrás —dijo Quirke a Phoebe, y salió del coche para abrirle la puerta trasera.

Latimer esperó a que pasara de largo una furgoneta y cruzó la calle. Se sentó en el asiento del pasajero, quitándose al mismo tiempo la gorra de tweed, y Quirke se sentó de nuevo al volante. Latimer se volvió hacia Phoebe.

—Por lo que se ve —dijo—, ésta va a ser una excursión de familia.

Quirke arrancó el motor.

—¿Adónde vamos?

—Limítese a conducir por ahí. Hacia el norte, por la costa —dijo Latimer. Parecía encontrarse de buen humor, y miraba con gusto al pasar de Fitzwilliam Street a Merrion Square y seguir por Pearse Street—. ¿Cómo está hoy, señorita Quirke? —preguntó—. ¿O es señorita Griffin? No me termina de entrar en la cabeza, disculpe mi error —Phoebe no dijo nada. Se había dado cuenta de que estaba asustada. Latimer miraba atrás, por encima del hombro, sonriendo—. Quirke e hija —dijo—. Ése es un rótulo que nunca se ve encima de una tienda, «Fulano de Tal e Hija». «E Hijo» sí se suele ver, pero «Hija», nunca. Qué raro.

Por unos momentos, a ella le resultó muy parecido a April, el rostro pálido, afilado, pecoso, la misma sonrisa.

—Dígame adónde vamos, Latimer —dijo Quirke.

Latimer no hizo caso. Se volvió para mirar por el parabrisas y se cruzó de brazos.

—Padres e hijas, Quirke, ¿eh? Padres e hijas, padres e hijos. Cuántas dificultades, cuántas complicaciones, cuánto dolor —miró de nuevo a su espalda—. ¿Qué opina usted, Phoebe? Seguramente tendrá algunas ideas bien formadas sobre esta cuestión.

Ella lo miró a los ojos con los que la observaba él tan feliz. Se dio cuenta de que estaba bastante loco. ¿Por qué no se había percatado antes?

—¿Usted sabe dónde está April? —le preguntó.

Él puso una mano en el respaldo del asiento y apoyó en el dorso el mentón, adoptando una mueca de desconsuelo, o como si quisiera dar la impresión de que estaba sopesando a fondo el asunto.

—Es difícil responder a eso —dijo—. Hay demasiadas variables, como dirían los matemáticos.

—Latimer, no puedo seguir conduciendo sin saber adónde vamos —dijo Quirke—. Dígame adónde vamos.

—A... Howth —dijo Latimer. Asintió—. Sí, vamos a Howth Head... ¡Cuidado! ¿No ha visto a ese hombre que iba en bicicleta, Quirke? —se giró por completo para mirar por la ventanilla—. Se ha quedado sacudiendo el puño en alto —rió—. Sí, a Howth —volvió a decir, y adoptó una postura más cómoda—, allí es a dónde vamos.

Mi padre nos llevaba hasta allí, a April y a mí, en el tranvía. La verdad es que nos convendría haber tomado también hoy el tranvía, hacer una excursión en toda regla, digo yo. Es la última línea del tranvía que sigue en funcionamiento. Pero al final podría haber sido una molestia. Imagínese cómo nos habrían mirado los demás pasajeros cuando yo sacara —introdujo la mano en el interior del abrigo y sacó una pistola grande, negra, de cañón largo—... esto.

La sostuvo en vertical sujetándola por las cachas, volviéndola de un lado y de otro, como si pretendiera que la admirasen.

—Es una Webley —dijo—. Un revólver reglamentario. Es un poco un trabuco, hay que reconocerlo, pero es eficaz, de eso estoy seguro. La heredé de mi padre, que se la arrebató a un oficial británico ya moribundo el Lunes de Pascua de 1916, o eso es lo que siempre dijo. Me dejaba jugar con ella cuando era un chaval, y me hablaba de los de negro y cuero, las tropas de ocupación, que se había cepillado con esto. Luego tuvo que poner fin a todo y la volvió contra sí —hizo una pausa y miró a Quirke y volvió la cabeza y miró de soslayo a Phoebe, sonriendo otra vez casi con malicia—. Pues sí —dijo a la ligera—, ésa es otra hebra de la leyenda de los Latimer que mi madre y mi tío han conseguido mantener en secreto durante todos estos años. Dijeron que había sido un ataque al corazón, y no sé cómo se las ingenieron para que el forense diese fe de su versión de lo ocurrido. Tampoco fue una mentira de gran calado si uno se para a pensarlo y recuerda que se pegó un tiro en el pecho. Sí, cualquier otro se habría apretado la pistola en la sien, e incluso en la boca, pero mi padre no era así. Era demasiado vanidoso, no quiso estropear su buena presencia —rió—. Es un hombre con suerte, Quirke, por ser hijo adoptivo. Estoy seguro de que se tiene una lástima terrible por no tener un padre, por no haberlo conocido, pero es usted un hombre con suerte, se lo aseguro.

Se encontraban en North Strand, y antes de llegar al puente Quirke tuvo que detenerse en un semáforo. Latimer dejó el arma en el regazo, con un dedo presto en el gatillo y el cañón apuntado en dirección aproximada al hígado de Quirke.

—Por Dios, Latimer —dijo éste en voz baja.

Phoebe tenía humedecidas las palmas de las manos. Intentaba no mirar al hombrecillo de la pistola, intentaba no verlo, sintiéndose como una niña pequeña que se escondiera cerrando los ojos y pensando que era invisible.

—No me cabe duda —dijo Latimer— de que los dos están tramando febrilmente alguna manera de salir de ésta, a lo mejor en un semáforo como este mismo, o a lo mejor si ven a un guardia por la carretera y para el coche y se pone a gritar «¡Oficial, oficial, tiene una pistola!». Espero, de verdad que espero que no se les ocurra intentar nada por el estilo. Ah, ya está verde. ¡Adelante, pise a fondo!

Quirke vio los ojos de Phoebe por el espejo retrovisor. Los dos apartaron la vista en el acto, como si les diera vergüenza mirarse.

Atravesaron Clontarf y tomaron entonces la carretera de la costa. La marea estaba baja y algunas aves picoteaban por los arenales y los fangales bajo un cielo bajo, de color malva, que amenazaba nieve; un cormorán se había encaramado a una roca, extendiendo las alas para secarse. En Bull Island, los rastros en los bancos de arena estaban de un verde muy vivo. Todo es perfectamente normal, pensó Phoebe, el mundo sigue su curso de siempre, mientras yo estoy aquí.

—No podía usted dejar todo esto en paz, Quirke, ¿verdad que no? —dijo Latimer—. Tenía que entrometerse usted, tenía que venir con ese detective y con todo lo demás. Y ahora aquí está usted, usted y esa inconveniente hija suya, atrapados en este coche tan caro con un loco que lleva una pistola. Hay que ver qué cosas pasan, ¿eh?

—¿Qué fue lo que ocurrió, Latimer? —dijo Quirke—. Díganoslo. Fue usted a quien llamó Ojukwu porque ella se lo pidió, ¿no fue así? ¿Fue así aquella noche en que ella se desangraba y sabía que se estaba muriendo? ¿Qué fue lo que hizo usted? ¿Fue a verla? ¿Intentó ayudarla?

Latimer, con la pistola posada de manera negligente en el regazo, se había vuelto de lado en el asiento para mirar más allá de Quirke, por la ventanilla, el paisaje marítimo que dejaban atrás. No parecía que estuviera escuchando.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó—. ¿Cómo ha sabido que fui yo?

—Lo vieron a usted en el piso —dijo Quirke—. La vieja, la que vive en el piso de arriba.

—Ah.

—Se acordó de su bigote.

—Pero no es insólito que un hermano vaya a visitar a su hermana de vez en cuando, ¿verdad que no?

—Tal vez la vieja no supiera que era usted su hermano.

Latimer asintió. Parecía sosegado, reflexivo.

—Sí —dijo, y retomó la pregunta que le había hecho Quirke con anterioridad—, el señor Ojukwu me llamó por teléfono para comunicarme que mi hermana se había practicado un aborto y que estaba sufriendo una grave hemorragia. Desconozco en qué podía estar pensando ella. A fin de cuentas era médico, tendría que haber sido más sensata. ¿Y por qué no me llamó a mí en primer lugar? Desde luego, no es que nos guardásemos secretos el uno al otro. Aunque he de suponer que debió de sentir cierta reticencia, metida en esa casa de vergüenza en medio de un charco de su propia sangre, con un negro que era su amante por toda compañía.

—¿Qué hizo usted? —le preguntó Quirke.

Latimer, con una mano en la pistola, introdujo la otra por dentro de la chaqueta y adoptó un gesto napoleónico, fingiendo que le costaba trabajo recordar con precisión los detalles.

—Lo primero, le dije a Sambo que desapareciera de mi vista si de veras sabía lo

que le iba en el empeño. No hizo falta decírselo dos veces, créame. Se esfumó como una sombra en la noche, ni más ni menos. Tendría que haberme llevado a la Gran Bertha —sopesó el arma— y haberle pegado un tiro a ese tipo, como hubiera hecho mi padre, pero se me escapó la oportunidad. Lo cierto es que fue un gran trastorno para mí el intento de remendar a mi desafortunada hermana. Estaba en muy mal estado, como sin duda imaginará usted. Había hecho una chapuza sorprendentemente penosa, si se tienen en cuenta sus conocimientos y su experiencia. Pero ya se sabe que hay gente que enreda con especialidades de las que no tiene ni la menor idea.

—¿Cuándo murió? —preguntó Quirke sin quitar los ojos de la carretera.

Hubo una pausa. Latimer, sin dejar de mirar al mar, frunció el ceño y torció la boca por una de las comisuras, fingiendo aún que se devanaba los sesos para recordar lo ocurrido.

—Hicimos un gran esfuerzo los dos. April era una chica maravillosa. Maravillosamente fuerte. Al final, sin embargo, no tuvo la fuerza suficiente. Creo que tal vez no quería salvarse. Eso lo puedo entender —cambió de postura en el asiento haciendo una mueca, como si algo le hubiera causado de pronto un dolor leve—. ¿No le dije una vez, Quirke, que usted no sabe nada de lo que es una familia? Sí, se lo dije, le dije «Anda usted falto de experiencia en estas cosas». La proximidad que existe entre los miembros de una familia. April y yo estábamos muy unidos, no sé si lo sabe. Ah, muy unidos. Cuando éramos pequeños decíamos que de mayores nos íbamos a casar. Sí, nos casaríamos, los dos estábamos convencidos, y escaparíamos de mi padre —suspiró casi como en un ensueño y recostó la cabeza en el respaldo—. Padres e hijos, Quirke —dijo de nuevo—, padres e hijas. Nos quiso muchísimo mi padre, primero a mí, luego a April. Cómo jugaba con nosotros debajo de las sábanas. Era tan apuesto, tan... arrebatador, como dicen los ingleses. Se puso más contento que nunca cuando nació April; había deseado mucho que fuera niña, y por fin la tenía. De mí empezaba a cansarse, dese cuenta. Yo me había percatado. Quise avisar a April cuando me pareció que tenía la edad adecuada para enterarse y entender las cosas. Le dije: «Está harto de mí, y tú además eres chica, así que ahora irá por ti». Pero ella era demasiado pequeña, demasiado inocente. Tendría seis o siete años, creo yo, cuando mi padre concentró en ella todos sus afectos y atenciones —hizo una pausa. Cuando volvió a hablar había cambiado su voz, se había vuelto más distante—. Yo la oía de noche, llorando, esperando a que él llegase con sigilo y se deslizase en la cama con ella. Qué pequeña era, qué tierna —Latimer se sobresaltó—. ¡Pero... hombre de Dios, Quirke! ¡Por todos los...! —exclamó—. ¡Ese semáforo estaba rojo! Va a terminar por matarnos a todos si sigue conduciendo así. ¿Dónde ha aprendido usted a conducir?

Phoebe cerró los ojos. Se acordó de April sentada en el banco de Stephen's Green aquel día, fumando, recordando, y se acordó de su manera de reír cuando bajaron las

gaviotas aleteando y graznando.

—Intenté contarle a nuestra querida madre lo que estaba pasando. Como era de esperar, ella no quiso saber nada. Yo no la culpo por eso, era algo que sencillamente estaba lejos de su capacidad de comprensión —asintió—. Sí, era imposible que lo entendiera. Así las cosas, como no encontré ayuda en ella, tuve que pasar yo a la acción. ¿Qué edad tendría? Debía de tener... no sé, ¿quince? ¿Por qué esperé tanto tiempo? Supongo que por el miedo, y por esa terrible, terrible vergüenza, esa deshonra. En estos casos es habitual que los niños se echen la culpa a sí mismos, no sé si lo sabe, y entienden que han de guardar silencio. Pero April, mi pobrecita April... Yo no podía permitir que aquello siguiera así. Me armé de valor y fui a ver al tío Bill —se volvió hacia Phoebe—, es decir, a William Latimer, el ministro. Fui a verle y le dije lo que estaba ocurriendo. Al principio no quiso creerlo, claro está. ¿Quién iba a creer tal cosa? Pero al final no le quedó más remedio. Luego fui a ver a mi padre y le conté lo que había hecho y le dije que el tío Bill iba a ir a ver a los guardias, aunque debo decir que nunca llegué a estar seguro de que fuera, sobre todo pensando en el escándalo que se iba a armar. El pequeño Willie, como lo llamaba mi padre, ya había ascendido un buen tramo de la cucaña y no tenía ninguna intención de resbalar tras subir tan alto y caer hasta la base. Fue lo de menos. Pero habérselo contado a alguien, a quien fuera, de una manera extraña me liberó. ¿Eso lo puede entender, Quirke? Y por eso le hice frente, me enfrenté a mi padre. Estábamos en el jardín, en el cenador. Yo estaba llorando, no podía contener las lágrimas, era todo muy raro, las lágrimas manaban de mis ojos sin cesar aunque yo no me sentía ni mucho menos triste, sino más bien enojado, más bien enojado y... ultrajado. Mi padre no dijo nada, ni una sola palabra. Se limitó a seguir donde estaba, mirando a lo lejos. Recuerdo que le veía latir una vena en la sien. No, no es que latiese. Palpitaba, como si fuese algo que se le hubiera metido bajo la piel, una mariposa, o una lombriz. Fue en el cenador donde mi madre lo encontró más tarde, ya de noche. Hacía un tiempo espléndido, me acuerdo bien; era en pleno verano, y por la tarde lo envolvía todo una bruma como el oro, y las mosquitas eran como burbujas en el champán, subiendo y bajando —empuñó la pistola y la miró—. Me pregunto por qué no oímos el disparo —dijo—. Cualquiera diría que tendríamos que haber oído un pistolón de este calibre al dispararse.

Iban por la larga curva de acceso a Sutton. De vez en cuando aparecía aleteando un solo copo de nieve en medio del aire, que se derretía nada más tocar el parabrisas. Phoebe se había acurrucado en el rincón del asiento con los brazos cruzados, abrazándose con fuerza.

—Todo esto es terrible, Latimer —dijo Quirke—. Es una historia terrible de oír.

—Sí, lo es —Latimer estuvo de acuerdo de un modo despreocupado, como si no fuera con él—. Es terrible, ésa es la palabra. Nos quedamos desolados, cómo no,

April y yo. A pesar de todo, los dos amábamos a nuestro padre. ¿Le resulta extraño? Mi madre no contaba para nada, claro está. Ni siquiera la teníamos en cuenta, era casi como si no estuviera allí —soltó un suspiro que terminó por ser un silbido—. Pero todo era una maravilla, era sensacional lo que habíamos ido desarrollando April y yo entre nosotros. Mi padre nos había adiestrado para tener esa relación, dese cuenta, y los dos le estábamos agradecidos por eso. Es verdad que el mundo habría mirado con malos ojos nuestra... nuestra unión, caso de que llegara a saberse, pero eso de alguna manera la hacía tanto más preciada para nosotros, tanto más... dulce —calló—. ¿Usted ha amado alguna vez, Quirke? Quiero decir, ¿ha amado de verdad? Sé lo que siente por su... —se cubrió la boca con una mano y bajó la voz hasta hablar con un susurro teatral, como si pretendiese que Phoebe no llegara a enterarse— por su querida hija, que está ahí —tosió y retomó su tono de voz habitual—. Yo le estoy hablando del amor, de un amor que lo es todo, de un amor que todo lo demás lo aparta a un lado, de un amor que consume, de un amor, en una sola palabra, que obsesiona. Esto no tiene nada que ver con lo que se lee en las novelas, o en los poemas. Y la pobre April, la verdad es que me parece que no estaba a la altura. Quiso escapar, pero es evidente que no pudo. No es que yo no la fuese a dejar marchar. Yo pagaba el alquiler de su piso, ¿lo sabía usted? Pues sí, yo pagaba toda clase de cosas, pero ella no pudo liberarse. Algunos lazos son demasiado fuertes... —miró de reojo a Phoebe—. ¿No se lo parece, querida?

En Sutton Cross indicó a Quirke que torciera a la derecha, e iniciaron el largo ascenso del cerro. Había vacas pastando en los campos escarchados, y gente que caminaba por la orilla de la carretera, con sombreros y abrigos recios, como refugiados que se dieran a la fuga en una guerra de invierno. Los copos de nieve iban multiplicándose; algunos volaban en horizontal, mientras que otros parecía que cayesen hacia arriba.

—Así que el niño era suyo —dijo Quirke.

En el asiento de atrás, Phoebe emitió un sonido breve, cortante, y se llevó la mano a la boca.

Latimer se volvió a ella otra vez.

—¿Le sorprende, señorita Griffin? —preguntó—. Bueno, supongo que es sorprendente. Pero ya lo ve usted. Dios permite que pasen ciertas cosas, parece incluso deseoso de que pasen, ¿y quiénes somos nosotros, simples mortales, para negar un deseo divino?

—¿Sabía usted que estaba embarazada? —preguntó Quirke. Se había inclinado hacia delante, escrutando a través de la nieve a pesar de los limpiaparabrisas.

—No —dijo Latimer—, no lo sabía, aunque tampoco podría decir que me sorprendiera, teniendo en cuenta mi especialidad. Supongo que podría haber hecho algo para impedir que así fuera, pero por alguna razón no consigue uno pensar con

claridad cuando se halla atrapado por la agonía de semejante pasión. ¿Me va a preguntar si me siento culpable? La culpa no es la palabra adecuada. No hay palabra que lo describa. Eso era lo que pasaba entre April y yo, que no había palabras adecuadas, palabras suficientes. ¡Ah, ya hemos llegado!

Habían llegado a la cima del cerro, y Quirke condujo al aparcamiento. El polvo del terreno estaba blanqueado aquí y allá por la escarcha, y ante ellos, por dos de los lados, se extendía el mar en lontananza, picado de viruela, gris como el cañón de una pistola.

—Puede parar ahí —dijo Latimer—. Así está bien. No, mejor deje el coche de cara a aquel lado, la vista es sensacional.

Quirke detuvo el coche y no apagó el motor. Phoebe de pronto tuvo una urgente necesidad de orinar. No dijo nada, y siguió acurrucada en la esquina del asiento, con las manos unidas en el regazo y los codos apretados contra los costados. Cerró los ojos; creyó que podría dar un grito, pero supo que no debía hacerlo.

Quirke se volvió a Latimer.

—¿Y ahora qué?

Fue como si Latimer no lo hubiese oído; estaba contemplando la ladera, asintiendo para sí.

—Aquí es adonde la traje aquella noche —dijo—. Detuve el coche exactamente aquí, y la saqué del asiento de atrás, la envolví en una manta. Qué poco pesaba. Era tan liviana que fue como si toda la sangre que había perdido fuera la mitad de su peso. Ya sé que se va a reír de mí, Quirke, pero ese instante estuvo lleno de un fuerte sentimiento religioso, sacramental, aunque fuera de una manera pagana... Supongo que estuve pensando en la reina Maeve y en el atronar de las piedras y en todo eso^[3]. Una tontería, supongo, pero es que difícilmente podía estar yo en mis cabales, ¿verdad?, teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido durante las horas anteriores, todo lo ocurrido en realidad durante todos esos años en los que April y yo sólo nos tuvimos el uno al otro. ¿Y cuándo ha sido suficiente con eso?

Cuando terminó de hablar oyeron el viento fuera, un gemido tenue, disperso.

—Usted volvió después —dijo Quirke— y limpió la sangre, hizo la cama.

—Sí. También eso fue una ceremonia religiosa. Sentí muy cerca de mí la presencia de April. Ella estaba conmigo. Sigue estando conmigo.

—Era usted quien vigilaba la ventana de mi piso, ¿verdad? —dijo Phoebe.

Latimer la miró frunciendo el ceño.

—¿La ventana de su piso, querida? Vamos a ver: ¿por qué haría yo tal cosa? De todos modos, ya basta de preguntas, ya basta de charla —levantó la pistola y apuntó con ella primero a Quirke y luego a Phoebe, moviendo el cañón como si fuera un juguete—. Salgan, por favor —dijo—. Los dos.

—Latimer —empezó a decir Quirke—, no puede usted...

—Cállese, Quirke —dijo Latimer con cansancio—. A mí usted no tiene nada que decirme. Nada.

Bajaron del coche los tres. Latimer sostuvo la pistola junto a la pernera para disimularla, aunque no había un alma por allí, salvo, mucho más abajo, en la ladera, un hombre con un grueso tabardo y un gorro de lana que caminaba con un perro blanco pegado a los talones. Quirke tomó a Phoebe por el codo y la colocó detrás de él, de modo que la escudase con su corpachón.

—¿Va a decirnos qué hizo con el cuerpo? —le dijo—. Al menos díganos eso.

Latimer sacudió el arma otra vez como si no tuviera fuerza en la muñeca.

—Pónganse ahí, junto a esos arbustos —dijo—. Adelante.

Quirke no se movió.

—No la trajo aquí en ningún momento, ¿no es así? —le dijo—. No es aquí donde la dejó. Está mintiendo, lo sé.

Latimer, sin dejar de apuntar con el arma más o menos hacia ellos, había abierto la puerta del conductor y ya montaba en el automóvil. Se detuvo y sonrió con cara de conejo, moviendo su ridículo bigotillo.

—Salta a la vista que no puedo engañarlo, Quirke —dijo meneando la cabeza en un gesto de apenada admiración—. No, tiene usted razón, no la traje aquí. La verdad es que no pienso decirle dónde está. Que desaparezca llevada por el aire, como el polvo, como... el incienso.

—¡No! —exclamó Phoebe, y salió de detrás de la espalda protectora de Quirke, liberándose de un tirón de la mano con que la sujetaba por el codo—. No puede hacerle eso —dijo—. Sería el último insulto. Que tenga su tumba, o al menos un sitio donde descansar, un sitio al que podamos ir y... recordarla.

Por primera vez se endureció la mirada de Latimer, y comprimió la boca en una línea fina, sin sangre.

—¿Cómo se atreve? —dijo en voz queda. Estaba ya sentado al volante, con la puerta aún abierta, un pie en tierra—. ¿Piensa que voy a dejar que esté en ninguna parte en la que usted y sus presuntos amigos puedan ir a fingir el duelo por ella? No. Era mía y seguirá siendo mía. Ustedes son los que pretendieron arrebátarmela, usted y ese hotentote, y el reportero granuja, y la otra fulana. Pero no pudieron quitármela, no pueden, no podrán. Ahora ya es mía para siempre —introdujo el pie en el coche y cerró de un portazo, y bajó la ventanilla. Estaba otra vez sonriente—. La verdad, Quirke, es un coche estupendo —dijo—. Espero que no le tenga demasiado aprecio.

Guiñó un ojo y se volvió de frente al parabrisas, y el motor atronó en el instante en que pisó el acelerador a fondo; el coche salió de un salto por encima del polvo helado, pasando por un hueco que había en el murete. Se acercaron el padre y la hija hasta allí y se detuvieron. Y vieron el Alvis bajar dando tumbos por la empinada carretera, a media ladera. Oyeron entonces la reverberación de un disparo y el coche

se desvió como un borracho a la derecha, y las ruedas del lado del conductor se hundieron en el brezo y el automóvil se puso de costado y pareció suspendido un instante antes de caer sobre el techo y dar varias vueltas de campana lateralmente, bajando por la cuesta larga, desigual, hasta que ya no lo vieron. Había acantilados abajo, y los dos aguardaron como si a tanta distancia fuera a llegarles el ruido terrible del coche al caer al mar, pero no se oyó nada. Sólo el graznido de las gaviotas y el perro blanco del hombre entre los helechos, ladrando.

Se les hizo arduo bajar por la ladera, y Quirke y el inspector Hackett habían recorrido sólo la mitad cuando renunciaron al empeño. Los brezales estaban resbaladizos por la nieve a medio derretir, y había peñascos ocultos que les hacían tropezar, piedras sueltas en las que resbalaban.

—Ah, dejemos que los jóvenes se hagan cargo —dijo Hackett, y se detuvo, levantándose el sombrero para rascarse la cabeza. Muy por debajo de donde estaban, los tres jóvenes guardias con equipamiento de montañeros salvaron el último tramo, el más empinado, antes de que los acantilados se precipitaran al mar a plomo. Quirke tenía empapado el dobladillo de los pantalones y los zapatos completamente calados. Hackett se sentó de pronto entre los brezos, con el sombrero en el cogote, y plantó los codos en ambas rodillas. Tenía copos de nieve en las cejas.

—Dios mío, doctor Quirke —dijo—, esto no puede ser más raro de lo que es.

Había dos coches de la Garda y un todoterreno aparcado más arriba, tras el murete del aparcamiento. Quirke se había llevado a Phoebe por la carretera, bajando por el otro lado, hasta que encontró un café. Estaba cerrado por ser aún temprano, pero había aporreado la puerta con el puño y al final salió a abrirles una mujer que los dejó entrar. Quirke le dijo que se había producido un accidente, que un coche había caído por el acantilado, y que tenía que llamar por teléfono para avisar a la Garda. Su hija se encontraba en estado de shock, según dijo, y tenía que tomarse algo caliente para reponerse un poco. La mujer los miró de hito en hito antes de pedir a Phoebe que la siguiera a la cocina, en donde le iba a preparar un té y le daría algo de comer, dijo. Phoebe, con la mirada apagada, hizo lo que le dijo. En la puerta de la cocina se quedó quieta y se volvió a mirar a Quirke, quien se obligó a sonreír y asintió, y le dijo que todo saldría bien. Entonces volvió a pie por la carretera y subió a esperar a Hackett y a sus hombres.

Estuvo sentado en el murete, fumando, con el abrigo abotonado hasta el cuello y el ala del sombrero bajada sobre los ojos, para protegerse de la nieve que caía al azar. No sabía muy bien qué era lo que debía decirle a Hackett sobre todo lo que Latimer le había contado. Pensó en Celia Latimer sentada ante la chimenea en el estudio de su difunto esposo, con las manos recogidas en el regazo, llorando por su hija perdida. Oyó entonces las sirenas a lo lejos.

Hackett, desde el sitio en que se había sentado entre los brezos, lo miraba con los ojos entornados, perezosos, astutos.

—No se pone usted las cosas muy fáciles que digamos, ¿eh, doctor Quirke? —le dijo. Encontró un penacho de hierba recia entre los brezos y arrancó una brizna que se colocó en la boca. La nieve se derretía sobre las hombreras de su gabán traído de Estados Unidos.

—De todo esto, no hay nada que haya sido cosa mía —dijo Quirke.

Hackett sonrió.

—Así que sólo ha sido una especie de testigo inocente, ¿es eso?

Se puso en pie resoplando. La nieve, indecisa y escasa, daba al aire de la mañana una humedad pesada, fría. Al subir encontraron un camino de piedras entre los brezales. Arriba del todo, donde estaban aparcados los coches de la Garda, el detective hizo un alto y se plantó con los brazos en jarras, oteando el panorama, el cerro, el mar, las islas en la distancia.

—¿No le parece un sitio espléndido —dijo—, con nieve o sin ella?

Se volvieron hacia los coches de la patrulla. Un guardia bajó de uno de ellos. Llevaba un capote y una gorra picuda y reluciente. Era el sargento huesudo de Pearse Street. Miró a Quirke con cara de pocos amigos.

—Espero que hubiera puesto en regla el seguro de su coche —dijo.

El inspector miró a Quirke y esbozó una sonrisa. Juntos se dieron la vuelta y contemplaron el mar cada vez más gris bajo la nieve, al pie del cerro.

Ya sólo quedaban tres: Phoebe, Isabel y Jimmy Minor. Se reunieron en el hotel Dolphin a las siete y media, como de costumbre, aunque todo lo demás había cambiado por completo, y ya nunca volvería a ser como antes. Patrick Ojukwu había sido deportado a su país. El inspector Hackett, a tenor de las instrucciones recibidas del departamento de Asuntos Exteriores, y acompañado por otro policía de paisano y por un funcionario, lo escoltó hasta el aeropuerto aquella mañana y lo dejó a bordo de un vuelo a Londres, de donde tomaría un avión directo a Lagos. A ninguno de ellos le fue permitido verlo antes de que se marchara. Volvió de la casa de Isabel a su piso de Castle Street, donde lo recogieron los guardias que lo llevaron a la comisaría de Bridewell y lo metieron en una celda en la que pasó la noche. No se dijo nada de una posible apelación. Patrick ya no estaba, y no regresaría.

Phoebe se sentía rara. Estaba en calma a pesar de todo lo ocurrido, en calma hasta el punto de estar entumecida. Se sentía como se habría sentido si no hubiera dormido nada en varias noches seguidas. A su alrededor, todo tenía una claridad y una definición irreales, como si estuviera bañado por una luz potente. Había pasado una hora sentada en la cocina del café de Howth, tomando una taza tras otra de un té horrorosamente dulce, y al final Quirke se la llevó a casa en taxi. Él quiso que fuese con él al piso de Mount Street y que allí descansara, pero ella había preferido ir al suyo, estar entre sus cosas. Había dejado que fuera pasando el día como si fuese una especie de sueño. No recordaba en ese momento cómo habían transcurrido las horas. No fue a trabajar; llamó por teléfono a la señora Cuffe-Wilkes y le dijo que estaba enferma. Luego pasó mucho tiempo sentada junto a la ventana, de eso sí se acordaba, mirando a la calle. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo interesante que podía ser mirar el mundo tal como iba pasando, despacio, ante sus ojos. La gente iba y venía, amas de casa que salían a hacer la compra y regresaban, los escolares que caminaban con las mochilas llenas de libros, los hombres misteriosos, desaliñados, dedicándose a sus asuntos, sin objetivos. Llegó un carro de reparto de la fábrica de Guinness y descargó unos barriles de cerveza en el pub, al otro lado de la calle; el caballo castaño y blanco, enjaezado al carro, estampaba un casco contra los adoquines y volvía a levantarlo y a posarlo con la delicadeza de una bailarina. Aunque el cielo seguía cubierto, la luz del día experimentó muchos cambios sutiles, casi subrepticios, pasando por todos los matices del gris, del perla al plomo.

Durante mucho tiempo no pensó ni un instante en April, ni en el hermano de April. Fue como si se hubiera erigido en su ánimo una barrera, un *cordon sanitaire*

que la protegiera. Lo peor de todo en esos momentos era no tener la certeza de que April hubiera muerto, pensar que acaso pudiera estar viva. ¿Era fiable todo lo que dijo Oscar Latimer? Era un loco, y todo lo que dijo podría haber sido una invención. Cierto que Patrick había visto a la pobre April después de que ella misma se hiciera algo tan terrible, cierto que él describió la gravedad de su estado, pero eso no por fuerza quería decir que hubiese muerto. Tal vez Oscar había sido capaz de atajar la hemorragia —era, a fin de cuentas, un médico experimentado—, tal vez luego se la había llevado a alguna parte y la había tenido escondida hasta que se hubo recuperado y estuvo en condiciones de marcharse, a Inglaterra quizás, o a Estados Unidos, o a donde fuese. Podía estar en esos momentos en cualquier rincón del mundo, iniciando una vida nueva. April sería capaz de una cosa así, Phoebe estaba segura. April era capaz de desgajarse de todos y de todo lo que había conocido de cerca sin volver ni una sola vez la vista atrás.

Phoebe pensó en el vigilante que se había apostado noche tras noche pendiente de su ventana. Oscar Latimer había negado que fuese él quien se plantaba fuera del círculo de luz de la farola. Si no había sido Latimer, ¿quién había podido ser?

Estando en el Dolphin, no les dijo a los otros dos que estuvo en el coche con Quirke y con el hermano de April. Podría habérselo confiado a Isabel, pero no a Jimmy; ya no tenía ninguna confianza en Jimmy. Éste, por su parte, dijo que estaba seguro de que ella sabía lo que había ocurrido en Howth Head, y añadió que estaba furioso porque no se lo decía. ¿Cómo es que Oscar Latimer se encontraba en el coche de Quirke? ¿Sabía Oscar dónde estaba April, qué había sido de ella? ¿Lo había dicho? Phoebe permaneció en silencio; le debía a April mantener intactos sus secretos. Se dio cuenta de que Isabel la estaba mirando, eso sí, y a Isabel no se la engañaba fácilmente.

Jimmy Minor se quejó con virulencia de que Patrick hubiera guardado silencio durante todo ese tiempo y no les hubiera dicho lo que sabía de April y de la tremenda complicación en que se había metido. Creía que Patrick era el padre del niño que esperaba April, y Phoebe prefirió no decir nada que le ayudara a salir del error. Ella lo observó allí sentado, con las piernas colgando del taburete, repasando una y otra vez todo lo vivido, o todo lo que él sabía, y se le ocurrió que lo que sentía ella por Patrick en realidad no era odio, sino algo completamente distinto. Tuvo esta iluminación con calma, casi con indiferencia; ya nada, entendió, le iba a sorprender nunca.

Terminó lo que estaba bebiendo y dijo que tenía que marcharse, que iba a cenar con su padre y con Rose Crawford. Se dio cuenta de que a los otros dos les pareció que mentía. Isabel dijo que ella también tenía que marcharse temprano, que le tocaba entrar en el segundo acto, y que ya se había buscado más de una complicación y que no le apetecía que nadie le gritase por no haber estado presente entre bambalinas

durante el primero. Estaba pálida, más pálida incluso que de costumbre, y parecía cansada y desconsolada. Se había pasado media hora acariciando su tónica con ginebra y sin decir nada de April, de Patrick, de todo ello. Phoebe advirtió que algo había habido entre Isabel y su padre, y supuso que debía de haber terminado, y que Isabel estaba triste.

Los tres sabían que era la última vez en que se iban a ver de esa manera, que el cogollito no sólo había menguado, sino que ya no existía como tal.

Cuando salió del hotel todavía estaba nevando, no demasiado, aunque en la calle ya había cuajado una fina cobertura blanca. Se decidió a ir a pie hasta el Shelbourne. El sombrero, el de terciopelo negro con la pluma de color escarlata, se le iba a quedar hecho una pena, pero no le importó demasiado. Las luces de los escaparates brillaban reflejadas en la nieve, lo que le hizo pensar en la Navidad. Ahora las Navidades serían de verdad, de eso se aseguraría sin falta Rose Crawford. Phoebe se los imaginó a los tres, ella y Rose y su padre, sentados alrededor de una mesa con el pavo recién servido, el cristal centelleante, un gran ramo de acebo en el medio, las hojas tan brillantes que reflejarían las luces con las que se decorase el árbol. Cuando intentó imaginar el rostro de su padre, sin embargo, y la expresión que tendría, notó una punzada de duda en el corazón.

El portero del Shelbourne la regañó con una seriedad burlona por haberse aventurado en la nieve con esos zapatos de nada y el sombrero que no la cubría bien, cuya pluma estaba ya completamente para el arrastre. Subió en el ascensor hasta la última planta y atravesó la puerta cubierta de paño verde que daba acceso a la suite de Rose Crawford. Un camarero con chaqué le franqueó el paso y la escoltó a la sala de estar. Allí estaban Rose, y Quirke, y también Malachy Griffin. Rose se levantó para recibirla y la besó en la mejilla.

—Dios del amor —dijo, aunque lo pronunciase diciendo *amour*—, ¡pero qué frío traes, querida! ¡Y mira cómo tienes los zapatos! Quitáte los ahora mismo, te voy a buscar unas chinelas.

Quirke se había puesto un traje negro y una corbata roja, de seda, y llevaba una camisa almidonada y blanquísima. Cuando se vestía de ese modo a ella le parecía muy joven, casi un escolar grandullón, bien aseado, torpe, que hubiera salido de fiesta con los adultos. Se fijó en que estaba bebiendo agua con hielo y una rodaja de lima; confió en que en efecto fuera agua, y no ginebra. Esa noche iba a tener que estar más templado que nunca, pues con toda seguridad esa noche iba a hacer Rose el anuncio de sus intenciones; ésa tenía que ser la razón de que estuvieran allí los cuatro. Rose fue a uno de los dormitorios de la suite para buscar un par de chinelas, y acudió el camarero a preguntar a Phoebe, con el tono confidencial que siempre empleaban los camareros, qué le apetecía beber. Nerviosa, pidió una copa de jerez, y cuando se la

llevó se le derramaron unas gotas porque tenía las manos temblorosas. Estaba tan emocionada que le pareció como si fuera ella misma una copa llena hasta el borde, una copa que le hubiesen dado para llevar de un sitio a otro, aterrada de que se le derramase e incluso se le cayera. Malachy le preguntó si se encontraba bien y ella dijo que sí, y él añadió que Quirke les había contado lo ocurrido en Howth Head. Ella se volvió velozmente hacia su padre —¿en qué medida había contado todo lo ocurrido?—, pero él no la miró a los ojos.

—Sí —dijo Rose Crawford volviendo a la estancia—, nos ha contado que ese pobre hombre se mató y además de esa manera. ¿Qué es lo que le pasaba? ¿Tan trastornado quedó por la desaparición de su hermana?

—Suerte tienes de que no se te llevara con él —dijo Malachy.

—¡Y tu magnífico coche nuevo! —exclamó Rose.

Quirke miró su vaso de agua.

Para cenar se les sirvió un faisán asado, que a Phoebe no le gustó, aunque se obligó a comerlo, resuelta a no hacer nada que pudiera estorbar de la manera más mínima el progreso firme de la noche hacia el momento que, bien lo sabía, había de llegar, el momento en que Rose depositara su copa en el mantel y mirase en derredor y tomase la palabra...

—¿Más patatas, señorita? —murmuró el camarero del chaqué asomándose por encima de su hombro. Olía a aceite para el cabello.

El tiempo pasaba muy despacio. Rose quiso hablar de su visita a Estados Unidos.

—Boston está desolador en invierno, la hierba del Common se convierte en paja por efecto del frío, y el estanque se hiela. Siempre me dan pena los patos... parecen desconcertados, deslizándose por el hielo sin poder entender qué le ha pasado al agua —se volvió hacia Phoebe—. Querida mía, todo el mundo, lo que se dice todo el mundo, me preguntó por ti; todos me dijeron que te transmitiese saludos y recuerdos, en especial —ladeó la cabeza y arqueó una ceja con malicia— ese simpático joven, el señor Spalding, del Chase Manhattan, ¿lo recuerdas? —miró de reajo a los dos hombres—. Muy apuesto y muy rico, y es un gran admirador de la señorita Phoebe Griffin.

Phoebe se había puesto colorada.

—¿Cómo es posible? —dijo Malachy—. ¿Tenías un admirador y no nos has dicho nada?

—No era un admirador —dijo Phoebe, concentrándose en su plato—. De todos modos, tenía novia.

—Oh, hace ya mucho tiempo que no —dijo Rose—. El señor Spalding está libre y sin ataduras de ninguna clase —Malachy tosió y Rose lo miró de reajo y volvió a enarcar una ceja—. Sí —dijo con un vago suspiro—, supongo que ya va siendo hora.

Depositó la copa en el mantel. Phoebe notó que algo se henchía en su interior y se

puso muy acalorada, y sin querer le tropezó el tenedor contra el plato, haciendo un ruido de campanillas.

—Tenemos un pequeño anuncio que hacer —dijo Rose, y la miró primero a ella y luego a Quirke—. Confieso... —tomó la servilleta y la volvió a dejar—. Confieso que estoy un poco nerviosa, y como bien sabéis los tres, eso es impropio de mí —Quirke la miraba y empezaba a fruncir el ceño. El camarero vino a llevarse los platos, pero Rose le indicó que lo dejara para más tarde, y desapareció. Rose empezaba a estar decididamente aturullada—. Tenía preparado mi discurso —dijo—, pero mucho me temo que se me ha olvidado del todo. Así que diré sin más preámbulos...

Se adelantó hacia la mesa y tomó...

Phoebe se quedó boquiabierta.

Era la mano de Malachy la que había tomado Rose, no la de Quirke.

—... que el señor Malachy Griffin ha tenido la amabilidad de pedirme que me case con él, y que yo, en fin, yo he aceptado de mil amores.

Se echó a reír sin poder contenerse. Quirke se había vuelto hacia Malachy, y Malachy sonrió con timidez, con vergüenza, con el estómago revuelto.

El resto de la velada transcurrió para Phoebe en una bruma calenturienta de estupefacción, de ira, de dolor. Al fin y al cabo, no viviría esas Navidades hogareñas que se había prometido, ni viajes a las islas griegas, ni juegos de familias felices. ¿Cómo podía haber pensado que Quirke se iba a casar con Rose, que Rose se iba a casar con él? ¿Cómo pudo haberse permitido la ilusión de creer en un sueño tan estúpido? Miró al otro lado de la mesa, a Malachy, sentado en lo que parecía un asombro tan tupido que no veía nada delante de sus narices, y poco le faltó para odiarlo. ¿Qué estaba pensando Rose? Iba a hacer de la vida del pobre hombre una miseria. A Quirke prefirió no verlo siquiera. También a él podría haberlo aborrecido. Sabía que era a Sarah a quien había querido durante todos aquellos años, y en vez de casarse con ella había dejado que se fuera con Malachy. Acababa de hacer lo mismo que entonces. ¿Se pondría a divagar sobre sus penas por haber perdido también a Rose así que pasaran veinte años? Eso esperaba Phoebe, de corazón. Para entonces ya sería viejo, y Rose seguramente habría muerto, y el pasado volvería a repetirse. Los vio a los dos, a Quirke y a Malachy, arrastrando los pies de paseo por una senda de Stephen's Green, recordando juntos los años perdidos, Quirke agriamente soltero y Malachy viudo de nuevo. Se tendrían bien merecido el uno al otro.

Cuando por fin terminó la velada, y Phoebe ya se ponía los zapatos y su pobre sombrero destrozado, Rose la tomó por el brazo y se la llevó aparte y la miró a fondo.

—¿Qué sucede, querida? —le dijo—. ¿Qué te pasa?

Phoebe dijo que no le pasaba nada e intentó desembarazarse de ella, pero Rose la sujetó con más fuerza. Quirke y Malachy seguían sentados a la mesa, en silencio,

Quirke fumando y bebiendo whisky y Malachy sin hacer nada, como solía hacer Malachy.

Phoebe apartó la cara; le dio miedo echarse a llorar sin poder contenerlo.

—Dijiste que te ibas a casar con mi padre —le dijo.

Rose se le quedó mirando.

—¿Yo dije eso? ¿Cuándo?

—Aquel día en que fuimos a la oficina de American Express, lo dijiste entonces.

—Ay, ay, ay —dijo Rose, y se llevó una mano a la mejilla—. Me temo que es muy probable que sí. Lo lamento, de todo corazón lo lamento. Siempre que pienso en Malachy pienso que es tu padre. Fue tu padre durante muchísimo tiempo —explicó. Consternada, por fin le soltó el brazo a Phoebe—. Mi pobrecita niña, mi queridísima niña —dijo—. Cuánto lo lamento.

Quirke se había terminado la copa y el camarero le llevó el abrigo y el sombrero. Se dieron las buenas noches. El camarero les abrió la puerta al salir. Quirke siguió a Phoebe al atravesar la puerta de paño verde. Ella notaba que las lágrimas se le acumulaban en los ojos, pero las contuvo a fuerza de voluntad. No tomó el ascensor, sino que se apresuró en alcanzar las escaleras. Quirke ya había llegado al ascensor y le decía que esperase, diciéndole que tomarían un taxi. Ella siguió su camino y bajó las escaleras. El portero la saludó con una sonrisa. Al otro lado de la calle, en el Green, tras las rejas negras de la verja, las ramas de los árboles estaban cargadas de nieve, las vio en medio del rebrillo de las lágrimas que no había derramado. Se dio la vuelta y echó a caminar, oyendo sólo sus pasos amortiguados y el tumulto ensordecedor de su corazón.

Quirke salió del ascensor y atravesó las puertas giratorias para salir del hotel. Esa mañana había recibido una llamada de Ferriter, el hombre del ministro. El ministro, le dijo Ferriter con su voz untuosa, estaba seguro de que podía contar con la discreción del doctor Quirke en lo referente a la trágica muerte de su sobrino. Quirke le había colgado el teléfono y se había encaminado a la sala de disección, en donde Sinclair serraba el esternón del cadáver de un hombre entrado en años a la vez que silbaba. Quirke había pensado entonces en April Latimer, a la cual no llegó a conocer.

En ese momento miró a un lado y a otro de la calle, pero su hija no estaba por ninguna parte. Se acercó un taxi y lo tomó. El taxista era un tipo de facciones angulosas, con gorra, con la colilla de un cigarro encajada en la comisura de los labios. Quirke se hundió, relajado, en la tapicería grasienta, y rió para sus adentros. Rose Crawford y el viejo Malachy... ¡ja!

El taxista se volvió hacia él.

—¿Adónde vamos, caballero?

—A Portobello —dijo Quirke.



BENJAMIN BLACK es el seudónimo del prestigioso escritor JOHN BANVILLE (Wexford, Irlanda, 1945). Banville ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Fue finalista del Premio Booker con *El libro de las pruebas* (1989), premio que obtuvo en 2005 con la novela *El Mar*, consagrada además, por el Irish Book Awards como mejor novela del año.

Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado con gran éxito de público y crítica *El secreto de Christine* (Alfaguara, 2007), *El otro nombre de Laura* (Alfaguara, 2008) y *El lémur* (Alfaguara, 2009). *En busca de April* es la tercera entrega de la serie, donde el patólogo Quirke, su personaje estrella, vuelve con más fuerza que nunca.

En mayo de 2011, John Banville recibió el prestigiosa Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del premio Nobel.

Notas

[1] En la parodia del apellido de rancio sabor autóctono, el autor hace una formación léxica con sentido propio: «Tubería-de-gas-de-caoba». (*N. del T.*) <<

[2] En el *slang* irlandés de Dublín, «Ronnie» es un modo de llamar al bigote (en honor al actor inglés Ronald Colman). (*N. de la E.*) <<

[3] Según cuenta el folclore irlandés, Haeve, la legendaria reina de Conach, fue sepultada bajo el peso de las rocas y descansa en una tumba megalítica en la cama de Knocknarea. (*N. del E.*) <<